
El
JEFE BRATVA
Olvidado
LOS PECADOS DE LA BRATVA
ARIANA COOPER

EL JEFE BRATVA OLVIDADO

ARIANA COOPER

Copyright © 2026 por Ariana Cooper

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves para reseñas.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Lena
2. Aleksandr
3. Lena
4. Aleksandr
5. Lena
6. Aleksandr
7. Lena
8. Aleksandr
9. Lena
10. Aleksandr
11. Lena
12. Aleksandr
13. Lena
14. Aleksandr
15. Lena
16. Aleksandr
17. Lena
18. Aleksandr
19. Lena
20. Aleksandr
21. Lena
22. Aleksandr
23. Lena
24. Aleksandr
25. Lena
26. Aleksandr
27. Lena
28. Aleksandr
29. Lena
30. Aleksandr

31. Lena
32. Aleksandr
33. Lena
34. Aleksandr
35. Lena
36. Aleksandr
37. Lena
38. Aleksandr
39. Lena
40. Aleksandr
41. Lena
42. Aleksandr
43. Lena
44. Aleksandr
45. Lena
46. Aleksandr
47. Lena
48. Aleksandr
49. Lena
50. Aleksandr
51. Lena
52. Aleksandr
53. Lena

También por Ariana Cooper

SINOPSIS

Hace tres años, huí de un monstruo.

Cambié de nombre.

Enterré mi pasado.

Aprendí a sobrevivir sola.

Porque **Aleksandr Romanov** no perdona la traición.

La ejecuta.

Entonces lo encontré, sangrando en la nieve.

Herido de bala.

Destrozado.

Olvidado.

El Pakhan de ojos dorados y alas de dragón…

no recordaba quién era.

Y yo tampoco le dije quién era yo.

En mi cabaña, era humano.

Protector.

Mío.

Me tocaba como si yo fuera algo que mereciera la pena conservar.

Hasta que una mañana… me miró—

y **recordó.**

Mi nombre.

Mi cara.

La orden de ejecución que una vez firmó.

Ahora vivo en su fortaleza.

Bajo su vigilancia.

Tras puertas cerradas con llave.

Él dice que es por protección.

Yo lo llamo **cautiverio.**

No sabe que espero a su heredero.

Y yo no sé qué hombre ganará—

El que me salvó…

O el Pakhan que firmó mi sentencia de muerte.

Nota de la autora: Un romance oscuro y emocionalmente intenso de la Bratva con amnesia, proximidad forzada, un héroe posesivo, un embarazo secreto y la tensión de enemigos a amantes. Sin continuará. Final feliz garantizado.

1

LENA

La tetera silba y vierto agua caliente sobre la bolsita de té, observando cómo el color ámbar se expande por el líquido transparente como si fuera sangre difundiéndose en el agua. Sacudo la idea de la cabeza. Tres años de aislamiento y mi cerebro sigue recurriendo a las analogías más oscuras.

Envuuelvo mis manos alrededor de la taza y miro por la ventana de la cocina hacia el manto blanco. La ventisca llegó rápido esta noche, más rápido de lo que predijo el servicio meteorológico. No es que confíe en sus predicciones ahora. Confío en mis propias observaciones, en mis instintos, y ahora mismo esos instintos me gritan que esta tormenta va a ser dura.

La cabaña está caliente, casi demasiado. Mantengo la estufa de leña ardiendo porque el frío se filtra por estas paredes como si estuvieran hechas de papel. Mi rutina nocturna es siempre la misma: té, revisar la radio del tiempo, comprobar las cámaras de seguridad en el portátil, limpiar el rifle y revisar el perímetro. Cada noche durante tres años. Mil noventa y cinco noches, más o menos.

Tengo veintiséis años y vivo como una ermitaña paranoica preparándose para el apocalipsis.

—Viviendo el sueño, Maya —murmuro para mí, usando el nombre falso que aún me suena mal en la boca. Maya. No Lena Orlova. Nunca más Lena Orlova.

Las cámaras de seguridad solo muestran nieve. Cámara uno: el camino de entrada, enterrado bajo medio metro de polvo blanco. Cámara dos: el cobertizo y el generador, apenas visibles tras el cortinón blanco. Cámara tres: la línea de árboles al norte, solo siluetas oscuras y nieve arremolinada. Cámara cuatro: el acceso sur, la misma historia.

Debería sentir alivio. En cambio, siento el familiar retorcijón de ansiedad en el estómago. Las cámaras tienen puntos ciegos. Los sensores pueden fallar. Podría haber alguien ahí fuera ahora mismo y no lo sabría hasta que llamaran a mi puerta.

Dejo la taza y cojo el rifle apoyado en la encimera. El Remington 700 es mi compañero constante, limpiado y engrasado cada tres días con precisión de relojería. Reviso el cargador aunque sé que está cargado. Cinco balas. Seguro puesto. Me lo cuelgo al hombro y empiezo a ponerme el equipo.

Ropa térmica bajo los vaqueros. Calcetines de lana, dos pares. Botas aislantes que me costaron trescientos dólares y valen cada céntimo. Mi chaquetón, pesado y acolchado con plumas, que huele ligeramente a humo de leña y aceite de armas. Guantes. Gorro. Bufanda enrollada alrededor de la cara hasta que solo se ven mis ojos.

Parezco preparada para escalar el Everest solo para dar una vuelta por mi propiedad. Pero así es la supervivencia en Montana. Así es la supervivencia cuando te escondes de la Bratva.

El recuerdo me golpea mientras me subo la cremallera del chaquetón. La cara del tío Orleg al otro lado de la mesa, sudando a pesar del aire acondicionado, sus manos temblorosas al alcanzar el vodka. Mi padre, Stepan, aparentando más de sus cincuenta y

cuatro años, con la voz tensa mientras explicaba lo que habían hecho.

—Pedimos prestado a la gente equivocada, Lena. Creímos que podríamos devolverlo antes de que nadie se diera cuenta.

Habían desviado dinero. No mucho, en el gran esquema de las cosas. Quizá cincuenta mil en seis meses. Calderilla para una organización como la Bratva. Pero habían robado de las operaciones de Aleksandr Romanov, y hombres como él no tienen sentido de la proporción. Tienen sentido del poder, y el poder exige lealtad absoluta. La traición, incluso pequeña, exige sangre.

Recuerdo la cara de mi madre Mary cuando me dijo que huyera. Cómo le temblaban las manos mientras hacía mi maleta, metiendo dinero y mi pasaporte en el fondo. Las lágrimas corriendo por sus mejillas mientras me besaba la frente y susurraba: —No llames. No escribas. Solo sobrevive.

Eso fue hace tres años. Tenía veintitrés y creía que lo más peligroso del mundo era una mala puntuación de crédito. Había crecido en la periferia del mundo de la Bratva, lo bastante cerca para entender sus peligros pero protegida de sus peores aspectos. Mi padre había intentado tanto mantenerme alejada de esa vida. Quería que fuera a la universidad, tuviera un trabajo normal, me casara con un hombre normal, viviera una vida normal.

Y entonces la adicción al juego del tío Orleg y la lealtad mal entendida de mi padre lo destruyeron todo.

Me enteré del atentado por un amigo de mi padre, un hombre que le debía un favor y arriesgó su vida para avisarme. —Aleksandr Romanov ordenó personalmente tu ejecución. Tienes quizá veinticuatro horas antes de que vengan. Corre, Lena. Corre y no mires atrás.

Corrí. Dios me ayude, corrí y no he mirado atrás. Pero la culpa me aplasta. ¿Van a pagar mis padres el precio? ¿Cambiará Romanov el

objetivo a ellos cuando se canse de buscarme?

Cojo la linterna del cargador y la pruebo. Haz luminoso, sin parpadeos. Bien. La engancho al cinturón y respiro hondo, preparándome para el frío.

—Solo otro chequeo del perímetro —le digo a la cabaña vacía—. Lo mismo que todas las noches. No hay nada ahí fuera excepto nieve, árboles y tu imaginación hiperactiva.

La cabaña no responde. Nunca lo hace. Eso es lo que tiene el aislamiento. Empiezas a hablarte a ti mismo porque el silencio se vuelve demasiado pesado, y luego te respondes porque al menos es una voz, aunque sea la tuya.

Abro la puerta y el viento me golpea como una fuerza física. La temperatura ha bajado al menos diez grados desde el atardecer.

Salgo al porche y cierro la puerta detrás de mí, asegurándome de que trabe. El viento aúlla entre los pinos como algo que se muere, y la nieve me azota la cara, diminutas agujas de hielo que me hacen llorar incluso a través de la bufanda. La visibilidad es de unos tres metros si tengo suerte.

Condiciones perfectas para que alguien se acerque sin ser visto. Condiciones perfectas para una emboscada.

Descolgo el rifle y quito el seguro. Mi dedo se posa junto al guardamonte, no en el gatillo. Primera regla de seguridad: no pongas el dedo en el gatillo hasta que estés listo para disparar. Pero estoy preparada para estarlo, y así es como he vivido durante tres años.

Las tablas del porche crujen bajo mis botas mientras bajo los escalones. La nieve fresca ya ha cubierto el camino que despejé esta mañana. Para mañana, tendré que despejarlo de nuevo. Es como Sísifo y su roca, solo que mi roca es agua congelada y mi colina es un camino en medio de la nada, en Montana.

Barro con la linterna la línea de árboles, el haz apenas penetra la cortina blanca de nieve. Nada. Mis botas crujen sobre la nieve virgen mientras rodeo la cabaña, comprobando los sensores de movimiento que instalé la primavera pasada. Todas las luces están en verde. El generador ronronea con su ritmo constante desde el cobertizo, y mentalmente anoto comprobar el nivel de combustible antes de que la tormenta empeore.

—Estás siendo paranoica otra vez, Maya —murmuro para mí, usando el nombre falso que me puse cuando me escondí. Pero la paranoia me ha mantenido con vida.

Me detengo en la esquina de la cabaña, mi aliento formando nubes en el aire gélido. La última vez que hablé con otra persona cara a cara fue hace cuatro meses, cuando fui al pueblo por provisiones. El cajero de la tienda me preguntó cómo estaba, y casi lloro por la simple interacción humana. Logré decir "bien" y salir de allí antes de hacer el ridículo, pero me quedé sentada en mi camioneta en el aparcamiento durante veinte minutos después, solo respirando, intentando recordar cómo estar entre gente.

Continúo mi recorrido alrededor de la cabaña, comprobando cada sensor, cada cámara, cada posible ruta de acceso. El lado norte está despejado. El este también. El sur igual. Empiezo a relajarme, a pensar que quizá esta noche será otra noche tranquila, cuando doblo la esquina oeste y algo me hace parar.

Un sonido. Algo que no encaja en la sinfonía del viento y los árboles crujiendo.

Me quedo inmóvil, el rifle ya apoyado en mi hombro. Mi corazón golpea contra mis costillas mientras escudriño la línea de árboles, buscando movimiento, formas que no encajen en el paisaje.

Entonces lo veo, una figura oscura en la nieve cerca de los árboles, a unos nueve metros del porche. Incluso a través de la ventisca, incluso con la visibilidad casi nula, distingo la mancha oscura extendiéndose sobre el blanco.

Sangre.

Mi dedo se mueve hacia el gatillo mientras mi mente evalúa posibilidades. Es una trampa. Tiene que serlo. La gente no se desploma cerca de mi cabaña por accidente. No aquí. No en medio de la nada.

Debería entrar ahora mismo, cerrar la puerta y fingir que no he visto nada. Si alguien muere en mi jardín, no es mi responsabilidad. No les he pedido que vengan. No les he invitado a desangrarse a nueve metros de mi porche.

—Esto es una locura —susurro en mi bufanda—. Así es exactamente como empiezan las películas de terror. Chica estúpida ayuda a un misterioso desconocido, acaba muerta en el primer acto.

Pero la voz de mi madre resuena en mi cabeza, ese tono particular que usaba cuando me ponía terca. —Lena Marie, no dejamos sufrir a la gente cuando podemos ayudar—. Fácil decirlo desde la seguridad de la vida que lleve ahora. Si es que sigue viva. No lo sé. No puedo saberlo. Es el precio de la supervivencia.

Todos mis instintos gritan peligro. Podría ser Bratva. Podría ser uno de los soldados de Romanov, enviado a encontrarme. O quizá alguien vio el humo de mi chimenea y decidió investigar. Quizá esta persona ha matado a alguien y huye de la ley. Quizá huye de las mismas cosas que yo.

Quizá he estado tan sola que estoy considerando ayudar a alguien que podría destruir todo lo que he construido.

La figura en la nieve no se ha movido. Mi corazón late con fuerza contra mis costillas. Si voy a hacer algo monumentalmente estúpido, tengo que hacerlo ahora, antes de que la decisión se tome por mí y pase el resto de mi existencia aislada preguntándome si podría haberles salvado.

Pienso en mis rutinas. Mis medidas de seguridad. La cuidadosa invisibilidad que he cultivado. Una decisión, un momento de

debilidad, y podría perderlo todo. Romanov podría encontrarme. Sus hombres podrían aparecer en mi puerta.

Pero ¿de qué sirve sobrevivir si pierdo cada pedazo de humanidad en el proceso? ¿De qué sirve vivir si tengo demasiado miedo de ser humana?

—Maldita sea —susurro.

La nieve ya está cubriendo el rastro de sangre. En una hora, será como si esta persona nunca hubiera estado aquí. Como si nunca hubiera tenido que tomar esta decisión. Pero la estoy tomando. Dios me ayude, la estoy tomando.

Doy mi primer paso hacia la figura desplomada, el rifle agarrado con manos temblorosas.

2

ALEKSANDR

El frío me golpea primero, tan intenso que siento como si mis huesos se hubieran convertido en hielo y mi sangre se hubiera congelado en mis venas. Intento moverme, forzar a mi cuerpo a obedecer, pero nada responde a mis órdenes.

Luego llega el dolor, agudo y ardiente en mi hombro, irradiando hacia abajo por mi brazo en oleadas que deberían hacerme gritar, pero hay algo más compitiendo por mi atención. Un dolor sordo y pulsátil en mi cabeza late con cada latido del corazón, como si alguien hubiera golpeado mi cráneo y dejado un martillo clavado allí. Los dos dolores luchan por dominar, y no puedo gritar porque mi garganta está áspera y mi boca seca como la arena.

Entro y salgo de la conciencia, el tiempo pierde todo significado mientras manos me agarran y comienzan a tirar de mí, arrastrándome sobre algo que rasga mi piel. El dolor en mi hombro explota en una agonía blanquecina y ardiente, e intento resistirme, intento sacudirme de quien me toca, pero mis brazos no cooperan y mi cuerpo se niega a obedecer.

Una voz atraviesa la niebla. Es de mujer, hablando palabras que debería entender pero que no puedo captar del todo. Los sonidos

me envuelven, urgentes y asustados, y alguna parte de mi cerebro reconoce el idioma, incluso si no puedo procesar el significado. Inglés. Está hablando inglés. ¿Por qué lo sé si no puedo entender lo que dice?

Mi cuerpo se desplaza sobre algo áspero y frío que reconozco como nieve, y luego, de repente, hay calor, sorprendente y repentino, haciendo que mi cuerpo tiemble con violentos estremecimientos que no puedo controlar. La voz vuelve a sonar, más cerca ahora, casi suplicante, y quiero responder, quiero decirle a esta persona que estoy intentando cooperar, pero la oscuridad sigue arrastrándome hacia abajo antes de que pueda formar palabras.

Cuando vuelvo a salir a la superficie, hay luz. Tenue y parpadeante como la luz de una hoguera, pero nada de ella me hace sentir seguro. Las manos me tocan de nuevo, más suaves esta vez, más cuidadosas mientras me quitan la ropa y despegan capas que se adhieren a mi piel. Cada instinto que tengo grita peligro, me dice que luche, que me defienda, pero no puedo hacer que mi cuerpo obedezca, y mis extremidades no son más que peso muerto.

El rostro de la mujer aparece borroso sobre mí. Cabello rubio, corto y ondulado, enmarca rasgos que no puedo enfocar del todo. Sus ojos, sin embargo, los veo claramente por un momento. Azul oscuro, casi medianoche, llenos de concentración y algo que podría ser miedo. Es joven, quizás de unos veintitantos años.

Sus manos se mueven sobre mi pecho, presionando algo caliente contra mi piel, y me doy cuenta de que estoy temblando tan fuerte que mis dientes castañetean. El sonido reverbera en mi cráneo, mezclándose con el intenso dolor de cabeza hasta que no puedo distinguir dónde termina un dolor y comienza otro.

Intento hablar, intento preguntar dónde estoy, quién es ella, qué me ha pasado. Mi boca se abre, pero solo sale un gemido, bajo y lastimero, el sonido de un animal herido más que el de un hombre. La mujer se inclina más cerca, su aliento cálido en mi rostro, y dice

algo que todavía no puedo entender. Su voz es suave ahora, tranquilizadora, como si intentara calmar a un caballo asustado.

La oscuridad me arrastra de nuevo, y la dejo llevarme porque luchar duele demasiado.

Cuando vuelvo en sí, todavía siento frío, pero no el frío penetrante de antes. Estoy recostado sobre algo blando, cubierto de capas de tela que huelen a humo de leña y a algo floral que no puedo identificar. El dolor en mi hombro ha cambiado, más agudo ahora, más concentrado, como si alguien estuviera hurgando en la herida con cuchillos calientes.

Obligo mis ojos a abrirse y vuelvo a ver a la mujer. Está inclinada sobre mi hombro, su rostro tenso por la concentración, y hay sangre en sus manos. Mi sangre. La vista debería alarmarme, debería desencadenar algún tipo de reacción, pero no puedo reunir la energía para preocuparme. La observo trabajar con una fascinación distante, notando la firmeza de sus manos, la precisión cuidadosa de sus movimientos.

Lleva puesta una camiseta térmica que se ajusta a sus curvas, y a pesar de la neblina del dolor, alguna parte primitiva de mi cerebro registra el volumen de sus pechos, la curva estrecha de su cintura. Es hermosa de una manera práctica, sin tonterías, como si no tuviera tiempo para la vanidad, pero la naturaleza le dio buenos cimientos de todos modos.

Sus ojos se clavan en mi rostro y se queda paralizada al verme despierto. Nos miramos durante un largo instante y veo el miedo cruzar sus facciones antes de que adopte una expresión neutra. Dice algo, una pregunta quizá, pero las palabras se deslizan junto a mí como agua.

Intento responder, intento formar palabras, pero mi lengua se siente pesada y torpe en mi boca. El esfuerzo me agota y mis ojos se cierran de nuevo a pesar de mis intentos por permanecer consciente.

Esta vez, la oscuridad es diferente. Más profunda. Me hundo en ella como si cayera a través de aguas negras y, de repente, estoy en otro lugar completamente distinto.

El aire frío muerde mi rostro y estoy de pie en la oscuridad. La nieve cae a mi alrededor en copos gruesos que se enredan en mi pelo y se derriten sobre mi piel. Conozco este lugar, o debería conocerlo, pero los detalles son borrosos, indistintos, como mirar a través de un cristal empañado.

Alguien está a mi lado. Noto su presencia, sólida y familiar, pero cuando intento girar la cabeza para ver quién es, mi cuerpo no responde. La persona habla, su voz queda y urgente, pero las palabras están apagadas, distorsionadas, como si las oyera bajo el agua.

Intento responder, intento preguntar qué está pasando, pero antes de que pueda articular las palabras, un sonido agudo y estridente resuena en la noche como un trueno. Un disparo. Sé que es un disparo aunque no recuerdo cómo lo sé.

El dolor estalla en mi hombro, ardiente e inmediato, haciéndome girar. Tropiezo, mis pies resbalan en la nieve, y hay otro sonido, otro estallido, y entonces mi cabeza estalla en agonía. El mundo se inclina de lado y caigo, caigo a través de la nieve y la oscuridad, y no puedo detenerme, no puedo sujetarme, no puedo hacer nada más que caer.

La persona que estaba a mi lado ha desaparecido. O quizá nunca estuvo allí. Quizá me la imaginé. Pero la traición arde en mi pecho casi con la misma intensidad que la herida de bala, y sé, de algún modo sé, que quien disparó era alguien en quien confiaba.

Intento aferrarme al recuerdo, intento enfocarlo, pero es como intentar agarrar humo. Cuanto más lo persigo, más rápido se disipa hasta que solo me quedan los ecos de los disparos y el sabor de la traición en la lengua.

Mis ojos se abren de golpe y estoy de vuelta en la cabaña, de nuevo sobre la superficie blanda con la mujer inclinada sobre mí. Mi corazón golpea contra mis costillas y el sudor perlado en mi frente a pesar del frío. El rostro de la mujer cobra nitidez, sus ojos azul oscuro abiertos por la preocupación, y está diciendo algo, su voz urgente y preocupada.

Intento contarle sobre el recuerdo, sobre el disparo y la traición, pero las palabras no salen. Mi boca se abre y se cierra inútilmente y la frustración crece en mi pecho como algo vivo. ¿Quién soy? ¿Por qué no puedo recordar? ¿Por qué todo parece envuelto en algodón, justo fuera de mi alcance?

Las manos de la mujer están ahora en mi rostro, frescas y suaves, y me mira a los ojos como si buscara algo. Quiero preguntarle qué ve, si puede decirme quién soy, pero la oscuridad tira de mí de nuevo, arrastrándome hacia sus profundidades.

Esta vez lucho contra ella, aferrándome a la consciencia, porque necesito respuestas. Necesito saber qué pasó, quién soy y por qué alguien me disparó y me dejó morir en la nieve. Pero mi cuerpo tiene otros planes y el agotamiento me golpea como una ola.

Lo último que veo antes de que la oscuridad me arrastre es el rostro de la mujer, su expresión una mezcla de determinación y miedo, y me pregunto si será mi salvación o mi perdición.

Cada vez que emergo, intento aferrarme a los recuerdos, intento sacar algo, cualquier cosa, del vacío donde debería estar mi identidad. Pero no hay nada. Solo vacío y el eco de los disparos y la certeza de que alguien en quien confié me disparó y me dejó congelándome.

Pero entonces llegan los sueños. ¿O son recuerdos?

La nieve crujiendo bajo unas botas. No las mías. El peso de alguien más, su paso deliberado y medido. Estoy boca arriba, el frío filtrándose a través de mi abrigo, y puedo oírlos alejarse de mí. El

sonido de sus pasos es claro, sin prisa, como si no tuvieran ningún lugar adonde ir. Como si ya me hubieran olvidado. Mi pecho se agita, intentando llevar aire a unos pulmones que no quieren funcionar. El cielo sobre mí es blanco e infinito. Intento mover el brazo, pero no obedece. Solo puedo escuchar cómo esos pasos se desvanecen en la nada y saber que quienquiera que fuese, tomó la decisión de dejarme aquí.

Mis ojos se abren de golpe y veo una sombra inclinada sobre mí. Mi reacción es puro instinto, supervivencia. Agarro un brazo y gruño —*Predatel*!—. Traidor.

3

LENA

Me tiemblan las manos mientras coloco los suministros sobre la mesa de la cocina. Toallas. Alcohol. El botiquín de primeros auxilios que mi madre insistió en que llevara cuando huí a Montana. Un alicate de punta fina que esterilicé en agua hirviendo. Un kit de costura porque no tengo hilo quirúrgico adecuado.

El hombre está tendido en mi sofá, inconsciente y sangrando sobre la sábana que puse para proteger los cojines. Lo he arrastrado hasta dentro, le he quitado las capas exteriores de ropa y ahora estoy mirando una herida de bala en su hombro que necesita ser extraída antes de que se infecte.

Su cabeza sangra mucho, como ocurre con la mayoría de las heridas en la cabeza. Pero cuando la reviso, veo que es un corte profundo. La bala no entró en su cráneo. Tiene mucha suerte.

Después de limpiar y vendarle la cabeza, miro su hombro con una mueca de disgusto. La bala tiene que salir.

Vierto vodka sobre mis manos, luego sobre el alicate y doy un largo trago directamente de la botella. El ardor en mi garganta me da un poco de tranquilidad.

La herida está alta en su hombro izquierdo, el punto de entrada está limpio, pero la salida... no hay ninguna. La bala todavía está dentro. Presiono suavemente alrededor del área, sintiendo el bulto duro del metal bajo los músculos y la piel desgarrados. Él gime, pero no despierta.

—Lo siento —murmuro—. Esto va a empeorar antes de mejorar.

Corto su camiseta térmica con unas tijeras, revelando un pecho que me deja sin aliento a pesar de las circunstancias. Está hecho como alguien que pasa tiempo en el gimnasio, con músculos definidos y hombros anchos. Pero son las cicatrices las que hacen que mis manos se detengan.

Hay muchas.

Una línea larga y fina atraviesa sus costillas, parece una herida de cuchillo. Un círculo hundido en su abdomen que solo puede ser un viejo agujero de bala. Cicatrices más pequeñas dispersas por su torso como un mapa de violencia. Este hombre ha sido herido antes, gravemente y a menudo.

Y luego están los tatuajes.

Un diseño de pulsera rodea su muñeca izquierda, patrones intrincados que parecen casi tribales. No sé lo que significan, pero sé que significan algo. Estos no son errores de borrachera ni rebeldía juvenil. Son deliberados, significativos.

No hay arcoíris. Ni gatitos. Solo tinta que grita *Peligro*.

Me obligo a concentrarme en la herida de bala. El alicate se siente torpe en mis temblorosas manos mientras sondeo el punto de entrada, buscando la bala. La sangre brota, caliente y espesa, y tengo que limpiarla con una toalla para poder ver lo que estoy haciendo.

El rostro del hombre se contrae de dolor, y me quedo paralizada, temiendo que despierte y me agarre. Pero solo vuelve a gemir, con

la cabeza girada hacia un lado.

—Quédate dormido —suplico—. Por favor, quédate dormido.

Encuentro la bala alojada contra el hueso y me da náuseas. Sacarla le va a doler, posiblemente dañará más el tejido circundante. Pero dejarla ahí definitivamente lo matará.

Doy otro trago de vodka y me pongo manos a la obra.

Tarda veinte minutos que se sienten como horas. Me duele la espalda por estar agachada sobre él, y el sudor me corre por la cara a pesar del frío de la cabaña. Cuando la bala finalmente sale con un sonido húmedo y succionante, casi lloro de alivio.

La bala está deformada, abierta en forma de hongo por el impacto. La dejo caer en un plato y empiezo a empacar la herida con gasa limpia, aplicando presión para detener el sangrado. La voz de mi madre resuena en mi cabeza, calmada y profesional incluso en una crisis. —Presión primero. Siempre presión primero.

Una vez que el sangrado disminuye, limpio la herida a fondo con alcohol, ignorando cómo el cuerpo del hombre se estremece ante el escozor. Luego viene la costura. Mis manos están más firmes ahora, la memoria muscular toma el control mientras hago pequeñas y cuidadosas suturas como me enseñó mi madre. Las puntadas no son bonitas, pero son funcionales.

Lo vendo y me recuesto, agotada. El amanecer asoma afuera, la luz gris se filtra por las ventanas. La tormenta finalmente ha cesado.

El hombre sigue durmiendo, respirando profunda y regularmente. Le reviso el pulso y lo encuentro fuerte. Probablemente sobrevivirá. A menos que se infecte. A menos que tenga lesiones internas que no puedo ver. A menos que una docena de otras cosas salgan mal.

Debería haberlo dejado en la nieve.

Pero no lo hice, y ahora está aquí, sangrando sobre mi sofá, y no tengo idea de qué hacer a continuación.

Me obligo a catalogar el resto de él, buscando pistas sobre quién es. Su ropa es cara. Las capas térmicas son de marcas de alta gama, y sus botas son de cuero italiano, apenas estrenadas.

Su reloj llama mi atención. Todavía está en su muñeca, una pesada pieza de metal y cristal que debe haber costado una fortuna. No reconozco la marca, pero reconozco la calidad cuando la veo.

Este hombre tiene dinero. Mucho dinero.

Recuerdo el arma que le quité antes de arrastrarlo hasta dentro. Está escondida en el armario de mi habitación ahora, una pistola negra y elegante, que se sentía perfectamente equilibrada en mi mano. No sé mucho sobre armas más allá de mi rifle, pero incluso yo pude darme cuenta de que esa arma es de primera categoría.

Todo en él grita peligro y dinero.

Paso el resto de la mañana limpiando la sangre, quemando las toallas ensangrentadas en la estufa de leña y revisando a mi paciente cada veinte minutos. No despierta, solo duerme el sueño profundo de los heridos y agotados.

Para la tarde, estoy agotada. Hago té y me siento en el sillón frente al sofá, observándolo respirar. Su rostro es llamativo, incluso pálido y marcado por el dolor. Mandíbula fuerte, nariz recta, labios que probablemente serían sensuales si no estuvieran apretados por el malestar. Su cabello es oscuro y más largo de lo que esperaba, cayéndole sobre la frente.

Es guapo. Peligrosamente guapo.

Estoy contemplando preparar la cena cuando finalmente abre los ojos.

Son dorados. Dorados de verdad, como la miel bajo el sol, y se fijan en mí con una intensidad que hace que mi corazón se acelere.

Sus ojos se estrechan en peligrosas rendijas y agarra mi brazo. —¡*Predatel*!—

Grito y me retiro. Afortunadamente, está débil por la pérdida de sangre y no puede mantener su agarre sobre mí. Traidor. Me había llamado traidora. No hablo muy bien ruso, solo lo suficiente para defenderme. Si no lo hablan demasiado rápido. Aunque reconozco la palabra «predatel».

De repente, parpadea y la mirada desenfocada y perdida desaparece de sus ojos. Me mira como si me viera por primera vez.

—¿Dónde…?— Su voz es áspera, apenas un susurro. Intenta sentarse y enseguida jadea, llevándose la mano a su hombro vendado.

—No te muevas— digo rápidamente, dejando mi té. —Te dispararon. Quité la bala, pero necesitas mantenerte quieto o te abrirás los puntos—.

Me mira fijamente, esos ojos dorados recorren mi rostro como si intentara ubicarme. —¿Quién eres tú?—

—Maya—. La mentira sale fácil después de tres años de práctica. —Te desplomaste cerca de mi cabaña durante la tormenta. Te traje adentro—.

—Maya—, repite lentamente, como si estuviera probando el nombre. Luego frunce el ceño. —¿Quién soy yo?—

Mi estómago da un vuelco. —¿Qué?—

—No…— Cierra los ojos, apretando la mandíbula. —No recuerdo. Mi nombre. De dónde soy. Por qué estaba…— Abre los ojos de nuevo, y ahora hay pánico en ellos. —No recuerdo nada—.

Dios mío. Amnesia. Por supuesto. Como si esta situación no fuera ya lo suficientemente complicada.

—Está bien—, digo, intentando sonar tranquila aunque mi mente va a mil por hora. —Te golpeaste la cabeza. Tienes un buen chichón, pero la pérdida de memoria probablemente sea temporal—.

—¿Probablemente?— Su voz se agudiza a pesar de su debilidad.

—No soy médica. Pero las lesiones en la cabeza pueden causar amnesia temporal. Podría volver—.

Permanece en silencio durante un largo momento, sus ojos nunca dejan mi rostro. Me siento expuesta bajo esa mirada, como si estuviera leyendo cosas que no quiero que vea.

—Me salvaste la vida—, dice finalmente.

—No podía dejarte morir en la nieve—.

—Algunas personas lo habrían hecho—.

La certeza en su voz me hace preguntarme qué clase de vida ha llevado para asumir que la gente lo dejaría congelarse. Aunque no recuerde su vida.

—¿Tienes hambre?— pregunto, cambiando de tema. —Deberías comer algo. Mantener tus fuerzas—.

Asiente lentamente, y yo escapo a la cocina para calentar sopa. Mis manos tiemblan mientras trabajo. Un hombre con amnesia. Un hombre peligroso, si sus cicatrices y tatuajes son una indicación. Y, por supuesto, el arma que le quité. Un hombre al que dispararon y dejaron por muerto.

Y yo acabo de invitarlo a mi casa.

Le llevo la sopa y le ayudo a sentarse lo suficiente para comer, colocando almohadas detrás de él. Hace una mueca con cada movimiento, pero no se queja. Sus ojos siguen mis movimientos mientras me acomodo en el sillón con mi propio tazón.

—Gracias—, dice después de unos cuantos cucharadas.

—De nada—.

—Maya—. Dice mi nombre falso como si lo estuviera memorizando.

Asiento.

Comemos en silencio un rato, el único sonido es el viento afuera y el crepitar del fuego. La tormenta podría haberse detenido, pero la temperatura ha bajado aún más.

—¿Cómo debería llamarte?— pregunto finalmente. —Ya que no recuerdas tu nombre—.

Lo considera, sus ojos dorados distantes. —No lo sé. ¿Qué piensas tú?—

—Pareces un Sasha—, digo sin pensar. Es un apodo ruso común, y algo en él parece ruso. Quizás sea la estructura ósea, o la manera en que se sostiene incluso estando herido.

Por supuesto, podría ser lo obvio: su acento ruso, aunque sea leve.

—Sasha—. Lo prueba, luego asiente. —De acuerdo. Sasha será.

—¿Recuerdas algo? ¿Incluso cosas pequeñas?—

Permanece en silencio, su ceño fruncido en concentración. —Recuerdo… frío. Dolor. Alguien alejándose—. Aprieta la mandíbula. —Traición. Recuerdo sentirme traicionado—.

—Alguien te disparó y te dejó morir—.

—Sí—. La palabra es plana, sin emoción, pero veo furia brillar en esos ojos dorados. —Alguien en quien confiaba—.

Hablamos mientras la tarde se convierte en noche, conversaciones cuidadosas que dan vueltas alrededor de las preguntas importantes. Me pregunta sobre la cabaña, sobre Montana, sobre cómo terminé aquí. Le doy la versión limpia, la historia que he contado a las pocas personas con las que he interactuado en los últimos tres años. Una chica de ciudad buscando soledad. Nada más.

No insiste, pero puedo ver que está archivando detalles, su mente trabajando incluso a través del dolor y la confusión.

Preparo la cena, una pasta simple con salsa enlatada, y comemos juntos mientras la tormenta arrecia de nuevo afuera. La cabaña se siente más pequeña con él dentro, su presencia llena el espacio de una manera que me hace estar hiperconsciente de cada movimiento, cada mirada.

Me observa cuando cree que no lo estoy mirando. Lo pillo estudiando mi rostro, mi cuerpo, la manera en que me muevo por mi propio espacio. Debería hacerme sentir incómoda, pero en cambio, hace que mi piel se sienta demasiado caliente, demasiado ajustada.

Yo también estoy notando cosas. Sus hombros anchos. La aguda inteligencia en esos ojos dorados que sugiere que la amnesia no ha embotado su mente, solo ha borrado sus recuerdos.

Es peligroso y hermoso, y yo soy una idiota por dejarlo quedarse.

Pero la alternativa era dejarlo morir, y no podía hacerlo. Incluso sabiendo lo que sé sobre hombres peligrosos, sobre el Bratva, sobre el precio de la misericordia.

Estoy recogiendo los platos de la cena cuando un sonido nos hace a ambos quedarnos inmóviles.

Un fuerte golpe contra la puerta. Como algo pesado impactando contra la madera.

La mano de Sasha vuela a su cintura, su cuerpo se tensiona, sus ojos se vuelven agudos y enfocados.

4

ALEKSANDR

El ruido en la puerta resulta ser nada más que una rama, cargada de nieve, que finalmente cede a la gravedad y se estrella contra la madera. Mi mano aún se mantiene suspendida donde debería estar mi arma, la memoria muscular gritándome incluso aunque no recuerdo por qué sé exactamente cómo desenfundar, apuntar y disparar en un solo movimiento fluido.

Maya me observa con esos ojos azul medianoche, y puedo ver el cálculo en su mirada. Ha notado mi reacción, la ha archivado junto con todas las demás observaciones que ha estado haciendo desde que desperté en su cabaña.

—Solo es una rama —dice, con una voz cuidadosamente neutral—. Pasa todo el tiempo durante las tormentas.

Asiento, obligando a mi cuerpo a relajarse aunque todos mis instintos me dicen que debería asegurar el perímetro, revisar las líneas de visión y proteger las salidas. Los pensamientos vienen automáticamente, evaluaciones tácticas que no recuerdo haber aprendido.

—Te moviste rápido —observa ella, acomodándose de nuevo en el sofá con su té—. Como si hubieras recibido entrenamiento.

—¿Lo hice? —La pregunta sabe amarga—. No sé lo que he hecho. Lo que he sido. Quién he sido.

Ella guarda silencio por un momento, estudiándome sobre el borde de su taza. La luz del fuego se refleja en su cabello rubio, tornándolo dorado, y me encuentro notando la curva de su cuello, la forma en que su camiseta térmica se adhiere a sus pechos generosos, algo en lo que definitivamente no debería estar pensando mientras atravieso una crisis existencial.

—Te estás recuperando bien —dice en lugar de responder a mi pregunta implícita—. Las suturas están aguantando. No hay señales de infección.

—Gracias a ti —Me muevo en el sofá, probando mi hombro. El dolor ahora es soportable, un latido sordo en lugar de la agonía insoportable de antes.

Ella deja su té y se levanta, dirigiéndose a la estantería en la pared opuesta. Observo el vaivén de sus caderas en esos vaqueros gastados, la forma en que el denim abraza un trasero que es a la vez atlético y curvilíneo en los lugares correctos.

Dios, estoy hecho un desastre. Herido, amnésico y aparentemente todavía capaz de apreciar a una mujer hermosa.

—¿Te gusta leer? —pregunta, pasando los dedos por los lomos de los libros.

—No lo sé —admito con aspereza.

Ella saca un libro de bolsillo gastado y regresa al sofá, esta vez sentándose más cerca. Lo suficiente como para que pueda olerla, algo limpio y floral bajo el olor a humo de leña que lo impregna todo en la cabaña.

—¿Quieres que te lea? Podría ayudarte a relajarte.

Asiento, y ella abre el libro en una página marcada. Su voz es suave y melodiosa mientras comienza, leyendo sobre un detective que

sigue a un asesino por calles empapadas de lluvia. Me encuentro menos interesado en la trama y más cautivado por el sonido de su voz, la forma en que sus labios articulan las palabras, la ocasional sonrisa cuando llega a una línea particularmente ingeniosa.

—Tienes una voz hermosa —digo cuando hace una pausa para pasar la página.

El color asciende a sus mejillas, y ella aparta la mirada, colocándose una mecha de cabello rubio detrás de la oreja. —Gracias —murmura, con voz de repente tímida.

La observo mientras se acomoda de nuevo en el sofá, sus dedos encontrando su lugar en el libro otra vez. Está turbada, y resulta increíblemente atractivo.

—Entonces, este detective —digo cuando hace una pausa—. Está persiguiendo a alguien peligroso.

—Muy peligroso —marca su lugar con el dedo—. ¿Por qué? ¿Te molesta?

—No. Solo me pregunto si es lo suficientemente inteligente para atraparlo.

Ella inclina la cabeza, divertida. —Ya estás interesado. Eso es bueno. La mayoría de la gente se aburriría a estas alturas.

—No soy como la mayoría —las palabras salen más ásperas de lo que pretendía, y ella se ríe, una risa genuina que ilumina todo su rostro.

—Sigue leyendo —digo, y lo digo en serio. No por el libro, sino porque quiero escuchar su voz durante horas. —Quiero saber si atrapa al asesino.

—Paciencia —bromea—. A los que esperan, les llegan cosas buenas.

Nuestras miradas se encuentran, y algo eléctrico pasa entre nosotros. —Nunca he sido bueno con la paciencia —fruncio el ceño

—. Al menos, creo que no.

Cierra el libro, sus dedos recorren la cubierta.

—¿Qué más necesito saber sobre mí? Me has estado observando. ¿Qué has notado?

Lo considera, su mirada recorre todo mi cuerpo de una manera que hace que mi piel se sienta demasiado caliente. —Eres zurdo. Duermes sobre tu lado derecho, probablemente para mantener elevado tu hombro lesionado. Revisas las salidas cada vez que entras en una habitación. Cuentas cosas—pasos, ventanas, puertas —. Y hablas en ruso mientras duermes.

—¿Ruso? —Algo parpadea en mi mente, palabras que conozco pero que no puedo ubicar—. ¿Qué digo?

—No hablo mucho ruso. Solo unas cuantas palabras aquí y allá. Pero suenas enfadado y tus palabras son apagadas, así que no pude entenderlas.

El fuego crepita, enviando chispas por la chimenea, y Maya tiembla a pesar del calor.

—¿Tienes frío? —pregunto.

—La temperatura está bajando. Se nos está acabando la leña, y no podré conseguir más hasta que pase la tormenta —mira hacia la estufa de leña—. Tendremos que conservar lo que nos queda.

—Ven aquí —la orden sale natural, y la ve vacilar antes de acercarse. Levanto mi brazo sano, y ella se acomoda a mi lado, su cuerpo encajando con el mío como si lo hubiéramos hecho mil veces antes.

El contacto envía calor a través de mí que no tiene nada que ver con el calor corporal compartido. Ella es suave y curvilínea en todos los lugares correctos, y soy muy consciente de cada punto donde nos tocamos. Su cabeza descansa sobre mi pecho, y puedo sentir su aliento a través de mi camiseta térmica.

Inclina la cabeza hacia arriba, y de repente, su cara está a centímetros de la mía. Esos ojos azul oscuro están abiertos, las pupilas dilatadas, y puedo ver el pulso agitándose en su cuello.

Debería retroceder. Debería recordar que soy un extraño para mí mismo, que podría ser cualquiera, cualquier cosa. Que alguien me disparó y me dejó morir, lo cual sugiere que probablemente no sea un buen hombre.

Pero sus labios están ahí, ligeramente entreabiertos, y la forma en que me mira hace que todo pensamiento racional se evapore.

—Maya —murmuro, y suena como una pregunta.

Ella responde cerrando la distancia entre nosotros.

El beso es suave al principio, tentativo, como si ambos estuviéramos probando límites. Sus labios son cálidos y saben ligeramente a té y miel. Mi mano se desliza para sostener la parte posterior de su cuello, los dedos entremezclándose con su corto cabello rubio, y el beso se profundiza.

Ella emite un pequeño sonido en la parte posterior de su garganta que va directamente a mi entrepierna. Su mano se posa sobre mi pecho, justo sobre mi corazón, y puedo sentirlo golpeando contra su palma.

Cuando finalmente nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Sus mejillas están sonrojadas, y no me mira directamente a los ojos.

—Eso fue… —empiezo.

—Sí. Eso fue —se muerde el labio inferior, y quiero besarla de nuevo solo para sentir ese pequeño gesto.

—Ni siquiera sé mi propio nombre —digo, las palabras saliendo más duras de lo que pretendía—. Podría estar casado. Podría ser un criminal. Podría ser cualquier cosa.

En lugar de responder, desaparece en el baño y regresa con un pequeño espejo, del tipo que las mujeres usan para maquillarse. Me lo entrega, y yo observo la superficie reflectante como si pudiera morderme.

—Deberías verte —dice suavemente—. Quizá te ayude.

No lo tomo inmediatamente. Mis manos se sienten pesadas, como si estuvieran cargadas de plomo. Parte de mí sabe que mirar en ese espejo significa enfrentar algo que he estado evitando desde que desperté en esta cabaña. El rostro que me devuelva la mirada pertenecerá a alguien. Alguien con un pasado. Alguien lo suficientemente importante como para dispararle. Puedo sentir el miedo enrollándose en mi pecho, una serpiente que susurra que no me gustará lo que veré. Que el hombre que me mire tendrá ojos fríos. Ojos de asesino. El tipo de ojos que pertenecen a alguien que ha hecho cosas terribles y nunca ha perdido el sueño por ello.

Levanto el espejo lentamente, y el rostro de un extraño me devuelve la mirada. Mandíbula fuerte cubierta por varios días de barba oscura. Nariz recta. Pómulos altos. Y ojos del color de la miel o el oro, inusuales y llamativos.

Toco mi rostro, viendo cómo el reflejo hace lo mismo, intentando encontrar alguna chispa de reconocimiento. Pero no hay nada. Solo un extraño apuesto con una venda en la sien y preguntas en sus ojos.

—¿Te reconoces? —pregunta Maya.

—No —dejo el espejo, mi mano tiembla ligeramente—. Nada. Es como mirar a alguien completamente distinto.

Toma mi mano, sus dedos se entrelazan con los míos, y ese simple gesto me ancla.

Miro al extraño en el cristal, a las cicatrices y el miedo grabados en cada línea de su rostro. Mi rostro. Un rostro que pertenece a alguien

que fue disparado y dejado para morir. Alguien lo suficientemente peligroso como para merecer ese tipo de violencia.

—¿Merecía que me dispararan?

5

LENA

Han pasado dos semanas y he visto a Sasha moverse por mi cabaña como si fuera suya, su presencia llenando cada rincón hasta que no recuerdo cómo era el silencio antes de él.

Estoy cortando verduras para la cena cuando pasa por la ventana de la cocina, sin camiseta a pesar del frío, un hacha equilibrada en su hombro bueno. El cuchillo se detiene en mitad del corte mientras observo el juego de músculos en su espalda, la forma en que las alas de dragón tatuadas en sus omóplatos parecen moverse con cada golpe del hacha. El sudor brilla en su piel incluso en el aire helado, y tengo que obligarme a apartar la mirada antes de que me descubra mirando.

Otra vez.

—Te vas a cortar —murmuro, concentrándome de nuevo en las zanahorias.

La puerta se abre y él entra, trayendo consigo el aroma a pino y humo de leña. —La leña está apilada. Debería durarnos al menos otra semana.

—Gracias —no levanto la vista de la tabla de cortar, pero soy muy consciente de su movimiento detrás de mí, el calor que irradia su cuerpo cuando se inclina para coger un vaso.

—De nada, Maya —pronuncia mi nombre falso como si supiera que es una mentira, pero nunca ha insistido, nunca ha preguntado por qué una mujer de mi edad vive sola en medio de la nada, en Montana, con suficiente equipo de seguridad como para proteger una pequeña fortaleza.

Lo observo de reojo mientras llena el vaso de agua, su garganta moviéndose al beber. El vendaje en su hombro es más pequeño ahora, las cicatrices sanando limpiamente. En otra semana, podré quitarle los puntos. ¿Y entonces qué? ¿Se irá? ¿Querré que lo haga?

—El generador está haciendo ese ruido de nuevo —dice, dejando el vaso—. Debería echarle un vistazo antes de que se estropee del todo.

—No tienes que hacerlo.

—Quiero hacerlo —sus ojos dorados encuentran los míos, y hay algo en ellos que me hace revolverse el estómago—. Déjame ayudarte, Maya. Me estoy volviendo loco sin nada que hacer.

Asiento, sin confiar en mi voz, y él desaparece en el dormitorio para coger una camiseta. Lo oigo moverse, el crujido de la tela, y no imagino, bajo ningún concepto, cómo se vería el térmico al pasar sobre su cabeza, cómo se ceñiría a su pecho y abdomen.

Mentirosa.

Para cuando sale, me he controlado. En su mayoría.

—Guíame —dice, y yo cojo mi anorak.

El cobertizo del generador es pequeño y estrecho, obligándonos a estar muy cerca mientras sostengo la linterna y él examina la maquinaria. Es sorprendentemente hábil, sus manos moviéndose con confianza mientras revisa conexiones y prueba componentes.

—¿Cómo sabes tanto sobre generadores? —pregunto.

Se detiene, frunciendo el ceño. —No lo sé. Simplemente… lo sé —golpea ligeramente una conexión de cables—. Esto está flojo. Y este filtro necesita ser reemplazado. ¿Tienes uno de repuesto?

—En la cabaña. Lo traeré.

Cuando vuelvo con el filtro, se ha quitado la chaqueta a pesar del frío, las mangas de la camiseta subidas hasta mostrar antebrazos musculosos. Trato de no mirar fijamente cómo trabajan sus manos, competentes y seguras, como si hubiera hecho esto mil veces antes.

—Eres bueno en esto —digo, entregándole el filtro.

—Al parecer —me sonríe, transformando su rostro de peligrosamente guapo a devastador—. Tal vez fui mecánico en mi vida pasada.

—Tal vez —pero no lo creo. Los mecánicos no se mueven como depredadores. No tienen cicatrices como mapas de batalla en sus cuerpos.

Termina la reparación y prueba el generador. Este cobra vida, funcionando suave y constantemente, y él parece ridículamente satisfecho consigo mismo.

—Listo. Ahora debería funcionar bien.

—Gracias, Sasha. —El nombre ya me resulta natural, como si le perteneciera, aunque ambos sabemos que es temporal.

Regresamos juntos a la cabaña, nuestro aliento formando nubecillas en el aire gélido. El sol se está poniendo, tiñendo la nieve de tonos rosados y dorados, y por un momento, me permito fingir que esto es normal. Que soy solo una mujer viviendo en las montañas con un hombre que me hace latir el corazón, no una fugitiva escondiéndose de una sentencia de muerte junto a un amnésico que podría ser tan peligroso como los que me persiguen.

La cena es agradable, con una conversación trivial. Me habla del libro que está leyendo, un thriller que le recomendé, y yo le cuento sobre el podcast que escuché mientras él estaba fuera. Lavamos los platos juntos, moviéndonos en la pequeña cocina con una familiaridad que no debería existir después de solo dos semanas.

—Voy a ducharme —dice, y yo me esfuerzo por no imaginar el agua resbalando por su cuerpo, el jabón deslizándose sobre esos músculos, sus manos recorriendo su piel.

—Vale. —Mi voz sale un poco ahogada, y él me lanza una mirada que sugiere que sabe exactamente lo que estoy pensando.

Me ocupo revisando las cámaras de seguridad, cualquier cosa para distraerme del sonido del agua corriendo en el baño. Cuando sale veinte minutos después, con el cabello húmedo y oliendo a mi jabón, tengo que agarrarme al borde del escritorio para no hacer una tontería.

—Te toca —dice, acomodándose en el sofá con su libro.

La ducha ayuda. El agua fría al final definitivamente ayuda. Cuando salgo en pijama, con pantalones térmicos y una camisa de manga larga, ya me he controlado.

Él sigue leyendo, con sus largas piernas estiradas y los pies descalzos. Yo me acurruco en el sillón con mi propio libro, y leemos en un silencio cómodo, solo interrumpido por el crepitar del fuego y el ocasional pasar de una página.

No sé cuándo me quedo dormida, pero despierto con el sonido de movimientos bruscos y palabras en ruso entrecortadas. Sasha está en el sofá, su cuerpo rígido, su rostro contraído por el dolor o el miedo, o ambos. Gotas de sudor perlaban su frente a pesar del frío de la cabaña, y tiene las manos apretadas en puños.

—Sasha. —Me acerco rápidamente, arrodillándome junto al sofá. —Sasha, despierta.

No responde, solo sigue agitándose, su voz subiendo de tono, las palabras en ruso acelerándose. Atrapo "*nyet*" y "*predatel*" de nuevo, esa palabra que dijo la primera noche. Traidor.

—¡Sasha! —Le sacudo el hombro sano, con más fuerza esta vez.

Sus ojos se abren de golpe, salvajes y desenfocados, y de repente estoy en el suelo, con su mano alrededor de mi garganta. No aprieta, no me hace daño, pero me inmoviliza con una eficiencia aterradora. Su cuerpo cubre el mío, pesado y caliente, y sus ojos dorados no muestran reconocimiento.

—Sasha, soy yo. Soy Maya. —Mantengo la voz calmada, aunque mi corazón intenta salirse de las costillas. —Estabas teniendo una pesadilla. Estás a salvo.

El reconocimiento vuelve a sus ojos, y me suelta inmediatamente, apartándose y sentándose en un movimiento fluido. —Joder. Maya, lo siento. ¿Te he hecho daño?

—No. —Me incorporo lentamente, frotándome la garganta. —No me has hecho daño. Solo estabas... en otro lugar.

Se pasa las manos por el cabello, con el pecho agitado. —Estaba allí otra vez. En la nieve. Alguien se alejaba, y no podía moverme, no podía detenerlos. —Me mira, y hay angustia en sus ojos. —Creo que era alguien en quien confiaba. Alguien que me importaba.

Me acerco más, sentándome a su lado en el suelo, con la espalda contra el sofá. —¿Recuerdas algo más?

—No. Solo la sensación de traición. Como si me arrancaran el pecho. —Se vuelve hacia mí, y la vulnerabilidad en su expresión me corta la respiración. —Siento haberte asustado.

—No lo hiciste. *Mentira*. Bueno, quizá un poco. Pero estoy bien.

Guardamos silencio un momento, y entonces él extiende el brazo y me atrae contra su costado. Debería resistirme. Debería mantener la

distancia. En lugar de eso, me acurruco contra él, con la cabeza en su pecho, escuchando cómo su corazón reduce el ritmo frenético.

—Quédate —murmura contra mi pelo. —Por favor.

Debería decir que no. Debería volver a mi habitación, cerrar la puerta y recordar todas las razones por las que esto es una mala idea. En lugar de eso, asiento contra su pecho.

Nos acomodamos los dos en el sofá, él con la espalda contra los cojines, yo pegada a su costado. Es un espacio ajustado, pero ninguno parece importarle. Su brazo me rodea, manteniéndome cerca, y siento cómo la tensión abandona lentamente su cuerpo.

No estoy segura de quién se mueve primero. Quizá es él, levantándome la barbilla. Quizá soy yo, acercándome. Pero de repente, nos estamos besando, y no tiene nada que ver con el beso tímido de antes. Este es desesperado y hambriento, semanas de tensión liberándose al fin.

Su mano se desliza en mi cabello, inclinando mi cabeza para un mejor acceso, y me abro para él, saboreando la pasta de dientes de menta y algo más oscuro, más primitivo. Mis manos encuentran su pecho, sintiendo el rápido latido de su corazón bajo mis palmas, y él gruñe en mi boca.

Nos gira hasta que estoy debajo de él en el sofá, su cuerpo cubriendo el mío, y su peso se siente bien de una manera que debería aterrarme. Su boca se mueve hacia mi cuello, los dientes rozando el punto donde late mi pulso, y me arqueo hacia él con un jadeo.

—Dime que pare —murmura contra mi piel—. Dime que esto es una mala idea.

—Es una idea terrible —mis manos se deslizan bajo su camisa, encontrando piel caliente y músculo duro—. La peor.

Él levanta la cabeza, sus ojos dorados buscando los míos. —Entonces ¿por qué no paramos?

—Porque no quiero hacerlo —la admisión se siente como saltar de un acantilado—. ¿Y tú?

—No —me besa de nuevo, más lento esta vez, con detenimiento—. Te deseo tanto que no puedo pensar con claridad. Pero no quiero hacerte daño. No sé quién soy, qué he hecho. Podría ser cualquiera.

—Lo sé —le tome el rostro, sintiendo la aspereza de su barba contra mis palmas—. No me importa.

Eso es todo el permiso que necesita. Sus manos encuentran el dobladillo de mi pijama térmico, y levanto los brazos para que pueda quitármelo de un rápido movimiento. Sus ojos se oscurecen mientras contempla mi cuerpo, y me siento hermosa bajo su mirada a pesar de mi práctico sostén de algodón y el hecho de que no me he molestado en maquillarme en tres años.

Alcanzo su camisa, y él me ayuda a quitársela, haciendo una mueca leve cuando el movimiento tira de su hombro en proceso de curación. El recordatorio de su lesión me hace dudar.

—Tu hombro. No deberíamos.

—Mi hombro está bien —me besa de nuevo, sus manos se mueven hacia mis pechos, los pulgares rozando mis pezones a través del algodón.

Nos despojamos del resto de nuestra ropa con una urgencia torpe. Cuando finalmente estamos piel con piel, me tomo un momento para simplemente mirarlo. Es hermoso de una manera peligrosa, todo músculo duro y cicatrices antiguas, su cuerpo es un testimonio de la violencia que ha sobrevivido.

Se posiciona sobre mí, su peso recayendo sobre su brazo bueno, y lo siento duro y listo contra mi muslo. Pero cuando intenta entrar en mí, jadea de dolor, su hombro protestando por la posición.

—Maldita sea —la frustración tiñe su voz.

—Espera —empujo suavemente su pecho—. Déjame a mí.

Lo guío sobre su espalda y me siento a horcajadas sobre sus caderas, tomando el control. Sus manos encuentran inmediatamente mi cintura, sus dedos se clavan en mi piel mientras me hundo sobre él lentamente. Los dos gemimos por la sensación, el ajuste perfecto de nuestros cuerpos.

—Joder, Maya —su cabeza cae contra el cojín del sofá, sus ojos se cierran—. Te sientes increíble.

Empiezo a moverme, encontrando un ritmo que funcione para ambos, y sus manos guían mis caderas, ayudándome a cabalgarlo. La luz del fuego proyecta sombras sobre su rostro, destacando los ángulos marcados de sus pómulos, la línea fuerte de su mandíbula.

—Mírame —susurro, y sus ojos se abren, fijándose en los míos.

La intensidad de su mirada me quita el aliento. Me observa moverme sobre él, sus manos se deslizan para sostener mis pechos, y el placer crece entre nosotros como una tormenta que gana fuerza.

—Estoy cerca —advierte, su voz áspera.

—Yo también —me inclino hacia adelante, cambiando el ángulo, y de repente, estoy allí, cayendo por el borde con su nombre en mis labios.

Él me sigue segundos después, sus manos agarran mis caderas con suficiente fuerza como para dejarme moretones, su cuerpo arqueándose bajo el mío mientras encuentra su liberación.

Me desplomo sobre su pecho, ambos respirando con dificultad, nuestros cuerpos resbaladizos de sudor a pesar del fresco de la cabaña. Sus brazos me rodean, sosteniéndome cerca, y siento su corazón golpeando contra mi mejilla.

—Eso fue… —comienza.

—Sí —yo tampoco tengo palabras.

Nos quedamos allí durante largos minutos, ninguno de los dos queriendo movernos, romper el hechizo. Finalmente, él se mueve ligeramente, y levanto la cabeza para mirarlo.

—Quédate conmigo esta noche —dice—. En tu cama.

Asiento, y recogemos nuestra ropa, dirigiéndonos a mi dormitorio. Nos deslizamos bajo las sábanas juntos, y él me atrae hacia su lado, mi cabeza sobre su pecho, su brazo rodeando mis hombros.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando mis ojos se fijan en el tatuaje de alas de dragón que se extiende sobre sus omóplatos y espalda, ahora a la luz de la luna que entra por la ventana. Algo en ellas tira de mi memoria, un detalle que no logro ubicar.

Mi pecho se aprieta con una sensación de vacío. Algo en ese tatuaje me resulta familiar, pero no logro ubicarlo.

6

ALEKSANDR

Me despierto entre sábanas frías y una cama vacía. Mi mano se desliza por el colchón donde debería estar Maya, pero solo encuentro la leve huella de su cuerpo y el aroma persistente de su piel. La ausencia me golpea más fuerte de lo que debería, un vacío en el pecho que no sé cómo describir.

Me incorporo, conteniendo un gemido cuando el movimiento tira de mi hombro herido. Los puntos aguantan, pero el músculo protesta cada vez que me muevo mal. Pequeño precio por seguir con vida. Pequeño precio por lo de anoche.

El recuerdo de su cuerpo bajo el mío, los sonidos que hizo, cómo me miró como si fuera algo más que un extraño con un pasado en blanco, me llena de calor a pesar del frío matutino.

Me pongo los pantalones térmicos y la camiseta, moviéndome en silencio por la cabaña. No está en la cocina. Ni en el baño. La puerta principal está entreabierta, y a través de la rendija la veo afuera, bajo la luz gris del amanecer.

Está atacando la leña como si le hubiera ofendido personalmente.

La observo por la ventana mientras blande el hacha con más fuerza de la necesaria, sus movimientos bruscos y agresivos. Lleva su anorak y botas, su pelo rubio atrapando la débil luz solar, y hasta desde aquí puedo ver la tensión en sus hombros, cómo pone todo su cuerpo en cada golpe.

Cogo mi chaqueta y salgo. El frío me golpea al instante, robándome el aliento, pero lo ignoro y cruzo el patio cubierto de nieve hacia ella. No mira hacia arriba, sigue golpeando, el hacha clavándose en la madera con crujidos satisfactorios que resuenan entre los árboles.

—Maya.

Se queda helada a mitad del movimiento, el hacha suspendida sobre su cabeza durante un instante antes de bajarla lentamente. Cuando se gira hacia mí, su expresión es cuidadosamente neutra, pero puedo ver la cautela en esos ojos azul oscuro.

—Deberías estar descansando —dice, con voz plana—. Las heridas del hombro y la cabeza necesitan tiempo para curarse.

—Están bien. —Me acerco, notando cómo cambia su peso, colocando el hacha entre nosotros como una barrera—. Te fuiste.

—Necesitaba leña. —Señala el montón de troncos partidos a su lado, evidencia de al menos una hora de trabajo—. Se nos está acabando.

—La repuse ayer. Tenemos para un par de días.

Ella aparta la mirada, fijándose en la línea de árboles en lugar de en mí. —No sé qué quieres que diga.

—La verdad estaría bien. —Mantengo la voz suave, pero hay un filo que no puedo reprimir del todo—. Lo de anoche pasó. No puedes fingir que no.

—No estoy fingiendo nada. —Deja el hacha y cruza los brazos sobre el pecho, a la defensiva—. Lo de anoche fue… pasó. Pero no cambia nada.

—¿No? —Doy un paso hacia ella, y ella retrocede. La retirada duele más que mi hombro—. Me tienes miedo.

—No te tengo miedo.

—Mientes. —Dejo de avanzar, dándole espacio aunque todos mis instintos me dicen que cierre la distancia, que la toque y demuestre que lo que compartimos anoche fue real—. Llevas semanas observándome, catalogando todo lo que hago, cada instinto que tengo. Has visto las cicatrices, los tatuajes, cómo me muevo. Sabes que soy peligroso.

Su mandíbula se tensa. —No sé nada de ti. Ese es el problema.

—Entonces pregúntame.

—¿Qué quieres que te pregunte? —Su voz sube ligeramente, la frustración filtrándose a través del control cuidadoso—. No recuerdas quién eres. No puedes decirme si eres un buen hombre o un monstruo. No puedes decirme si alguien va a aparecer aquí buscándote, si estar cerca de ti va a acabar conmigo muerta.

Las palabras golpean como puñetazos, pero no puedo discutirlas. Tiene razón. Soy una pizarra en blanco con instintos violentos y un cuerpo que ha pasado por el infierno. Por lo que ambos sabemos, podría ser exactamente el tipo de hombre del que debería huir.

—Entonces lo de anoche fue un error —digo en voz baja.

Ella se estremece. —No he dicho eso.

—No tenías que hacerlo —me doy la vuelta, dirigiéndome de nuevo hacia la cabaña, pero su voz me detiene.

—Sasha, espera.

La miro de nuevo y el conflicto en su rostro es doloroso de ver. Quiere confiar en mí. Quiere que anoche signifique algo. Pero el miedo está ganando, y no puedo culparla por eso.

—Solo necesito tiempo —dice en voz baja.

—Tómate todo el tiempo que necesites —fuerzo mi voz para sonar comprensivo, aunque la frustración se enrosca en mi estómago—. No voy a irme a ninguna parte. —Hago una pausa—. Por ahora, al menos.

La ironía no se nos escapa a ninguno de los dos. Literalmente no tengo otro lugar adonde ir.

Paso el resto de la mañana evitándola, lo cual es impresionante dado el tamaño de la cabaña, haciendo flexiones hasta que mi hombro grita de protesta. Cualquier cosa para quemar la energía inquieta que ha ido acumulándose desde que me desperté solo.

Alrededor del mediodía, ella prepara el almuerzo. Sopa y pan, sencillo y caliente. Comemos en silencio, la tensión entre nosotros tan espesa que casi asfixia. La pillo mirándome cuando cree que no la veo, su mirada se detiene en mis manos, mi pecho, mi rostro. Como si intentara memorizarme o descifrarme. Quizás ambas cosas.

—La tormenta está volviendo —dice al fin, rompiendo el silencio—. La radio del tiempo dice que llegará esta noche.

—¿Tenemos suficientes provisiones?

—Deberíamos estar bien. —Remueve la sopa con la cuchara, sin comer realmente—. Aunque podríamos quedarnos sin luz. Guarda silencio un rato, luego me sorprende al decir—: No me arrepiento. Anoche, quiero decir.

Dejo la cuchara, encontrando sus ojos al otro lado de la mesa. Sus mejillas se sonrojan.

—Entonces, ¿qué pasa?

Permanece callada un largo momento, sus dedos trazando patrones en la mesa. Cuando finalmente habla, su voz es apenas un susurro. —Llevo tres años sola. Lo elegí. Lo necesitaba. Y luego apareciste tú, sangrando en mi jardín, y de repente ya no estoy sola. No sé quién eres. *Tú* no sabes quién eres. Es un poco… desconcertante.

La honestidad en sus palabras abre algo en mi pecho. —Tienes razón. Ninguno de los dos sabe nada de mí. No sé si tengo familia, amigos o enemigos. Pero anoche, durante unas horas, nada de eso importó. Solo era un hombre con una mujer que me hizo sentir humano.

Ella me mira, y hay lágrimas en sus ojos. —¿Y si recuerdas? ¿Y si un día despiertas y eres alguien completamente diferente?

—Entonces lo afrontaré. —Extiendo la mano sobre la mesa, ofreciéndosela. Tras un instante, la toma—. Pero ahora mismo, en este momento, solo soy Sasha. Y tú solo eres Maya. ¿No puede ser eso suficiente?

Ella aprieta mis dedos. —No lo sé.

—Al menos es honesto.

Recogemos juntos, moviéndonos alrededor el uno del otro con una cortesía cuidadosa. La intimidad fácil de anoche se ha ido, reemplazada por este baile incómodo de dos personas que se han visto desnudas pero no saben cómo estar vestidas juntas.

Estoy revisando las cámaras de seguridad cuando un recuerdo me golpea como un tren de carga.

Una sala de juntas. Una mesa larga, pulida hasta brillar como un espejo. Hombres en trajes caros, sus rostros borrosos pero sus posturas claras. Deferencia. Miedo. Respeto. Estoy a la cabecera de la mesa, y cuando hablo, todos escuchan. El peso de la autoridad se posa sobre mis hombros como un abrigo familiar, cómodo y pesado. Estoy tomando decisiones que afectarán vidas, negocios, territorios. Mi palabra es ley.

El recuerdo se fragmenta antes de que pueda captar más detalles, dejándome mareado y desorientado. Me aferro al borde del escritorio, respirando con dificultad.

El día se arrastra. Leemos, preparamos la cena, mantenemos la cuidadosa distancia que hemos establecido. Pero la pillo mirándome cuando cree que no estoy prestando atención. Su mirada se detiene en mi pecho cuando alcanzo algo en un estante alto, en mis manos cuando corto verduras, en mi trasero cuando me agacho para añadir leña a la estufa. Esta última me hace sonreír. Puede que esté insegura sobre mí, pero todavía me desea.

Y yo no soy mejor. Observo cómo sus vaqueros abrazan sus curvas, el contorno de sus pechos bajo la camiseta térmica, la línea grácil de su cuello.

La noche cae temprano, y con ella llega la tormenta que Maya predijo. El viento aúlla alrededor de la cabaña, haciendo vibrar las ventanas. La nieve cae en gruesas cortinas, borrando el mundo más allá del cristal. Estamos atrapados juntos de nuevo, y la cabaña parece más pequeña que nunca.

Nos sentamos en silencio, escuchando el viento. El fuego crepita, proyectando sombras danzantes en las paredes. Debería ser pacífico, pero la tensión entre nosotros hace que el aire parezca electrizado.

—Lo siento —dice de repente—. Por esta mañana. Por echarme atrás.

—No tienes que disculparte.

—Sí que tengo. —Me mira, y a la luz del fuego, sus ojos son casi negros.

Estoy a punto de responder cuando un golpe seco resuena en la cabaña.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan. Mi mano vuela hacia la cintura donde debería haber un arma, y estoy de pie antes de que el pensamiento consciente surja.

7

LENA

Ya me dirijo hacia la puerta cuando Sasha me detiene con una mano alrededor del brazo.

—Déjame a mí —dice, con una voz grave y autoritaria que me hace revolverse el estómago.

Asiento con la cabeza y retrocedo mientras él se acerca a la puerta con la fluida elegancia de un depredador. No pregunta quién está ahí, no saluda, simplemente se coloca al lado del marco y la abre con un movimiento suave, su cuerpo tenso y preparado para la violencia.

—¡Oh! Hola —Pavel Galkin está en el porche, con los brazos llenos de provisiones y sus gafas de montura metálica empañadas por la diferencia de temperatura—. No sabía que Maya tenía visita.

La tensión se esfuma de mis hombros tan rápido que me mareo. —Pavel. Hola. Pasa, hace un frío que pela.

Pavel entra, sus ojos azul claro saltando entre Sasha y yo con evidente curiosidad. Mi vecino más cercano, que aún así vive bastante lejos, va vestido con su habitual ropa práctica para el exterior: un anorak grueso y botas gastadas, su pelo

prematuramente cano erizado en mechones donde el gorro lo ha aplastado.

—Te traje las provisiones semanales —dice, dejando dos bolsas de lona sobre la encimera de la cocina—. La leña extra está en la furgoneta. Pensé que con la tormenta y todo eso, quizá te estabas quedando corta.

—Eso es muy considerado. Gracias. —Me acerco para ayudarle a desempaquetar, muy consciente de que Sasha nos observa desde cerca de la puerta, sus ojos dorados siguiendo cada movimiento de Pavel.

Pavel saca latas, café y pan fresco envuelto en papel. —También cogí esas pilas que mencionaste la última vez. En la ferretería había rebajas. —Mira de nuevo a Sasha y luego a mí—. Eh... no sabía que esperabas a alguien.

—No lo esperaba. —Señalo a Sasha, que no se ha movido de su posición cerca de la puerta—. Este es Sasha. Es un amigo que se ha visto atrapado por la tormenta. Su coche se salió de la carretera a un kilómetro y medio de aquí.

—¿Un kilómetro y medio? —Las cejas de Pavel se elevan tras las gafas—. Es un buen paseo con una ventisca.

—Tengo suerte de que Maya me encontrara —dice Sasha, con un acento más marcado de lo habitual. Cruza la habitación con deliberada lentitud y tiende la mano—. Sasha.

Pavel se la estrecha, y noto que le tiembla ligeramente. —Pavel Galkin. Vivo a unos cinco kilómetros al este. Vengo a ver a Maya todas las semanas, me aseguro de que tenga lo que necesita.

—Muy amable por tu parte. —El tono de Sasha es agradable, pero hay algo debajo que me eriza el vello de la nuca.

—Bueno, aquí nos cuidamos los unos a los otros —Pavel se ajusta las gafas, un gesto nervioso que ya le he visto antes—. Sobre todo

en invierno. Las cosas pueden ponerse feas muy rápido.

Termino de desempaquetar las provisiones, hiperconsciente de la tensión que palpita entre los dos hombres. Pavel no deja de mirar a Sasha, fijándose en el vendaje visible en su cuello y la herida cosida en un lado de la cabeza.

—¿Quieres un café? —le pregunto a Pavel mientras saco dinero del bolso para pagarle las provisiones—. Has venido hasta aquí.

—Oh, no quiero molestar. —Pero Pavel ya está sacando una silla de mi pequeña mesa de cocina y sentándose como si planeara quedarse un rato—. Aunque, si me lo ofreces, no diría que no. Hoy hace un frío de muerte ahí fuera.

Sirvo tres tazas de café, añadiendo azúcar a la de Pavel como le gusta. Sasha lo toma solo, envolviendo sus grandes manos alrededor de la taza y observando a Pavel por encima del borde.

—Entonces, Sasha —dice Pavel, con una voz un poco demasiado alta, un poco demasiado amistosa—, ¿qué te trae por estos lares? Aparte del desafortunado accidente, quiero decir.

—Solo de paso —responde Sasha con soltura, como si lo hubiera ensayado—. Necesitaba un tiempo lejos de la ciudad.

—¿Qué ciudad?

—Nueva York. —Miro a Sasha con las cejas arqueadas antes de darme cuenta de que ha soltado un nombre al azar porque no sabe dónde vive.

Pavel asiente, pero sus dedos golpetean la taza en un ritmo rápido que delata sus nervios. —Lejos de casa. ¿A qué te dedicas allí?

—Consultoría de seguridad. —Las mentiras siguen fluyendo de sus labios.

—Interesante. —Los ojos de Pavel se posan en mí y luego vuelven a Sasha—. Debe ser un trabajo peligroso. Tienes pinta de saber

defenderte.

—Me las apaño.

La conversación parece una partida de ajedrez, cada hombre sondeando en busca de información sin revelar nada. Bebo un sorbo de café e intento parecer relajada, pero el corazón me golpea contra las costillas.

Pavel vuelve su atención hacia mí, y su expresión se suaviza. —¿Cómo has estado, Maya? Me preocupé por ti durante la última tormenta. En mi casa estuvimos sin luz dos días.

—Estuve bien. El generador aguantó. —Sonrío, intentando proyectar normalidad—. Gracias por preguntar.

—Por supuesto. —Extiende la mano hacia la mesa como si fuera a tocarme la mano, pero parece pensárselo mejor cuando los ojos de Sasha se estrechan—. Sabes que estoy aquí para lo que necesites. Para lo que sea.

El énfasis en sus últimas palabras me hace sonrojarme. El flechazo de Pavel por mí ha sido evidente durante meses, manifestándose en visitas semanales que se alargan más de lo necesario y ofertas de ayuda para reparaciones que no necesito. He intentado ser amable pero distante, sin querer animarle cuando no tengo interés en nada más allá de una amistad vecinal.

—Te lo agradezco —digo con cuidado—. Eres un buen amigo.

La palabra "amigo" cae como una piedra, y la sonrisa de Pavel se resquebraja ligeramente. Se ajusta las gafas de nuevo, aclarándose la garganta. —Claro. Bueno. Los amigos se ayudan. —Mira a Sasha —. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? Quiero decir, una vez que se despejen las carreteras, probablemente querrás que te remolquen el coche y volver a Nueva York.

—No lo he decidido aún. —La voz de Sasha es casual, pero su postura no lo es en absoluto. Se reclina en la silla, con un brazo

sobre el respaldo de la mía, su lenguaje corporal gritando posesión —. Maya ha tenido la amabilidad de dejarme recuperarme aquí. No tengo prisa.

La mandíbula de Pavel se tensa casi imperceptiblemente. —Eso es muy generoso por su parte. Maya siempre ha sido muy servicial. — Se vuelve hacia mí—. ¿Recuerdas cuando te mudaste aquí? No sabías nada de vivir fuera de la red. Pasé semanas enseñándote lo del generador, la bomba del pozo y cómo preparar las tuberías para el invierno.

—Lo recuerdo. —Y es cierto, recuerdo estar agradecida por su ayuda mientras me cuidaba de mantener las distancias—. Fuiste muy paciente con todas mis preguntas de chica de ciudad.

—Aprendes rápido. —La sonrisa de Pavel es cálida, genuina y teñida de algo que parece anhelo—. Siempre pensé que eras demasiado lista para estar escondida aquí en medio de la nada. Podrías hacer cualquier cosa, estar en cualquier parte.

El comentario me toca la fibra sensible, y veo cómo los ojos de Sasha se agudizan con interés.

—Es solitario aquí arriba. Lo sé porque yo también estoy solo. Es agradable tener a alguien que lo entienda, con quien hablar. —Hace una pausa—. Llevo un tiempo queriendo preguntarte si te gustaría venir a cenar algún día. A mi casa. Hago un estofado que está para chuparse los dedos.

La invitación queda suspendida en el aire, incómoda y esperanzadora. Abro la boca para declinar con educación, pero Sasha habla primero.

—Es muy amable por tu parte —dice, con un tono agradable pero una mirada fría—. Pero Maya y yo tenemos planes para el futuro previsible.

Pavel parpadea. —¿Planes?

—Estamos resolviendo algunas cosas juntos. —La mano de Sasha encuentra la mía sobre la mesa, entrelazando sus dedos con los míos con una posesividad casual—. Puede que lleve un tiempo.

Debería apartar la mano, debería corregir la implicación de que estamos juntos en algún sentido oficial. Pero el calor de su palma contra la mía, su presencia sólida a mi lado, me hace permanecer callada.

El rostro de Pavel se enrojece y se levanta de golpe. —Claro. Por supuesto. No quise asumir. —Coge su abrigo del respaldo de la silla, forcejeando con la cremallera—. Debería irme, de todos modos. Mucho que hacer antes de que llegue la próxima tormenta.

—Pavel, espera. —Me levanto también, con un nudo de culpa en el estómago—. No tienes que irte.

—No, en serio, está bien. —Ya está retrocediendo hacia la puerta, con una sonrisa forzada y quebradiza—. Vendré a verte la semana que viene. A menos que ya no me necesites.

—Ha sido un placer conocerte, Sasha —dice Pavel, aunque su tono sugiere lo contrario—. Cuida de ella.

—Esa es mi intención.

Los ojos de Pavel se detienen en mí durante un largo instante, y veo dolor, confusión y algo que podría ser ira cruzar su rostro.

Recordando el fajo de billetes que tengo apretado en la mano, se lo extiendo. —Casi me olvido de pagarte por los suministros. ¡Gracias de nuevo por venir a verme!

Sus mejillas se sonrojan ligeramente, pero asiente, coge el dinero y se marcha.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, exhalando lentamente. —Qué incómodo.

—Está enamorado de ti. —La voz de Sasha llega justo detrás de mí, tan cerca que puedo sentir su aliento en mi nuca.

—Tiene un flechazo. No es lo mismo.

—Te desea. —Las manos de Sasha se posan en mis caderas, girándome para enfrentarme a él—. La forma en que te mira, la forma en que te habla. Ha estado esperando su oportunidad.

—Pues no la va a tener. —Lo miro, notando el destello posesivo en esos ojos dorados—. Aunque no es asunto tuyo.

—¿No? —Sus labios rozan los míos, leves como una pluma.

Debería discutir. Debería apartarlo y recordarle que es un extraño sin memoria, que soy una mujer escondida, que toda esta situación es una locura. En lugar de eso, lo beso, con fuerza y desesperación, aferrándome a su camisa.

Nos separamos jadeando, y él apoya su frente contra la mía. —Hay algo raro en tu vecino.

La afirmación es tan inesperada que me aparto. —¿Qué?

—Pavel. —La expresión de Sasha es seria ahora, todo rastro de pasión reemplazado por un cálculo frío—. Hay algo en él que no me cuadra.

—Sólo es torpe. Solitario. No ha hecho más que ayudarme desde que me mudé aquí.

—Quizá. —Pero Sasha no parece convencido.

Se acerca a la ventana, observando cómo la camioneta de Pavel desaparece por la carretera de montaña. —Aparece cada semana como un reloj. Conoce tus rutinas, tus hábitos. Se ha metido en tu vida bajo la excusa de ser útil.

—Eso es lo que hacen los vecinos en zonas rurales. Se cuidan unos a otros. —Hago una pausa—. ¿Qué crees que le pasa?

—No lo sé aún. —Vuelve hacia mí, tomándome la cara entre sus manos—. Pero voy a averiguarlo.

A través de la ventana, veo cómo la camioneta de Pavel desaparece por la carretera de montaña, y me doy cuenta de que no dejaba de mirar hacia atrás, hacia la cabaña, con una expresión que no supe descifrar.

8

ALEKSANDR

No he podido quitarme de la cabeza la visita de Pavel ayer. Su energía nerviosa y sus ojos pálidos permanecen en mi mente como humo que no puedo ahuyentar. Algo en él rasca los límites de mi memoria, como una astilla que no logro sacar. La forma en que se movía por su cabaña con esa precisión cuidadosa y observadora. Cómo sus ojos buscaban las salidas, catalogando rutas de escape. El hábito nervioso de ajustarse las gafas cuando se sentía incómodo.

Conozco estos comportamientos. Los reconozco porque hago algunas de las mismas cosas.

Un recuerdo parpadea en el límite de mi consciencia, intentando salir a la superficie. Cierro los ojos y trato de alcanzarlo, forzándolo a enfocarse.

Números. Columnas y columnas de números, ordenados y precisos, desfilando por las páginas de un libro de contabilidad. Mis manos sostienen el libro, mi pulgar recorre el margen. Los números significan algo importante, algo peligroso. Dinero moviéndose por canales, siendo lavado, redistribuido, escondido.

Y un rostro. Pálido, sudoroso, ojos desorbitados tras unas gafas de montura metálica. Un hombre suplicando, con la voz aguda y desesperada, prometiendo que puede arreglarlo, que solo necesita más tiempo.

El recuerdo se fragmenta antes de que pueda captar más, dejándome con un dolor de cabeza pulsando tras los ojos y la certeza de que Pavel Galkin es más que solo el vecino servicial de Maya.

La cabaña está fría, el fuego reducido a brasas. Añado leña y lo avivo, luego me quedo junto a la ventana mirando el paisaje cubierto de nieve. Puedo ver la línea de árboles, el cobertizo y el camino que el camión de Pavel abrió ayer en la nieve fresca.

Me sirvo agua de la jarra del mostrador y la bebo junto a la ventana. Mi reflejo me devuelve la mirada desde el cristal oscuro. Un rostro de extraño con ojos de extraño, pero los instintos son todos míos. Y esos instintos gritan que Pavel es peligroso.

La pregunta es si es peligroso para mí, para Maya o para ambos.

Maya finalmente sale del dormitorio, el pelo revuelto y los ojos aún cargados de sueño.

—Te has levantado temprano —dice, acercándose al mostrador.

—No podía dormir.

Acepta la taza que le ofrezco y bebe un largo sorbo, estudiándome por encima del borde. —¿Sigues pensando en Pavel?

—Entre otras cosas.

—¿Como cuáles?

Señalo hacia la ventana norte. —Esa cerradura es una broma. Un niño podría colarse por ahí.

Deja el café y cruza los brazos, lo que hace cosas interesantes con sus pechos bajo la gruesa tela de su camisa. —Buenos días a ti

también, señor Seguridad Hogar.

—Lo digo en serio, Maya. Este sitio tiene más puntos débiles que un castillo de naipes en medio de una tormenta.

—Vaya comparación más mala.

—El argumento sigue en pie.

Ella suspira, pero hay diversión en sus ojos. —Vale, ¿qué quieres hacer al respecto?

—Reforzar las ventanas. Arreglar la puerta trasera. Revisar los ángulos de las cámaras y añadir sensores donde hagan falta.

—¿"Hagan falta"?

—A menos que prefieras que lo haga yo solo mientras tú miras y criticas mi técnica.

Una sonrisa asoma en sus labios. —No me perdería por nada del mundo la oportunidad de verte hacer trabajos manuales. Eres muy atractivo cuando estás paranoico y manitas.

—No estoy paranoico.

—Lo estás totalmente. Pero resulta sexy, así que lo permitiré. —Termina su café y deja la taza con un clic decisivo mientras mis ojos se abren sorprendidos por su coqueteo. —Déjame vestirme y abordaremos juntos tus preocupaciones de seguridad.

Veinte minutos después, estamos plantados frente a la ventana norte con una caja de herramientas entre nosotros. Maya va abrigada con su abrigo de invierno y varias capas de ropa térmica por debajo, pero, de algún modo, los vaqueros ajustados que lleva aún consiguen destacar la curva de su culo de una manera que dificulta la concentración. Sus mejillas ya están sonrosadas por el frío, lo que hace que sus ojos parezcan aún más azules, y cuando se inclina para pasarme una herramienta, tengo que obligarme a

centrarme en el trabajo en lugar de en lo competente y sexy que se ve manejando una llave inglesa.

—Me estás mirando —dice sin levantar la vista, su aliento empañando el aire gélido.

—¿Y me puedes culpar?

—Concéntrate, Sasha. Se supone que estás arreglando mi ventana, no desvistiéndome mentalmente. Lo que, por cierto, sería contraproducente con este frío.

—Puedo hacer varias cosas a la vez. Y te mantendría calentita.

Ella ríe, un sonido alegre y genuino, y me pasa el destornillador que necesito. —Toma. Hazte útil.

Trabajamos en un silencio cómodo durante un rato, los únicos sonidos son el roce del metal contra la madera y algún que otro gruñido de esfuerzo. Retiro el viejo mecanismo de la cerradura y lo examino, negando con la cabeza ante lo endeble que es.

—Esto no detendría ni a una ardilla decidida —murmuro.

—Menos mal que las ardillas no suelen dedicarse al allanamiento de morada.

—Sabes a lo que me refiero.

—Lo sé —su voz se suaviza—. Y te agradezco que te preocupes por mantenernos a salvo.

La miro y la encuentro observándome con una expresión que me oprime el pecho. Confianza. Cariño. Algo más profundo que ninguno de los dos ha nombrado todavía.

—Siempre —digo en voz baja.

Instalamos un nuevo cerrojo en la ventana, uno que encontré en su cobertizo, sorprendentemente bien surtido. Luego nos trasladamos a la puerta trasera, que está incluso peor que la ventana. El marco es

viejo, la madera está blanda en algunos lugares, y la cerradura es de esas que se pueden abrir con una tarjeta de crédito.

—¿Cómo has sobrevivido aquí tres años con una seguridad así? —pregunto, examinando el marco de la puerta.

—Con cuidado. Y sabiendo que estoy en medio de la nada y que la mayoría de la gente no sabe que existo.

—La mayoría no es todo el mundo.

—Por eso te dejo desmontar mi puerta en lugar de discutir por ello.

La observo, fijándome en cómo se apoya en la encimera con los brazos cruzados y una cadera ladeada. Sus ojos azul oscuro brillan con humor, pero hay acero bajo esa mirada.

—¿Qué? —pregunta cuando no aparto la vista.

—Solo estoy disfrutando de la vista.

—¿La puerta?

—Tú.

El color sube a sus mejillas y baja la cabeza, pero puedo ver su sonrisa. —Coquetea más tarde. Ahora arregla mi seguridad.

—Sí, señora.

Pasamos las siguientes horas reforzando el marco de la puerta, instalando un cerrojo decente y añadiendo una barra de seguridad por si acaso. Maya demuestra ser sorprendentemente hábil, anticipándose a lo que necesito y trabajando a mi lado sin quejarse. Caemos en un ritmo cómodo, pasándonos herramientas, nuestras manos rozándose más de lo estrictamente necesario.

Cuando salimos a revisar las cámaras de seguridad, el sol está alto y brillante, reflejándose en la nieve de un modo que hace que todo parezca limpio y nuevo. Recorro el perímetro mientras Maya

supervisa las imágenes desde su portátil, avisándome cuando llego a puntos ciegos.

—Ahí —dice cuando alcanzo la esquina noreste—. No te veo en absoluto.

Memorizo el lugar y continúo rodeando la cabaña. Hay tres puntos ciegos importantes, todos en el lado norte, donde la línea de árboles se acerca más al edificio. Lugares perfectos para que alguien se acerque sin ser visto.

—Necesitamos más cámaras —grito.

—Añádelo a la lista.

Cuando terminamos, el sol empieza a descender hacia el horizonte, tiñendo la nieve de tonos rosados y dorados. Los dos estamos cansados, nuestro aliento empañando el aire frío, pero hay satisfacción en el trabajo que hemos hecho juntos.

Maya estira los brazos por encima de la cabeza y su camiseta se levanta, dejando al descubierto una franja de piel pálida sobre sus vaqueros. Me pican las manos por tocarla, por deslizar mis palmas sobre esa piel expuesta y sentir su calor.

—¿Hambre? —pregunta, pillándome mirando de nuevo.

—Muerto de hambre.

—¿De comida o de otra cosa?

El tono burlón de su voz me recorre con calor. —De ambas.

Ella sonríe y entra en la casa, y yo la sigo, con la mirada puesta en el balanceo de sus caderas. Preparamos la cena juntos, otro baile cómodo de movimientos y conversación. Un cambio tan grande comparado con el distante acercamiento que tuvo conmigo ayer. Me cuenta sobre su primer invierno aquí, cómo casi se muere de frío antes de entender cómo funcionaba la estufa de leña. Yo le hablo

del fragmento de memoria de anoche, del libro de contabilidad y del hombre aterrorizado.

—¿Crees que era Pavel? —pregunta ella, removiendo la olla del estofado.

—No lo sé. Quizá. Su cara me resulta familiar, pero no logro ubicarlo.

—Volverá. Tus recuerdos están regresando con más frecuencia ahora.

—No lo suficiente.

Deja la cuchara y se gira hacia mí, con una expresión seria. —Llegarán cuando tengan que llegar. Forzarlo no ayudará.

—Fácil decirlo para ti. Tú sabes quién eres.

—¿Lo sé? —Se ríe, pero sin rastro de humor. —Llevo tres años siendo Maya la ermitaña. A veces, olvido quién era antes.

Me acerco, atraído por la vulnerabilidad en su voz. —¿Quién eras?

—Alguien que confió en las personas equivocadas. Alguien que creía ser más lista de lo que era. —Mira directamente a mis ojos. —Alguien que huyó en lugar de luchar.

—Huir te mantuvo con vida.

—Quizá. O quizá solo retrasó lo inevitable.

Le tomo el rostro entre mis manos, obligándola a sostener mi mirada. —Nada es inevitable. Forjamos nuestro propio destino.

—Eso es muy filosófico para un hombre que no recuerda ni su propio nombre.

—Recuerdo lo importante. Como sabes. Como suenas cuando llegas al clímax. Cómo me miras como si no fuera solo un hombre roto con un pasado violento.

Su respiración se corta y veo el deseo arder en sus ojos. —Sasha…

La beso, lento y profundo, y ella se derrite contra mí, sus manos aferrándose a mi camisa, mientras el estofado en el fuego queda olvidado.

Apenas llegamos al dormitorio. La ropa forma un rastro desde la cocina, y cuando caemos sobre la cama, ya estamos desnudos y desesperados. Aun así, me tomo mi tiempo, besando cada centímetro de su piel, descubriendo qué la hace jadear y qué la hace gemir.

Cuando por fin me deslizo dentro de ella, ambos nos quedamos quietos, saboreando la conexión. Entonces empiezo a moverme, lento y profundo, observando su rostro bajo la luz de la lámpara. Es hermosa así, abierta y sin defensas, su placer escrito en cada línea de su cuerpo.

—Más fuerte —jadea, y obedezco, cambiando el ángulo hasta que grita.

Nos movemos al unísono, encontrando un ritmo perfecto, construyendo hacia algo que parece más grande que un simple desahogo físico. Sus uñas se clavan en mis hombros mientras penetro más hondo, y ese pequeño dolor solo intensifica el placer. Puedo sentir cada centímetro de ella envolviéndome, caliente, húmeda y perfecta.

—Dios, Sasha —jadea, con la cabeza echada hacia atrás, exponiendo la línea de su cuello. Me inclino para saborear el sudor en su piel, sintiendo su pulso acelerado bajo mis labios.

Cambio de posición, enganchando una de sus piernas sobre mi hombro para penetrar aún más hondo, y ella emite un sonido, mitad gemido, mitad sollozo, que me atraviesa. Sus pechos rebotan con cada embestida, y no puedo evitar tomar uno con la mano, rodando su pezón entre mis dedos hasta que se arquea bajo mi tacto.

—Mírame —ordeno, y sus ojos se abren, nublados por el placer. —Quiero verte cuando llegues.

Mantiene mi mirada mientras aumento el ritmo, más fuerte, más rápido, la cabecera golpeando la pared con cada embestida. Sus músculos internos empiezan a palpitar a mi alrededor, y sé que está cerca.

—Eso es, cariño. Déjate llevar.

Cuando llega al clímax, su cuerpo se contrae alrededor mío como un torno, su espalda arqueándose sobre la cama, mi nombre arrancado de su garganta en un grito casi animal. Verla, sentirla palpitar a mi alrededor, oír su placer, es demasiado. La sigo al abismo con un gemido, enterrándome en lo más profundo mientras me vacío dentro de ella.

Después, yacemos enredados, sudorosos y satisfechos. Ella traza patrones en mi pecho mientras yo juego con su pelo, ambos demasiado a gusto para movernos.

Su respiración se normaliza poco a poco, su cuerpo pesado y relajado contra el mío. La sostengo cerca, con una mano extendida sobre su espalda baja, y escucho los sonidos tranquilos de la cabaña a nuestro alrededor.

Pero el sueño no viene por mí. Mi mente sigue volviendo a Pavel, a ese fragmento de memoria, a la certeza de que lo conozco de algún sitio. Los ojos pálidos tras las gafas de alambre. La energía nerviosa. La manera en que miraba a Maya.

Conozco a ese hombre.

El conocimiento se asienta en mi estómago como una piedra, fría y pesada. Maya duerme plácidamente a mi lado, confiando en que la mantendré a salvo, y yo yago despierto mirando al techo, susurrando en la oscuridad: —Conozco a ese hombre de algún lugar.

9

LENA

Me despierto con el aroma del café y el sonido de Sasha moviéndose por la cocina. Me duele el cuerpo de la mejor manera posible, con recuerdos de la noche anterior esparcidos por mi piel como migas de pan que señalan cada lugar que tocó su boca, cada punto que reclamaron sus manos.

Había estado tan decidida a mantener la distancia entre nosotros. Después de aquella primera vez, me dije que había sido un error nacido del aislamiento y la proximidad. Pero ayer, trabajando codo con codo para reforzar la cabaña, viendo la destreza con que sus manos manejaban las herramientas y la madera, observando la concentración en su rostro mientras aseguraba cerraduras y revisaba líneas de visión… algo cambió. Los muros cuidados que había construido se desmoronaron como si estuvieran hechos de azúcar, no de piedra.

Quiero decir, ¿por qué no iba a disfrutar de él? No he estado con un hombre en años y he estado tan sola. Además, el tipo es un Adonis. Es casi demasiado guapo para mirarlo.

Pero, ¿me arrepiento? Cierro los ojos mientras lo pienso. Por mucho que lo intente, no puedo sentir el más mínimo arrepentimiento.

Me levanto de la cama, me pongo capas térmicas y vaqueros, y me veo en el pequeño espejo encima del tocador. Tengo los labios un poco hinchados y una marca tenue en el cuello que mi bufanda tendrá que cubrir. Pruebas de la posesividad de Sasha, de cómo me había marcado como si tuviera derecho a hacerlo.

Lo aterrador es lo mucho que yo había querido que lo hiciera.

Cuando salgo del dormitorio, él está en la cocina dando la vuelta a unos crepes, sin camisa a pesar del frío matutino. Mis ojos recorren los músculos de su espalda, cómo se mueven bajo la piel marcada, y las intrincadas alas de dragón que se extienden por sus omóplatos. Me obligo a apartar la mirada antes de que me descubra observándolo.

—Buenos días —dice sin volverse, y me pregunto cómo ha sabido que estaba ahí.

—Buenos días —me sirvo café y me apoyo en la encimera, observándolo trabajar—. No tenías que preparar el desayuno.

—Quería hacerlo —coloca los crepes en un plato y se gira, sus ojos dorados encontrándose con los míos con una intensidad que me revuelve el estómago—. Necesitas comer. Tenemos un largo día por delante.

—¿Tenemos?

—Se están agotando los suministros. Tienes que ir al pueblo —deja el plato delante de mí y cruza los brazos sobre su torso desnudo—. Voy contigo.

—No es necesario.

—No es negociable.

Doy un bocado al crepe para ganar tiempo y pensar. La verdad es que no quiero que venga. El pueblo es donde soy más vulnerable, donde alguien podría reconocerme a pesar de tres años de

cuidadosa invisibilidad. Añadir a Sasha a la ecuación multiplica el riesgo.

Pero también conozco esa expresión obstinada en su mandíbula. Ha tomado una decisión.

—Vale —digo, intentando sonar molesta en lugar de secretamente aliviada—. Pero sigues mis reglas. Entramos, cogemos los suministros y salimos. Sin demorarnos, sin conversaciones, sin llamar la atención.

—De acuerdo —coge su propio plato y se sienta frente a mí, su rodilla rozando la mía bajo la pequeña mesa—. Aunque quizá quieras tapar esa marca en tu cuello antes de ir.

El calor me sube a las mejillas. —Eres un idiota.

—No te quejaste anoche cuando la estaba haciendo —su sonrisa es pura satisfacción masculina, y me dan ganas de tirarle el café encima.

En lugar de eso, le doy una patada en la espinilla bajo la mesa.

—Ay —sigue sonriendo—. Ha valido la pena.

Terminamos el desayuno en un silencio cómodo, de esos que surgen tras pasar semanas en espacios reducidos. Lo pillo mirándome cuando cree que no me doy cuenta, su mirada se detiene en la curva de mis pechos bajo la camiseta térmica, en cómo los vaqueros me abrazan las caderas. Esa atención me hace sentir hermosa y deseada como no lo había sentido en años. O quizá nunca.

También me dan ganas de arrastrarlo de vuelta a la cama, que es exactamente la razón por la que necesitamos salir de esta cabaña.

Una hora después, vamos en mi camioneta por la carretera de montaña. La nieve fresca de la ligera nevada de anoche hace peligroso el trayecto, pero he hecho esta ruta cientos de veces. Sasha va en el asiento del copiloto, sus ojos escaneando

constantemente los alrededores, esa conciencia táctica que he notado antes ahora en plena exhibición.

El pueblo aparece entre los árboles, un grupo de edificios que parece no haber cambiado desde los años cincuenta. Una población de quizá trescientos habitantes en un buen día, el tipo de lugar donde todos se conocen y los extraños se notan al instante.

Me he ido sintiendo más cómoda viniendo aquí e incluso tengo a algunas personas con las que hablo cuando estoy en el pueblo.

Mi estómago se tensa mientras recorremos la calle principal. Esta es la parte que más odio, la exposición, la vulnerabilidad de ser vista. Para los residentes, soy Maya, la mujer solitaria que compró la vieja cabaña de los Henderson.

Pero traer a Sasha lo cambia todo. Ahora ya no soy solo la mujer ermitaña. Soy la mujer ermitaña con un hombre misterioso. La gente hablará. Especularán. Me convertiré en el chisme del pueblo, lo que atraerá demasiada atención hacia mí.

Y si alguien sigue buscando a Lena Volkov, si el contrato sigue activo después de todo este tiempo, un cambio en el patrón podría ser justo lo que llame su atención.

Observo a un anciano barriendo la acera frente a la ferretería. Levanta la vista hacia mi camioneta, siguiéndonos con la mirada mientras pasamos. ¿Nota algo diferente? ¿Le mencionará a su esposa durante la cena que Maya por fin trajo a alguien al pueblo?

Cada rostro en cada ventana me parece una amenaza potencial. He sobrevivido tanto tiempo siendo invisible. Hoy, soy todo menos eso.

Aparco frente a la tienda general, mi lugar habitual, y respiro hondo. —Recuerda las reglas. Entra y sal—.

—Sí, señora—.

La mano de Sasha encuentra la parte baja de mi espalda mientras caminamos hacia la entrada, un gesto posesivo que me reconforta y

me preocupa a la vez.

La campana sobre la puerta suena al entrar en la tienda general. La señora Patterson está en la caja, con su pelo gris recogido en su habitual moño apretado. Dos rancheros locales miran la sección de ferretería. Y detrás del mostrador, reponiendo estantes, está John Davis.

Levanta la vista cuando entramos, sus ojos avellana agudos y evaluadores a pesar de su camisa de franela casual y sus vaqueros gastados. Lo he visto aquí antes durante mis viajes mensuales por provisiones, siempre educado pero distante, el tipo de hombre que observa más de lo que habla.

—Buenos días, Maya—, saluda la señora Patterson, usando mi nombre falso con la familiaridad de tres años de transacciones mensuales. —No esperaba verte esta semana con la tormenta y todo—.

Sobre todo porque Pavel acaba de pasar con algunas provisiones. Pero él solo sabía de mí. Hay más que comprar con Sasha en casa, y cosas que se me acabaron o estaban bajas y que él no trajo.

—Me quedé sin lo esencial—, digo, forzando mi voz para que suene casual. —Pensé que sería mejor abastecerme antes de que llegue la próxima—.

Sus ojos se posan en Sasha con curiosidad indisimulada. —¿Y quién es este apuesto caballero?—.

—Un amigo—. Cojo una cesta de la compra y empiezo a recorrer los pasillos, esperando desalentar más preguntas. —Está de visita unas semanas—.

Sasha me sigue, su presencia a mi espalda reconfortante y peligrosa a la vez. Lleno la cesta con conservas, café, pilas y otros artículos esenciales. Sasha añade cosas sin preguntar, sus elecciones prácticas y eficientes. Quienquiera que fuese antes de la amnesia, sabe cómo prepararse para emergencias.

Estoy cogiendo un paquete de arroz cuando lo siento. Ese cosquilleo en la nuca que significa que alguien me está observando. Levanto la vista y veo a John Davis mirando fijamente a Sasha. No la curiosidad casual de un lugareño al ver a un extraño. Algo más agudo. Más concentrado.

Sus ojos se detienen un momento demasiado largo antes de darse cuenta y volver a reponer los estantes. Pero lo he visto. Ese destello de reconocimiento, o tal vez sospecha. La forma en que su postura cambió, los hombros cuadrándose ligeramente, el peso equilibrado en ambos pies.

Mi pulso se acelera. ¿Es real, o lo estoy imaginando? John siempre ha sido observador. Quizá es solo su naturaleza. Pero la forma en que estudió a Sasha se sintió diferente. Calculada. Como si estuviese intentando ubicar un rostro que ha visto antes.

Inventario las salidas por costumbre. La puerta principal detrás de nosotros, la puerta trasera por el almacén, la salida de emergencia lateral cerca de la sección de congelados. Mi camioneta está a quince pies de la entrada, las llaves en mi bolsillo.

Estoy planeando una ruta de escape desde una tienda de comestibles. En esto se ha convertido mi vida.

—Estás tensa—, murmura Sasha, tan cerca que su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Siempre estoy tensa en el pueblo—.

Su mano encuentra mi cadera, estabilizándome mientras alcanzo un estante alto. El gesto es íntimo y posesivo, y veo cómo las cejas de la señora Patterson se elevan con interés.

Terminamos de comprar rápidamente. Pago en efectivo, como siempre, y llevamos las bolsas a la camioneta. El aire frío me golpea la cara, y respiro un poco más aliviada al estar fuera, más cerca de la escapatoria.

Sasha carga los suministros en la caja de la camioneta mientras yo abro la cabina. Casi hemos terminado. Casi estamos a salvo.

—Disculpe, señor—.

Me quedo helada. Esa voz pertenece a John Davis.

Me giro lentamente. John está en la puerta de la tienda general, una mano apoyada en el marco, su expresión inescrutable mientras mira a Sasha.

—¿Nos conocemos de antes?—.

10

ALEKSANDR

Me giro lentamente, cada músculo de mi cuerpo tensándose. El hombre que está en la puerta de la tienda es mayor, quizás de unos sesenta años, con pelo entrecano y ojos que me evalúan con una observación experimentada que hace que mis instintos griten advertencias que no entiendo.

—¿Disculpe? —Mantengo la voz neutral mientras mi mente cataloga las salidas.

—¿Nos hemos visto antes? —John Davis se ajusta su camisa de franela, pero su mirada no se desvía de mi cara—. Te ves familiar. Muy familiar.

Me obligo a sonreír, pero la sonrisa no llega a mis ojos. —Tengo una cara común. La gente siempre me dice eso. —La mentira sale fácil, fluida, como si lo hubiera hecho mil veces antes.

—Quizás. —Pero no parece convencido—. ¿De dónde dijiste que eras?

—No lo dije.

Maya aparece a mi lado, su mano encuentra mi brazo con un agarre que casi duele. —Deberíamos irnos. Los productos congelados no se mantendrán congelados para siempre. —Su voz es animada, alegre, completamente en contraste con la tensión que irradia de su cuerpo.

—Claro. —John se aparta, pero sus ojos nos siguen mientras cargamos las últimas bolsas. —Cuídense al volver, ¿eh?

Abro la puerta del conductor para Maya, notando cómo le tiemblan las manos al subir. El movimiento hace que su abrigo se ajuste sobre su pecho, y, a pesar de mi incomodidad, noto la curva de sus pechos bajo las capas. Momento equivocado, pensamientos equivocados, pero mi cuerpo no parece preocuparse por el momento.

Camino alrededor del coche hacia el lado del pasajero con calma deliberada, resistiendo la tentación de mirar hacia atrás. Pero siento su mirada clavándose en mi espalda, y algo primitivo en mí reconoce la sensación. Me han observado antes. Estudiado. Evaluado como una amenaza.

El motor arranca, y salimos a la carretera principal. Maya se sienta rígida en el asiento, sus nudillos blancos donde agarra el volante.

—Te reconoció —dice en voz baja.

—Quizás. O tal vez solo es un viejo curioso en un pueblo pequeño. —Pero no lo creo, y ella tampoco.

Conducimos en silencio, el pueblo desapareciendo detrás de nosotros mientras volvemos a las montañas.

—Te tiemblan las manos. —La miro, notando la palidez de su piel.

—Estoy bien.

—Eres una mala mentirosa, Maya. ¿Qué no me estás diciendo?

Se gira para mirar por la ventana. —Nada. Simplemente no me gusta el pueblo. Demasiada gente, demasiadas preguntas.

—Eso no es nada. Es miedo. Me agarraste como si el edificio estuviera en llamas.

—Solo estaba siendo cautelosa.

—Ser cautelosa es revisar los retrovisores. Eso fue pánico. —Doblo en una curva—. ¿Quién es John Davis para ti?

—Nadie. Solo un local. —Pero su mandíbula se tensa, y no me mira a los ojos.

—Inténtalo de nuevo.

—¿Por qué importa? —Finalmente me mira, desafío mezclado con miedo—. No recuerdas quién eres. Quizás deberías preocuparte por eso en lugar de interrogarme.

Las palabras duelen porque son ciertas. —Justo. Pero para que conste, no te estoy interrogando. Solo intento entender por qué un viaje a la tienda te convirtió en un riesgo de fuga.

Ella ríe sin humor. —Riesgo de fuga. Qué gracioso.

—¿Lo es?

—No tienes idea. —Niega con la cabeza—. Lo siento. Estoy cansada. Y tienes razón, entré en pánico. John Davis solía ser policía. Del FBI. Ahora está retirado, pero todavía tiene esa mirada de policía, ¿sabes? Como si siempre estuviera observando.

—Y eso te molesta porque…

—Porque valoro mi privacidad. Porque no necesito que la gente haga preguntas sobre el hombre extraño que vive en mi cabaña.

Dejo que el silencio se alargue. La gente llena el silencio. Se siente incómoda y empieza a hablar.

Maya aguanta unos treinta segundos.

—¿Y si introduce tu cara en alguna base de datos? —pregunta en voz baja—. ¿Y si hay una orden de busca y captura contra ti?

—Entonces supongo que descubriremos quién soy realmente. —El pensamiento debería aterrorizarme más de lo que lo hace.

—¿Y si la respuesta es mala?

—Define mala.

—Criminal. Peligroso. Alguien que la gente está buscando.

—¿Eso cambiaría algo? —La miro, captando cómo sus dientes mordisquean su labio inferior. Incluso ansiosa y pálida, es hermosa. Curvas naturales y ojos expresivos, y esa boca que no debería estar en mis pensamientos—. ¿Me echarías?

—No lo sé. Quizás. Debería.

—Pero no lo harás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si fueras a hacerlo, ya lo habrías hecho. No eres el tipo de mujer que espera permiso para tomar decisiones difíciles. —Es cierto. Maya tiene acero en la columna vertebral. Vive sola en las montañas, maneja un rifle y saca a un extraño medio muerto de un banco de nieve sin dudarlo.

—No sabes qué tipo de mujer soy.

—Lo estoy aprendiendo. —La cabaña aparece entre los árboles—. Por lo que vale, no creo que sea un buen hombre, Maya. Las cosas que recuerdo, los instintos que tengo, no apuntan hacia alguien que sigue las reglas.

—Eso es tranquilizador —dice con sequedad, y, a pesar de la tensión, casi esbozo una sonrisa.

—Pero no creo que te hiciera daño. Eso me parece importante, de algún modo.

—Los sentimientos no son hechos.

—No, pero son todo lo que tengo ahora mismo.

No volvemos a hablar hasta llegar a la cabaña. Yo llevo los suministros dentro mientras Maya empieza a guardar las cosas. La cómoda complicidad de esta mañana ha desaparecido, sustituida por una distancia cuidadosa. La camiseta térmica que lleva se le ajusta a la cintura, y me sorprendo observando el vaivén de sus caderas mientras alcanza los armarios superiores.

Esa noche, después de una cena en silencio en la que ambos fingimos que todo es normal, me tumbo en la cama mirando al techo.

El hombre de la tienda. John Davis. Algo en él activó mis instintos. La forma en que me miró no era solo curiosidad. Era reconocimiento mezclado con cálculo.

Agente de la ley. Maya confirmó que solía ser del FBI, lo que significa que quizá aún tenga acceso a bases de datos, conexiones y recursos.

Y si me reconoció, significa que soy alguien digno de ser reconocido. ¿Alguien lo bastante peligroso como para estar en el radar de la ley?

Cierro los ojos e intento forzar a que los recuerdos afloren. En su lugar, obtengo fragmentos.

Entonces, sin previo aviso, un recuerdo me golpea.

Un sótano. El aire es espeso por el olor metálico de la sangre y el sudor del miedo. Las paredes de hormigón rezuman condensación, reflejando la luz cruda de una única bombilla desnuda que se balancea ligeramente, proyectando sombras movedizas.

Un hombre está atado a una silla en el centro de la habitación. Una cuerda gruesa le sujeta las muñecas y los tobillos, cortándole la piel hinchada. Su rostro es un desastre de moratones, con un ojo tan hinchado que no puede abrirlo. El otro, inyectado en sangre y

abierto de par en par por el terror, mira alrededor como un animal acorralado.

La sangre gotea de su labio partido sobre el suelo de hormigón. Su respiración es trabajosa, con un silbido que sugiere costillas rotas.

Estoy de pie en las sombras, observando. No participo en la violencia, pero estoy presente. Observando. Mis manos están limpias, pero soy tan parte de esto como el hombre que realiza el trabajo sucio.

El hombre en la silla suplica, sus palabras arrastradas por los dientes rotos. Promete cosas que no puede cumplir. Dinero, información, lealtad.

Alguien más se mueve en la luz, sus rasgos difusos como si los viera a través de un cristal esmerilado. Hacen preguntas, ásperas y guturales, y el hombre en la silla responde entre sollozos.

Entiendo cada palabra. Preguntas sobre dinero, sobre envíos, sobre quién dio las órdenes. Respuestas que llegan demasiado tarde, que contradicen declaraciones anteriores.

No siento nada al ver esto. Ni pena. Ni asco. Solo una evaluación fría de si la información es útil, de si el hombre tiene valor. De si vive o muere.

La decisión es mía. Lo sé con absoluta certeza. Su vida está en mis manos, y la peso con desapego. De forma práctica. Sin sentimentalismos ni piedad.

Doy un paso adelante, hacia la luz, y el hombre me ve. Su ojo bueno se abre aún más, y empieza a suplicar con desesperación. —Por favor, por favor, haré lo que sea. Tengo familia. Hijos. Por favor.

Lo miro, y siento el peso de la autoridad, del poder, del control absoluto sobre el destino de otro ser humano. Debería horrorizarme. En cambio, me parece natural. Correcto. Como si esto fuera lo que soy, lo que hago.

Abro la boca para hablar, para dictar sentencia, pero antes de que las palabras salgan, el recuerdo se fragmenta, disolviéndose como humo.

Vuelvo a estar en la cabaña, con el corazón acelerado y la piel cubierta de sudor frío. Las sábanas están enredadas alrededor de mis piernas.

El recuerdo llegó mientras estaba despierto, tumbado aquí en la oscuridad.

Me incorporo, presionando los talones de mis manos contra los ojos hasta ver estrellas. La imagen del hombre en la silla no me abandona. El olor a sangre y miedo parece persistir, aunque sé que no es real, que no está aquí.

Pero fue real alguna vez. Yo estaba allí.

¿Qué clase de hombre observa la tortura con frialdad clínica? ¿Qué clase de hombre tiene la vida y la muerte en sus manos y no siente nada?

Un hombre peligroso. Un criminal. Posiblemente un monstruo.

Y John Davis me reconoció. Lo que significa que sea lo que sea, haya hecho lo que haya hecho, es lo bastante importante como para ser memorable.

Aparto las mantas y camino descalzo por la cabaña a oscuras. Mi mente repasa posibilidades, cada una más oscura que la anterior.

Quizá sea un criminal. Quizá por eso alguien me disparó y me dejó morir. Quizá me lo merecía.

Pero ¿qué significa eso para Maya?

Ella me salvó la vida, me acogió y me cuidó hasta que me recuperé. Y, a cambio, puede que haya llevado el peligro hasta su puerta. Si John Davis me reconoció, otros también podrían hacerlo. Y si soy el tipo de hombre que toma decisiones en sótanos mientras la gente

sangra, entonces quienes me buscan probablemente no sean del tipo indulgente.

Me encuentro junto a la ventana, contemplando la nieve bañada por la luna. El paisaje es hermoso y extraño, todo plateado y sombras, nada parecido al hormigón y el acero que me resultan más familiares. En algún lugar de mi pasado hay ciudades. Calles que nunca duermen y personas que se mueven por la oscuridad como tiburones en el agua.

Ese es mi mundo. No este aislamiento pacífico en la montaña.

Un movimiento llama mi atención. Maya, de pie junto a la ventana de su habitación, su silueta iluminada por una tenue luz. Permanece inmóvil, y algo en su postura revela una fatiga que va más allá del cansancio físico.

Esta es una mujer cargada con sus propios secretos y miedos.

Debería volver a la cama. En lugar de eso, cruzo hasta su puerta y llamo suavemente al marco.

No hay respuesta.

—¿Maya?

No se gira, no reconoce mi presencia, solo sigue mirando a la noche como si buscara algo en la oscuridad.

Cruzo la habitación lentamente, dándole tiempo para que me diga que me vaya. No lo hace. Cuando estoy lo bastante cerca como para tocarla, alargo la mano y la apoyo en su hombro.

Ella se sobresalta violentamente, girándose para mirarme con los ojos muy abiertos y una inhalación brusca que suena a miedo.

11

LENA

Me giro tan rápido que casi pierdo el equilibrio, con el corazón intentando salirse por las costillas. Sasha está ahí, en la oscuridad de mi habitación, con la mano aún levantada donde me tocó el hombro, sus ojos dorados reflejando la luz de la luna que entra por la ventana.

—Jesucristo —aprieto la palma de la mano contra el pecho, intentando calmarme el pulso acelerado—. Me has asustado de muerte.

—He llamado tu nombre —su voz es baja, cuidadosa, como si se acercara a un animal asustado—. No has respondido.

—No te he oído —la verdad es que estaba tan metida en mis propios pensamientos que toda la cabaña podría haberse derrumbado a mi alrededor y no me habría dado cuenta.

Se acerca más, y yo resisto la necesidad de retroceder. Los pantalones térmicos que lleva le quedan bajos en las caderas, y su torso desnudo refleja la luz plateada, resaltando cada músculo, cada cicatriz que muestra la violencia en su piel. Aunque estoy aterrorizada y agotada, mi cuerpo reacciona al verlo.

—Estás temblando —vuelve a acercarse a mí, más despacio esta vez, dándome espacio para rechazarlo.

No le rechazo. Sus manos se posan en mis hombros, cálidas y firmes, y me doy cuenta de que estoy temblando. Lo he estado desde que salimos del pueblo.

—Estoy bien —otra mentira. Esta noche las estoy coleccionando como otros coleccionan sellos.

—Eres una pésima mentirosa, Maya —sus pulgares dibujan pequeños círculos en mi clavícula, un gesto que me tranquiliza y distrae al mismo tiempo—. ¿Qué está pasando realmente? Y no me digas que nada. Has estado tensa como un resorte desde que salimos del pueblo.

—Ya te lo he dicho. No me gusta estar ahí. Demasiada gente.

—No es eso —sus ojos escrutan mi rostro, leyendo cosas que no quiero que vea—. Estabas bien hasta que John Davis me habló. Entonces me agarraste del brazo como si el edificio estuviera en llamas y casi me arrastraste hasta la camioneta.

—Era precaución.

—Estabas aterrada —su voz se vuelve más baja, más intensa—. ¿De quién huyes, Maya?

La pregunta pega como un golpe físico. Retrocedo bruscamente de su toque, poniendo distancia entre nosotros. —No huyo de nadie.

—¿Entonces por qué vives así? —hace un gesto alrededor de la cabaña, señalando las cámaras de seguridad, las cerraduras reforzadas, el aislamiento—. ¿Por qué revisas el perímetro cada noche con un rifle cargado? ¿Por qué pagas todo en efectivo y evitas conversaciones en el pueblo? ¿Por qué miras por encima del hombro como si alguien viniera por ti?

—Quizás simplemente me gusta mi privacidad.

—La privacidad es una cosa. Esto es algo completamente distinto —se acerca más, y yo retrocedo hasta que mi espalda choca con la pared. No me toca, pero su presencia llena el espacio entre nosotros —. Háblame. Déjame ayudarte.

—No puedes ayudarme —las palabras salen más cortantes de lo que pretendía—. Ni siquiera sabes quién eres tú.

Su mandíbula se tensa. —Sé lo que veo. Una mujer aterrada hasta el límite.

—No sabes nada de mí.

—Entonces cuéntamelo —alza la mano para acariciarme la cara, y, a pesar de todo, me inclino hacia su toque—. Cuéntame por qué estás realmente aquí.

—No puedo.

—¿No puedes o no quieres?—

—¿Importa?— Lo aparto de un empujón, necesitando espacio. —Apareces sangrando en mi jardín sin memoria y con un cuerpo lleno de cicatrices. ¿Y quieres que confíe en ti con mis secretos?—

—Yo he confiado en ti con mi vida—. La frustración se filtra en su voz. —Podrías haberme dejado morir en la nieve. ¿Por qué no lo hiciste?—

—Porque soy una idiota con complejo de salvadora—.

—Mentiras—. Cruza la habitación en dos zancadas, arrinconándome contra la pared. Sus manos enmarcan mi cabeza, encerrándome. —Me salvaste porque reconociste algo. Quizá entendiste lo que es ser perseguido—.

—Basta—.

—Haz que pare—. Su cara está a centímetros de la mía. —Dime que me equivoco—.

No puedo. Las palabras no salen porque serían mentiras.

—Eso es lo que pensaba—. Se aparta de la pared, pasándose las manos por el pelo. —Quieres que confíe en ti, pero no me das la misma cortesía—.

—¡Porque dejarte entrar podría matarnos a los dos!—

El silencio cae como un martillo. Sasha me mira, sus ojos dorados muy abiertos.

—Así que hay alguien—, dice en voz baja. —Alguien que te busca—.

Me deslizo por la pared hasta quedar sentada en el suelo, con las rodillas pegadas al pecho. —No he dicho eso—.

—No hacía falta—.

Se agacha frente a mí, esos hombros anchos tapando la luz de la lámpara. —Maya—.

—No—. Sacudo la cabeza. —Simplemente no—.

—¿Que no me importe que estés aterrada?—. Su mandíbula se tensa. —No estoy ciego—.

—Deberías estarlo—. Me pongo de pie. —Deberías centrarte en curarte para poder irte—.

—¿Es eso lo que quieres?—. Él también se levanta, y Dios, es alto. Los músculos de su pecho se tensan bajo la camisa mientras cruza los brazos. —¿Quieres que me vaya?—

Sí. No. Ya no lo sé.

—Quiero que dejes de hacerme preguntas que no puedo contestar—.

—¿Por qué? ¿Para usarlas en mi contra más tarde?—

Sus ojos brillan, el dorado tornándose incandescente. —¿Crees que te haría daño?—

—Creo que eres un hombre peligroso que hace cosas peligrosas para gente peligrosa—. Lo miro directamente a los ojos. —Sería estúpida olvidarlo solo porque has estado portándote bien—.

Un músculo de su mandíbula se tensa. —*Portándome* bien—.

—¿No es así?—

—No, Maya. No estoy fingiendo nada—. Se acerca, y odio que mi cuerpo reaccione a su proximidad, ese calor que se acumula en mi vientre. —Intento ser sincero contigo. Pero no me dejas—.

—¡Porque la sinceridad mata a la gente!—

—¡Y esconderse también!—. Alza la voz. —¿Crees que no sé lo que es mirar por encima del hombro? Estoy seguro de que he vivido esa vida. Soy esa vida. Pero al menos no finjo lo contrario—.

—Me alegro por ti—. Me giro, pero él me agarra la muñeca.

—No te marches—.

—Suéltame—.

—No hasta que dejes de tratarme como si fuera el enemigo—.

Libero mi mano de un tirón. —Quizá lo seas—.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros como cristales rotos. La expresión de Sasha se endurece, volviéndose fría y distante de un modo que me duele en el pecho.

—Vale—. Se dirige hacia la puerta. —¿Quieres estar sola? Lo tienes—.

—¿Adónde vas?—

No se vuelve.

—Sasha—

Pero la puerta se cierra tras él con un suave clic que suena más fuerte que un portazo.

Me dejo caer en la cama, presionando las palmas contra los ojos. Las ganas de llamarlo luchan contra la necesidad de protegerme.

Excepto que ya está dentro. De algún modo, en tan poco tiempo, se ha colado más allá de defensas que creía impenetrables.

Debería decirle que se vaya. En cuanto se despejen las carreteras, debería echarlo.

Pero la idea de esta cabaña sin él me resulta extraña de un modo que no puedo explicar.

Es peligroso. Lo sé. Puedo verlo en cómo se mueve, en la fría calculadora que a veces reluce en sus ojos. Es exactamente el tipo de hombre del que debería huir.

Entonces, ¿por qué me siento más segura con él aquí que en los últimos años?

Le doy veinte minutos antes de salir a buscarlo. Tiempo para que ambos nos calmemos, para pensar qué demonios voy a decirle.

Está en el porche, apoyado contra la barandilla de espaldas a la puerta. La luz de la luna resalta su cabello oscuro, convierte su perfil en algo esculpido en piedra. No lleva chaqueta, y puedo ver la tensión en sus hombros, la rigidez de su espalda.

—Hace frío aquí fuera —digo en voz baja, pisando el porche. Las tablas crujen bajo mis pies.

—He pasado más frío —responde con una voz plana, carente de emoción.

Me abrazo a mí misma mientras el aire nocturno atraviesa mi jersey. Mi aliento se convierte en vapor frente a mí. —Lo siento.

—¿Por qué? ¿Por ser honesta? —Sigue sin mirarme. —No te disculpes por eso.

—No me disculpo por lo que dije —me muevo para estar a su lado, tan cerca que nuestros hombros casi se tocan. —Me disculpo por cómo lo dije. No te merecías eso.

—¿No lo merecía? —Ahora se gira, y el dolor en sus ojos me quita el aliento. Es crudo, real y tan diferente de la máscara controlada que suele llevar. —Tienes razón. Soy peligroso. He hecho daño a gente.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto mientras un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—Recuerdo a un hombre en una silla —dice, con una voz baja y áspera. —Estaba atado. Había sangre por todas partes, y estaba aterrado. —Aprieta la mandíbula. —Me quedé allí y observé cómo suplicaba clemencia, y no sentí nada. —Me mira, y hay algo roto en sus ojos. —Eso es lo que me asusta. No que estuviera allí. Sino que no sentí nada en absoluto.

—¿No lo recuerdas todo? —pregunto con cuidado, aunque el hielo ya ha invadido mis venas.

—No —su voz se vuelve dura. —Solo tengo fragmentos. Sé de lo que soy capaz. Miré el miedo de ese hombre como si fueran datos. Su sufrimiento no significaba nada para mí. Era clínico. Era frío. —Se pasa una mano por el pelo. —¿Qué clase de persona hace eso? ¿Qué clase de monstruo observa el sufrimiento de alguien y no siente absolutamente nada?

Le tomo el rostro entre mis manos y lo miro a los ojos. —No sabes cuán reales son esos destellos ni el contexto de ellos —digo con firmeza.

—Pero...

—No, Sasha —le interrumpo. —Incluso si son destellos de tu pasado, no eres ese hombre ahora. Perder la memoria te da una nueva oportunidad para ser el tipo de hombre que quieres ser.

De repente, sus labios encuentran los míos, sobresaltándome. Su otra mano se desliza en mi pelo, inclinando mi cabeza mientras profundiza ese beso casi desesperado. Me pego a él, sintiendo los duros planos de su pecho a través de la camisa, la fuerza de sus brazos al rodearme.

—Adentro —murmuro contra sus labios. —Antes de que nos congelemos.

Me levanta, y yo enlazo mis piernas alrededor de su cintura. Los músculos de sus brazos se tensan mientras me lleva hacia la puerta, cerrándola de una patada tras nosotros. Apenas llegamos al dormitorio antes de que me tumbe sobre la cama, su cuerpo cubriendo el mío.

Primero se quita la camisa, y yo paso mis manos por los marcados relieves de su abdomen, la amplia extensión de su pecho marcada con cicatrices. Mi jersey sigue, luego todo lo demás, hasta que no queda nada entre nosotros.

Nos movemos juntos en la oscuridad, su boca en mi cuello, mis pechos, en todas partes. Hundiendo mis dedos en la firme musculatura de su espalda, el placer crece entre nosotros. Susurra mi nombre casi reverencialmente, casi como si estuviera pidiendo silenciosamente perdón por lo que fuera que hizo en su vida pasada.

Sé que debería preocuparme. ¿Y si era parte de la mafia rusa? ¿Y si era uno de los sicarios enviados para matarme?

Pero no puedo obligarme a preocuparme por eso, sin importar lo peligroso que sea. Este hombre, Sasha, no es quien era. Me siento segura con él.

Después, yacemos entrelazados, su latido constante bajo mi oído. Su brazo me rodea, y yo trazo las cicatrices de su pecho con las yemas de mis dedos.

El sonido de un coche que se acerca nos sobresalta a ambos. Antes de que pueda sentarme, Sasha ya está en la ventana mirando hacia

afuera. Se gira hacia mí, su hermosa boca fruncida en un ceño.

—Es un poco tarde para que tu vecino Pavel nos visite, ¿no crees?

12

ALEKSANDR

Ya me estoy poniendo los vaqueros antes de que Maya pueda procesar lo que está pasando. Los faros del coche atraviesan la oscuridad exterior, y todos mis instintos gritan que esta visita no es social. No a estas horas.

—Quédate aquí —le digo, con una voz más dura de lo que pretendo.

—Ni hablar. —Ella también se levanta de la cama, vistiéndose con movimientos rápidos y eficientes. Sus manos tiemblan ligeramente mientras se abrocha los vaqueros, y noto cómo la tela se ajusta a la curva de su culo incluso mientras mi mente evalúa salidas y amenazas potenciales.

Cojo mi camiseta del suelo y me la pongo. La camioneta de Pavel está en el camino de entrada, con el motor aún en marcha, el escape visible en el aire frío. Va solo, pero algo en su lenguaje corporal me pone los pelos de punta. No para de mirar por encima del hombro, hacia la carretera, como si esperara que alguien lo siga.

—Parece asustado —dice Maya en voz baja, apareciendo a mi lado. Su hombro roza el mío, y a través de las capas de ropa, siento el contacto como una quemadura.

—Parece que va a salir corriendo. —Observo a Pavel salir de la camioneta, con movimientos bruscos y descoordinados—. Algo va mal.

El golpe en la puerta es fuerte y rápido, urgente. Maya se dirige hacia la entrada, pero le agarro la muñeca, tirando de ella contra mi pecho. Encaja perfectamente allí, todas sus curvas suaves contra mi musculatura dura, y mi cuerpo responde a pesar de la situación.

—Déjame a mí —le digo al oído, sintiendo cómo se estremece.

—Es mi cabaña.

—Y yo soy el que tiene instintos violentos, ¿recuerdas? —La suelto y cruzo hasta la puerta, colocándome a un lado antes de abrirla. Viejos hábitos. Uno que sugiere que he abierto puertas esperando balas antes.

Pavel prácticamente se cae dentro, con sus gafas de montura metálica torcidas, su rostro pálido y sudoroso a pesar del frío. Sus ojos azules claros saltan entre Maya y yo, deteniéndose en su pelo revuelto y sus mejillas sonrosadas. Los celos que cruzan su cara son casi cómicos.

Casi.

—Pavel, ¿qué pasa? —Maya da un paso hacia adelante, la preocupación superando la precaución—. Es casi medianoche.

—Tenía que avisarte —dice, respirando con dificultad, como si hubiera corrido hasta aquí en lugar de conducir—. Hoy había hombres en el pueblo. Después de que os marchasteis. Haciendo preguntas.

La temperatura en la habitación baja unos veinte grados. Maya se queda rígida a mi lado, y siento el miedo que emana de ella en oleadas.

—¿Qué tipo de preguntas? —Mi voz sale fría, controlada. Una voz de mando. La clase que exige respuestas inmediatas.

Los ojos de Pavel se clavan en mí, y veo que registra el cambio en mi actitud. Bien. Debería estar nervioso.

—Estaban haciendo preguntas. Sobre una mujer rubia, pero también sobre quién más podría estar por la zona. —Se ajusta las gafas con dedos temblorosos.

—Voy a hacer café —dice Maya en voz baja, con una voz más firme que sus manos—. Deberíamos sentarnos.

Se dirige hacia la cocina sin esperar acuerdo, y la observo marcharse, notando el leve temblor en sus movimientos. Cuando me vuelvo hacia Pavel, le indico la mesa del comedor con un leve movimiento de cabeza. Vacila, luego se arrastra hasta allí, sacando una silla como si se moviera bajo el agua.

Me quedo de pie hasta que Maya regresa con tres tazas, el rico aroma del café llenando el espacio entre nosotros. Las coloca con cuidado, luego se sienta frente a Pavel, dejando el cabecero de la mesa para mí. Me siento, mi cuerpo aún tenso, pero el simple acto de sentarnos, de tomar café, crea una fina capa de civilidad sobre la tensión que cruza la habitación.

—Ahora —digo, rodeando la taza caliente con mis manos—, cuéntanos todo.

Pavel bebe un sorbo tembloroso de café, su nuez de Adán subiendo y bajando—. Estaba en la tienda y dos hombres llegaron en un SUV negro. Caro. No es el tipo de vehículo que se ve por aquí.

—¿Cómo eran? —Me inclino hacia adelante, cada músculo de mi cuerpo en tensión.

—Profesionales. Trajes oscuros. Uno era alto, como uno noventa, con una cicatriz en la mandíbula. El otro más bajo, más robusto. Entraron y empezaron a hacerle preguntas a Earl.

La mano de Maya tiembla al dejar su taza. Quiero alcanzarla, abrazarla, pero primero necesito oír esto.

—¿Qué preguntaron exactamente?

—Si conocía a alguna mujer rubia que viviera sola en las montañas. Dijeron que buscaban a alguien. Una amiga que había desaparecido. —Pavel hace una pausa, sus ojos entrecerrándose como si recordara algo—. Pero aquí está la cosa. Earl dijo que preguntaron eso, pero luego insistieron. Querían saber si alguien vivía con ella. Si había un hombre cerca. No paraban de preguntar sobre quién estaba por la zona, quién iba y venía. Era raro. Parecían más interesados en eso, ahora que lo pienso.

Siento que el cuerpo de Maya se queda inmóvil a mi lado.

—¿Un hombre? —pregunto con cuidado—. ¿Preguntaron específicamente por un hombre viviendo aquí?

—Sí. Pero no dieron ninguna explicación —dice Pavel, sacudiendo la cabeza. Se ajusta las gafas—. Ahora pienso que quizá no te buscaban a ti, Maya. Quizá buscaban a… —Me lanza una mirada acusadora.

—¿Earl les dio alguna información? —Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que me duele.

—No. Earl es buena gente. Les dijo que aquí la mayoría valora su privacidad y que no controla a sus clientes. —Pavel se remueve en su asiento—. Pero no se fueron enseguida. Se quedaron un rato en el coche, mirando algo en una tablet o un móvil. Luego se marcharon por las carreteras de montaña.

El café se me vuelve amargo en la boca.

—Vine tan pronto como pude —dice Pavel—. Tuve que llevar el coche al taller, así que no pudo ser antes, pero quería avisaros.

—Se lo agradecemos —digo, con un tono que deja claro que la conversación debería terminar.

Pero Pavel no capta la indirecta. Se inclina hacia delante, dirigiéndose directamente a Maya. —Deberías venir a quedarte a mi

casa. Está más cerca del pueblo. Es más fácil pedir ayuda si la necesitas. Más segura.

La palabra "segura" me rasga la espalda como una lija.

—Aquí está segura —digo con frialdad.

Pavel aprieta la mandíbula. —Con todo el respeto, tú eres al que buscan. Si esa gente va en serio, si vienen a buscarte, necesitarás refuerzos. Mi cabaña tiene mejor visibilidad. Tengo una radio. Puedo pedir ayuda.

—Está. Segura. Aquí. —Repito cada palabra como si se lo explicara a un niño.

Maya encuentra mi mano bajo la mesa. Sus dedos están fríos, pero su agarre es firme. —Agradezco tu preocupación, Pavel. De verdad. Pero me quedo aquí.

El rostro de Pavel se enrojece. Sus ojos bajan hacia donde nuestras manos se entrelazan, y algo feo cruza sus facciones. Celos, crudos y evidentes.

—Apenas lo conoces —dice Pavel, alzando la voz—. Llevo años siendo tu vecino. Te he ayudado. He estado ahí cuando has necesitado algo.

—Y te lo agradezco —dice Maya con suavidad—. Pero no voy a dejar mi casa.

Pavel se levanta de golpe, arrastrando la silla por el suelo. —Estás cometiendo un error. Cuando esos hombres vuelvan, y *volverán*, desearás haberme escuchado.

Me levanto lentamente, con deliberación. Tengo diez centímetros y al menos veinte kilos de músculo sobre Pavel. Dejo que lo vea, que entienda exactamente contra qué tipo de hombre se está enfrentando.

—Gracias por avisarnos —digo, bajando la voz hasta un tono peligrosamente tranquilo—. Nosotros nos encargamos a partir de ahora.

Pavel me mira a los ojos, y lo que ve allí lo hace retroceder. Bien. Debería sentirse intimidado. Debería entender que Maya está bajo mi protección ahora, y no la comparto.

—Vale —murmura, cogiendo su abrigo—. Pero no digas que no te lo advertí.

Maya lo acompaña a la puerta, murmurando despedidas educadas. Observo cómo los ojos de Pavel siguen el vaivén de sus caderas en esos vaqueros gastados, cómo el jersey se le ciñe a sus pechos generosos. Mis manos se cierran en puños.

En cuanto la puerta se cierra tras él, Maya se vuelve hacia mí. —Tiene buenas intenciones.

—Te desea. —Las palabras salen más duras de lo que pretendo.

—Quizá. —Cruza los brazos, y el gesto levanta sus pechos de un modo que me seca la boca—. Pero yo no lo deseo a él.

Es increíble cómo esas cinco pequeñas palabras alivian parte de la tensión de mi cuerpo.

Me aclaro la garganta. —Tenemos que asegurar este lugar.

Durante las siguientes tres horas, trabajo. Compruebo cada ventana, cada puerta, cada posible punto de entrada. Muevo muebles para crear posiciones defensivas mejores. Hago inventario de lo que tenemos que pueda servir como arma. Un cuchillo de caza. Un atizador. No es suficiente, pero tendrá que valer.

Maya me observa trabajar, acercándome agua, haciendo preguntas. Su presencia es reconfortante y a la vez distracción. Cada vez que se agacha para recoger algo, me pillo mirando la curva firme de su trasero. Cada vez que estira el brazo para alcanzar algo en un

estante alto, su jersey se sube, dejando al descubierto una franja de piel pálida que me hace desear tocarla.

Mientras refuerzo la puerta trasera, un recuerdo me golpea con la fuerza de un tren de mercancías.

—Una casa segura solo es tan fuerte como su punto más débil. —Mi voz resuena en una sala de hormigón. Seis hombres están firmes, escuchando—. Comprobad cada entrada. Cada ventana. Cada conducto de ventilación. Cread posiciones de repliegue. Siempre, siempre tenéis que tener una estrategia de salida.

Uno de los más jóvenes levanta la mano. —¿Y si nos superan en número?

—Entonces les hacéis pagar por cada centímetro. —Golpeo ligeramente los planos extendidos sobre la mesa—. Usad el entorno. Cread cuellos de botella. Haced que se lo piensen dos veces antes de cruzar esa puerta.

El peso del mando me oprime los hombros. Estos hombres confían en mí para mantenerlos con vida. Para enseñarles a sobrevivir.

Parpadeo, y estoy de vuelta en la cabaña de Maya. Me tiemblan las manos.

—¿Sasha? —La voz de Maya es suave, preocupada—. ¿Estás bien?

—Bien. —No estoy bien. Los recuerdos llegan ahora más rápido, más nítidos. Pero no puedo permitirme desmoronarme. No cuando ella me necesita.

—Has recordado algo —dice. No es una pregunta.

—Luego. —Me enderezo, rotando los hombros—. Ahora necesito revisar el perímetro.

—Está oscuro.

—Exacto. —Cojo mi abrigo—. Quédate dentro. Cierra la puerta con llave tras de mí. No la abras para nadie excepto para mí.

Asiente, sus ojos azules abiertos y llenos de confianza. Esa confianza me hace algo en el pecho. Me hace querer ser digno de ella.

El aire nocturno es cortante y frío, calándome a través del abrigo. Me muevo en silencio entre los árboles, mis ojos adaptándose a la oscuridad. La luna está casi llena, bañándolo todo en plata y sombras.

Estoy a unos cincuenta metros de la cabaña cuando los veo.

Huellas de neumáticos. Recientes. El dibujo de la banda de rodadura es claro en la tierra blanda cerca del límite del bosque.

Mi corazón se acelera. Sigo las huellas, mi aliento formando nubes en el aire gélido. Llevan directamente hacia la cabaña, lo bastante cerca como para que quien condujera tuviera una visión clara de las ventanas. Luego se detienen, giran en un amplio arco y se dirigen de vuelta hacia la carretera principal. No son del vehículo de Pavel.

Alguien estuvo aquí. Observando. Merodeando.

Y saben exactamente dónde estamos.

13

LENA

La puerta se abre antes de que pueda alcanzarla, y Sasha llena el marco. La nieve cubre su pelo oscuro, derritiéndose en gotas que atrapan la luz de la lámpara. Sus ojos dorados son duros, planos, la clase de expresión que me hace el estómago dar un vuelco.

—Alguien ha estado aquí. Y no me refiero a Pavel —dice con una voz fría, controlada. El calor de antes, la ternura después de hacer el amor, ha desaparecido. Esto es alguien completamente distinto. Alguien que instintivamente sé que es peligroso.

Retrocedo para que pueda entrar. —¿Qué quieres decir?

—Huellas de neumáticos. Recientes. A unos cincuenta metros de la cabaña —pasa junto a mí, dejando rastros de nieve en el suelo mientras se dirige directamente hacia la ventana. Sus movimientos son precisos, económicos, como un depredador evaluando su territorio. —Dieron vueltas lo suficientemente cerca como para ver dentro, luego volvieron hacia la carretera principal.

Mis manos empiezan a temblar. Las entrelazo, intentando ocultar el temblor. —Quizá solo fue alguien que se perdió. Desorientado en la oscuridad.

—¿A esta hora? —No me mira, sigue escudriñando la línea de árboles a través de la ventana. —Las huellas muestran movimiento deliberado, no confusión.

—Podría haber sido Pavel volviendo. Quizá olvidó algo.

—Patrón de rodadura equivocado —finalmente se gira, y la intensidad de su mirada me clava en el sitio. —Memoricé las marcas de sus neumáticos cuando se fue. Estas son diferentes. Base más ancha, surcos más profundos. Probablemente un todoterreno.

Por supuesto que memorizó las huellas de Pavel. Porque eso es lo que hace la gente normal.

Excepto que Sasha no es normal. La forma en que se mueve ahora por mi cabaña, comprobando líneas de visión y ángulos, su cuerpo tenso y preparado para la violencia, lo demuestra sin lugar a dudas.

—¿Cuántas visitas recibes aquí? —pregunta, su tono dejando claro que esto no es una conversación casual.

—Solo Pavel. Y ocasionalmente un repartidor si pido algo que no consigo en el pueblo —me abrazo los brazos, sintiendo frío de repente a pesar del fuego crepitando en la estufa de leña. —Pero no he pedido nada en meses.

—Así que quienquiera que estuviera ahí fuera no debería haber estado —cruza hacia la cocina, su camiseta térmica ajustándose a sus anchos hombros mientras alcanza algo en la encimera. Cuando se gira, sostiene el cuchillo de caza que guardo en el cajón. Prueba el peso, lo gira una vez con facilidad experta, luego lo deja sobre la mesa al alcance de la mano. —Tenemos que asumir que volverán.

La forma casual en que maneja la hoja, como si fuera una extensión de su mano, me hiela la sangre. —¿Crees que esos hombres de los que Pavel nos advirtió ya nos han encontrado?

—Creo que alguien sabe que estamos aquí —se dirige al armero que mantengo cerrado en la esquina. —¿Tienes más munición para ese

rifle aparte de esta caja?

—Sí. En el estante superior del armario de mi dormitorio.

Ya se está moviendo, sus largas piernas cubriendo la distancia rápidamente. Lo sigo, observando cómo recoge las varias cajas de munición con la misma eficiencia con la que hace todo lo demás. Sus manos están firmes mientras carga el rifle, comprobando el mecanismo, el seguro, cada movimiento hablando de una familiaridad que va más allá de la posesión casual de un arma.

—Has hecho esto antes —digo en voz baja.

—Al parecer —responde irónicamente y apoya el rifle cargado contra la pared cerca de la puerta principal, colocándolo para un acceso rápido. —Mucho.

La admisión debería aterrarme. Quizá lo hace. Pero ver cómo asegura mi cabaña, viendo la fría competencia en cada acción, también siento algo más. Algo que se siente peligrosamente cercano al alivio.

Porque quienquiera que esté ahí fuera, lo que sea que venga, Sasha sabe cómo manejarlo.

La pregunta es si eso me hace más segura o me pone en mayor peligro.

Me sorprende mirándolo y arquea una ceja. —¿Qué?

—Nada —Aparto la mirada, pero no antes de que mis ojos bajen hasta su pecho, hasta la forma en que su camiseta térmica se adhiere a los músculos definidos. Incluso aterrorizada, mi cuerpo responde a él. A la masculinidad cruda que proyecta, a la violencia apenas contenida que debería repelerme pero no lo hace.

—Estás pensando algo —Se acerca a mí y, de repente, estamos demasiado cerca. Puedo olerlo, a humo de leña, aire frío y algo inconfundiblemente masculino—. Lo veo en tu cara.

—Estoy pensando que eres muy bueno en esto —Me obligo a mirarlo a los ojos—. En prepararte para la violencia. En saber exactamente qué hacer cuando alguien te está cazando.

—¿Eso es un problema?

—No lo sé aún —La honestidad parece peligrosa, pero las mentiras parecen peores—. Una parte de mí está agradecida. La otra se pregunta qué clase de hombre tiene estas habilidades.

Su mandíbula se tensa. —El tipo que sobrevive.

—O el tipo que hace que otros necesiten sobrevivir a él.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros como humo. La expresión de Sasha no cambia, pero algo parpadea en esos ojos dorados. Reconocimiento, quizá. O resignación.

—Probablemente tengas razón —Da un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros—. Probablemente sea exactamente el tipo de hombre del que deberías huir.

—Excepto que no puedo huir —Mi voz suena más cortante de lo que pretendía—. Porque quienquiera que estuviera rondando mi cabaña sabe que estamos aquí. Y si esos hombres del pueblo te están buscando, entonces ya estoy metida en esto, me guste o no.

—Podría irme —Pero no parece que lo diga en serio—. Alejarlos de ti.

—¿En medio de la noche? ¿Sin vehículo y sin recordar quién eres? —Niego con la cabeza—. Eso es un suicidio. Además, ¿quién dice que no van detrás de mí? Así que tu marcha podría ponerme en más peligro.

Me estudia durante un largo momento. Cualesquiera que sean sus instintos, son agudos. Calculadores.

—Tienes razón —dice finalmente—. Si te quisieran a ti, específicamente, ya habrían hecho algo. Las huellas sugieren

vigilancia.

—Eso no es tan reconfortante como crees.

Una sombra de sonrisa cruza su rostro. —No intentaba reconfortarte. Solo exponer hechos.

—Bueno, tus hechos son una mierda.

De hecho, se ríe, un sonido grave que no ayuda en absoluto a mis nervios. O quizá hace algo completamente diferente, porque de repente soy muy consciente de cómo sus hombros llenan esa camisa de franela. De cómo la tela se tensa ligeramente sobre su pecho cuando se mueve.

No ayuda, Maya.

—Entonces, estamos de acuerdo —digo—. Te quedas.

—¿Confías en mí tanto?

—Confío en que has tenido múltiples oportunidades de hacerme daño y no lo has hecho —Me muevo más allá de él hacia la cocina—. También confío en ese rifle que estás sosteniendo.

Saco los ingredientes para la cena. Pasta, porque es rápida y necesito algo en lo que concentrarme que no sea el hombre peligroso cuyos antebrazos se flexionan de una manera muy distraída mientras maneja el arma.

—La mayoría de la gente con amnesia estaría más asustada por todo esto —digo, llenando una olla con agua.

—Quizá no soy la mayoría de la gente.

—Eso se está volviendo cada vez más obvio.

Apoya el rifle contra la pared cerca de la puerta, luego se acerca a la cocina, apoyándose en la encimera a mi lado.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta.

—¿Sabes cocinar?

—Ni idea. Pero puedo seguir instrucciones.

Le paso un cuchillo y una tabla de cortar. —Ajo. Pícalo.

Toma el cuchillo, probando su peso. Por un segundo, me pregunto si he cometido un terrible error. La hoja parece natural en su agarre, como una extensión de su brazo. Pero entonces está pelando dientes de ajo con una eficiencia sorprendente.

—Definitivamente has hecho esto antes —observo.

—Al parecer —Me mira, con algo casi juguetón en su expresión—. Aunque no estoy seguro de si eso es bueno o malo en tu evaluación de mi carácter.

—El jurado aún está deliberando.

Trabajamos en silencio durante unos minutos. Soy muy consciente de cada movimiento que hace, de la forma en que sus manos se mueven con precisión, de la flexión de los músculos en sus hombros. Es ágil de una manera que no debería ser posible para alguien de su tamaño.

El pensamiento debería aterrorizarme. En cambio, me envía un escalofrío diferente por la espalda.

—Entonces, Pavel —dice Sasha—. ¿Es la única persona que te visita regularmente?

—Básicamente. Ha sido bueno conmigo desde que me mudé aquí —Remuevo la pasta—. Se asegura de que no esté muerta en una zanja en algún lugar.

—¿Y los repartos?

—Pocos. Quizá una vez cada pocos meses cuando necesito algo específico —Me giro hacia él—. ¿Por qué vuelves a sacar este tema?

—Solo intento entender el patrón. Si alguien te ha estado observando, conocería tu rutina. Sabría cuándo eres vulnerable.

—Siempre soy vulnerable aquí fuera.

Sus ojos se encuentran con los míos, y hay algo feroz en ellos. —Ya no.

Sus palabras suenan a promesa. Una peligrosa.

—Sasha…

—Lo sé. —Deja el cuchillo sobre la mesa—. Sé que probablemente soy la última persona que debería hacer promesas sobre mantenerte a salvo. Pero hasta que averigüemos qué está pasando, estás atrapada conmigo.

—¿Así es como llamamos a esta situación?

—¿Tienes un término mejor?

—Un desastre de mierda me viene a la mente.

Vuelve a reír, y me doy cuenta de que me gusta ese sonido. Me gusta demasiado para alguien que debería mantener las distancias.

Comemos en la mesa pequeña, y Sasha hace preguntas sobre la zona, sobre los senderos. Respondo con cuidado, dándole información sin revelar demasiado. Es un baile que ambos bailamos, rodeando las preguntas más importantes que ninguno de los dos quiere hacer.

Después de cenar, insiste en limpiar. Se lo permito, en parte porque estoy agotada, en parte porque verlo moverse por mi cocina está afectando mi pulso. La forma en que le quedan los vaqueros, cómo los músculos de su espalda se mueven bajo la camisa de franela.

Esto es una locura. Me siento atraída por un hombre que podría ser un criminal. Que definitivamente tiene sangre en las manos.

—Me estás mirando —dice sin volverse.

—Solo me aseguro de que no rompas nada.

—Mentirosa.

El calor me sube a las mejillas. —Eres muy seguro de ti mismo para alguien sin memoria.

—Algunas cosas simplemente se saben. —Mira por encima del hombro, y la mirada que me lanza es puro fuego—. Como cuando alguien te está mirando.

—Yo no estaba…

—Sí que lo hacías. —Se gira, apoyándose en el fregadero con los brazos cruzados. La postura hace que sus bíceps se tensen bajo la tela—. No pasa nada. Yo he estado haciendo lo mismo.

Mi respiración se corta. —¿Ah, sí?

—Difícil no hacerlo. —Su mirada recorre mi cuerpo, lenta y deliberada—. Eres hermosa, Maya. Incluso cuando me apuntas con una escopeta.

—Sobre todo entonces, probablemente, dado tu aparente gusto por el peligro.

—Quizá simplemente aprecio a una mujer que sabe cuidarse sola.

El aire entre nosotros se siente cargado, eléctrico. Debería moverme, poner distancia. En lugar de eso, me quedo paralizada.

—Me voy a la cama —digo al final, con una voz más ronca de lo que pretendía—. Deberías dormir un poco también.

—De acuerdo.

Me retiro a mi habitación, cerrando la puerta tras de mí. Mi corazón late con fuerza.

Me pongo el pijama y sigo con la rutina normal. Pero nada de esto se siente normal. Cuando por fin me meto en la cama, me quedo

mirando al techo, escuchando a Sasha moverse por la sala principal. El crujido del sofá cuando se acomoda. El suave clic de cuando revisa el rifle una vez más.

¿Estoy más segura con él aquí? ¿O estoy en más peligro por su culpa?

La pregunta da vueltas en mi mente. Por un lado, es claramente capaz. Peligroso. Las habilidades que tenga son del tipo que podrían mantenernos con vida si esos hombres vienen.

Por otro lado, ¿y si él es la razón por la que están aquí? ¿Y si he invitado a un lobo a mi casa?

Pienso en la frialdad que cubrió su expresión cuando hablamos de las marcas de neumáticos. Cómo su actitud cambió, se volvió más dura. Más letal. Esa no es la cara de un buen hombre.

Pero luego recuerdo cómo me miró en la cocina. El fuego en sus ojos, sí, pero también algo más suave. Algo casi vulnerable.

¿Qué versión es real? ¿O son ambas reales?

Me giro de lado, ajustando la manta. La cabaña está en silencio, excepto por el viento fuera y el ocasional crujido de la madera vieja.

Pero, bajo todo eso, siento la tensión. La espera. Algo se acerca.

Quizá estoy más segura con él. Quizá su presencia es lo único que mantiene a raya a quien sea que esté ahí fuera. Quizá sin él, ya estaría muerta.

O quizá estoy acostada, separada por una simple puerta de la cosa más peligrosa de estas montañas.

Cierro los ojos, intentando obligarme a dormir. Intentando silenciar las preguntas que no dejan de dar vueltas en mi cabeza.

El disparo rompe el silencio como un cristal al quebrarse.

Retumba por el valle, tan cerca que las ventanas de la cabaña vibran en sus marcos. Tan cerca que no hay posibilidad de confundirlo con otra cosa.

Alguien acaba de disparar un arma. Y está cerca.

Muy cerca.

14

ALEKSANDR

Estoy fuera antes de que el eco del disparo se desvanezca, con el rifle en mano, mi cuerpo moviéndose por puro instinto. La puerta del dormitorio de Maya se abre detrás de mí y escucho su inhalación brusca, pero no miro atrás. No puedo mirar atrás. Todos mis sentidos están concentrados en la oscuridad más allá de las ventanas, catalogando amenazas, calculando ángulos.

—Quédate dentro —ordeno por encima del hombro—. Cierra la puerta tras de mí.

—Sasha, espera—

Pero ya estoy fuera, y el aire frío me golpea la cara como una bofetada. La luna está lo suficientemente alta como para proyectar sombras sobre la nieve, convirtiendo el paisaje en un mosaico de plata y negro. Mi aliento forma nubes mientras avanzo junto a la línea de árboles, el rifle cómodo en mis manos a pesar de que no debería saber sostenerlo tan bien.

Otro disparo cruza la noche, esta vez más lejos. Al este, quizás a medio kilómetro. Me detengo, escuchando, mi corazón firme a pesar de la adrenalina que inunda mi sistema. No hay respuesta. Ni gritos. Ni sonidos de persecución o pánico.

Solo el silencio que vuelve a posarse sobre las montañas como una manta.

Me quedo allí otros veinte minutos, rodeando la cabaña en arcos cada vez más amplios, buscando cualquier indicio de que alguien haya estado lo suficientemente cerca como para ser una amenaza. Pero no hay nada.

Cuando finalmente vuelvo adentro, Maya está de pie en la sala con otro rifle que ni siquiera sabía que tenía, su pelo rubio desordenado por el sueño.

—¿Y bien? —Su voz es firme, pero puedo ver el miedo en esos ojos azul oscuro.

—Nada. Quien haya disparado no estaba lo suficientemente cerca como para ser una amenaza inmediata —dejo el rifle y paso una mano por mi cabello—. Podrían ser cazadores. O alguien intentando hacernos salir.

—¿A las tres de la mañana?

—La gente caza en horarios extraños —pero no lo creo, y ella tampoco—. Buscaré huellas por la mañana, cuando haya luz para ver.

No volvemos a dormir. Nos sentamos en la mesa de la cocina, tomando un café demasiado fuerte y amargo, observando las ventanas en busca de movimiento que nunca llega. El pie de Maya rebota bajo la mesa, un hábito nervioso que he notado antes. Tengo ganas de acercarme y detenerlo, de atraerla hacia mi regazo y prometerle que todo estará bien.

Pero no puedo prometer eso. No cuando ni siquiera sé quién soy o quién nos persigue. O si es a ella o a mí a quien buscan.

El amanecer llega lentamente, tiñendo la nieve de tonos rosados y dorados. En cuanto hay suficiente luz para ver, me pongo las botas.

—Voy a echar un vistazo —le digo a Maya—. A ver si encuentro de dónde vinieron esos disparos.

—Voy contigo.

—No.

Su mandíbula se tensa en esa línea obstinada que estoy aprendiendo a reconocer. —Es mi propiedad. Voy.

—Maya…

—No me digas "Maya" así. No pienso quedarme aquí sola preguntándome si vas a volver. —Ya está cogiendo su abrigo, sus movimientos bruscos por la determinación—. Además, conozco estos bosques mejor que tú.

Tiene razón. Una razón frustrante y válida.

—Vale. Pero te quedas detrás de mí, y si te digo que corras, corres. ¿Entendido?

—Entendido. —Pero el tono con el que lo dice sugiere que no tiene intención de obedecer esa orden si llega el momento.

Caminamos hacia el este, siguiendo la dirección del segundo disparo. La nieve es tan profunda que avanzar es lento, y me sorprendo mirando a Maya más de lo que debería. La forma en que se mueve su trasero en esos vaqueros debería ser ilegal. Se me excita solo de mirarla.

Es hermosa y dura, y soy un idiota por fijarme en eso en un momento como este.

Encontramos el lugar unos cuarenta minutos después. Cascabillos en la nieve, aún brillantes y sin escarcha. Huellas frescas, pero no del tipo que sugiera sigilo o vigilancia. Son las pisadas pesadas y descuidadas de alguien que no intentaba ocultar su presencia.

—Furtivos —dice Maya, agachándose para examinar los casquillos—. Probablemente iban tras un alce o un ciervo.

Escaneo la zona, buscando un rastro de sangre, cualquier señal de lo que dispararon. Allí. Un salpicón de rojo sobre la nieve blanca, adentrándose en los árboles. Las huellas lo siguen, dos pares de botas, avanzando con el paso decidido de quienes persiguen a una presa herida.

—Tienes razón. —Las palabras saben a decepción en mi boca—. Solo furtivos.

Maya me mira, y algo en mi expresión la hace fruncir el ceño. —Casi pareces molesto por eso.

—No estoy molesto.

—Lo estás. Querías que fuera una amenaza. —Se levanta, quitándose la nieve de las rodillas—. ¿Por qué querrías eso?

Porque parte de mí ansiaba violencia. Un enemigo claro al que eliminar. Una excusa para usar las habilidades que emergen en mi memoria muscular, la eficiencia fría que me resulta más natural de lo que debería.

—No lo sé —miento.

Volvemos a la cabaña en silencio, y entonces un recuerdo me golpea sin aviso. Me detengo en seco, con los ojos cerrados mientras me agarro la cabeza con ambas manos.

Un teléfono en mi mano, una voz al otro lado informando de un problema. Alguien robando de mis operaciones, alguien que pensó que no me daría cuenta. Escucho los detalles con la misma concentración distante que aplico a todo, mi mente ya calculando el costo de su traición y el costo de dejarlo pasar. No hay término medio en mi mundo.

—Encárgate —digo, y las palabras llevan el peso de lo definitivo. Dos palabras. Sin vacilar. Sin dudar. La satisfacción que sigue es inmediata y pura, una eficiencia limpia que se instala en mis huesos como si perteneciera allí. Un problema identificado, una solución

ejecutada. No siento nada al colgar. Ni pena. Ni ira. Solo el cálculo frío de un cabo suelto atado, y en algún lugar profundo de mi pecho, algo que podría ser satisfacción si me permitiera nombrarlo.

El sonido que sigue es agudo y húmedo. El hombre se desploma. Y siento… satisfacción. No placer, exactamente. Sino la limpia eficiencia de un problema resuelto. Un cabo suelto atado.

Tropiezo, agarrándome a un árbol. Mi corazón late con fuerza ahora, mi respiración se acelera.

—¿Sasha? —la voz de Maya corta el recuerdo—. ¿Estás bien?

—Bien. —Me enderezo, forzando mi respiración a calmarse—. Solo resbalé.

No me cree. Lo veo en cómo estudia mi rostro, la preocupación en esos ojos azules. Pero no insiste, solo espera hasta que estoy lista para seguir caminando.

Para cuando volvemos a la cabaña, el sol ya ha salido por completo y mis manos han dejado de temblar. Maya va directa al baño y oigo que el agua empieza a correr. Un baño. Se está dando un baño.

Debería darle privacidad. Debería usar este tiempo para revisar el perímetro otra vez, para repasar nuestras medidas de seguridad, para hacer literalmente cualquier cosa menos lo que estoy a punto de hacer.

Pero ya me estoy moviendo hacia la puerta del baño.

Está entreabierta, el vapor serpenteando hacia el pasillo. A través de la rendija, puedo ver su silueta a través de la cortina de ducha opaca. Ya está en la bañera, con la cabeza inclinada hacia atrás, su pelo rubio recogido en un moño desordenado.

Empujo la puerta para abrirla más.

—¿Sasha? —su voz denota sorpresa, pero no alarma—. ¿Qué haces?

—Unirme a ti. —Ya me estoy quitando la camiseta, mis manos bajando al cinturón de mis pantalones—. A menos que me digas que no.

No me dice que no, solo me observa con esos ojos azul oscuro mientras me desnudo, su mirada recorriendo mi pecho, mis abdominales y más abajo. El deseo en su expresión hace que se me endurezca la polla.

La bañera es pequeña, apenas suficiente para una persona, y menos para dos. Pero me meto igual, el agua caliente un shock después del aire frío de la mañana. Maya se mueve para hacerme espacio y, de repente, estamos apretados, sus curvas suaves contra mis músculos duros, sus pechos rozando mi pecho mientras esas piernas largas se enroscan alrededor de mi cintura.

—Esto es una mala idea —murmura, pero sus manos ya se deslizan por mis brazos, sintiendo la tensión de los músculos bajo la piel marcada.

—Probablemente. —Le acaricio la cara, inclinándola para verla bien. Gotas de agua se aferran a sus pestañas y sus labios están ligeramente entreabiertos.

El beso es lento al principio, exploratorio, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Pero entonces su lengua se desliza contra la mía y algo en mí se rompe. Intensifico el beso, una mano hundiéndose en su pelo, la otra agarrando su cadera con fuerza suficiente para dejar marcas.

Ella emite un sonido en la garganta que va directo a mi polla. Ya estoy duro, presionado contra su estómago, y cuando mueve las caderas, frotándose contra mí, gimo en su boca.

—Date la vuelta —gruño contra sus labios.

Obedece, girando hasta que su espalda queda contra mi pecho. La posición coloca su culo directamente contra mi polla y tengo que

apretar los dientes contra el impulso de tomarla ya mismo, fuerte y rápido.

Pero quiero saborear esto, quiero hacer que se deshaga antes que yo.

Mis manos se deslizan para acariciar sus pechos, sintiendo su peso, cómo sus pezones se endurecen bajo mis palmas. Ella se arquea bajo mi contacto, su cabeza cayendo hacia atrás contra mi hombro.

—Sasha —susurra, y el hecho de oír mi nombre en sus labios así me incita a hacerle cosas muy malas. Malas, pero placenteras.

Le pellizco los pezones, rodándolos entre mis dedos, y ella jadea. Una de mis manos desciende, sobre la curva suave de su vientre, entre sus muslos. Ya está húmeda, y no solo por el agua del baño.

—Abre las piernas —ordeno, y ella lo hace, tanto como los lados de la bañera le permiten, dejándome tocarla como es debido.

Encuentro su clítoris, rodeándolo con el pulgar mientras dos dedos se deslizan dentro de ella. Está apretada y caliente, y la forma en que se contrae alrededor de mis dedos me hace ver estrellas.

—Por favor —gime, sus caderas moviéndose contra mi mano—. Sasha, por favor.

—¿Por favor, qué? —muerdo suavemente su hombro, sintiéndola estremecerse—. Dime qué quieres.

—Tú. Dentro de mí. Ahora.

No necesito que me lo digan dos veces. La levanto ligeramente, colocándola sobre mi polla, y entonces me deslizo dentro de ella en un empuje suave. Ambos gemimos ante la sensación, el ajuste perfecto de nuestros cuerpos.

El agua salpica los lados de la bañera mientras comienzo a moverme, mis manos agarrando sus caderas, guiando su ritmo. Ella apoya las manos en los lados de la bañera, dándome mejor

apalancamiento, y yo aprovecho al máximo, empujándola más fuerte, más profundo.

—Dios, sí —jadea, sus músculos internos apretándose alrededor de mí—. Justo así.

Extiendo la mano para encontrar su clítoris de nuevo, froto círculos apretados mientras empujo dentro de ella. La combinación la hace gritar, todo su cuerpo tensándose.

—Corre para mí —gruño en su oído—. Déjame sentirlo.

Lo hace, su orgasmo la arrolla con tanta fuerza que casi se desploma. La sostengo, sigo moviéndome, persiguiendo mi propia liberación. Cuando llega, es como si me alcanzara un rayo, un placer tan intenso que roza el dolor.

Nos quedamos así por un largo momento, ambos respirando con dificultad, el agua enfriándose a nuestro alrededor. Finalmente, Maya se mueve, girándose en mis brazos para poder mirarme. Sus mejillas están enrojecidas, sus ojos brillan, y sonríe.

Al final nos arrastramos fuera de la bañera, ambos arrugados por el agua y exhaustos. Maya se envuelve en una toalla y se dirige a su dormitorio para vestirse. La sigo, poniéndome ropa limpia del pequeño montón que he acumulado.

Nos desplomamos en la cama todavía húmedos, su cuerpo curvado contra el mío como si perteneciera allí. La acerco más, mi mano extendida sobre su espalda baja, y ella se duerme casi de inmediato, su respiración acompasándose contra mi pecho. La sigo hacia la oscuridad, mi mente por fin en silencio.

La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas cuando despierto. Maya sigue dormida a mi lado, su pelo rubio desparramado sobre la almohada. Mis ojos vagan hacia la mesilla de noche, hacia la fotografía enmarcada que nunca me he molestado en examinar de cerca. Una joven me mira, quizá de dieciocho años, con los mismos pómulos marcados, la misma inclinación desafiante

de su barbilla. Pero su pelo es diferente, más corto y más claro ahora.

Pero para mí está claro que estoy mirando una foto de Maya.

15

LENA

Me despierto con el peso de su mirada.

Sin tocarme. Sin moverse. Solo observándome con una intensidad que me arranca del sueño como si alguien me hubiera quitado las sábanas de un tirón. Mis párpados se abren y ahí está él, apoyado en un codo, sus ojos dorados fijos en algo que hay en mi mesilla.

La fotografía.

Mi estómago se hunde tan rápido que lo noto hasta en los dedos de los pies.

—Buenos días —digo, con la voz ronca por el sueño. Intento coger el marco, pero él es más rápido y lo agarra antes que yo.

—¿Quién es? —Su tono es casual, pero hay acero bajo la superficie. El tipo de acero que sugiere que ya sabe la respuesta y está poniéndome a prueba.

—Una vieja amiga —miento, y la mentira me sabe amarga en la lengua—. De la universidad.

—Ya. —Inclina el marco, estudiándolo bajo la luz matutina que entra por la ventana—. Se parece mucho a ti.

—La gente lo dice. —Me incorporo, llevándome la sábana conmigo aunque ambos llevamos ropa. El gesto defensivo no pasa desapercibido para él. Sus ojos se clavan en los míos, con una ceja arqueada—. ¿Me lo devuelves?

—En un minuto. —Pasa el pulgar por el borde del marco, mirando alternativamente la foto y mi cara—. Los mismos pómulos. La misma nariz. La misma boca. —Su mirada se detiene en mis labios el tiempo suficiente para que sienta calor en el bajo vientre, a pesar del pánico que me atenaza el pecho—. Pero el pelo es diferente. Más largo. Más oscuro.

—Mucha gente se cambia el pelo. —Vuelvo a intentar coger el marco y esta vez me deja—. No es para tanto. —Lo coloco boca abajo en la mesilla, con las manos temblándome ligeramente.

—¿Entonces por qué estás nerviosa?

—No estoy nerviosa.

—Eres pésima mintiendo, Maya. —Se incorpora, y el movimiento hace que su camiseta térmica se ajuste a su torso. Aunque esté aterrada, mi cuerpo lo nota. Nota cómo la tela se estira sobre sus músculos definidos, cómo sus hombros llenan el espacio a mi lado—. Llevas mintiendo desde el momento en que desperté en tu cabaña.

—Te salvé la vida —digo, con más brusquedad de la que pretendía —. Eso debería comprarme algo de privacidad.

—La compra. Pero no te da inmunidad ante las preguntas. —Se levanta de la cama con un movimiento fluido. El tipo se mueve como un depredador incluso haciendo algo tan mundano como levantarse —. Eres tú en la foto. Antes de venir aquí.

No es una pregunta.

No respondo. No puedo. Tengo la garganta como si alguien la hubiera envuelto en alambre de espino.

Se acerca a la ventana, mirando el paisaje cubierto de nieve. La luz matutina ilumina su pelo oscuro, y me fijo en cómo los vaqueros le cuelgan bajo las caderas, dejando ver un trozo de piel bronceada por encima de la tela. No es el mejor momento para fijarme en su trasero, pero a mi cerebro parece importarle un bledo el momento adecuado.

—¿Cuánto llevas aquí? —No se da la vuelta. Su voz es tranquila, pero hay acero bajo ella. El tipo de tono que probablemente hace que hombres hechos y derechos confiesen cosas que ni siquiera han hecho.

—Tres años. —La verdad se me escapa antes de poder evitarlo.

—¿Y antes de eso?

—¿Importa?

Ahora sí se gira. La intensidad de esos ojos oscuros me clava a la cama más eficazmente que cualquier restricción física—. Alguien intentó matarme. Despierto en una cabaña con una mujer que claramente no es quien dice ser. Así que sí, Maya, joder, importa.

Me envuelvo más en la manta, de repente consciente de que solo llevo una camiseta de tirantes y pantalones cortos de dormir. Su mirada baja un instante y luego vuelve a subir. El calor de esa breve mirada me revuelve el estómago.

—No soy una amenaza para ti.

—No he dicho que lo seas. —Se apoya en el marco de la ventana, con los brazos cruzados. La postura hace que sus bíceps se marquen bajo la tela térmica—. Pero estás escondiéndote de algo. Nadie desaparece en medio de la nada, en Montana, cambia su aspecto y vive como un ermitaño por diversión.

—Quizá me gusta estar sola.

—Mierda —dice mientras se aparta del marco y se acerca—. Eres demasiado buena en esto. El aislamiento, la rutina cuidadosa, la forma en que vigilas la carretera como si esperaras a alguien. Eso no es preferencia. Es supervivencia.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas. Está demasiado cerca, demasiado observador, demasiado todo. Necesito desviar esta conversación antes de que escarbe más.

—Necesitamos provisiones —digo, apartando la manta y levantándome, poniendo la cama entre nosotros.

—No cambies de tema.

—No lo hago. En realidad nos quedamos sin comida, y necesitas ropa adecuada si te quedas aquí —me dirijo al armario y saco unos vaqueros y un jersey.

No espero su respuesta. La puerta del baño se cierra tras de mí con un suave clic, y me apoyo en ella, intentando controlar la respiración. Esto es malo. Es demasiado listo, demasiado perspicaz. Y la forma en que me mira, como si pudiera ver a través de cada muro que he construido, me hace sentir expuesta de una manera que no tiene nada que ver con mi camiseta fina.

Me visto rápido, poniéndome unos leggings térmicos bajo los vaqueros y una camisa a cuadros sobre el jersey. Cuando salgo, Sasha está en la cocina, con el café ya preparándose.

—Sabes hacer café —intento sonar ligera, casual.

—Sé hacer muchas cosas —responde, sirviendo dos tazas sin preguntar—. Incluyendo leer a la gente.

—¿Es eso una amenaza?

—Es una observación —me entrega una taza, sus dedos rozando los míos. El contacto envía una descarga eléctrica por mi brazo—. Tienes miedo. No de mí, creo. Pero de algo.

Envuélvelo ambas manos alrededor de la taza, usándola como escudo. —Todo el mundo tiene miedo de algo.

—Cierto —se apoya en la encimera, esos ojos oscuros sin apartarse de mi rostro—. Pero la mayoría no huye tan lejos para esconderse.

—Quizá simplemente me gustan las montañas.

—Y quizá yo soy un contable que se perdió en una excursión —su boca se curva—. Los dos estamos llenos de mierda, Maya. La diferencia es que yo no finjo lo contrario.

A pesar de todo, casi sonrío. —¿Un contable?

—¿Demasiado aburrido?

—Demasiado… —hago un gesto hacia él, hacia esa energía peligrosa que irradia incluso quieto en mi cocina—. Todo.

—Lo tomaré como un cumplido —bebe un sorbo de café, observándome por encima del borde—. ¿Estás decidida a ir por provisiones, incluso sabiendo que había tipos preguntando por nosotros?

—Creo que es un riesgo que debemos correr —digo lentamente, luego me levanto y cojo las llaves del camión del colgador de la pared—. Podemos quedarnos aquí y morir de hambre, o arriesgarnos a ir al pueblo, quizá incluso averiguar algo sobre los hombres que nos buscan.

Deja su taza con cuidado deliberado, la cerámica haciendo un suave clic contra la encimera. —Entonces nos movemos ahora. Mientras tengamos la oportunidad.

Se aparta de la encimera y camina hacia la puerta donde estoy, con las llaves del camión en una mano y el bolso al hombro.

Alarga el brazo para abrir la puerta. Su mano se queda en el marco, bloqueando mi camino un instante mientras sus ojos escudriñan la línea de árboles más allá del porche.

—Quédate cerca —dice en voz baja.

El camino hacia el camión es silencioso, excepto por el crujir de la grava bajo nuestras botas. Se mueve como si esperara una emboscada, cada paso deliberado, su atención dividida entre la carretera y el bosque. Cuando llegamos al camión, lo desbloqueo y me subo al asiento del conductor. Él ocupa el lado del pasajero, ajustando el respaldo para tener una vista clara de ambos espejos.

El motor arranca, y salgo a la carretera de montaña. El paisaje se despliega a nuestro alrededor, el denso bosque dando paso a tramos de cielo abierto. Hermoso y aislado en igual medida.

A mi lado, Sasha está completamente quieto. Cada pocos segundos, sus ojos se dirigen a los espejos, luego de vuelta a la carretera. No relajado. Nunca relajado.

—Hay alguien que podría ayudarnos —digo después de unos minutos de silencio. Mis manos se tensan en el volante—. John Davis. El policía. Lleva años en la zona, y es más observador que nadie. Si esos hombres han estado preguntando, mostrando fotos, él lo habría notado.

La temperatura en el camión baja unos diez grados.

No lo miro, pero siento el cambio, la forma en que su cuerpo pasa de vigilante a depredador en un latido.

—Davis —su voz es plana, peligrosa—. Quieres acercarte a ese policía y preguntarle por los hombres que me persiguen.

—Se da cuenta de las cosas —digo rápidamente—. Más que los locales. Si alguien sabe quiénes son, sería él.

Me mira con una ceja arqueada. —Me pregunto qué diría de ti.

No es una pregunta. De hecho, suena un poco sarcástico. Con el ceño fruncido, sigo conduciendo, negándome a mirarlo.

El silencio se prolonga durante varios minutos y estoy empezando a respirar un poco más tranquila cuando, de repente, habla en voz baja.

—Huyes de algo, Maya —su tono es firme y seguro—. O de alguien.

16

ALEKSANDR

Las palabras quedan suspendidas en el aire entre nosotros, afiladas e inevitables. Maya aprieta las manos en el volante hasta que los nudillos se le ponen blancos, y observo cómo el músculo de su mandíbula se tensa al apretar los dientes.

No me equivoco. Sé que no me equivoco.

La fotografía, el aislamiento, la forma en que se mueve por el pueblo como si esperara que alguien la reconociera. La cuidadosa construcción de "Maya" como una identidad en lugar de una persona. Todo está ahí, escrito en cada gesto defensivo, cada evasiva, cada mentira que se cuenta a sí misma como protección.

La ironía no se me escapa. Soy un hombre sin memoria acusando a una mujer de esconder su pasado. Pero al menos soy honesto sobre no saber quién soy. Ella ha construido toda una vida fingiendo.

—No voy a tener esta conversación —dice al final, con la voz tensa.

—Ya la hemos tenido.

—No. Tú has hecho una acusación. Eso no es una conversación.

Me recuesto en el asiento del copiloto, observando cómo el paisaje pasa a nuestro alrededor. Los árboles dan paso a un cielo abierto, y luego vuelven los árboles. La carretera serpentea montaña abajo en curvas perezosas, casi pacíficas.

—No te estoy juzgando —digo en voz baja—. Sea lo que sea de lo que huyas, quienquiera que sea de quien te escondas, eso es asunto tuyo.

—¿Entonces por qué sacarlo a colación?

—Porque si alguien te busca a ti, y alguien me busca a mí, necesitamos saber si esos alguien están conectados. —Me giro para mirar su perfil, la mandíbula obstinada, cómo sus ojos azul oscuro permanecen fijos en la carretera. Incluso tensa y a la defensiva, es hermosa. La luz de la mañana se refleja en su pelo rubio, y me sorprendo notando la curva de su cuello, cómo el suéter se ajusta a sus pechos generosos que suben y bajan con cada respiración—. Necesitamos saber a qué nos enfrentamos.

Permanece en silencio durante un largo momento. El motor de la camioneta ronronea, y la grava cruje bajo las ruedas al tomar otra curva.

—No están conectados —dice finalmente—. A la gente que me busca no le importas tú.

¿Se da cuenta de que acaba de admitir que alguien la busca? Tengo ganas de presionarla, de preguntarle quién, pero no quiero asustarla de nuevo. —¿Estás segura de eso?

—Sí. —Pero no suena segura. Suena como si intentara convencerse a sí misma.

Lo dejo correr. Presionarla solo hará que se retraiga más, y ahora mismo necesito que esté concentrada. Que ambos lo estemos.

El pueblo aparece entre los árboles, pequeño y anodino. Una calle principal con una docena de edificios, la mitad de los cuales parecen

no haber sido renovados desde los años cincuenta. Una tienda de ultramarinos, un restaurante, una oficina de correos y, al final, la ferretería.

Maya estaciona frente a la ferretería, y nos quedamos un momento allí, ambos escudriñando la calle. Buscando amenazas. Buscando cualquier cosa fuera de lugar. Luego salimos de la camioneta y actuamos con la mayor normalidad y discreción posible.

La campana sobre la puerta suena al entrar, y el olor a serrín y aceite de motor me golpea de inmediato. Me resulta familiar de una manera que no puedo explicar, como si hubiera estado en mil lugares como este. Los pasillos son estrechos, abarrotados de herramientas y suministros, y tras el mostrador de atrás está John Davis.

Alza la mirada cuando entramos, y veo el destello de reconocimiento en su rostro antes de que adopte una expresión neutra. Profesional.

—Buenos días —nos saluda, con voz amable pero mirada penetrante —. ¿En qué puedo ayudarles?

—Solo estamos mirando —dice Maya, dirigiéndose hacia el pasillo con pilas y linternas. La sigo, manteniéndola en mi visión periférica mientras vigilo a Davis.

No vuelve a lo que estaba haciendo. Se queda allí, observándonos con una atención que hace que mis instintos griten advertencias que no termino de entender.

Cojo un paquete de pilas, fingiendo leer la etiqueta mientras en realidad observo el reflejo de Davis en el pequeño espejo de seguridad colgado en la esquina. Me está estudiando, su mirada recorre mi rostro, mi complexión, la forma en que me muevo.

Me reconoce. O sospecha que lo hace.

—Se supone que mañana llegará otra tormenta —dice Davis, saliendo de detrás del mostrador. Camina hacia nosotros con la

tranquilidad casual de alguien que domina el espacio, pero hay cálculo en cada paso—. ¿Tienes todo lo que necesitas, Maya?

Maya se tensa a mi lado. —Estamos bien.

—Bien, bien. —Se detiene al final de nuestro pasillo, apoyándose en una exhibición de guantes de trabajo.

Dirige su atención hacia mí. —¿Te estás adaptando bien? Debe ser un cambio bastante grande viniendo de donde sea que vengas.

—Está bien.

—¿De dónde era, ya sabes?

La pregunta es casual, pero la intención detrás no lo es. Ya me lo había preguntado la primera vez que nos vimos. No respondí entonces y no pienso hacerlo ahora. Esto es un interrogatorio disfrazado de charla trivial, y reconozco la técnica porque yo mismo la he usado. El recuerdo surge sin previo aviso.

Sentado frente a una mesa metálica, un hombre con un traje barato, su placa enganchada al cinturón. Del FBI, probablemente. O de la policía estatal. Los detalles son borrosos, pero la sensación no. El cuidadoso baile de responder preguntas sin decir realmente nada. La forma en que me reclino en la silla, relajado y cooperativo, sin darle nada útil.

—Estoy encantado de ayudar, agente. Pero no estoy seguro de qué cree que sé sobre esto. —La mentira sale fácil, fluida, como si lo hubiera hecho cientos de veces antes.

Parpadeo y estoy de vuelta en la ferretería. Davis sigue esperando una respuesta, sus ojos avellana pacientes pero persistentes.

Maya se interpone entre nosotros, su lenguaje corporal protector de una manera que hace que algo cálido se despliegue en mi pecho a pesar de la tensión. —Deberíamos irnos. Todavía tenemos que pasar por la tienda general.

Pero no estoy listo para irme. No cuando Davis podría tener información que necesitamos.

—En realidad —digo, manteniendo mi voz casual—, oímos que había unos hombres en el pueblo haciendo preguntas. ¿Sabes algo de eso?

La expresión de Davis no cambia, pero algo parpadea en sus ojos. Sorpresa, tal vez. O respeto por el enfoque directo.

—¿Te enteraste de eso? —Cruza los brazos, y el gesto tensa su camisa de franela sobre el pecho. Es delgado pero fuerte, complexión de alguien activo—. Sí, un par de tipos pasaron por aquí hace unos días. Conducían un SUV negro, trajes caros. Destacaban como pulgares doloridos.

—¿Qué preguntaban? —La voz de Maya es firme, pero siento la tensión que emana de ella.

La mirada de Davis oscila entre nosotros. —Parecían interesados en encontrar a un hombre. Dijeron que era un amigo desaparecido, pero… —Se encoge de hombros—. No parecía una búsqueda amistosa, si me entiendes.

—¿Cómo así? —pregunto.

—Iban armados. Vi el bulto bajo sus chaquetas cuando sacaron las carteras. Y la forma en que preguntaban, no era como amigos preocupados. Eran profesionales buscando un objetivo. —Hace una pausa—. Me pareció la Mafia. Pero ¿qué sé yo? Solo soy un jubilado vendiendo martillos.

La forma casual en que lo dice me eriza la piel. Sabe exactamente lo que vio, y nos está diciendo que sabe lo que somos. O lo que cree que somos.

—¿Dijeron adónde iban? —pregunta Maya.

—No. Solo hicieron sus preguntas y se fueron. Pero apostaría a que siguen en la zona. Hombres como esos no se rinden fácilmente. —

Davis se endereza, volviendo hacia el mostrador—. ¿Necesitan algo más? Tenemos ofertas en piezas para generadores.

—Estamos bien —digo, guiando ya a Maya hacia el mostrador con una mano en la parte baja de su espalda. El contacto me envía calor a pesar de todo, y noto cómo su cuerpo responde, inclinándose ligeramente hacia mi tacto antes de controlarse.

Pagamos las pilas y nos vamos, con el tintineo de la campana a nuestras espaldas. La calle está tranquila, solo unos cuantos vecinos ocupados en sus quehaceres, pero me siento expuesto. Observado.

—Hay un café al otro lado de la calle —dice Maya, señalando con la cabeza un edificio pequeño con cortinas de cuadros en las ventanas —. Deberíamos comer algo antes de volver.

Quiero negarme, regresar a la cabaña donde puedo controlar el entorno, pero tiene razón. Necesitamos mantener las apariencias de normalidad, y quizá averigüemos algo más sobre los hombres que nos buscaban.

—Vale. Pero nos sentamos donde yo pueda ver la puerta.

Ella pone los ojos en blanco, pero no discute. —Como no.

El café se llama Mountain View, y en el interior hace calor y huele a café y bacon friendo. Un puñado de vecinos ocupan las mesas, y cada uno de ellos levanta la mirada cuando entramos.

La sensación de estar siendo examinado me recorre los hombros como agua helada bajando por la espalda. Analizo cada rostro, cada posición, cada amenaza potencial. Un anciano en la esquina, con manos demasiado artríticas para ser peligroso. Dos mujeres de unos cincuenta años compartiendo un pastel, locales por su forma de vestir. Un chico joven en la barra con ropa de trabajo, más interesado en su móvil que en nosotros.

—Relájate —murmura Maya mientras nos deslizamos en una mesa —. Parece que estás a punto de empezar una guerra.

—Siempre estoy a punto de empezar una guerra. Es mi estado natural. —Fruncio el ceño—. O al menos eso creo.

Ella se ríe, y el sonido hace algo por aliviar la tensión en mi pecho.

Aparece una camarera, una mujer mayor con ojos amables y una chapa que pone *Betty*. Sirve café sin preguntar y nos da unos menús plastificados que han visto días mejores.

—¿Qué les pongo?

Maya pide una hamburguesa con patatas. Yo pido lo mismo, aunque no tengo mucha hambre. Es difícil tener apetito cuando estás calculando rutas de escape y evaluando amenazas.

Cuando Betty se va, Maya se inclina hacia delante, y no puedo evitar notar cómo el movimiento hace que su jersey se ajuste sobre sus pechos.

—Deja de mirarme así —dice, pero hay calor en su mirada.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras pensando en cosas que no tienen nada que ver con la comida.

—No puedo evitarlo. Eres una distracción.

Ella niega con la cabeza, pero sonríe. —Eres imposible.

—Te gustan los imposibles.

—Por desgracia, creo que sí.

La comida llega rápido, y comemos en un silencio relativo. Estoy hiperconsciente de cada movimiento en el café, cada vez que se abre la puerta, cada mirada en nuestra dirección. Tan concentrado estoy que ni siquiera noto el sabor de la comida.

Maya, por su parte, parece disfrutar de verdad su plato. Me roba una patata, y cuando le levanto una ceja, sonríe.

—¿Qué? Las tuyas parecían mejores.

—Son las mismas patatas.

—La comida robada siempre sabe mejor. Es un hecho científico.

A pesar de todo, casi sonrío. —¿Ah, sí?

—Absolutamente. Lo leí en algún sitio. —Toma otra patata, deliberadamente lento, manteniendo el contacto visual. El gesto es juguetón y sensual, y por un momento, olvido que nos están persiguiendo.

Pero el momento no dura. La puerta se abre, y me tenso automáticamente, llevando la mano hacia la parte baja de mi espalda como si esperara encontrar una pistola allí. Solo es otra vecina, una anciana con una bolsa de la compra, pero el daño está hecho. El hechizo se ha roto.

Maya se da cuenta. Siempre se da cuenta. Su mano encuentra la mía sobre la mesa, la aprieta una vez. —Estamos bien.

Quiero creerle. Quiero existir en un mundo donde podamos comer en un café de pueblo sin mirar constantemente por encima del hombro.

Terminamos de comer y pagamos en la barra. Al salir, el aire frío me golpea la cara como una bofetada. Ya estoy planeando la ruta de vuelta a la cabaña, pensando en qué defensas necesito reforzar.

—Eh, vosotros.

Me giro. John Davis está en la puerta de la ferretería, con los brazos cruzados sobre el pecho. El sol de la tarde está detrás de él, proyectando sombras sobre su rostro.

—Tened cuidado por ahí —dice—. Montana puede ser peligrosa para los que no están acostumbrados.

¿Eso fue una amenaza?

17

LENA

Sueño no llega. He estado mirando al techo de mi habitación durante horas, observando cómo las sombras se desplazan por el yeso mientras la luz de la luna se filtra a través de las cortinas. Cada vez que cierro los ojos, veo la cara de John Davis, la forma en que miraba a Sasha como si estuviera intentando encajar una pieza de un rompecabezas. La manera en que dijo —ten cuidado— como si fuera tanto una advertencia como una amenaza.

Me quito las sábanas y camino descalza por la cabaña, mis pantalones térmicos de dormir y mi camiseta hacen poco contra el frío. El fuego de la estufa de leña se ha reducido a brasas, tiñendo la sala de un cálido resplandor naranja.

Sasha está sentado en el sofá, sin camisa a pesar del frío, mirando las llamas moribundas. La luz del fuego se refleja en los músculos definidos de su pecho y abdomen, destacando cada relieve y valle. Las alas de dragón tatuadas en sus omóplatos parecen moverse con cada respiración, y me encuentro trazando las intrincadas líneas con los ojos antes de poder evitarlo.

—¿Tampoco puedes dormir? —pregunto en voz baja.

No se sobresalta, simplemente gira la cabeza para mirarme. Esos ojos dorados reflejan la luz del fuego, haciéndolos parecer casi fundidos. —Demasiado en qué pensar.

—¿Sobre lo que dijo Davis?

—Entre otras cosas. —Da una palmadita en el sofá a su lado. —Ven aquí.

Debería volver a la cama, debería mantener cierta distancia. En cambio, cruzo la habitación y me hundo en el sofá a su lado, lo suficientemente cerca como para que nuestros muslos se toquen.

Su mirada baja hasta mi pecho, deteniéndose en cómo mi camiseta se adhiere a mis senos a la luz del fuego. Cuando sus ojos se encuentran con los míos de nuevo, hay un calor allí que no tiene nada que ver con la estufa de leña.

—Me estás mirando —digo, pero no hay mordacidad en mi voz.

—Eres hermosa. —Lo dice como si fuera un simple hecho, no un cumplido. —Difícil no mirar.

El calor inunda mis mejillas. —¿Incluso cuando estoy aterrada y agotada?

—Especialmente entonces. —Su mano encuentra la mía, los dedos entrelazándose con los míos. —¿Quieres contarme lo que realmente te mantiene despierta?

Respira profundamente, preparándome. La verdad pesa en mi lengua, tres años de secretos suplicando ser liberados. —Necesito contarte algo. Sobre por qué estoy aquí. Sobre de quién estoy huyendo.

No habla, solo aprieta mi mano. Esperando.

—Mi tío Orleg. —El nombre sabe amargo. —Tiene un problema con el juego. No del tipo en el que pierdes unos cientos en el casino y te

sientes mal por ello. Del tipo en el que estás endeudado con gente que te rompe los huesos cuando no puedes pagar.

El pulgar de Sasha traza círculos en el dorso de mi mano, un gesto que resulta tanto calmante como distrayente.

—Debía dinero a usureros, corredores de apuestas, cualquiera que aceptara sus apuestas. Y cuando esas fuentes se secaron, fue con gente peor. Gente conectada con la Bratva. —Hago una pausa, mirando el fuego. —Les pidió prestado, y cuando no pudo pagar, entró en pánico.

—Déjame adivinar. —La voz de Sasha es baja, controlada. —Convenció a alguien más de que le ayudara.

—Mi padre, Stepan. —Decir su nombre en voz alta después de tres años me aprieta la garganta. —Orleg le rogó ayuda. Dijo que lo matarían si no pagaba. Y mi padre, no pudo decir que no a la familia. Incluso cuando significaba cruzarse con gente con la que nunca debería haberse cruzado.

Siento a Sasha tensarse a mi lado, su cuerpo vuelve rígido. Sabe hacia dónde va esto.

—Desviaron dinero. No mucho, quizás cincuenta mil en seis meses. Pensaron que podrían pagar las deudas de Orleg y reponer lo que tomaron antes de que alguien se diera cuenta. —Me río, pero no hay humor en ello. —Eran idiotas. No robas a la Bratva y piensas que te saldrás con la tuya.

—No —conviene Sasha en voz baja—. Tú no.

—Alguien se dio cuenta. Siempre hay alguien que se da cuenta. —Retiro mi mano de la suya y me envuelvo los brazos alrededor del cuerpo—. Una noche, un amigo de mi padre, un hombre que le debía un favor, vino a nuestra casa. Me dijo que había un contrato sobre mí. Un mensaje, según él. Para mostrar lo que pasa cuando traicionas a la organización.

El recuerdo me golpea con fuerza. El rostro de mi madre, pálido y aterrorizado. Sus manos temblaban mientras hacía mi maleta. La forma en que me besó la frente y susurró—: No llames. No escribas. Solo sobrevive.

—Tenía veinticuatro horas —mi voz se quiebra—. Veinticuatro horas para desaparecer antes de que vinieran por mí. Así que huí. Me teñí el pelo, destruí mi móvil, retiré todo el dinero que tenía en efectivo y conduje hacia el oeste hasta encontrar un lugar donde los fantasmas pudieran esconderse.

Sasha guarda silencio durante un largo momento. Cuando por fin habla, su voz es áspera—: Tu familia. Tus padres. ¿Están…?

—No lo sé —admitir duele—. No puedo saberlo. Contactar con ellos los pondría en más peligro. Si están vivos, estarán más seguros si sigo muerta para ellos.

—¿Y el hombre que ordenó el atentado?

Me giro para mirarlo, y la intensidad en sus ojos dorados me quita el aliento. El nombre reposa en mi lengua como una cerilla encendida, lista para quemarlo todo.

—Aleksandr Romanov —las palabras salen apenas en un susurro—. Un Pakhan de la Bratva. Uno de los hombres más poderosos de la organización, según me han contado.

Sasha se queda completamente inmóvil a mi lado. No es la quietud que viene de la relajación, sino la congelación depredadora de un lobo que acaba de percibir un rastro. La temperatura de la habitación parece caer diez grados.

—Aleksandr Romanov —repite lentamente, como si probara el nombre en su lengua. Su mandíbula se tensa, el músculo palpita—. ¿Estás segura?

—El amigo de mi padre estaba seguro. Dijo que Romanov no tolera la traición, por pequeña que sea. Que ponía ejemplos con cualquiera

que se le cruzara. —Me abrazo con más fuerza—. Cincuenta mil dólares. Eso es lo que valía mi vida. Un error de redondeo en las cuentas para un hombre como él.

Sasha se levanta de golpe y se dirige hacia la ventana. La luz del fuego se refleja en los músculos de su espalda, haciendo que las alas de dragón parezcan ondular con cada movimiento. Sus manos se cierran en puños a los lados.

—Ese nombre —su voz es áspera, forzada—. Siento como si debería significarme algo.

Mi corazón da un vuelco—: ¿Lo hace?

—No lo sé. —Aprieta la palma contra el cristal frío—. Es como intentar agarrar humo. Cuanto más lo intento, más rápido se desvanece. —Se gira para mirarme—. ¿Qué aspecto tiene?

—No lo sé. —Cuando me lanza una mirada incrédula, me encojo de hombros—. Hasta entonces, mi familia no tenía tratos con la Bratva, así que nunca los había visto. Tenía miedo de buscar en Google o cualquier cosa sobre él por si podía rastrearse hasta mí. Así que tengo un nombre, pero no tengo ni idea de cómo es.

Me levanto y me acerco a él, mis pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera. Cuando coloco mi mano en su hombro, su piel está caliente bajo mi palma a pesar del frío de la habitación.

Se gira para mirarme, y la expresión en sus ojos me hace contener la respiración. Hay furia allí, fría y controlada, pero también algo protector que me oprime el pecho.

—Si alguna vez me encuentro con este Aleksandr Romanov —dice con una calma mortal en la voz—, lo mataré yo mismo.

—No puedes —respondo—. Los hombres como él son intocables. Tienen ejércitos. Recursos. No puedes acercarte a un Pakhan de la Bratva y meterle una bala en la cabeza.

—Mírame hacerlo. —Sus manos acarician mi rostro, los pulgares recorren mis pómulos—. ¿Crees que me importa una mierda su ejército? ¿Sus recursos? Puso precio a tu cabeza.

—Sasha…

—No. —Su agarre se tensa, no con dolor, pero con firmeza. Poseedor—. Ahora eres mía. Y yo protejo lo que es mío.

La declaración debería aterrorizarme, debería hacerme salir corriendo. En cambio, el calor se acumula en mi vientre, mi cuerpo respondiendo al dominio crudo en su voz.

—Estás loco —susurro.

—Probablemente. —Su boca choca contra la mía, el beso es brutal y desesperado—. Pero te gusta la locura.

Es cierto. Dios me ayude, es cierto.

Sus manos descienden por mi cuerpo, agarrando mi trasero y levantándome. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura instintivamente, mis brazos rodean su cuello. Me lleva hacia el dormitorio, su boca nunca abandona la mía, y puedo sentir la dureza de él presionando contra mi centro a través de nuestra ropa.

—Sofá —jadeo, no quiero esperar hasta llegar al dormitorio. Además, allí hace más frío.

—Qué exigente eres —dice, pero hay humor en su voz, áspera y cálida.

—No tienes ni idea.

Me arroja al sofá y reboto, riéndome mientras él se queda de pie sobre mí con una falsa irritación en su rostro. La luz de la luna que entra por la ventana proyecta sombras plateadas sobre su cuerpo mientras se cierne sobre mí, y me tomo un momento para simplemente mirarlo.

Se alza sobre mí, su figura bloqueando la mitad de la habitación. La luna ilumina los contornos de su pecho, cada músculo definido y tenso, y tengo ganas de pasar mis manos por cada centímetro de él. Su abdomen está tallado como mármol, los músculos descendiendo hasta la cintura de sus pantalones de deporte, que cuelgan peligrosamente bajos sobre sus caderas. Esa línea oscura de vello desaparece bajo la tela, y puedo ver la inconfundible protuberancia allí, gruesa y presionando contra el tejido. Mis muslos se tensan involuntariamente. Sus ojos dorados me miran con un hambre cruda, y me siento expuesta y deseada al mismo tiempo. El tatuaje de la pulsera en su muñeca izquierda capta la luz plateada mientras sus manos cuelgan a los lados, y me pregunto qué harán esas manos conmigo. Mi respiración se acelera. Dios, es hermoso. Peligroso y hermoso y mío, al menos por esta noche.

—Me estás mirando —dice, repitiendo mis palabras anteriores.

—Vales la pena —me siento y alcanzo el borde de mi camiseta, quitándomela de un solo movimiento.

Sus ojos se oscurecen al fijarse en mis pechos, y siento que mis pezones se endurecen bajo su mirada. —Joder, eres perfecta.

—Tu turno —hago un gesto hacia sus pantalones de deporte.

Se los quita sin dudarlo, y mi boca se seca. Es grande, grueso, duro y listo.

—¿Tienes dudas? —pregunta, pero no hay juicio en su voz. Solo paciencia.

—Ni por asomo —me deslizo fuera de mis pantalones de dormir y mis bragas, quedando desnuda ante él. —Ven aquí.

Se mueve sobre mí como un depredador, todo poder controlado y gracia letal. Su peso se asienta entre mis muslos, y puedo sentir el calor de él contra mi entrada. Pero no empuja hacia dentro. En su lugar, su boca encuentra mi cuello, sus dientes rozan mi punto de pulso.

—Dime qué quieres —murmura contra mi piel.

—A ti —mis manos descienden por su espalda, sintiendo el movimiento de los músculos bajo la piel cicatrizada. —Te quiero a ti.

Su mano se desliza entre nosotros, sus dedos encuentran mi clítoris y lo rodean con una presión perfecta. Me arqueo bajo su toque, un gemido escapando de mis labios.

—Ya estás tan mojada —gruñe con placer.

Se coloca en mi entrada y empuja lentamente, dándome tiempo para acomodarme a su tamaño. La sensación de estiramiento es intensa, casi demasiado, pero luego mi cuerpo se relaja, y él se desliza dentro.

Ambos gemimos ante la sensación.

Enlazo mis piernas alrededor de su cintura, instándolo a profundizar. —Muévete —exijo, moviendo mis caderas, y él se ríe, luego comienza a moverse con empujes lentos y profundos que hacen que mis dedos se enrosquen. Su boca encuentra la mía, tragando mis gemidos mientras aumenta el ritmo. Una mano se desliza entre nosotros, encontrando mi clítoris de nuevo, y la combinación de sensaciones hace que estallen estrellas detrás de mis párpados.

—Así es —gruñe contra mis labios. —Déjame sentirte.

El sofá cruje bajo nosotros mientras él empuja más fuerte, más profundo, sus caderas golpeando las mías con una urgencia creciente. Clavo mis uñas en sus hombros, aferrándome mientras el placer crece como una ola a punto de romper.

—Sasha —jadeo. —Estoy cerca.

—Ven por mí —su pulgar rodea mi clítoris con una presión perfecta. —Suéltate.

Lo hago, mi orgasmo me invade con suficiente fuerza para hacerme gritar su nombre. Él sigue unos segundos después, su cuerpo se

tensa mientras se vacía dentro de mí con un gruñido profundo que casi suena animalístico, intensificando aún más mi orgasmo.

Nos quedamos así durante largos minutos, ambos respirando con dificultad, nuestros cuerpos cubiertos de sudor. Finalmente, se mueve, sacándose con cuidado y acurrucándome contra su pecho.

Me enrosco en él, mi cabeza sobre su pecho, escuchando cómo su corazón se calma. La luz de la luna pinta patrones plateados en el techo, y por primera vez en tres años, siento que tal vez puedo dejar de correr.

Los brazos de Sasha se aprietan alrededor de mí, y susurra en mi oído: —Quien haya puesto ese contrato sobre ti, tendrá que pasar por mí primero.

18

ALEKSANDR

Me despierto con el calor de Maya pegado a mi costado, su pelo rubio desparramado sobre mi pecho, una pierna echada sobre la mía mientras duerme. La luz de la mañana se filtra a través de las cortinas, pintando su piel en tonos dorados y crema. Es hermosa así, desprotegida y en paz, y algo en mi pecho se contrae al verla.

Entonces el recuerdo golpea.

Estoy sentado tras un enorme escritorio de caoba, pulido hasta brillar como un espejo. La oficina es lujosa, cada elemento elegido para proyectar poder. Ventanales de suelo a techo ofrecen una vista de la ciudad, con las luces titilando como estrellas abajo. Tres expedientes están desplegados ante mí, cada uno conteniendo una vida que estoy a punto de juzgar.

El primero es un soldado que robó de una red de extorsión. Una cantidad pequeña, primer delito, pero un robo es un robo. Paso las páginas de las fotos de vigilancia, los registros bancarios, los testimonios. Golpeo la carpeta con un dedo. —Rómpanle las manos. Envíenlo de vuelta a su familia como advertencia.

El segundo es el lugarteniente de un rival que ha estado haciendo ruido sobre expandirse a mi territorio. Estudio su rostro en la foto, memorizándolo. —Háganlo público. Quiero que todos vean lo que pasa cuando me desafían.

El tercero es un político que amenaza con investigar mis operaciones. Me reclino en mi silla de cuero, considerándolo. Este requiere delicadeza. —Encuentren su debilidad. Todos tienen una. Cuando la encuentren, apliquen presión hasta que recuerde quién gobierna realmente esta ciudad.

Mi segundo al mando asiente, recogiendo los expedientes. Sin preguntas. Sin vacilación. Mi palabra es ley, y estos hombres ejecutarán mis órdenes sin piedad porque eso es lo que les he enseñado a hacer.

No siento nada cuando se va. Ni culpa. Ni satisfacción. Solo la fría eficiencia de problemas siendo resueltos, cabos sueltos siendo atados. Esto es lo que soy. Esto es lo que hago. Y soy muy, muy bueno en ello.

Las luces de la ciudad abajo parecen palpitar al ritmo de mi corazón, y pienso, Esto es mío. Todo. Y haré lo que sea necesario para conservarlo.

Salgo bruscamente del recuerdo, con el corazón acelerado, el sudor enfriándose en mi piel a pesar del frío matutino. Maya se mueve a mi lado, su mano deslizándose por mi pecho.

—¿Estás bien? —Su voz es ronca por el sueño, sensual de una manera que hace que se me tense el cuerpo a pesar de la oscuridad que bulle en mi cabeza.

—Bien. —La mentira sabe amarga. —Solo un sueño.

Se incorpora sobre un codo, y la sábana se desliza de sus pechos. Incluso perturbado y agitado, lo noto. Noto cómo se endurecen sus pezones en el aire frío, la suave curva de su cintura, cómo su pelo cae sobre un hombro.

—Eres un pésimo mentiroso, Sasha. —Traza un dedo por mi pecho, siguiendo la línea de una cicatriz. —¿Qué recordaste?

—Nada importante. —Atrapo su mano, llevándomela a los labios. —Vuelve a dormir.

—Es de mañana. —Mira hacia la ventana, donde la luz pálida se intensifica. —Y estás más tenso que un resorte. ¿Qué pasa?

Todo. Recordé tomar decisiones sobre la vida de las personas como si estuviera eligiendo el desayuno. Recordé no sentir nada al ordenar violencia. Recordé ser el tipo de hombre que rompe manos, hace ejemplos y destruye a cualquiera que amenace su poder.

¿Y lo peor? Se sintió natural. Correcto. Como ponerse un abrigo viejo y cómodo.

—Necesito moverme. —Salgo de la cama, poniéndome unos vaqueros y una camiseta térmica. —Cortar algo de leña y despejar la cabeza.

Maya se sienta, la sábana arremolinándose alrededor de su cintura, y me obligo a no mirar sus pechos desnudos.

—¿Quieres compañía? —pregunta.

—No. Quédate calentita. —Me inclino y beso su frente, inhalando el aroma de su pelo. —Vuelvo pronto.

Afuera, el aire frío golpea mi rostro, cortante y casi doloroso. Bien. Necesito el impacto, necesito algo que me ancle al presente en lugar de los fragmentos de un pasado que no estoy seguro de querer recordar.

El hacha se siente perfecta en mis manos. Equilibrada. Familiar. Coloco un tronco en el tajo y golpeo, la hoja partiendo la madera con un crujido satisfactorio. El impacto reverbera por mis brazos, y agradezco el ardor en mis hombros al colocar otro tronco.

Golpeo. Cruje. Parte.

Caigo en un ritmo, dejando que el trabajo físico calme el ruido en mi cabeza. Pero el recuerdo perdura como humo. La fría eficiencia de esas decisiones. Cómo no sentí nada al ordenar dolor y muerte. La certeza de que tenía razón, de que mi autoridad era absoluta, y de que cualquiera que me desafiara merecía lo que le pasara.

¿Es eso lo que soy? ¿Un hombre que rompe a otros sin vacilar? ¿Que ve la violencia como solo otra herramienta más?

El hacha cae con más fuerza, más rápido. La madera se astilla y vuela. Mi aliento forma nubes, y el sudor empapa mi camisa a pesar del frío.

La voz de Maya resuena en mi cabeza. *Aleksandr Romanov ordenó personalmente mi asesinato.*

¿Y si soy como él? ¿Y si el hombre con el que está durmiendo, el hombre al que está empezando a confiar, es el mismo tipo de hombre que pondría precio a la cabeza de una mujer joven e inocente?

El pensamiento me revuelve el estómago. Dejo el hacha y apoyo las manos en las rodillas, respirando con dificultad.

Me enderezo, secando el sudor de mi frente con el dorso de la mano. La pila de leña partida ha crecido considerablemente, suficiente para unos días más. Me duelen los hombros, y las manos empiezan a ampollarse, pero la energía inquieta por fin empieza a desvanecerse.

Recojo un buen montón de leña y me dirijo de vuelta hacia la cabaña. El aire frío se siente bien contra mi piel recalentada, y mis músculos arden de esa manera satisfactoria que proviene del trabajo físico duro. Es un trabajo honesto. Sencillo. Nada que ver con el lío complicado que tengo en la cabeza.

La puerta de la cabaña se abre antes de que llegue. Maya está en el umbral, envuelta en una de las mantas gruesas, con el pelo aún

revuelto del sueño. La luz de la mañana capta los reflejos cobrizos, haciéndolo parecer cobre hilado.

—Llevas mucho tiempo aquí fuera —dice, apartándose para dejarme pasar—. Tenía miedo de que te hubieras cortado una mano o una pierna… o algo aún más importante. La sonrisa que se dibuja en su rostro alivia algo de mi tensión.

—¿Ah, sí? ¿Y qué extremidad sería esa? —pregunto con una ceja levantada mientras dejo caer la carga de leña en el recipiente junto a la chimenea. Su cara se sonroja, pero sonríe aún más cuando su mirada baja hacia mi entrepierna. —Así que es mi polla lo que quieres.

—Bueno, sería una pena perder un ejemplar tan fino —dice, con esa voz ronca que hace que el calor se acumule en mi estómago.

Me acerco a ella, empujándola contra el marco de la puerta. La manta se desliza de un hombro, revelando su piel suave y la curva de su clavícula. Apoyo una mano en el marco por encima de su cabeza, encerrándola.

—No te tengo miedo, ¿recuerdas? —Su mano se posa en mi pecho, los dedos extendidos sobre mi corazón. Incluso a través de mi camiseta, su tacto quema.

—Deberías tenerlo. —Pero aun así me inclino hacia ella, atraído como el metal por un imán.

Ella se levanta de puntillas para encontrarme a medio camino. —Demasiado tarde para eso.

El beso comienza suave pero rápidamente se vuelve voraz. Sus dedos se enroscan en mi camiseta, tirando de mí hacia ella, y yo deslizo mi mano en su pelo, inclinando su cabeza para profundizar el beso. Sabe a café, y podría perderme en esto. En ella.

Pero el recuerdo de aquella oficina, aquellas decisiones frías, emerge como el aceite en el agua. Me separo, respirando con dificultad.

—¿Sasha? —Sus labios están hinchados, sus ojos oscuros por el deseo.

—Necesito ducharme. —Me alejo, poniendo distancia entre nosotros antes de que haga algo estúpido como llevarla de vuelta a la cama y olvidarme de todo lo demás. —Estoy cubierto de sudor.

—No me importa. —Se acerca a mí, persistente como siempre.

—A mí sí. —Me dirijo al baño, necesitando espacio para pensar, para respirar sin que su aroma nuble mi juicio.

La ducha está hirviendo, pero no logra lavar la inquietud que ha ido creciendo desde que me desperté. Esos fragmentos de memoria parecen piezas de un rompecabezas que no encajan del todo, y cuanto más intento forzarlas, más afilados se vuelven los bordes.

Cuando salgo, vestido con unos vaqueros limpios y una camiseta térmica, Maya ha preparado café. Lleva puesta mi camiseta, con las piernas desnudas bajo el dobladillo, y tengo que obligarme a apartar la mirada de la suave extensión de sus muslos.

—¿Mejor? —pregunta, entregándome una taza.

—Voy camino de ello. —Doy un largo sorbo, dejando que el calor se asiente en mi pecho.

Permanecemos en un silencio cómodo por un momento, hasta que ella dice: —¿Quieres hablar de lo que realmente te preocupa?

—No especialmente.

—Sasha. —Deja su taza y cruza los brazos. El movimiento empuja sus pechos hacia arriba, y puedo ver el contorno de sus pezones a través de la tela fina. *Concéntrate, cabrón*. —No puedes guardarte todo dentro.

—Estoy bien.

—No estás bien. Has estado cortando leña como si intentaras partir la montaña por la mitad. —Se acerca más, y puedo sentir el calor

que emana de su cuerpo—. ¿Qué has recordado?

Dejo mi taza y me giro para mirarla de frente. —Cosas de las que no me enorgullezco. Decisiones que tomé con demasiada facilidad y violencia que me resultó natural.

—No sabes si esos recuerdos son siquiera reales —dice suavemente —. Podrían ser fragmentos de algo más grande.

—Parecen reales. —Alargo la mano y le aparto un mechón de pelo detrás de la oreja, dejando que mis dedos se detengan en su mandíbula—. Parecen la verdad.

—¿Y qué si lo son? —Su mano cubre la mía, manteniéndola contra su rostro—. ¿Y qué si hiciste cosas terribles antes? Eso no define quién eres ahora.

—¿No lo hace? —Me aparto y me acerco a la ventana, necesitando ver afuera, comprobar el perímetro, viejos instintos emergiendo a la superficie—. Si fui capaz de ese tipo de cálculo frío, de esa brutalidad, entonces sigue dentro de mí. Esperando.

—Todos llevamos oscuridad dentro —me sigue, sus pies descalzos silenciosos sobre el suelo de madera—. La cuestión es qué decides hacer con ella.

Miro fijamente los árboles, la carretera apenas visible entre los pinos, y distingo una columna de polvo que se eleva desde el camino.

Maya debe percibir mi repentina tensión. —¿Qué pasa?

—Alguien viene. —Mi mano va instintivamente a mi cintura, donde debería haber una pistola. Donde estoy seguro de que solía estar, en otra vida.

La nube de polvo se acerca, y entonces lo veo. La vieja camioneta Ford de Pavel, avanzando más rápido de lo habitual por el estrecho camino.

—Solo es Pavel —dice Maya, pero noto la incertidumbre en su voz.

—Pavel no viene dos días seguidos. —Me dirijo hacia la puerta, cada instinto gritándome que algo va mal—. No a menos que haya un problema.

La camioneta se detiene cerca de la cabaña, y Pavel sale. Incluso desde aquí, puedo ver la tensión en sus hombros, cómo sus ojos escudriñan la línea de árboles antes de dirigirse hacia nosotros.

Abro la puerta antes de que pueda llamar.

—Pavel. —Mantengo mi voz neutra, pero mis músculos están tensos, listos para actuar—. No esperaba verte de vuelta tan pronto.

Se quita la gorra, dándole vueltas en sus manos curtidas. Su rostro es sombrío, las arrugas alrededor de sus ojos más marcadas que ayer. —Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Tuve más visitantes en la tienda esta mañana. —Sus ojos pasan por encima de mí hacia donde está Maya, y luego vuelven a mi cara —. Como los de antes. Tipos de ciudad. Ropa cara, coche caro. Pero estos no son los mismos hombres.

Aprieto la mandíbula. —¿Qué querían?

—Hacían preguntas. Sobre extraños en la zona. Sobre alguien nuevo que pudiera haber aparecido en las últimas semanas. —Pavel cambia el peso de un pie a otro, sus manos curtidas apretando más fuerte la gorra.

—Fueron muy específicos sobre a quién buscaban. —Pavel me mira a los ojos—. Un hombre con pelo oscuro y tatuajes.

19

LENA

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una sentencia de muerte. Un hombre con pelo oscuro y tatuajes.

Observo cómo todo el cuerpo de Sasha se pone rígido, cada músculo se tensa. La mandíbula se le aprieta con tanta fuerza que puedo ver la tensión recorrerle el cuello, y esos ojos oscuros que hace un momento estaban cálidos se vuelven fríos y calculadores. No se mueve, no parpadea, solo mira fijamente a Pavel con una intensidad que hasta a mí me hace retroceder un paso.

—¿Qué dijeron exactamente? —La voz de Sasha es baja. Demasiado baja. El tipo de silencio que precede a la violencia.

Pavel cambia el peso de un pie a otro, claramente incómodo bajo esa mirada depredadora. —Me enseñaron un boceto. Preguntaron si había visto a alguien que coincidiera con la descripción por el pueblo o en las montañas. —Me mira y luego vuelve a Sasha. —Se parecía mucho a ti. Les dije que no, claro. Pero insistieron mucho. Dijeron que era importante encontrar a esa persona.

—¿Dijeron por qué? —pregunto, con una voz más firme de lo que me siento.

—No. Solo que necesitaban localizarlo. —Pavel retuerce su gorra entre sus manos curtidas.

Sasha se acerca a la ventana, sus anchos hombros bloquean casi toda la luz mientras mira al bosque. Puedo ver cómo piensa tras esos ojos oscuros, evaluando amenazas y calculando probabilidades. Sus manos se cierran en puños a los lados.

—¿Cuántos eran? —pregunta sin volverse.

—Dos. Vestidos de civil, pero tenían ese aire, ¿sabes? Como policías o militares.

—¿Dieron nombres?

—Smith y Jones. —Pavel suelta una risa nerviosa. —Obviamente falsos.

Sasha se vuelve hacia nosotros, y la expresión en su rostro me hiela la sangre.

—No son policías —dice con frialdad.

—¿Cómo lo sabes? —Me acerco a él, atraída por un instinto que no entiendo del todo.

—Porque la policía tendría nombres reales y placas. Estos son mercenarios. —Sus ojos se encuentran con los míos, y veo algo oscuro en su profundidad. —Alguien los ha contratado para encontrarme.

—¿El mismo que te disparó?

—Muy probablemente.

Pavel se aclara la garganta, y ambos nos giramos hacia él. Casi había olvidado que seguía ahí, de pie incómodo junto a la puerta con su gorra en las manos.

—Debería irme —dice, pero no se mueve. En cambio, sus ojos azul claro saltan entre Sasha y yo, y noto cómo su mandíbula se tensa

bajo su piel curtida. Está nervioso por algo más allá de la noticia que acaba de dar.

—En realidad, Maya —dice, con una voz un poco demasiado aguda, un poco demasiado forzada—, antes de irme, me preguntaba si te gustaría cenar en el pueblo esta noche. Solo nosotros dos. Hay un sitio nuevo que ha abierto, y pensé…

La temperatura baja unos veinte grados.

No necesito mirar a Sasha para sentir el cambio en su energía. Es como estar junto a un resorte enrollado, toda esa violencia controlada de repente enfocada en Pavel con precisión láser.

El calor me sube a las mejillas, pero no estoy segura de si es vergüenza o algo completamente distinto. El comportamiento cavernícola debería molestarme, debería hacerme querer aceptar la invitación de Pavel solo para demostrar algo.

En cambio, mi estómago da un vuelco estúpido.

—Pavel —digo rápidamente, interponiéndome entre ellos antes de que esto escale a algo ridículo—, agradezco la oferta, pero Sasha tiene razón. Tenemos muchas cosas que resolver ahora mismo.

El rostro de Pavel se sonroja, y por un momento veo dolor cruzar sus facciones antes de que las componga en algo neutral. —Sí. Claro. Solo pensé… —Deja la frase en el aire, ajustándose las gafas. —No importa. Debería irme.

Está de vuelta en su camioneta antes de que pueda decir nada más, el motor acelerando un poco demasiado al marcharse. La gravilla salpica de sus ruedas, y observo la nube de polvo que lo sigue por la carretera de montaña.

Cuando me vuelvo hacia Sasha, me mira con esos ojos dorados que parecen atravesarme, hasta llegar a mi alma.

—Eso no era necesario —digo.

—¿No? —Cruza los brazos sobre el pecho, y el movimiento hace que su camiseta térmica se ajuste a sus músculos definidos. —Los hombres como Pavel toman la amabilidad como un estímulo.

—Es inofensivo.

—Ningún hombre es inofensivo cuando quiere algo que no puede tener. —Su mano se acerca a mi mandíbula, el pulgar acariciando mi pómulo. —Especialmente cuando lo que quiere es mío.

El calor se acumula en lo más bajo de mi vientre.

—¿Tuyo? —Levanto una ceja, intentando parecer desafiante a pesar de que mi pulso se acelera.

—Mío. —Se inclina, con su boca a centímetros de la mía.

Me besa, con fuerza y posesión, y me derrito a pesar de mí misma. Cuando se separa, los dos respiramos con dificultad.

—Así que no más invitaciones a cenar de Pavel. Ni de nadie más.

—Eres imposible.

—Te gusta lo imposible. —Sonríe, y esa expresión transforma su rostro de peligroso a devastador—. Tú misma lo dijiste.

—Vale —murmuro—. Nada de cenar con Pavel.

—Buena chica. —El elogio me recorre la espalda con un escalofrío que no tiene nada que ver con el frío.

Volvemos adentro, y sirvo café recién hecho mientras Sasha mira por la ventana como si esperara que un ejército apareciera entre los árboles.

—Sabes —digo con cuidado—, quizá que haya gente buscándote sea algo bueno.

Se gira, con una ceja levantada. —¿Cómo lo ves?

—Bueno, si te buscan, significa que saben que estás vivo. Quizá sean amigos. Quizá puedan ayudarte a descubrir quién eres.

—O quizá sean los que me dispararon. —Aprieta la mandíbula—. Hasta que no sepa quién me puso balas y me dejó morir, prefiero que nadie sepa que estoy aquí.

—Pero no puedes esconderte para siempre.

Coge el café que le ofrezco, y sus dedos rozan los míos. Incluso ese pequeño contacto envía electricidad por mi brazo. —Me he vuelto bastante bueno en eso estas últimas semanas.

Guiña un ojo, pero yo niego con la cabeza, optando por seriedad en lugar de juego. —Eso es diferente. No tenías elección. —Me apoyo en la encimera, estudiándolo—. Ahora la tienes. Podrías ir al pueblo y ver si alguien te reconoce. Quizá obtener algunas respuestas.

Permanece en silencio un largo momento, sus ojos dorados distantes. Puedo ver cómo evalúa posibilidades, calcula riesgos. Es fascinante observar cómo su mente trabaja tras esa mirada.

—Puede que tengas razón —dice al final—. Quizá es hora de dejar de estar a la defensiva y pasar al ataque.

—¿Qué quieres decir?

—Que vayamos al pueblo. Que miremos alrededor. Que veamos si encontramos a quien me busca. —Deja su café con cuidado deliberado—. Si quieren encontrarme, facilitémoslo. Pero en nuestros términos, en un lugar público donde no puedan simplemente pegarme un tiro en la cabeza.

La forma casual en que habla de que le disparen me revuelve el estómago. —Es un plan terrible.

—¿Tienes uno mejor?

No lo tengo. Y la verdad es que quedarnos aquí esperando a que algo pase me está volviendo loca. Al menos así haremos algo.

—Vale —digo—. Pero al primer signo de problemas, nos vamos.

—Trato hecho. —Se dirige al dormitorio—. Voy a cambiarme. Tú también deberías. Algo que no grite "ermitaño que vive en el bosque".

Le doy un golpecito juguetón en el brazo como castigo cuando pasa a mi lado.

Veinte minutos después, estamos en mi camioneta bajando la montaña. He cambiado mis capas térmicas habituales por unos vaqueros que me quedan bien y un jersey sin manchas de leña, además de mi chaqueta, bufanda y guantes.

—Mantente alerta —añade, su tono volviéndose serio—. No sabemos en qué nos estamos metiendo.

El pueblo aparece entre los árboles, y siento cómo mis hombros se tensionan automáticamente. Sasha lo nota y estira la mano para apretarme la rodilla un instante antes de apartarla.

—Relájate —dice—. Solo somos dos personas que van a comer.

—Sí, claro. A comer, con un extra de reconocimiento y posibles intentos de asesinato.

—¿Ves? Le estás cogiendo el tranquillo.

Aparco en la calle principal, y salimos al frío de la tarde. El pueblo está más animado de lo habitual, con los lugareños haciendo sus compras del fin de semana y algunos turistas perdidos de camino a las estaciones de esquí.

Estamos caminando hacia el restaurante cuando una mujer se interpone directamente en nuestro camino.

Tendrá unos cincuenta años, con el pelo perfectamente peinado y una sonrisa que no llega a los ojos. La reconozco vagamente de la tienda de ultramarinos, una de esas mujeres que parece conocer los asuntos de todo el mundo.

Llegamos al restaurante, y Sasha abre la puerta. El olor a café y tocino frito me golpea de inmediato, junto con el peso de una docena de miradas que se clavan en nosotros.

Nos sentamos en una mesa cerca del fondo, y soy muy consciente de los susurros que empiezan a surgir a nuestro alrededor. Sasha parece imperturbable, su atención fija en la calle, esos ojos dorados escudriñando cada rostro, cada vehículo.

—¿Ves a alguien? —pregunto en voz baja.

—Todavía no.

Aparece la camarera. Pedimos café y bocadillos, y se marcha con una última mirada curiosa hacia Sasha.

Su mirada vuelve a la ventana, y de repente, todo su cuerpo se tensa. —No mires ahora, pero hay un tipo al otro lado de la calle. Abrigo oscuro, de pie junto a la ferretería.

Por supuesto que miro. No puedo evitarlo.

El hombre es alto, quizá un metro ochenta, con pelo oscuro y una complexión que sugiere que pasa mucho tiempo en el gimnasio. Está mirando algo en su móvil, pero hay algo en su postura, en cómo sigue echando miradas a la calle, que no me gusta.

—¿Lo reconoces? —pregunto.

Sasha aprieta la mandíbula. —Creo que sí.

20

ALEKSANDR

El hombre al otro lado de la calle cambia de postura, y algo en su movimiento desencadena una cascada de imágenes en mi mente.

Estamos sentados en un bar con poca luz, unas copas de vodka alineadas entre nosotros. Su risa es profunda y genuina mientras golpea la mesa, casi haciendo caer la botella de vodka. —Eres un mentiroso —dice—. La historia crece cada vez que la cuentas.

Sonrío, relajado de una manera que no he sentido en los recuerdos que han surgido hasta ahora. —Que tú no estuvieras allí no significa que no sucediera.

—Yo estaba allí, cabrón. Y eran tres tipos, no cinco.

Ahora los dos nos estamos riendo, esa clase de risa que viene de años de amistad, de historias compartidas y chistes internos.

El recuerdo se fragmenta y estoy de vuelta en el reservado del restaurante con Maya mirándome con preocupación en esos ojos azul medianoche.

—¿Sasha? —Su mano encuentra la mía sobre la mesa—. ¿Estás bien?

—Lo conozco —las palabras salen rasposas—. O lo conocía. Simplemente no recuerdo cómo.

Otro flash me golpea antes de que pueda detenerlo.

Una sala de juntas. Una mesa larga, sillas caras y hombres en trajes que se inclinan ante cada una de mis palabras. Pero él también está allí, sentado a mi derecha, su presencia sólida y reconfortante. Cuando hablo, él asiente. Cuando alguien cuestiona mi decisión, su expresión se endurece de una manera que los hace reconsiderar. No solo está presente. Es mi segundo, mi mano derecha, la persona en quien confío para que me respalde.

—Tenemos que irnos —me levanto abruptamente, dejando dinero sobre la mesa—. Ahora.

Maya no discute, coge su abrigo y me sigue. Me coloco entre ella y el hombre al otro lado de la calle, usando el ángulo del edificio para protegernos mientras nos dirigimos hacia la camioneta.

—No lo mires —murmuro, mi mano encuentra la espalda baja de ella. Incluso a través del abrigo, el contacto me ancla—. Camina con normalidad.

—Normal —masculla—. Claro. Porque esto es totalmente normal.

A pesar de todo, casi sonrío. Su sarcasmo frente al peligro es extrañamente atractivo.

Estamos casi llegando a la camioneta cuando otro recuerdo me golpea.

Puños volando, sangre en mis nudillos. Estamos espalda contra espalda en un callejón, rodeados de hombres que cometieron el error de pensar que los números serían suficientes. Él derriba a dos mientras yo me encargo de tres, nuestros movimientos sincronizados

como si hubiéramos hecho esto cien veces antes. Y quizás lo hayamos hecho.

—Por la izquierda —grita, y me agacho justo cuando un tubo atraviesa el espacio donde estaba mi cabeza.

—Gracias.

—Invítame a una copa más tarde y lo dejamos así.

Me tambaleo ligeramente, sosteniéndome en la puerta de la camioneta. Maya está ahí inmediatamente, su mano en mi brazo, estabilizándome.

—¿Otro recuerdo? —pregunta en voz baja.

—Varios —la ayudo a subir al asiento del copiloto, mis ojos todavía siguiendo al hombre al otro lado de la calle. No se ha movido, no ha mirado en nuestra dirección, pero todos mis instintos gritan que es consciente de nosotros—. Es importante. Alguien en quien confiaba.

—Entonces quizás deberíamos hablar con él —no discute cuando cojo las llaves y me subo al asiento del conductor. Nunca antes he conducido su camioneta, pero no me molesté en preguntar ahora y ella no me dijo que no.

—Todavía no —arranco el motor—. No hasta que sepa si fue él quien me metió balas.

Salimos del bordillo y miro por el retrovisor mientras el hombre finalmente levanta la vista. Por un segundo, nuestras miradas se cruzan a distancia y veo un destello de reconocimiento en su rostro.

Luego doblamos la esquina y él desaparece.

—Bueno, eso fue sutil —dice Maya, su voz tensa.

—Sutil no era el objetivo. Mantenernos vivos lo era.

Ella guarda silencio por un momento y luego estira el brazo para encender la radio. El informe meteorológico local cruje por los

altavoces, y lo que escucho hace que apriete la mandíbula.

—Un sistema de tormenta importante se acerca esta noche —dice el locutor—. Se esperan de treinta a cuarenta y cinco centímetros de nieve con vientos de hasta sesenta y cinco kilómetros por hora. Los residentes en zonas montañosas deben prepararse para posibles cortes de energía y cierres de carreteras. Esto podría rivalizar con la ventisca que tuvimos hace tres semanas.

Maya y yo intercambiamos una mirada.

—¿La ventisca en la que casi muero en tu patio? —pregunto.

—Esa misma —ella se muerde el labio inferior y tengo que obligarme a concentrarme en la carretera en lugar de cuánto quiero detenerme y besarla.

El viaje de vuelta a la montaña es tranquilo, ambos perdidos en nuestros propios pensamientos. El cielo ya se está oscureciendo, las nubes se acumulan densas y pesadas. Cuando llegamos a la cabaña, los primeros copos de nieve comienzan a caer.

—Muy bien —dice Maya, bajando de la camioneta—. Preparémosla.

Pasamos las siguientes horas reforzando la cabaña. Yo reviso cada ventana mientras Maya organiza los suministros. El trabajo es familiar y cómodo, y me encuentro relajándome en ello a pesar de la tensión del día.

—Pásame ese martillo —llamo desde donde estoy reforzando el marco de la puerta trasera.

Me lo lanza y lo atrapo con una mano. Cuando levanto la vista, ella me está mirando con una expresión que hace que el calor se acumule en mi estómago. Su mirada recorre mis hombros, baja hasta donde mi camiseta térmica se ajusta a mi pecho, y aún más abajo.

—¿Ves algo que te guste? —pregunto, incapaz de resistirme.

El color invade sus mejillas, pero no aparta la mirada. —Tal vez. Eres muy distraído cuando estás siendo práctico y competente.

—¿Lo soy? —Dejo el martillo y me acerco a ella, empujándola contra la encimera de la cocina—. ¿Cuánto te distraigo?

—Mucho. —Sus manos se posan sobre mi pecho, y aun a través de la tela, su tacto quema—. Probablemente deberíamos centrarnos en los preparativos para la tormenta.

—Probablemente. —Pero igualmente me inclino, mis labios encuentran los suyos en un beso que empieza suave y rápidamente se vuelve voraz.

Cuando finalmente nos separamos, los dos respiramos con dificultad.

—Vale —dice, con voz áspera—. Tal vez un pequeño descanso de los preparativos.

Sonrío y la beso de nuevo, más despacio esta vez, saboreándolo. Mis manos se deslizan hasta sus caderas, y ella emite un pequeño sonido en la garganta que me llega directamente al pene.

—Sasha —murmura contra mis labios, supongo que volviendo en sí —. La tormenta.

—Cierto. La tormenta. —Me obligo a retroceder, poniendo distancia entre nosotros antes de que decida mandar los preparativos al diablo y llevarla a la cama—. Deberíamos acabarlo.

Volvemos al trabajo, pero el ambiente ha cambiado. Ahora hay cierta broma, una ligereza que no estaba antes. Ella me lanza miradas furtivas al culo cuando cree que no la veo. La pillo mirando mis brazos cuando llevo leña.

—Sabes —digo, apilando leña junto a la chimenea—, si quieres tocar, no tienes que pedir permiso.

—No estoy tocando nada. —Pero sonríe con esa sonrisa completa y genuina que transforma su rostro.

Me lanza un paño de cocina, y lo atrapo, riendo. El sonido me sorprende. ¿Cuándo fue la última vez que me reí así? ¿Antes de la amnesia? ¿Nunca?

A última hora de la tarde, la cabaña está tan preparada como podemos tenerla. La nieve cae copiosamente ahora, copos gruesos que se adhieren a todo lo que tocan. El viento se ha levantado, aullando entre los árboles con un sonido que parece casi vivo.

Maya está junto a la ventana, observando cómo crece la tormenta. Me acerco por detrás, rodeando su cintura con mis brazos y atrayéndola contra mi pecho. Encaja allí perfectamente, todas sus curvas suaves contra mi musculatura dura.

—Háblame del hombre del pueblo —dice en voz baja—. ¿Qué recordaste?

—Bebiendo con él. Riéndonos. Como si fuéramos amigos. —Apoyo la barbilla sobre su cabeza, inhalando el aroma de su pelo—. Y peleando. Espalda con espalda contra múltiples oponentes. Moviéndonos como si lo hubiéramos hecho antes.

—Entonces es alguien en quien confiabas.

—Lo era. En pasado. —La distinción me parece importante—. No sé si puedo confiar en él ahora.

Se gira en mis brazos, mirándome fijamente con esos ojos azules oscuros. —¿Y si te busca porque está preocupado? ¿Y si está intentando ayudarte?

—¿Y si fue él quien me disparó? —Le acaricio la cara, mi pulgar rozando su pómulo—. No puedo arriesgarme. No contigo aquí.

—Puedo cuidar de mí misma.

—Lo sé. —Y es cierto—. Pero preferiría que no tuvieras que hacerlo.

Abre la boca para responder, pero en lugar de eso la beso, tragándome cualquier argumento que iba a esgrimir. Cuando me

aparto, vuelve a sonreír.

—No puedes besarme cada vez que quieras ganar una discusión.

—Ya verás.

La nieve ya cae con fuerza, el mundo exterior se vuelve blanco. Maya se separa de mí y coge su abrigo.

—¿Adónde vas? —pregunto.

—Fuera. Vamos. —Ya se está poniendo las botas, sus ojos brillan con travesura—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste una guerra de bolas de nieve?

—Ni idea.

—Exacto. Así que creemos un nuevo recuerdo.

La sigo hacia la tormenta, y el frío me golpea como un muro. Pero ella ya está recogiendo nieve, apretándola en una bola, y la expresión en su rostro es pura alegría traviesa.

La bola de nieve me golpea justo en el pecho.

—Ah, vas a arrepentirte de eso —digo, agachándome para recoger mi propia munición.

Lo que sigue es un caos. Nos perseguimos alrededor de la cabaña, lanzándonos bolas de nieve y riendo como niños. Ella es rápida, esquivando entre los árboles, usando el terreno a su favor. Pero yo soy más rápido, y cuando finalmente la atrapo, ambos caemos en un enredo de extremidades y nieve.

Está debajo de mí, su pelo rubio extendido sobre la nieve blanca, sus mejillas sonrosadas por el frío y el esfuerzo. La nieve se pega a sus pestañas, y está riendo, sin aliento y hermosa.

—He ganado —digo, sosteniéndome sobre ella.

—Has hecho trampa.

—¿Cómo he hecho trampa?

—Eres más grande y más fuerte. Eso es hacer trampa.

—Eso se llama tener ventaja. —Me inclino y la beso, saboreando la nieve, a Maya y algo que se siente peligrosamente cercano a la felicidad.

Nos quedamos fuera hasta que ambos empezamos a tiritar, entonces volvemos adentro, quitándonos la ropa mojada y las botas. Yo avivo el fuego mientras Maya hace chocolate caliente, y terminamos en el sofá, envueltos en mantas, viendo bailar las llamas.

—Gracias —digo en voz baja.

—¿Por qué?

—Por esto. Por hacerme sentir humano en lugar de solo peligroso.

Se mueve, acurrucándose más cerca de mí. —Eres las dos cosas. Y eso está bien.

La tormenta arrecia fuera, pero dentro estamos cálidos y seguros. Su cabeza reposa sobre mi pecho, y puedo sentir cómo su respiración se ralentiza mientras comienza a dormirse. Mis propios ojos se cierran cuando un sonido atraviesa el aullido del viento.

Un golpe en la puerta.

Maya empieza a incorporarse, pero la retengo, todos mis músculos se tensan. Nadie debería estar ahí fuera en esta tormenta. Nadie debería poder encontrar esta cabaña en estas condiciones.

A menos que supiera exactamente dónde mirar.

Me muevo hacia la puerta, colocándome al lado del marco. Otro golpe, más insistente esta vez.

—¿Hola? —Una voz masculina, amortiguada por el viento—. ¿Hay alguien ahí? Mi coche se ha quedado atascado colina abajo. Necesito ayuda.

No respondo. En cambio, alcanzo el picaporte, manteniendo mi cuerpo protegido tras el marco. Lo entreabro lo suficiente como para ver hacia la oscuridad borrosa por la nieve.

Una figura está en el porche, los hombros encogidos contra el viento, la cara medio oculta por la tormenta. Pero, mientras mis ojos se ajustan, los rasgos se hacen claros.

Mi respiración se corta.

Es él. El hombre del pueblo y de mis memory flashes.

21

LENA

El hombre está en el porche, con la nieve pegada a su abrigo oscuro y su rostro medio oculto por la tormenta. Pero cuando el viento cambia y la luz del porche ilumina sus facciones, veo que el cuerpo entero de Sasha se tensa a mi lado.

—Alek… —La voz del hombre se quiebra por la emoción, sus ojos se abren de par en par por la sorpresa y algo que parece alegría. Da un paso adelante, con una mano extendida—. Estás vivo. Pensábamos…

Se detiene a mitad de frase, a mitad de paso, su expresión cambiando del alivio a la confusión al notar la mirada vacía de Sasha, la absoluta falta de reconocimiento.

—Lo siento —dice Sasha, con una voz cuidadosamente neutra—. Creo que me confundes con alguien más.

La mano del hombre cae a su costado. Es alto, quizá un metro noventa, con la cabeza rapada y una barba espesa entrecana. Incluso a través de las capas de ropa de invierno, se nota que está hecho como un toro. Sus ojos oscuros se mueven entre Sasha y yo, calculando, evaluando.

—Tu coche —digo rápidamente, dando un paso adelante—. ¿Dijiste que se había quedado atascado?

—A unos ochocientos metros —su acento es marcado, ruso, y su mirada no se ha apartado del rostro de Sasha—. Intentaba llegar a la carretera principal cuando la tormenta empeoró.

Otra ráfaga de viento golpea la cabaña, y tomo una decisión probablemente estúpida pero que parece necesaria. —Entra. Te congelarás ahí fuera.

La mano de Sasha encuentra la parte baja de mi espalda, un gesto posesivo que no pasa desapercibido para nuestro visitante. Pero se aparta, dejando que el hombre entre mientras mantiene su cuerpo entre nosotros.

El desconocido sacude la nieve de sus botas y se quita el abrigo. Debajo, lleva una chaqueta de traje gris oscuro sobre una camisa negra formal. Al moverse, la chaqueta se desplaza y alcanzo a ver una pistola enfundada en su interior. No sé si es una exhibición deliberada o simple practicidad.

—Soy Maya —digo, tendiéndole la mano—. Él es Sasha.

Toma mi mano, su agarre firme pero no aplastante. —Danil —sus ojos vuelven a posarse en Sasha, y veo algo parecido al dolor cruzar sus facciones—. Danil Bugrov.

—Siéntate —señalo hacia el sofá cerca de la chimenea—. Prepararé algo caliente para beber.

Me escapo a la cocina, con las manos temblorosas mientras saco las tazas y la lata de chocolate caliente. Este hombre conoce a Sasha. Lo conocía. Lo llamó Alek. Y la forma en que lo miró, como si viera un fantasma, sugiere que eran cercanos.

Añado vodka al chocolate caliente sin preguntar. Todos lo vamos a necesitar.

Cuando vuelvo al salón, ambos hombres están sentados frente al fuego, pero la tensión entre ellos es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo. Sasha está en el sofá, su postura engañosamente relajada, pero puedo ver la disposición en sus hombros. Danil está en el sillón, inclinado hacia adelante con los codos sobre las rodillas, estudiando a Sasha como si intentara resolver un rompecabezas.

—Tomen —les doy una taza a cada uno y me siento en el sofá junto a Sasha. Su brazo rodea inmediatamente mis hombros, acercándome. El gesto es protector y posesivo, y veo que las cejas de Danil se levantan ligeramente.

—Bueno —la voz de Sasha es mesurada, controlada—. Te vi en el pueblo hoy. Fuera de la tienda general. —Toma un sorbo de su chocolate caliente, sin apartar los ojos del rostro de Danil—. ¿Qué hacías allí?

Danil deja su taza sobre la mesa con cuidado. —Buscándote a ti.

—Para mí —dice Sasha, apretando los dedos sobre mi hombro—. ¿Y cómo, exactamente, me conoces?

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo —responde Danil con una voz suave, como si hablara con alguien que podría salir corriendo—. Desde que éramos niños.

La mandíbula de Sasha se tensa, y siento la tensión que irradia su cuerpo. Los músculos de su pecho están rígidos bajo la camisa. —¿Cómo sé que estás diciendo la verdad? ¿Cómo sé que no fuiste tú quien me disparó?

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una granada. El rostro de Danil palidece y luego se enrojece. —¿Alguien te disparó?

—Tú dime —Sasha se inclina hacia adelante y su brazo se aparta de mis hombros—. Eres tú quien apareció en mi puerta diciendo que me conoces.

—Jesús, Alek… eh, Sasha —Danil se pasa ambas manos por el cabello, y veo que le tiemblan—. Te he estado buscando durante semanas, sin saber si estabas vivo o muerto. ¿Y crees que yo te hice daño?

Algo parpadea en el rostro de Sasha. Sorpresa. Quizás un atisbo de reconocimiento. Pero la desconfianza no abandona sus ojos. —Tal vez me has estado buscando para asegurarte de que esté muerto o para terminar el trabajo si estoy vivo.

Danil se levanta de golpe, la silla raspando contra el suelo. Camina hacia la ventana, mira la nieve que gira en remolino y luego se vuelve. Su rostro es una máscara de emoción apenas controlada. —Si quisiera que estuvieras muerto, ya lo estarías. No conduciría a través de una tormenta de nieve para tomar un chocolate caliente frente a la chimenea primero.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —la voz de Sasha es dura, inflexible—. ¿Qué quieres de mí?

—Quiero recuperar a mi mejor amigo —las palabras salen crudas, honestas—. Quiero saber qué demonios te pasó. Desapareciste. Sin una palabra, sin rastro, nada. La gente ha estado… —se detiene, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. La gente ha estado preocupada.

—¿Qué gente? —presiona Sasha—. ¿Quién soy yo para ellos?

—Alguien importante —Danil se mueve de vuelta hacia la chimenea, pero no se sienta. Es energía inquieta contenida en músculo y tensión—. Alguien con responsabilidades. Personas que dependen de ti.

—Esa no es una respuesta.

—Es la única que puedo darte ahora mismo —los ojos de Danil se encuentran con los de Sasha, y hay dolor ahí. Dolor real—. Necesitas recordar por ti mismo. Si te cuento todo, podría… podría empeorar las cosas.

Sasha lo mira, y veo algo cambiar en su expresión. Una grieta en la armadura. —No te recuerdo —dice en voz baja—. Pero cuando te miro, siento… algo. Como si debiera conocerte.

—Me conoces —la voz de Danil se suaviza—. Nos conocemos desde los doce años. Me salvaste el culo más veces de las que puedo contar, y yo también te salvé el tuyo.

—Cuéntame algo —Sasha se recuesta en el sofá, pero su cuerpo sigue tenso—. Algo que solo tú sabrías.

Danil piensa un momento, y luego una pequeña sonrisa cruza su rostro. —Tienes una cicatriz en las costillas. Lado izquierdo. Te la hiciste cuando tenías dieciséis años, intentando escalar una valla para impresionar a una chica. Te desgarraste en el alambre de púas, y tuve que llevarte casi a cuestas para que te dieran puntos. Le dijiste al médico que te habías caído de la bicicleta.

Sasha mueve la mano inconscientemente hacia su costado izquierdo, presionando contra las costillas a través de la camisa. Sus ojos se abren ligeramente. —Ahí hay una cicatriz.

—Lo sé —la sonrisa de Danil es triste—. Estaba ahí cuando te la hiciste.

El cuarto queda en silencio, excepto por el crepitar del fuego. Observo el rostro de Sasha, viéndolo luchar con fragmentos de memoria que no terminan de surgir.

Los ojos de Danil vuelven hacia mí, y esta vez la mirada se queda. Está estudiando mi rostro, mi cabello, la forma en que estoy sentada. Su ceja se frunce ligeramente, como si intentara encajarme en un contexto que no termina de encajar.

Sasha se da cuenta de inmediato. Su mano encuentra mi muslo, posesiva y cálida a través de la tela de mis vaqueros. —¿Por qué sigues mirándola así?

—Lo siento —Danil niega con la cabeza, pero sus ojos no se apartan de mi rostro—. Simplemente pareces familiar de alguna manera. ¿Nos hemos visto antes?

—No —la mentira sale fácilmente, pero mi corazón late con fuerza—. Lo recordaría.

—Quizás —inclina la cabeza, todavía estudiándome—. Es solo… algo en ti.

La mano de Sasha aprieta mi muslo, y se acerca más a mí en el sofá. El movimiento es sutil pero deliberado, su cuerpo interponiéndose entre Danil y yo. —Ella me encontró medio congelado y me acogió. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Coincidencia afortunada —dice Danil con un tono neutro, pero percibo la pregunta que se esconde tras sus palabras.

—A veces, no es más que eso —la voz de Sasha ahora tiene un filo —. Suerte.

Soy muy consciente del calor de su palma a través de mis vaqueros, de cómo su pulgar traza pequeños círculos en mi muslo. Incluso en medio de este enfrentamiento tenso, mi cuerpo responde a su toque. El calor se acumula en mi bajo vientre, y tengo que esforzarme para mantener la respiración estable.

Danil se acerca a la chimenea y apoya una mano en la repisa. Las llamas proyectan sombras sobre su rostro, haciéndolo parecer más viejo, más gastado. —¿Recuerdas algo? —pregunta en voz baja—. ¿Algo de tu vida anterior?

—Destellos —la voz de Sasha suena frustrada—. Imágenes que no conectan. Un restaurante. Trajes caros. El olor a puros y vodka. Tu cara, pero más joven. —Hace una pausa—. Un arma en mi mano.

La expresión de Danil no cambia, pero veo cómo sus nudillos se ponen blancos al apoyarse en la repisa. —¿Qué más?

—Nada claro. Es como intentar ver a través de un cristal esmerilado —Sasha se pasa la mano libre por el pelo—. Sé que debería recordarte. Lo siento. Pero no puedo… no puedo acceder a ello.

—Volverá —Danil se aparta del fuego y sus ojos son intensos—. Eres la persona más fuerte que conozco. Recordarás.

—¿Y cuando lo haga? —la voz de Sasha vuelve a endurecerse—. ¿Entonces qué? ¿Qué voy a recordar de mi vida?

—Que eres un buen hombre —las palabras de Danil son cuidadosas, medidas—. Que proteges a la gente. Que tienes un código por el que vives, incluso cuando es difícil.

—Un código —la risa de Sasha es amarga—. Eso es muy vago.

—Es la verdad.

Se miran fijamente, y siento que estoy viendo a dos alfas establecer su dominio, ninguno dispuesto a retroceder, ninguno dispuesto a mostrar debilidad. La testosterona en la habitación es tan densa que asfixia.

Danil rompe el estancamiento primero, volviendo a su silla. Coge su taza, bebe un largo trago y luego la deposita con cuidado. —Probablemente debería buscar un sitio donde pasar la noche. La tormenta está empeorando.

—Hay un motel en el pueblo —digo rápidamente. Demasiado rápido.

—A quince millas en una ventisca —digo, moviendo la cabeza—. No llegaría.

El brazo de Sasha se desliza alrededor de mi cintura, atrayéndome hacia su lado. El movimiento es posesivo, protector y claramente territorial. —El sofá se convierte en cama —dice secamente—. Puedes quedarte aquí esta noche. Pero mañana te marchas.

—Justo —los ojos de Danil pasan de uno a otro, y veo cómo la comprensión ilumina su rostro—. Lo agradezco.

Me levanto, necesitando moverme, necesitando alejarme de la intensidad del toque de Sasha y la mirada penetrante de Danil. —Te traeré unas mantas.

Mientras camino hacia el pasillo, siento las miradas de ambos hombres sobre mí. La de Sasha es ardiente, posesiva, siguiendo mis movimientos como un depredador observando a su presa. La de Danil es más analítica, aún intentando resolver el rompecabezas que ve cuando me mira.

Cuando vuelvo con las mantas y una almohada, Danil está de pie junto a la ventana, mirando hacia la tormenta. Sasha no se ha movido del sofá, pero su cuerpo está tenso, enérgico.

—Aquí tienes —dejo las mantas en la silla—. El baño está al final del pasillo si lo necesitas.

—Gracias —Danil coge las mantas y me mira de nuevo con esa misma expresión de desconcierto—. Maya, ¿verdad? ¿Es así como te llamaba?

—Sí —tengo la boca seca.

Asiente lentamente, pero sus ojos son penetrantes. Demasiado penetrantes. —Es un nombre bonito.

Sasha se levanta y se acerca a mi lado. Su mano encuentra la parte baja de mi espalda, cálida y posesiva. —Es tarde. Todos deberíamos descansar.

—Sí —Danil no se mueve hacia el sofá. En su lugar, sigue mirándome, con la cabeza ligeramente inclinada—. Es solo que… no puedo quitarme la sensación de que te conozco de algún sitio.

—No es así —fuerzo mi voz para que permanezca estable.

—Quizá no —deja su taza sobre la mesa con cuidado deliberado. Sus ojos no abandonan mi rostro—. Pero te pareces mucho a alguien. Con pelo oscuro y un nombre diferente, serías la viva imagen de alguien que conozco y que desapareció hace unos años.

22

ALEKSANDR

Las palabras quedan suspendidas en el aire como una espada sobre nuestras cabezas. El rostro de Maya palidece tan rápido que creo que va a desmayarse. Su mano se aferra al respaldo del sofá con tanta fuerza que los nudillos se le ponen blancos.

—Quizá tenga un doble en algún lugar —dice con voz firme, pero noto el temblor que oculta.

Danil la estudia durante otro largo instante, sus ojos oscuros recorriendo su rostro como si intentara resolver una ecuación. Luego niega con la cabeza y una pequeña sonrisa cruza sus facciones. —Mi error. La mujer en la que pienso tenía el pelo oscuro. Mucho más largo. Y vivía al otro lado del país. —Vuelve a coger su taza y bebe un sorbo lento. —A veces, las caras simplemente se parecen, ¿sabes?

La tensión no abandona los hombros de Maya. Más bien, parece aún más afectada que antes. —Estoy cansada —dice de repente, sin mirar a ninguno de los dos—. Me voy a la cama.

Ya se dirige hacia el dormitorio antes de que pueda responder, con movimientos bruscos y descoordinados. La puerta se cierra tras ella

con un suave clic que, de algún modo, suena más fuerte que un portazo.

Vuelvo hacia Danil y la sonrisa fácil ha desaparecido de su rostro. Observa la puerta cerrada del dormitorio con una expresión que no logro descifrar.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, con voz baja y peligrosa.

—Nada. —Deja la taza y se recuesta en la silla, pero hay tensión en sus hombros que antes no estaba. —Como he dicho, solo me ha recordado a alguien.

No le creo. Pero tampoco sé qué juego está jugando, así que lo dejo pasar. Por ahora.

El silencio se alarga entre nosotros, roto solo por el crepitar del fuego y el aullido del viento fuera. Danil se mueve en la silla, cruzando un tobillo sobre la rodilla, y noto cómo se mueve. Económico. Controlado. Como alguien que ha pasado años aprendiendo a ser consciente de su cuerpo en el espacio.

Como yo.

—Entonces —dice al fin, rompiendo el silencio—, ¿realmente no recuerdas nada?

—Fragmentos. Destellos. Nada que encaje. —Me recuesto en el sofá, intentando parecer relajado aunque cada músculo de mi cuerpo está tenso. —Dime algo. Algo que pueda ayudar.

Lo considera, tamborileando con los dedos sobre su muslo. —¿Qué quieres saber?

—Todo. Quién soy. A qué me dedico. Por qué alguien me disparó y me dejó morir en la nieve.

—Son muchas preguntas. —Se levanta y se acerca a la ventana para mirar la tormenta. El movimiento es inquieto, como si no pudiera quedarse quieto. —Y no estoy seguro de tener todas las respuestas.

—Inténtalo.

Se vuelve hacia mí y, a la luz del fuego, sus facciones parecen más duras. Más viejas. —Eres un hombre de negocios. Importación y exportación, principalmente. Ofreces servicios que la gente necesita. Bienes difíciles de conseguir por canales legítimos. Proteges tu territorio y a la gente que está en él.

—Así que soy un criminal.

—Eres un pragmático. —Su voz es cuidadosa, medida. —Tienes reglas. Líneas que no cruzas. Niños no. Civiles que no estén involucrados, tampoco.

Un recuerdo relampaguea. Un mapa extendido sobre una mesa, barrios marcados en distintos colores, mi dedo trazando fronteras. —Recuerdo algo. Un mapa que dividía la ciudad.

La expresión de Danil no cambia, pero sus hombros se tensan. —¿Qué más?

—Tu rostro. Más joven. Estábamos en un coche juntos. De noche. Tú conducías y yo estaba enfadado por algo. Alguien había cruzado una línea. —Cierro los ojos, intentando enfocar el recuerdo. —Recuerdo el peso de una pistola en mi mano. El olor a pólvora y miedo.

Danil se vuelve a sentar, inclinándose hacia delante con los codos apoyados en las rodillas. —Probablemente sea lo mejor.

—¿Lo es? —Lo miro a los ojos—. ¿O simplemente tienes miedo de lo que pueda recordar?

—Quizá ambas cosas. —Se pasa una mano por la cabeza rapada y noto las cicatrices en sus nudillos, antiguas, blancas y abultadas—. El hombre que eras antes tomó decisiones difíciles. Necesarias. Pero no siempre fueron fáciles de asumir.

—¿Maté a gente?

La pregunta queda suspendida entre nosotros. Danil no responde de inmediato, y en ese silencio, tengo mi respuesta.

—Cuando era necesario —dice al fin—. Para proteger lo que era tuyo. Para mantener el orden. Pero no eras un monstruo. Creías en la lealtad. En cuidar de los tuyos. En cumplir tu palabra, incluso cuando te costaba.

Me levanto, necesitando moverme, y camino hacia la ventana. La tormenta empeora, la nieve cae tan densa que apenas distingo la línea de árboles. —¿Y tú? ¿Qué eres para mí?

—Tu mejor amigo. —Su voz se quiebra por la emoción—. La persona en quien confías cuando no puedes confiar en nadie más.

Me giro para mirarlo y algo se me oprime en el pecho. —Debería recordarte. Lo noto. Como si hubiera un hueco en mi mente donde deberías encajar, pero no logro verlo.

—Volverá. —Él también se levanta y se acerca—. Dale tiempo.

—¿Y si no quiero que vuelva? —Las palabras me sorprenden tanto como a él—. ¿Y si el hombre que era antes es alguien en quien no quiero convertirme?

La expresión de Danil se suaviza. —Entonces decides quién quieres ser ahora. Pero no puedes hacerlo sin saber quién fuiste.

Otro recuerdo me golpea sin aviso.

Estamos en un bar después del cierre, solo nosotros dos con una botella de vodka. Danil se ríe de algo que he dicho, llamándome mentiroso, diciendo que mis historias crecen cada vez.

—Eres la única persona que me dice cuando estoy siendo un idiota —le digo, y él sonríe.

—Alguien tiene que hacerlo. Si no, tu ego sería insoportable. —Los dos nos reímos, esa risa que nace de años de amistad e historia compartida.

Parpadeo y vuelvo a estar en la cabaña. Danil me observa con preocupación en sus ojos oscuros.

—Has recordado algo —dice. No es una pregunta.

—Un bar. De madrugada. Bebíamos y reíamos. —Vuelvo al sofá, de repente exhausto—. Me llamaste idiota.

Una sonrisa genuina y cálida cruza su rostro. —Eso suena a mí. A veces eres un idiota.

—Al parecer. —Me dejo caer en el sofá, y los cojines aún conservan el calor de donde estaba sentada Maya. Su aroma perdura, algo floral y limpio, y echo de menos su presencia aunque esté en la habitación de al lado—. Cuéntame más. Sobre nosotros. Sobre lo que hicimos juntos.

Danil se acomoda en su silla y pasa la siguiente hora contándome historias cuidadosamente elaboradas, vagas en los detalles importantes pero vívidas en los momentos intrascendentes. Pinta la imagen de alguien que sabía leer a la gente, ver sus debilidades y fortalezas de un vistazo, y salir de situaciones imposibles con el poder de la palabra.

No me habla de la violencia. No menciona los cadáveres, la sangre ni las decisiones difíciles. Pero sé leer entre líneas, percibir lo que no está diciendo.

—Había una mujer —digo de repente—. En uno de mis recuerdos. Pelo oscuro, hermosa. Era importante para mí.

La expresión de Danil se cierra. —Ha habido mujeres. No eres precisamente feo, y el poder atrae.

—Pero ninguna seria.

—No. —Hace una pausa—. Nunca dejaste que nadie se acercara tanto.

—¿Por qué no?

—Porque cercanía significa vulnerabilidad. Y vulnerable significa débil. —Se inclina hacia delante—. Al menos, eso es lo que solías creer.

Mira hacia la puerta del dormitorio, donde Maya está al otro lado. —Ella me salvó la vida.

—Y te estás enamorando de ella. —Lo dice como si fuera obvio—. Lo cual, dado tu historial, es o lo mejor que te podría pasar o lo peor.

Danil bosteza y se levanta, dirigiéndose hacia el sofá. Me pongo en pie para ayudarle a convertirlo en cama. Trabajamos en silencio, ese silencio cómodo que nace de la familiaridad. Cuando la cama está hecha y él se acomoda, me detengo en la entrada del pasillo.

—¿Danil?—

—¿Sí?—

—Gracias. Por buscarme. Por no rendirte.—

Su expresión se suaviza. —Eres mi hermano. Buscaría por todo el maldito país si fuera necesario.—

Asiento con la cabeza y me dirijo hacia el dormitorio. La puerta de Maya está cerrada, pero puedo ver luz bajo la rendija. Está despierta.

Debería darle espacio. Debería dejar que procese lo que el comentario de Danil haya despertado. En lugar de eso, llamo suavemente a la puerta.

—Pasa—, dice con una voz pequeña.

Está sentada en la cama, aún completamente vestida, con los brazos rodeando sus rodillas. Sus ojos están rojos, como si hubiera estado llorando, y algo en mi pecho se rompe al verla.

—Hola—. Cierro la puerta detrás de mí y me siento a su lado. —¿Estás bien?—

—Bien—. Pero no está bien. Está aterrada.

—Sabe algo—, digo en voz baja. —Sobre ti. Sobre quién eres realmente.—

No lo niega, solo mira sus manos, sus dedos retorciéndose. —Dijo que estaba equivocado.—

—Estaba mintiendo—. Extiendo la mano y aparto un mechón de pelo rubio detrás de su oreja.

Su respiración se corta, y me mira con esos mismos ojos que han estado persiguiendo mis sueños desde el momento en que desperté, helado, y los vi. Incluso asustada, incluso vulnerable, es hermosa.

—Sasha…— Su voz se quiebra al decir mi nombre.

—Escúchame—. Le tomo la cara, obligándola a mirarme a los ojos. —No me importa lo que Danil crea saber. No me importa lo que recuerde o lo que sospeche. Estás bajo mi protección. Eso significa algo.—

—No lo entiendes. Si descubre quién soy realmente—

—Entonces lo descubrirá—. Paso mi pulgar por su pómulo. —Y yo me encargaré. Me lo contaste todo, Maya. Sé por qué estás aquí. Sé de qué huyes. Eso no cambia.—

—Pero es tu mejor amigo. Tu hermano.—

—Y tú eres…— Hago una pausa, buscando la palabra correcta. —Eres importante para mí. Más importante de lo que probablemente deberías ser, considerando que te conozco desde hace qué, ¿unas semanas?—

Un esbozo de sonrisa aparece en sus labios.

—Y de algún modo, te has convertido en lo más importante de mi vida. Así que no, no voy a permitir que Danil ni nadie más te haga daño. No mientras respire.—

Se inclina hacia mi toque, y el movimiento hace que su jersey se deslice, revelando la curva de su clavícula. —Las paredes son delgadas—.

Me toma un momento entender lo que quiere decir. —¿Te preocupa que Danil nos escuche?—

—Está justo ahí—. Sus mejillas se sonrojan. —En la habitación de al lado.—

—Entonces seremos silenciosos—. No puedo evitar que una sonrisa se extienda por mi rostro. —A menos que planees hacer ruido.—

—¡Sasha!— Me golpea el pecho, pero sin fuerza. —Lo digo en serio. —

—Yo también—. Atrapo su mano y la presiono contra mi pecho, dejándola sentir mi latido. —Pero si te hace sentir mejor, podemos simplemente dormir. Me quedaré contigo. Te protegeré.—

—No tienes que—

—Quiero hacerlo—. Me levanto y me quito la ropa hasta quedar en pantalones térmicos, luego me meto en la cama a su lado. Ella duda solo un momento antes de acurrucarse contra mi pecho, su cuerpo encajando perfectamente en el mío. Incluso a través de su ropa, puedo sentir cada curva. La suavidad de su trasero presionado contra mis caderas. La forma en que sus piernas se enredan con las mías.

Nos quedamos allí en la oscuridad, escuchando la tormenta rugir afuera y el ocasional crujido de los resortes del sofá en la sala. Su respiración finalmente se iguala, pero yo me quedo despierto, mirando al techo.

Porque no puedo dejar de pensar en Danil. En la forma en que se mueve, en la forma en que observa, en cómo puede pasar de cálido y risueño a frío y calculador en un instante. Hay violencia allí, justo bajo la piel. Controlada y contenida, pero siempre presente.

Y si es mi mejor amigo, si es la persona en quien más confiaba en esa otra vida, ¿qué dice eso de mí?

¿Qué clase de hombre inspira esa clase de lealtad en alguien que lleva la muerte en sus ojos?

23

LENA

Me despierto con el aroma a café y algo que se fríe, lo cual está mal en tantos niveles que mi cerebro no puede procesarlo lo suficientemente rápido. Sasha no hace el desayuno. Yo hago el desayuno. Y los sonidos que vienen de mi cocina son demasiado seguros, demasiado familiares, como si alguien supiera exactamente dónde está guardado todo.

Me visto rápidamente y salgo para encontrar a Danil moviéndose por mi cocina como si fuera suya, cascando huevos en una sartén con una mano mientras voltea lo que parecen blinis con la otra.

—Buenos días —dice sin voltearse, como si tuviera un sexto sentido que le dijera que estoy aquí—. Espero que no te moleste. Soy madrugador y pensé que podría ser útil.

¿Molestarme? Me molesta que esté en mi espacio, tocando mis cosas, respirando mi aire. Pero no puedo decirlo sin sonar como una loca.

—El café está fresco —añade, señalando la cafetera.

Me sirvo una taza y me apoyo en la encimera, observándolo trabajar. Hay algo inquietante en lo cómodo que se siente aquí, cómo

encontró la espátula en el segundo cajón y los platos en el armario sobre el fregadero sin preguntar. Como si lo hubiera hecho antes. Como si perteneciera.

—Entonces, Maya —sirve los huevos y los blinis con una delicadeza sorprendente para un hombre de su tamaño—. ¿Cuánto tiempo llevas en Montana?

La pregunta suena casual, pero noto el peso que lleva detrás. —Tres años.

—Mucho tiempo para estar sola en las montañas —coloca un plato frente a mí y empieza con otro—. ¿Qué te trajo aquí?

—Necesitaba un cambio —doy un bocado a un blini y, maldita sea, está perfecto. Ligero y ligeramente dulce, justo como me gustan—. La vida en la ciudad no era para mí.

—¿Qué ciudad?

Aprieto el tenedor. —¿Importa?

—Solo estoy conversando —pero sus ojos oscuros son penetrantes, evaluadores—. Me pareces una chica de la Costa Este. Nueva York, quizás. ¿Boston?

Antes de que pueda responder, Sasha emerge del dormitorio, con el pelo aún húmedo por la ducha. Lleva jeans que le cuelgan bajos de las caderas y una camiseta térmica que se ciñe a cada músculo de su pecho y abdomen. Incluso estresado y sospechoso, mi cuerpo reacciona al verlo. El calor se acumula en mi vientre y tengo que obligarme a apartar la mirada antes de hacer algo estúpido como quedarme mirándolo.

Sus ojos dorados se mueven entre Danil y yo, leyendo la tensión en el aire como si estuviera escrita en neón. —El desayuno huele bien —dice, pero su voz tiene ese tono que he aprendido a reconocer. El que significa que está prestando mucha atención.

—Siéntate —Danil indica la mesa con la espátula—. Hay suficiente.

Sasha no se sienta. En su lugar, se acerca a pararse junto a mí, su mano encuentra la parte baja de mi espalda. El toque es posesivo y protector, y veo que Danil lo nota, cómo sus cejas se elevan ligeramente antes de que controle su expresión y vuelva a la neutralidad.

—Maya me estaba contando cómo terminó en Montana —dice Danil, sirviendo más huevos—. Aunque está siendo un poco misteriosa con los detalles.

—Quizás le gusta su privacidad —la voz de Sasha es plana, peligrosa —. Quizás por eso vive en medio de la nada.

—Es justo —Danil deja la sartén a un lado y finalmente se sienta, su gran cuerpo hace que la silla de mi cocina parezca un mueble de muñecas—. Solo soy curioso. No todos los días encuentras a alguien viviendo tan desconectado de todo.

La tormenta exterior aúlla, haciendo vibrar las ventanas. La nieve cae tan espesa que apenas puedo ver los árboles, y el mundo más allá de mi cabaña ha desaparecido en el blanco. Estamos atrapados aquí juntos, los tres, y las paredes parecen cerrarse sobre nosotros con cada segundo que pasa.

—¿De dónde eres originalmente? —pregunta Danil, tomando un bocado de sus huevos—. Tu acento es interesante. No es del todo de la Costa Este, ni del Medio Oeste.

—No tengo acento —digo, pero mi voz suena demasiado defensiva.

—Todo el mundo tiene un acento —sonríe, pero no llega a sus ojos —. Soy bueno con las voces. Viene de años escuchando a gente mentirme.

La mano de Sasha se tensa en mi espalda. —Ya es suficiente.

—Solo estoy conversando —dice Danil con suavidad, pero hay acero bajo ese tono casual—. Conociendo a la mujer que salvó la vida de mi mejor amigo.

—Entonces pregunta por otra cosa —Sasha saca la silla a mi lado y se sienta, su muslo presiona el mío bajo la mesa. Incluso a través de nuestros jeans, el contacto envía electricidad por mi columna—. Su pasado es asunto suyo.

Danil nos estudia a ambos durante un largo momento, luego se encoge de hombros. —De acuerdo. Es justo —toma otro bocado, masticando pensativamente—. Estas montañas deben ser solitarias. ¿Recibes muchas visitas?

—Solo Pavel —digo antes de poder detenerme.

—Pavel —los ojos de Danil se agudizan—. ¿Quién es Pavel?

—Un vecino —dice Sasha con frialdad—. Viene a ver cómo estamos de vez en cuando.

—Suena como un buen amigo.

—Es útil —muevo los huevos en mi plato, de repente sin hambre—. Trae provisiones de vez en cuando.

—Conveniente —Danil se recuesta en su silla, y el movimiento hace que su camiseta se ciña a su pecho. Está construido como un tanque, todo músculo y poder controlado, y puedo ver por qué él y Sasha son amigos. Están cortados con el mismo paño peligroso—. ¿Y no hace preguntas sobre la misteriosa mujer que vive sola en el bosque?

—Se ocupa de sus asuntos —dice Sasha, y ahora hay una advertencia en su voz, clara e inconfundible.

Danil levanta las manos en una falsa rendición. —No estoy intentando empezar nada. Solo intento entender la situación.

—La situación —dice Sasha lentamente— es que Maya me salvó la vida. Eso es todo lo que necesitas entender.

La tensión en la mesa es tan espesa que se podría cortar con un cuchillo. Me levanto abruptamente, cogiendo mi plato aunque

apenas he tocado la comida. —Debería revisar el generador. Asegurarme de que tenemos suficiente combustible para aguantar la tormenta.

—Yo lo haré —dice Sasha, ya de pie.

—No, yo me encargo. —Necesito espacio, necesito aire, necesito alejarme de las preguntas indiscretas y las miradas cómplices de Danil. —Vosotros dos deberíais poneros al día. Hablar de los viejos tiempos.

Antes de que cualquiera de los dos pueda protestar, ya me estoy poniendo el abrigo y las botas. El frío me golpea como un muro cuando salgo al exterior, robándome el aliento, pero lo agradezco. Cualquier cosa es mejor que quedarme sentada en esa cocina sintiéndome como un bicho bajo un microscopio.

El cobertizo del generador está a solo quince metros de la cabaña, pero la nieve es tan profunda que cada paso es una lucha. Para cuando llego, me arden las piernas y los pulmones me duelen por el aire gélido.

Reviso los niveles de combustible, lleno el depósito y hago todo el mantenimiento rutinario que he hecho cientos de veces antes. Cualquier cosa para retrasar el regreso al interior. Cualquier cosa para evitar las preguntas de Danil y su manera de mirarme. Con sospecha.

Cuando por fin no puedo justificar quedarme fuera más tiempo, regreso a duras penas por la nieve. Tengo los dedos entumecidos a pesar de los guantes, y la cara me parece que podría agrietarse del frío.

Sacudo la nieve de las botas en el porche y empujo la puerta para entrar. El calor del interior es casi doloroso después del frío extremo, y me quedo un momento quieta, dejando que la sensación vuelva a mis extremidades.

Las voces llegan desde el salón. Sasha y Danil, hablando en ruso rápido. No entiendo la mayor parte, pero capto mi nombre falso. Maya. Y luego otra palabra que me hace caer el estómago. Familiar. Está diciendo que le parezco familiar.

Me aclaro la garganta con fuerza, y la conversación se detiene. Cuando doy la esquina, los dos hombres están sentados junto al fuego, con tazas de café en las manos, aparentando ser viejos amigos que se ponen al día. Excepto por la tensión en los hombros de Sasha y la mirada calculadora en los ojos de Danil.

—El generador está bien —anuncio, quitándome el abrigo—. Debería aguantar durante la tormenta.

—Bien. —Sasha da una palmadita en el sofá a su lado, y me dejo caer agradecida. Su brazo me rodea los hombros al instante, atrayéndome contra su costado. Puedo sentir su calor a través de la camisa, oler el aroma limpio del jabón y algo que es únicamente suyo. Mi cuerpo se relaja a pesar de la ansiedad, amoldándose a su calor sólido.

—Se supone que la tormenta durará al menos otro día —dice Danil, mirando al fuego—. Parece que estamos atrapados juntos un tiempo.

Qué suerte tenemos.

El día avanza con una lentitud dolorosa. Danil está en todas partes, llenando mi pequeña cabaña con su presencia. Es educado, incluso servicial, pero no puedo quitarme la sensación de que me está observando. Estudiándome. Intentando averiguar de dónde me conoce.

Alrededor del mediodía, me escapo a mi dormitorio para cambiarme los calcetines. Es entonces cuando lo veo.

Danil está en el umbral de mi puerta, su gran figura bloqueando la mayor parte de la luz del pasillo. Está mirando mi mesilla de noche, a la fotografía que olvidé esconder. La de mí a los dieciocho años,

con el pelo largo, más oscuro que ahora, y una sonrisa que pertenece a alguien que no sabía que el mundo podía ser tan cruel.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz sale más cortante de lo que pretendía, pero me da igual. Este es mi espacio, mi santuario, y él lo está violando.

Se gira lentamente, y hay algo en su expresión que no puedo descifrar. —Lo siento. Buscaba el baño. Me he despistado.

—El baño es la otra puerta. —Señalo hacia el pasillo, con la mano ligeramente temblorosa. —Este es mi dormitorio.

—Cierto. Error mío. —Pero sus ojos vuelven a la fotografía, quedándose un segundo más de lo debido antes de marcharse.

Cogió el marco y lo meto a toda prisa en el cajón de la cómoda, con el corazón golpeándome las costillas. La ha visto. Definitivamente la ha visto. Y ahora va a unir las piezas, si no lo ha hecho ya.

Esa tarde, Sasha sugiere jugar a las cartas para pasar el tiempo. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina, jugando al póquer con cerillas como fichas. Danil es bueno, leyendo las expresiones y faroleando con facilidad. Sasha es mejor, con el rostro impasible. Yo soy pésima, mi ansiedad me hace moverme y delatar cada mano.

—Eres demasiado honesta para el póquer —dice Danil riendo después de que yo tire otra mano potencialmente ganadora—. Tu cara muestra todo lo que piensas.

—No todo —murmuro, pero tiene razón. Nunca he sido buena ocultando mis emociones.

La mano de Sasha encuentra mi muslo bajo la mesa, apretándolo suavemente. El contacto es tranquilizador y perturbador a partes iguales. Sus dedos son cálidos a través de mis vaqueros, y soy muy consciente de lo cerca que están de lugares que no deberían estar en mi mente mientras su mejor amigo está sentado a un metro.

—¿Otra ronda? —Danil baraja las cartas con una destreza sorprendente para alguien con manos tan grandes.

—Me retiro. —Me levanto, necesitando moverme. —Voy a hacer café.

Me ocupo en la encimera, midiendo el café y el agua, intentando ignorar el murmullo bajo de voces masculinas detrás de mí. Han vuelto a hablar en ruso, y aunque no entiendo las palabras, capto el tono. Serio. Preocupado. Sasha haciendo preguntas, Danil contestando con cuidado.

La cafetera gorgotea y silba, llenando la cocina con el rico aroma del café tostado. Estoy cogiendo las tazas cuando oigo que la puerta trasera se abre y se cierra. La voz de Sasha anuncia: —Voy a revisar el generador. Ahora vuelvo.

Se me cae el estómago. Me está dejando sola con Danil.

Me giro lentamente, y Danil ya está de pie, acercándose a la cocina con esa misma familiaridad inquietante. No es amenazante, no abiertamente, pero algo en su manera de moverse hace que mis instintos griten.

Se apoya en la encimera, casual y relajado, pero yo veo al depredador bajo la superficie. Su voz baja hasta casi un susurro. —Sé quién eres, Lena Orlova. La pregunta es, ¿lo sabe él?

24

ALEKSANDR

Cuando paso de nuevo por la puerta tras revisar el generador, quitándome la nieve de las botas, la temperatura dentro de la cabaña parece diez grados más fría que cuando salí.

Maya está paralizada junto a la encimera de la cocina, su rostro descolorido. Ambas manos agarran el borde, los nudillos blancos, los dedos temblando. Danil se apoya en la encimera opuesta, con los brazos cruzados, observándola con una expresión que no logro descifrar.

El aire entre ellos resuena con algo que no comprendo. Algo que hace que mis instintos se activen de manera intensa y aguda.

—¿Qué ha pasado? —Mi voz sale más dura de lo que pretendía.

—Nada. —La sonrisa de Maya es demasiado brillante, demasiado forzada. —Danil me ha sobresaltado. No le oí entrar en la cocina.

Miro a Danil, y él se encoge de hombros, su expresión cambiando a algo más disculpatorio. Demasiado fluido. Demasiado ensayado. —Culpa mía. A veces me muevo muy silenciosamente. Viejos hábitos.

La explicación es razonable. Pero las manos de Maya siguen temblando, y hay algo en sus ojos que parece miedo. Miedo real.

Me acerco a ella en tres zancadas, mi mano encontrando la parte baja de su espalda. Incluso a través de su jersey, puedo sentir la tensión que irradia su cuerpo. —¿Estás bien?

—Bien. —Se inclina hacia mi contacto. —Solo estoy nerviosa. La tormenta me pone así.

Pero he visto a Maya enfrentarse a tormentas antes. No se asusta fácilmente.

Danil se dirige hacia el salón. —Probablemente debería llamar. Dejar que la gente sepa que os he encontrado.

—No. —La palabra sale cortante, autoritaria. —Todavía no.

—Alek… —Se corrige. —Sasha. La gente está preocupada. Necesitan saber que estás vivo.

—Y lo sabrán. Cuando yo esté listo. —Mantengo el brazo alrededor de Maya, sintiendo el ritmo acelerado de su corazón contra mi costado. —Ahora mismo, necesito tiempo para averiguar en quién puedo confiar.

Algo parpadea en el rostro de Danil. Dolor, tal vez. O comprensión. Asiente lentamente, luego se dirige hacia la ventana, observando la nieve que remolina. El silencio se prolonga, roto solo por el crepitar del fuego y el aullido del viento fuera.

Un recuerdo me golpea sin previo aviso.

Estamos en una sala de juntas con una mesa de caoba, sillas de cuero y el olor de puros caros. Yo estoy al frente de la mesa, y Danil se sienta a mi derecha. Alguien cuestiona mi decisión sobre la expansión del territorio.

Antes de que pueda responder, Danil se inclina hacia adelante. El movimiento es casual, pero todos los hombres en la sala se quedan

quietos.

—El Pakhan ha hablado —dice, su voz tranquila pero llena de autoridad absoluta—. A menos que quieras explicarle por qué crees que sabes más que él.

El hombre que me cuestionó palidece. La reunión continúa sin más interrupciones.

Más tarde, en el coche, me giro hacia Danil. —No tenías que hacer eso.

—Sí, lo tenía que hacer. —Mantiene los ojos en la carretera. —Tú eres el jefe, pero a veces, la gente necesita recordatorios. Ese es mi trabajo.

—Tu trabajo es Sovietnik*, no perro de ataque.*

Él sonríe. —Puedo ser ambas cosas.

Parpadeo, y estoy de vuelta en la cabaña. Danil sigue junto a la ventana, y Maya está acurrucada a mi lado, su cuerpo finalmente comenzando a relajarse. El aroma de su champú flota en el aire, y lo inhalo, sintiéndome reconfortado.

—Recuerdo algo —digo en voz baja—. Una reunión. Me respaldaste cuando alguien cuestionó mi autoridad.

Danil se gira, y hay calidez en sus ojos oscuros. —Lo he hecho más veces de las que puedo contar. Eres brillante, pero también eres joven para ser Pakhan. Algunos de la vieja guardia necesitaban convencimiento.

—¿Cómo me convertí en Pakhan? —La pregunta me ha estado molestando desde que llegó. Maya se tensa a mi lado.

Él vuelve hacia el fuego, acomodándose en el sillón. —Te convertiste en Pakhan porque eras más inteligente y más implacable que cualquiera. Veías oportunidades que otros pasaban por alto. Hiciste

alianzas que parecían imposibles. Y cuando fue necesario… —Hace una pausa. —Eliminaste obstáculos.

Maya se tensa aún más a mi lado mientras inhala bruscamente. Aprieto mi brazo alrededor de sus hombros.

—Eliminar —dejo que la palabra quede suspendida en el aire—. Es una forma educada de decir que maté a gente.

—Cuando fue necesario —repite Danil. —No eras un monstruo, Alek. Tenías reglas. Líneas que no cruzabas.

—¿Qué tipo de líneas?

—Niños no. Civiles que no estuvieran involucrados en el negocio no. Violencia innecesaria no. —Se reclina, la luz del fuego proyectando sombras sobre su rostro. —Eras implacable, pero no cruel. Hay una diferencia.

Otro recuerdo emerge, más nítido esta vez.

Un hombre arrodillado en un almacén. Suelo de cemento, olor a aceite y óxido. Tiene las manos atadas a la espalda, el rostro magullado. Danil está a mi lado, con un arma en la mano, esperando mi decisión.

—Nos robó —dice Danil. Su voz es plana.

Lo observo detenidamente, notando el miedo en sus ojos. —¿Tiene familia?

—Esposa. Dos hijos.

Permanezco en silencio durante un largo momento. —Rómpale las manos. Envíalo a casa como advertencia. Pero asegúrate de que su familia esté atendida. La esposa obtendrá un trabajo en uno de nuestros negocios legítimos. Se pagará la escuela de los niños.

Danil asiente. —Misericordia y mensaje. Inteligente.

—No es misericordia. —Me doy la vuelta. —Es una inversión. Su familia recordará quién les proveyó cuando él no pudo. La lealtad comprada a veces es más fuerte que la lealtad ganada.

El recuerdo se desvanece, dejando un sabor amargo en mi boca. No estaba siendo amable. Estaba siendo estratégico.

—Estás recordando —observa Danil—. Puedo verlo en tu rostro.

—Fragmentos. Nada completo. —Miro a Maya, observando cómo sus ojos me miran con preocupación y algo que podría ser miedo.

—Estoy cansada —dice Maya en voz baja—. Creo que me iré a la cama temprano.

—Iré contigo. —Me levanto, pero ella pone una mano en mi pecho, deteniéndome. Su palma está caliente a través de mi camisa.

—Quédate. Habla con Danil. Vosotros dos tenéis mucho de qué hablar. —Su sonrisa no llega a sus ojos. —Estaré bien.

Desaparece en el dormitorio antes de que pueda discutir, y de repente, solo quedamos Danil y yo, con el fuego crepitando entre nosotros.

Él se dirige a la cocina y regresa con una botella de vodka y dos vasos. —Supuse que esto nos vendría bien.

Sirve dos generosas copas y me pasa una. —Por los viejos amigos y los nuevos comienzos.

Bebemos en silencio, el vodka quemándome la garganta. Sabe familiar, caro. Suave como la seda pero con un golpe de mulo.

—Entonces —dice Danil, rellenando nuestros vasos—. Tú y Maya. ¿Es algo serio?

—¿Qué te hace pensar eso?

—La manera en que la miras. Como si fuera lo único importante en la habitación. —Toma otro trago. —Nunca te había visto mirar a

alguien así.

—Quizás ahora soy diferente.

—Quizás. —Me estudia sobre el borde de su vaso. —O quizás finalmente estás permitiéndote sentir algo más allá de la ambición y el control.

No respondo, solo miro el fuego. Las llamas bailan y cambian, hipnotizantes.

—¿Recuerdas aquella vez en Praga? —pregunta Danil de repente. —Te emborrachaste tanto que intentaste convencerme de que compráramos un castillo.

Un destello de algo. No es exactamente un recuerdo, pero cercano. —¿Lo hicimos?

—¿Comprar el castillo? No. Pero sí compraste una botella de vino muy cara y luego no recordaste dónde la habías puesto. —Se ríe, el sonido es genuino. —La encontramos tres días después en la caja fuerte del hotel. La habías guardado y olvidado la combinación.

—¿Al menos era buen vino?

—Era vinagre cuando la abrimos. —Sacude la cabeza. —Terminamos tirándola por el fregadero y pidiendo champán de room service.

—Parece que era todo un genio.

—Tuviste tus momentos. —Toma otro trago, su expresión se vuelve más pensativa. —Pero también eras el hombre más inteligente que conocía. Probablemente todavía lo eres. Incluso sin tus recuerdos.

El cumplido me incomoda. Me ajusto en el asiento, el cuero cruje. —Lo suficientemente inteligente como para que me dispararan y me dejaran tirado en el bosque.

—Eso no fue cuestión de inteligencia. Fue cuestión de confianza. —Su voz se endurece. —Alguien cercano a ti te traicionó. Alguien a quien nunca sospechaste.

—¿Sabes quién?

—Tengo teorías. —No me mira a los ojos. —Pero no pruebas. No todavía.

El fuego crepita, enviando chispas que bailan hacia la chimenea. Afuera, el viento sacude las ventanas.

—Esta vida aquí —digo lentamente, señalando alrededor de la cabaña—. Con Maya. Se siente bien. Más que nada en esos recuerdos.

—Eso es porque es sencilla. Sin complicaciones. —Danil se inclina hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas. Sus hombros son tan anchos que bloquean la mitad de la luz del fuego. —Pero lo sencillo no dura. No para hombres como nosotros.

—Quizás ya no soy ese hombre.

—Siempre serás ese hombre. Está en tu sangre. En tus huesos. —Rellena nuestras copas, el vodka fluye generosamente. —Puedes esconderte de ello por un tiempo, pero eventualmente te alcanza.

—¿Es eso una amenaza?

—Es un hecho. —Sus ojos oscuros ahora son serios, sin rastro de humor. —Y hablando de hechos, hay algo que necesitas saber.

El cambio en su tono hace que mi espalda se enderece. La camaradería fácil de hace unos momentos se evapora como el vapor. —¿Qué?

Permanece en silencio durante un largo momento, removiendo el vodka en su vaso, observando cómo el líquido captura la luz del fuego. Cuando finalmente habla, su voz es baja y cuidadosa. —Necesitas tener cuidado con Maya. No es lo que parece.

25

LENA

Yo yazco en la oscuridad, escuchando la tormenta que ruge fuera y el bajo murmullo de voces masculinas provenientes de la sala de estar.

Me doy la vuelta de lado, envolviéndome más apretadamente en la manta. Y entonces me golpea. No gradualmente. No un lento amanecer de conciencia. Me embiste como un tren de mercancías, robándome el aliento y haciendo que mi corazón dé un vuelco en mi pecho.

Aleksandr.

Danil casi lo llama Aleksandr. Conteniéndose, cambiando a Sasha, pero esa primera mitad siempre intenta escapársele. Alek. Abreviatura de Aleksandr.

Las alas de dragón tatuadas en sus omóplatos. Me pregunté por qué me parecían familiares cuando las vi por primera vez. Había oído que estaban en la espalda de Aleksandr Romanov, aunque nunca había visto una foto de ellas ni del hombre.

Aleksandr Romanov.

El nombre se asienta en mi mente como una piedra, pesada, fría e innegable.

El hombre que duerme en mi cama, el hombre cuyas manos han tocado cada centímetro de mi cuerpo, el hombre con el que he reído y cocinado y en el que he confiado mi vida, ¡es Aleksandr Romanov!

El Pakhan que ordenó mi ejecución.

Mi estómago se revuelve, y por un momento pienso que realmente voy a vomitar. Me presiono la mano sobre la boca, respirando con dificultad por la nariz, intentando mantener el pánico a raya.

De todas las personas del mundo. De todos los hombres que podrían haber tropezado sangrando en mi jardín durante una tormenta de nieve. De todas las personas a las que podría haber sacado de la nieve y llevado a mi casa.

Fue *él*.

El universo tiene un sentido del humor macabro.

Salvé la vida del hombre que intentó matarme. Lo cuidé hasta que se recuperó. Me acosté con él. Dejé que me tocara, me probara, me reclamara de formas que nunca he permitido a nadie más.

Y Dios me ayude, me enamoré de él.

La realización me golpea como una segunda ola, de alguna manera peor que la primera. Porque es cierto. En algún lugar entre las peleas de bolas de nieve y las mañanas tranquilas y la forma en que me mira como si fuera la única cosa en el mundo que importa, me enamoré completamente e irrevocablemente de Aleksandr Romanov.

Estoy enamorada del hombre que puso precio a mi cabeza.

Una risa brota en mi garganta, histérica y amarga. Me aprieto la mano más fuerte sobre la boca para evitar que escape. Esto es una locura. Esto va más allá de la locura. Es el tipo de ironía retorcida que solo ocurre en malas películas y peores pesadillas.

Pero es real. Él es real. La forma en que mi corazón se acelera cuando entra en una habitación es real. La seguridad que siento en sus brazos es real. El futuro que he empezado a imaginar, aquel en el que tal vez ya no tenga que huir, en el que tal vez podría ser feliz, eso también es real.

Y todo está construido sobre una base de mentiras, sangre y una orden de ejecución que probablemente sigue activa.

Me siento, mis manos tiemblan mientras me aparto el pelo de la cara. Necesito pensar. Necesito averiguar qué hacer.

Huir es la respuesta obvia. Esperar hasta la mañana, esperar a que la tormenta amaine y desaparecer de nuevo. Lo he hecho antes. Puedo hacerlo de nuevo.

Excepto que la tormenta no muestra señales de detenerse. El viento aúlla como algo vivo y furioso, y la nieve cae tan espesa que apenas puedo ver la línea de árboles desde mi ventana. Incluso si quisiera huir, no podría. No en esto. Estaría muerta en una hora.

Y la verdad, la parte que me aterroriza más que nada, es que no quiero huir.

No quiero dejarlo.

Aun sabiendo quién es. Aun sabiendo lo que ha hecho. Aun sabiendo que si su memoria regresa por completo, podría terminar lo que empezó hace tres años.

Estoy enamorada de él, y ese amor no se preocupa por la lógica, la autopreservación o el miedo muy razonable que debería estar gritándome que me aleje lo más posible.

Me presiono los talones de las manos contra los ojos hasta que veo estrellas. Esto es lo que pasa cuando pasas tres años solo. Pierdes la perspectiva. Olvidas cómo protegerte. Te enamoras del primer hombre que te muestra bondad, incluso cuando ese hombre es literalmente la peor elección posible en todo el mundo.

Pero no fue solo bondad. Fue la forma en que cortaba leña sin camisa en el frío, los músculos flexionándose con cada golpe. La forma en que reforzó mis puertas y ventanas sin que se lo pidiera. La forma en que me besó como si fuera algo precioso y me hizo el amor como si fuera algo por lo que moriría para conservar.

Mi pecho duele con el peso de todo. Con la imposibilidad de amar a alguien que debería ser mi enemigo. Con el conocimiento de que cada momento de felicidad que he sentido en sus brazos fue construido sobre una mentira.

Excepto que no fue una mentira. No para él. No recuerda haber ordenado la ejecución. No recuerda ser el Pakhan que convirtió el nombre de mi familia en sinónimo de traición y muerte. Para él, yo solo soy Maya. La mujer que le salvó la vida. La mujer de la que se está enamorando.

Las voces en la sala se han apagado. Me esfuerzo por escuchar algo, pero solo están la tormenta y el crujido de la madera vieja acomodándose. ¿Están dormidos? ¿Siguen hablando? ¿Planificando qué hacer conmigo?

Debería salir ahí, enfrentar esto de frente en lugar de esconderme en mi habitación como una cobarde. Pero mis piernas no se mueven. Mi cuerpo ha decidido que quedarme aquí, en esta cama que huele a él, es la opción más segura.

Finalmente me sumerjo en un sueño agitado justo antes del amanecer, mis sueños llenos de ojos dorados, alas de dragón y el sonido de disparos resonando en la nieve.

La mañana llega demasiado pronto y no lo suficientemente pronto. Me despierto con una luz pálida filtrándose a través de las cortinas y el olor a café. Por un momento de felicidad, lo olvido todo. Luego todo vuelve a aplastarme, y tengo que luchar contra el impulso de cubrirme con las sábanas y no salir nunca.

Pero esconderse no resolverá nada. Y necesito saber lo que Danil le dijo. Necesito saber si tengo horas o minutos antes de que todo se desmorone.

Me visto rápidamente con unos vaqueros y una camiseta térmica, luego me trenzo el pelo con dedos temblorosos. Mi reflejo en el pequeño espejo se ve pálido y demacrado, con ojeras oscuras que ningún corrector podría ocultar. No es que tenga corrector. No es que importe.

La cabaña está en silencio cuando salgo. Demasiado silencio. Mi corazón late con fuerza mientras avanzo por el pasillo, medio esperando encontrarlos a ambos desaparecidos. O peor, esperándome con las armas preparadas y preguntas que no puedo responder.

No están en ninguna parte de la cabaña, y luego veo la nota. Es de Sasha—Aleksandr. Él y Danil están recorriendo el perímetro y no volverán por un rato. Me ocupo con tareas mundanas como remendar una camisa, apilar leña en la chimenea e incluso reorganizar algunos armarios de la cocina. Para la tarde, estoy bostezando cada cinco minutos, ya que no dormí mucho, así que decido echarme una siesta.

Cuando me despierto de nuevo, mis ojos se abren de par en par. Debo haber dormido todo el día porque no entra luz por las ventanas. Me incorporo bruscamente, luego noto a Sasha, durmiendo tranquilamente a mi lado. ¿Qué hora es?

Con cuidado para no despertarlo, me levanto de la cama, me envuelvo en una bata caliente y salgo de la habitación, cerrando suavemente la puerta detrás de mí.

Danil todavía está despierto, de pie en la cocina con un vaso de vodka en la mano.

—Hola —dice, pero la sonrisa que me dedica no parece genuina. Sus ojos oscuros estudian mi rostro, y veo el momento en que registra el

miedo allí. El conocimiento.

—Lo has descubierto —dice en voz baja. No es una pregunta.

Asiento, sin confiar en mi voz. No necesito que me diga de qué está hablando. Sabe que he descubierto quién es realmente Sasha.

Permanece en silencio por un momento. —Y no huiste.

—La tormenta —logro decir. —No se puede correr con esto.

—Tonterías —se recuesta en su silla, y la madera cruje bajo su peso. —Podrías haberlo intentado. Tomar tu camioneta, arriesgarte. Pero sigues aquí.

No respondo. No puedo responder. Porque tiene razón, y ambos lo sabemos.

—Lo amas —de nuevo, no es una pregunta, solo una afirmación hecha con ese mismo tono calmado y medido.

El calor inunda mis mejillas. —Yo no…

—No me mientas, Lena —el uso de mi nombre real me hace estremecer. —Así que o eres estúpida o estás enamorada. Y no me pareces estúpida.

—¿Qué vas a hacer?

—Esa es la pregunta, ¿no? —se inclina hacia adelante, con los codos sobre la mesa. La posición hace que sus hombros se vean aún más anchos, más intimidantes. —Podría decírselo. Ahora mismo. Despertarlo y explicarle que la mujer de la que se está enamorando es Lena Orlova. La chica cuya familia le robó. La chica a la que ordenó matar.

Mi garganta se cierra. —¿Lo harás?

—No lo he decidido todavía —su expresión es inescrutable. —Estoy tratando de entender qué pasó aquí —pasa una mano por su cabeza rapada. —Aleksandr ha estado desaparecido durante semanas. La

gente lo está buscando. Necesitan a nuestro Pakhan. Y están los otros.

—¿Qué otros?

—Rivales. Enemigos que ha hecho a lo largo de los años —hace una pausa. —Tal vez alguien dentro de su propia organización. Alguien que quería que se fuera.

La implicación cuelga pesadamente en el aire. —¿Crees que alguien en la Bratva intentó matarlo?

—Creo que alguien le disparó y lo dejó morir. Y creo que todavía están buscando terminar el trabajo, si sospechan que está vivo —sus ojos oscuros son serios, y noto un atisbo de preocupación que me sorprende.

—Ese atentado… —vacila, eligiendo sus palabras con cuidado. —Fue asunto de negocios. Nada personal. Tu familia le robó. Él tenía que responder o parecer débil. Así funciona este mundo.

—Nada personal —me río, y sale áspero y roto. —Las deudas de juego de mi tío y la desesperación de mi padre me consiguieron una sentencia de muerte, y fue *nada personal*.

—No digo que estuviera bien. Digo que fue negocios —se recuesta de nuevo, y noto cómo su camisa se ajusta a su pecho. Incluso sentado quieto, irradia violencia contenida. —Aleksandr no recuerda haberlo ordenado. No te recuerda a ti o a tu familia, ni nada de eso.

—Pero lo recordará. Eventualmente —mi voz se quiebra. —¿Y entonces qué?

Danil guarda silencio durante un largo momento, su mirada se dirige a la ventana donde la nieve sigue cayendo en gruesas capas, iluminada por la luz amarilla de la luz del porche.

—Rezaría porque nunca lo recuerde. Porque el Aleksandr que conozco no deja cabos sueltos.

26

ALEKSANDR

La luz del amanecer se filtra por las cortinas, pintando el rostro de Maya en tonos dorados y sombras. Llevo una hora despierto, observándola dormir, memorizando la curva de su mejilla, cómo sus pestañas descansan sobre su piel, el pequeño surco entre sus cejas que sugiere que ni siquiera sus sueños son pacíficos.

Es hermosa. Más que eso, es mía de una manera que no entiendo del todo pero que siento en mis huesos.

El pensamiento debería reconfortarme. En cambio, se asienta en mi pecho como una piedra.

Salgo de la cama con cuidado, sin querer despertarla. Necesita descansar. Las ojeras que tenía ayer me dijeron que no durmió bien la noche anterior, y tengo la sensación de que la presencia de Danil es parte de la razón.

La cabaña está fría, el fuego reducido a brasas. Me pongo unos vaqueros y una camiseta térmica, moviéndome en silencio por el espacio oscuro. Danil ya está en la cocina, de pie junto al mostrador con una taza de café, mirando por la ventana el paisaje cubierto de nieve.

No se gira cuando entro, pero sus hombros se mueven ligeramente, reconociendo mi presencia sin palabras.

—El café está recién hecho —dice.

Me sirvo una taza y me apoyo en el mostrador junto a él. Permanecemos en silencio un momento, dos hombres que aparentemente se conocen lo suficiente como para que las palabras no siempre sean necesarias.

—¿Recuerdas algo nuevo? —pregunta finalmente.

Un destello llega sin aviso. Mi mano firmando documentos, un bolígrafo caro moviéndose sobre el papel con eficiencia practicada. El peso de decisiones que afectan a cientos de vidas. La certeza de que mi palabra es ley.

—Papeleo —digo—. Contratos, tal vez. Documentos legales.

Otro recuerdo emerge. De pie en un almacén, el olor a aceite de motor y hormigón. Un hombre arrodillado ante mí, suplicando. Mi mano descansa sobre la pistola en mi cadera, su peso familiar y reconfortante. El sabor del poder en mi lengua es dulce y adictivo.

—Recuerdo dar órdenes —digo en voz baja—. Importantes. Decisiones de vida o muerte.

La mandíbula de Danil se tensa. —Tomaste muchas de esas.

—¿Las tomé bien?

—Sigues vivo. Esa es la mejor medida del éxito en nuestro mundo. —Se gira para mirarme, sus ojos oscuros serios—. O lo estabas hasta que alguien decidió que no deberías estarlo.

La cocina de repente parece más pequeña, las paredes se cierran. —Háblame del vacío de poder.

Permanece callado un momento, eligiendo sus palabras con cuidado. —Llevas semanas desaparecido. La gente está nerviosa. Las disputas territoriales que habrías resuelto de inmediato están escalando. Las

alianzas que construiste empiezan a fracturarse. Tu ausencia crea oportunidades para quienes quieren ascender.

—O tomar el control por completo.

—Eso también. —Vuelve a llenar su taza, el café humeando en el aire frío—. Hay tres hombres que podrían intentar ocupar tu posición. Dos de ellos son lo suficientemente inteligentes como para esperar y ver si reapareces. El tercero es ambicioso y estúpido, lo que lo hace peligroso.

Proceso esto, mi mente trabajando en implicaciones que no entiendo del todo pero que reconozco instintivamente. —¿Y tú? ¿Dónde te sitúas en todo esto?

—Contigo. Siempre contigo. —Su voz es firme, segura—. He estado manteniendo las cosas como he podido, pero soy tu *Sovietnik*, no tu reemplazo. La gente me respeta, pero no me temen como te temen a ti. Hay una diferencia.

Otro recuerdo relampaguea. Una sala de juntas, hombres en trajes caros mirándome con una mezcla de respeto y terror. Mi voz, calmada y tranquila, explicando por qué la propuesta de alguien no funcionaría. Cómo todos se inclinan hacia adelante para escucharme, pendientes de cada palabra. El poder en ese silencio, en hacer que vengan a mí en lugar de alzar la voz para llegar a ellos.

—Era bueno en esto —digo—. En ser Pakhan.

—Eras el mejor —Danil deja su taza sobre la mesa—. Despiadado cuando era necesario, siempre estratégico, y con la justa medida de misericordia para mantener a la gente leal en lugar de simplemente asustada.

La puerta del dormitorio se abre y aparece Maya. Lleva pantalones de dormir y una camiseta térmica, la tela holgada sobre su figura menuda. Su pelo rubio está revuelto por el sueño y sus ojos aún están cargados de pesadez.

Es preciosa. Incluso ansiosa y agotada, me hace sentir un nudo en el pecho con solo mirarla.

Su mirada se desplaza entre Danil y yo, y percibo la cautela en ella, el miedo que intenta ocultar.

—Buenos días —dice con voz ronca—. ¿Interrumpo algo?

—No —me acerco a ella, incapaz de resistir el impulso. Mi mano encuentra la curva de su espalda y ella se inclina hacia el contacto a pesar de la tensión en sus hombros—. ¿Café?

—Por favor.

Le sirvo una taza mientras ella se sienta en la mesa de la cocina. Danil se une a ella y noto cómo sus ojos siguen sus movimientos. No con deseo, sino con análisis.

—¿Dormiste bien? —le pregunta.

—Bien —la mentira es evidente.

—La tormenta debería amainar hoy —digo, intentando aliviar la tensión—. Las carreteras podrían estar transitables mañana.

Los dedos de Maya se tensan alrededor de su taza. —Eso es bueno.

Pero no suena como si lo fuera. Suena como si la idea de que las carreteras se despejen la aterroriza.

Danil se recuesta en su silla y noto cómo los ojos de Maya se posan en su pecho, en la amplitud de sus hombros. No es atracción, creo, sino conciencia de su tamaño, de su potencial para la violencia.

Chica lista.

Otro recuerdo me golpea, más fuerte esta vez. Una mujer frente a mí al otro lado de un escritorio, hermosa y aterrada, suplicando por la vida de su marido. Mis manos juntas sobre la madera pulida, mi voz calmada mientras le explico por qué la misericordia no es posible. La forma en que su rostro se desmorona cuando se da

cuenta de que no voy a ceder. La fría satisfacción de mantener el control, de demostrar que la emoción no me influye.

Parpadeo y estoy de vuelta en la cocina. Maya me mira con preocupación y la expresión de Danil ha cambiado a algo conocedor.

—Recordaste algo —dice Danil. No es una pregunta.

—Una mujer. Suplicándome algo que no le iba a dar —el recuerdo deja un sabor amargo—. No sentí nada. Solo frío cálculo.

El rostro de Maya palidece. Se levanta abruptamente, su silla chirría contra el suelo. —Necesito aire.

La puerta se cierra tras ella y el silencio se instala en la cocina como la nieve.

—El hombre que eras no entiende de felicidad doméstica —dice Danil con un largo suspiro—. No se enamora. No deja que nadie se acerque lo suficiente como para importar. Y el hombre en que te estás convirtiendo no puede sobrevivir en nuestro mundo. Es demasiado blando. Demasiado vulnerable.

Las palabras golpean como puñetazos porque son ciertas. Lo siento, la división dentro de mí. El frío y calculador Pakhan que tomaba decisiones sin dudar y esta nueva versión que observa a Maya dormir y siente un dolor en el pecho ante la idea de perderla.

—¿Y si no quiero volver? —la pregunta me sorprende tanto como parece sorprenderle a él.

Danil se gira desde la ventana, su expresión seria. —Entonces más te vale estar preparado para la guerra. Porque la gente que te busca no se detendrá. Y los enemigos que hiciste no olvidarán. No puedes simplemente abandonar el ser Pakhan. Así no funciona esto.

—Quizá debería.

—Quizá —vuelve a la mesa, su gran cuerpo hace crujir la silla—. Pero no es así. Y fingir lo contrario te matará. La matará a ella.

La amenaza, implícita pero clara, hace que mis manos se cierren en puños. —¿La estás amenazando?

—Estoy diciendo hechos —sus ojos oscuros son firmes—. Tienes enemigos, Aleksandr. De los de verdad. Y si se enteran de ella, si descubren que te importa, la usarán para llegar a ti. Así se juega este juego.

Sé que tiene razón. El conocimiento se asienta en mi estómago como veneno. Hago una pausa. ¿Aleksandr? Creo que es la primera vez que me llama así. ¿Así que Aleksandr es mi verdadero nombre? No Alek. No Sasha. Danil no me había dado mi nombre completo porque, al parecer, es muy poderoso y quiere que lo recuerde por mí mismo.

Maya regresa veinte minutos después, sus mejillas enrojecidas por el frío, la nieve pegada a su pelo. Golpea sus botas en el porche. Apenas ha cruzado la puerta cuando llega el golpe.

Tres golpes secos. Deliberados. Autoritarios.

La mano de Danil se mueve hacia su cinturón, sacando una pistola que no sabía que llevaba. El movimiento es fluido, practicado, el arma aparece como por arte de magia.

Mi propia mano va automáticamente a mi cadera, buscando un arma que no está allí. La memoria muscular es tan fuerte que casi puedo sentir su peso, el metal frío contra mi palma.

Nuestras miradas se encuentran a través de la habitación, luego volvemos a mirar hacia la puerta.

27

LENA

Pavel está en mi porche, con la nieve espolvoreando sus hombros, sus ojos azul claro saltando entre la puerta y la línea de árboles como si esperara que alguien emergiera del bosque con un arma. Sus manos tiemblan mientras se ajusta las gafas de montura metálica, y la energía nerviosa que irradia hace que se me revuelva el estómago.

—Maya —aclara su garganta—. ¿Podemos hablar? Fuera. A solas.

Detrás de mí, siento la presencia de Sasha como un muro de calor y tensión. Su mano encuentra mi cadera, posesiva y protectora, y percibo la pregunta no dicha en cómo sus dedos se tensan contra mi jersey.

—No pasa nada —digo, echando un vistazo hacia él. Dios, incluso estresado y sospechoso, está guapísimo. La camiseta térmica se le pega al pecho de una manera que me seca la boca y hace que mis dedos se crispen con el deseo de tocar todos esos músculos—. Solo será un minuto.

Sus ojos dorados se entrecierran, pero da un paso atrás. Danil aparece en el umbral detrás de él, con los brazos cruzados sobre su

enorme pecho, observando a Pavel con la atención de un halcón ante un ratón.

Cogo mi abrigo y sigo a Pavel fuera del porche, avanzando con dificultad por la nieve que me llega hasta las espinillas. No se detiene hasta que estamos a quince metros de la cabaña, lo suficientemente lejos para que nuestras voces no lleguen a las ventanas.

—¿Qué ocurre? —pregunto, cruzando los brazos sobre mí misma para protegerme del frío.

La mirada de Pavel vuelve a la cabaña, a los dos hombres que nos observan desde la ventana. —Esos hombres de ahí. ¿Sabes quiénes son?

Mi corazón golpea contra mis costillas. —Son amigos.

—Amigos —se ríe, pero sin rastro de humor—. Maya, necesito contarte algo. Algo que debería haberte dicho hace mucho tiempo, pero intentaba proteger mi coartada.

—¿Tu coartada?

Se quita las gafas y las limpia en su camisa, un hábito nervioso que he visto cientos de veces. —Mi nombre no es realmente Pavel Galkin. Es Pavel Sokolov. Estoy en el Programa de Protección de Testigos. Llevo cinco años.

El mundo parece inclinarse ligeramente. —Protección de Testigos.

—Era contable —se pone las gafas de nuevo, y sus ojos claros son serios tras los cristales—. Para una familia de la Bratva en Nueva York. Llevaba sus cuentas, blanqueaba su dinero, ocultaba sus activos. Y cuando el FBI llamó a mi puerta, hice un trato. Testifiqué contra ellos. Mandé a tres familias entre rejas.

Se me seca la boca. —¿Por qué me cuentas esto?

—Porque ese hombre en tu cabaña, el del pelo oscuro y los ojos dorados, al que llamas Sasha —la voz de Pavel baja hasta casi un susurro—, he visto su cara antes. En fotografías. En informes de vigilancia. Y el grande, el que parece que podría partir a alguien por la mitad —traga saliva con dificultad—, también me acuerdo de él. De reuniones. De los libros que llevaba.

El hielo se extiende por mis venas, pero me obligo a mantener una expresión neutra. —Estás equivocado.

—No lo estoy —su mano encuentra mi brazo, agarrándome con fuerza suficiente para hacerme daño—. Maya, son hombres peligrosos. El tipo de hombres que no solo hacen daño, sino que destruyen. Y si están aquí, si te han encontrado, necesitas huir. Ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

Libero mi brazo, dando un paso atrás. Una parte de mí quiere reírse de la ironía. Pavel, escondiéndose de la Bratva en el Programa de Protección de Testigos, advirtiéndome sobre los mismos hombres de los que me he estado escondiendo. El universo no para de acumular ironías.

—Agradezco tu preocupación —digo con cuidado—, pero sé muy bien con quién estoy tratando.

Sus ojos se abren como platos. —¿Lo sabes? ¿Y sigues aquí?

—Es complicado.

—¿Complicado? —Su voz se eleva, y lo veo contenerse, mirando de reojo hacia la cabaña—. Maya, con hombres como esos no existe lo complicado. Solo están vivos o muertos. Y si te quedas aquí, si sigues dejándolos entrar en tu vida, estás eligiendo la muerte.

Sus palabras deberían aterrarme. Quizá lo habrían hecho hace unas semanas. Pero ahora, sabiendo lo que sé, amando a quien amo, solo me cansan. Sigo asustada, claro, pero estoy demasiado agotada para preocuparme mucho.

—Gracias por la advertencia —digo con firmeza—. Pero necesito que te metas en tus asuntos, Pavel. Lo que creas saber, lo que creas recordar, guádatelo para ti.

—Intento ayudarte.

—Entonces ayuda manteniéndote al margen. —Me giro hacia la cabaña, pero me detengo—. Y, Pavel, si valoras tu vida, olvidarás que los has visto. Olvidarás sus caras. Olvidarás esta conversación. Simplemente, olvida.

No espero su respuesta, solo avanzo fatigosamente por la nieve. Cuando llego al porche, mis piernas tiemblan, y no por el frío.

Sasha abre la puerta antes de que pueda agarrar el pomo. Sus ojos escudriñan mi rostro, leyendo cosas que no quiero que vea. —¿Qué quería?

—Advertirme sobre ti. —La verdad se me escapa antes de poder evitarlo—. Sobre los dos.

Danil aparece detrás de Sasha, su expresión oscureciéndose. —¿Qué ha dicho?

—Que sois peligrosos. Que debería huir. —Me quito el abrigo, con los dedos entumecidos—. Le he dicho que se ocupe de sus asuntos.

La mano de Sasha encuentra mi espalda, cálida a través del jersey.

—Nos ha reconocido —dice Danil. No es una pregunta.

—Era contable. Para una familia Bratva en Nueva York. —Me dirijo a la cocina, necesitando algo que hacer con las manos—. Está en el Programa de Protección de Testigos.

La temperatura en la cabaña desciende unos veinte grados. Sasha y Danil intercambian una mirada, una comunicación silenciosa que no logro descifrar.

—Contable —repite Danil lentamente—. ¿Qué familia?

—No lo ha dicho. —Saco ingredientes para la cena, cualquier cosa para evitar mirarlos—. Pero testificó. Mandó a gente a prisión.

—Joder. —Sasha se pasa una mano por el pelo—. Por eso te ha estado vigilando tan de cerca. Está paranoico, ve amenazas por todas partes.

—¿Le culpas? —Empiezo a cortar verduras con más fuerza de la necesaria—. Traicionó a la Bratva. Eso no es algo de lo que uno se recupere.

Otro golpe en la puerta nos hace paralizarnos a todos. La mano de Sasha vuelve a su cinturón, ese gesto automático buscando un arma que no está. Danil saca su pistola, manteniéndola baja junto al muslo.

Me acerco a la ventana y miro afuera. —Es Pavel. Otra vez.

—¿Qué demonios quiere ahora? —La voz de Sasha es dura, peligrosa.

Abro la puerta, y Pavel está allí, con una mezcla de miseria y determinación. —Lo siento. No debería haber dicho nada. Pero esperaba… —Su voz se desvanece, sus ojos pasan de mí a donde Sasha y Danil están plantados como dos muros de músculo y amenaza—. Esperaba que me invitaras a cenar. Para disculparme como es debido.

La petición es tan inesperada que casi me río. —¿Cenar?

—Por favor. —Sus ojos claros suplican tras las gafas—. No quiero que las cosas sean raras entre nosotros. Eres mi única amiga aquí, Maya. No quiero perder eso.

Debería decir que no. Debería echarlo, cerrar la puerta y fingir que esta conversación nunca ocurrió. Pero algo en su expresión, la soledad que reconozco porque la he sentido yo misma, me hace dudar.

—Vale —digo antes de pensármelo mejor.

El alivio inunda su rostro. —Gracias. Traeré vino.

Vuelve una hora después con una botella de tinto. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina, los cuatro, y la tensión es tan espesa que casi se puede cortar.

Sirvo el estofado que he preparado, y durante unos minutos, el único sonido es el de los cubiertos contra los platos. Pavel no deja de mirar a Sasha y Danil como si intentara memorizar sus caras, y veo el momento en que Danil se da cuenta.

—Así que, Pavel —dice Danil, con un acento más marcado de lo habitual—, Maya dice que llevas aquí cinco años. Es mucho tiempo para estar solo en las montañas.

—Me gusta la tranquilidad. —Pavel da un sorbo al vino, y su mano tiembla ligeramente—. Después de la ciudad, esto es paz.

—¿Qué hacías en la ciudad? —La voz de Sasha es casual, pero noto el filo que esconde.

—Contabilidad. Trabajo corporativo. Nada emocionante —miento con soltura, es una mentira bien ensayada—. ¿Y vosotros dos?

—He venido a visitar a mi amigo, Sasha —dice Danil—. Y él está aquí por su amigo —Danil me mira con intención.

Pavel asiente, pero su mandíbula se tensa. —¿Y tú a qué te dedicas, Danil? Cuando no estás visitando amigos.

—Consultoría de seguridad —la sonrisa de Danil no llega a sus ojos —. Sasha y yo trabajamos juntos a veces. Ayudamos a la gente con… problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —la voz de Pavel es demasiado firme, demasiado controlada.

Observo este intercambio como un espectador en un partido de tenis, con el estómago cada vez más encogido tras cada réplica.

—Los que requieren discreción —dice Sasha suavemente.

El rostro de Pavel palidece. —Ya veo.

—¿De verdad? —Danil se recuesta en la silla, estudiando a Pavel con la intensidad de un depredador evaluando a su presa—. Pareces muy interesado en nuestro trabajo, Pavel. ¿Hay alguna razón para eso?

—Solo estoy conversando —pero la mano de Pavel tiembla al dejar su copa de vino, y una gota roja salpica el mantel blanco como sangre.

—Conversación —Danil repite la palabra como si la saboreara, encontrándola amarga—. Sabes, es curioso. He estado intentando recordar dónde he visto tu cara desde que nos conocimos. Me resultas tan familiar.

—Tengo una de esas caras —Pavel intenta reír, pero el sonido queda ahogado.

—No —Danil niega lentamente con la cabeza—. No es eso. Tengo muy buena memoria para las caras. Es parte de mi trabajo, recordar a la gente. Dónde estaban. Qué hacían —hace una pausa, sin apartar los ojos de los de Pavel—. Qué sabían.

La temperatura en la habitación parece caer diez grados. Quiero intervenir, romper esta tensión terrible.

—Danil —empiezo, pero él alza una mano sin mirarme.

—Ahora lo recuerdo —continúa Danil, bajando aún más la voz—. Había un hombre. Un contable. Llevaba los libros de cuentas de gente muy importante. Muy detallados. Nombres, fechas, cantidades. Todo documentado con tanta precisión.

La respiración de Pavel se vuelve superficial. —No sé de qué estás hablando.

—¿No? —Danil inclina la cabeza—. Este contable desapareció hace unos cinco años. Justo antes de que varias personas muy importantes fueran a prisión. Qué coincidencia, ¿no crees?

—Hay muchos contables en el mundo —dice Pavel, pero su voz se quiebra.

Sasha se ha quedado completamente quieto a mi lado, con la mano sobre la mesa y los dedos extendidos. Ahora reconozco esa postura. Está listo para moverse, para actuar. Mis ojos se abren desmesuradamente, mirando alternativamente a los hombres.

—Cierto —asiente Danil—. Pero este contable en particular tenía una habilidad muy específica. Podía rastrear dinero a través de docenas de empresas pantalla, veía patrones que nadie más veía. Lo hacía muy valioso —hace una pausa—. También lo hacía muy peligroso cuando decidía compartir esas habilidades con la gente equivocada.

—Creo que me confundes con alguien más —Pavel intenta levantarse, pero algo en la expresión de Danil lo hace volver a sentarse.

—Quizá —Danil coge su tenedor, lo examina como si nunca hubiera visto uno antes—. Pero sabes qué es lo interesante del Programa de Protección de Testigos, Pavel. Solo funciona si te mantienes oculto. Si no llamas la atención. Si no empiezas a hacer preguntas sobre gente que podría reconocerte.

La amenaza flota en el aire, no dicha pero cristalina. Mi corazón golpea contra mis costillas. Esto es de lo que Pavel me advirtió. Este peligro frío y calculador que acecha bajo la superficie de Danil.

—Solo soy un vecino —dice Pavel en voz baja—. No busco problemas.

—Bien —Danil deja el tenedor con cuidado deliberado, el suave tintineo contra el plato resulta más amenazante que si lo hubiera golpeado—. Porque los problemas son muy fáciles de encontrar en estas montañas. La gente desaparece todo el tiempo. Accidentes ocurren. Avalanchas. Caídas. A veces la gente simplemente… desaparece.

Mira directamente a los ojos de Pavel, y su sonrisa es terrible. —Sería una pena que algo perturbara la paz que tanto te ha costado encontrar aquí. Así que déjame ser muy claro. Deberías seguir disfrutando de tu vida tranquila, Pavel. Ocúpate de tus asuntos. Olvida las caras que crees reconocer. Porque la alternativa… —deja la frase en el aire, incompleta, y de algún modo, eso es peor que cualquier amenaza explícita.

28

ALEKSANDR

Las luces traseras de Pavel desaparecen por la carretera de montaña, y el peso de la amenaza de Danil flota en el aire como el humo tras un disparo. Pesado. Inevitable. Necesario.

Me quedo junto a la ventana, observando hasta que incluso la nieve se asienta de nuevo en la carretera de montaña tras él. Danil se mueve a mi lado, su reflejo en el cristal tan frío y afilado como el cuchillo que había insinuado que usaría con la familia de Pavel.

—Eso estuvo bien hecho —digo en voz baja—. Lo bastante claro como para que no lo confunda con otra cosa que no sea una advertencia.

—Se callará —la voz de Danil lleva la certeza de un hombre que ha dado ese mensaje antes—. El miedo funciona mejor que el dinero.

—Normalmente —me aparto de la ventana—. Pero los hombres desesperados hacen tonterías.

—Entonces lo arreglaremos —Danil se encoge de hombros—. De cualquier modo, no es un problema esta noche.

Me sorprende lo normal que resulta esta conversación.

Maya no se ha movido de su sitio junto a la encimera de la cocina. Sus dedos agarran el borde con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos, y sus ojos están fijos en algún punto más allá de la ventana.

—Maya —cruzo hacia ella y poso mi mano con suavidad sobre su hombro. Incluso a través del suéter, su piel está caliente—. No hablará.

—No lo sabes —su voz es débil, asustada—. Os reconoció a ambos. Sabe lo que sois.

—Y sabe lo que les pasa a las personas que hablan de lo que han visto —el tono de Danil es práctico—. Pavel ha sobrevivido tanto tiempo por ser listo. Seguirá siéndolo.

Por fin me mira, y el miedo en sus ojos hace que algo en mi pecho se resquebraje. —Estoy cansada. Voy a darme una ducha.

Quiero seguirla, abrazarla contra mi pecho y prometerle que todo estará bien. Pero la presencia de Danil me detiene, y el peso de las cosas no dichas entre nosotros se siente más pesado de lo que debería.

Danil termina de lavar los platos y nos sirve vodka a los dos. Bebemos en silencio, ese tipo de silencio cómodo que surge tras años de amistad y violencia compartida. No pregunta en qué estoy pensando. No necesita hacerlo.

—Me voy a la cama —dice por fin, dejando su vaso vacío y dirigiéndose al sofá.

Luego se va, y me quedo solo con el silencio y los fragmentos de recuerdos que no logran formar algo completo.

El sueño no viene. La puerta del dormitorio está cerrada, Maya tras ella, y no puedo hacerla despertar. Quiero meterme en la bañera con ella. Mi polla se endurece solo con pensarlo. Pero hay demasiadas

cosas sucediendo. Danil sigue aquí. Y está el tema de quién soy yo. Hasta ahora, sé que soy un Pakhan y que me llamo Aleksandr.

Sé que soy peligroso y que Pavel me reconoció. Pero, hasta que recupere todos mis recuerdos, aún me siento tan indefenso como un bebé.

Me muevo inquieto por la cabaña. Mi cuerpo ya conoce este espacio, sabe qué tablas crujen y dónde caen las sombras. Pero esta noche se siente demasiado pequeño, las paredes se cierran como un ataúd. Repaso la conversación de la cena en mi cabeza. El reconocimiento de Pavel. La amenaza de Danil. La forma en que el rostro de Maya palideció cuando entendió de qué éramos capaces.

De lo que soy capaz.

El pensamiento gira como un buitre sobre la carroña. Soy peligroso. El instinto de amenazar, de dominar, de controlar mediante el miedo me viene tan natural como respirar. Está tejido en mis huesos, forma parte de mi ADN.

Me encuentro cerca de la parte trasera de la cabaña, donde el techo se inclina y el espacio se estrecha. Hay una pequeña puerta aquí, de apenas tres pies de alto, incrustada en la pared. Un cuarto de trastero. He pasado por delante una docena de veces sin verla realmente, pero esta noche algo me atrae hacia ella.

Instinto. El mismo instinto que me mantuvo con vida en el mundo del que vengo. El mismo instinto que ahora me grita que las respuestas esperan en la oscuridad.

La puerta se abre con un suave chirrido. Dentro, las cajas están apiladas con esmero, etiquetadas con la cuidadosa letra de Maya. *Ropa de invierno*. *Mantas extra*. *Suministros de emergencia*. Y en el rincón trasero, parcialmente escondida tras una pila de leña, una caja sin ninguna etiqueta.

La saco, mis manos se mueven con seguridad aunque no sé qué estoy buscando. El cartón está viejo, blando en los bordes como

papel de seda mojado. Cuando levanto la tapa, el olor es lo primero que me golpea. Polvo y papel viejo y el aroma rancio de cosas antiguas guardadas y olvidadas.

Periódicos. Docenas de ellos, amarillentos por el tiempo y usados como aislante contra el frío. Empiezo a cerrar la caja, pero uno de los periódicos se mueve y se abre. El movimiento no es al azar. Es deliberado, como si el universo mismo me obligara a mirar.

La fecha es de hace cinco años. El papel cruje en el silencio, tan fuerte como un disparo en la cabaña tranquila.

El titular dice: *Investigación federal apunta a red de crimen organizado ruso*. Debajo, una fotografía granulada muestra a un hombre saliendo de un restaurante. Está de perfil, su cara casi oculta por la sombra, pero reconozco la postura de sus hombros. La manera en que se sostiene. El corte caro de su traje.

El pie de foto debajo me deja el corazón helado. *Aleksandr Romanov, presunto jefe de la Bratva, saliendo de un establecimiento local*.

Miro mi propia imagen. Aunque granulada y casi en sombras, sé que soy yo. Aleksandr Romanov.

El dolor llega primero.

Impacta en mi cráneo como una bala, ardiente y cegador. Me tambaleo, mi mano sale disparada para agarrar el marco de la puerta mientras mis rodillas flaquean. El periódico cae de mis dedos, revoloteando hasta el suelo como un pájaro moribundo.

Luego, los recuerdos golpean.

No gradualmente. No suavemente. De golpe, una maldita ola gigante que me ahoga donde estoy.

Mi oficina. Ventanales de piso a techo con vistas a la playa y la ciudad. El peso de mi Glock en la cadera. Danil a mi derecha. Mapas de territorio extendidos sobre caoba. El sabor del vodka caro. El

sonido de las voces de los hombres callándose cuando entro en una habitación. Sangre en mis nudillos. La fría satisfacción de ver caer a mis rivales.

Aleksandr Romanov. Pakhan de la Bratva Romanov. Negocios legítimos como fachada. Operaciones clandestinas que generan millones. Respeto comprado con miedo. Lealtad impuesta con violencia.

Sé exactamente quién soy ahora.

El dolor de cabeza se intensifica, un tornillo que machaca mis sienes. Presiono mis palmas contra mis ojos, pero no detiene la avalancha. No puedo detenerla. Los recuerdos siguen llegando, implacables y brutales.

El archivo Orlov. Stepan Orlov y su hermano, desviando cincuenta mil de mis operaciones. Pensando que eran listos. Pensando que podrían ocultarlo.

Se equivocaron.

—Poned un ejemplo —había dicho, con voz fría. Definitiva—. Deshaceos de la hija.

Danil había vacilado, solo por un segundo. —Tiene veintitrés años y no está involucrada.

Recuerdo su fotografía. Pelo oscuro grueso y ondulado. Guapa. Inocente.

No sentí nada.

—No me importa. Es familia. Es el mensaje. Encuéntrala y acaba con ello.

Recuerdo firmar la orden. Recuerdo el raspado del bolígrafo sobre el papel. Recuerdo no sentir nada más que fría eficiencia mientras la condenaba a muerte por los pecados de su padre.

La náusea golpea fuerte. Me doblo por la cintura, mi estómago se contrae, pero no sale nada. Solo arcadas secas y el sabor de la bilis y el peso aplastante de lo que he hecho.

Ordené su ejecución.

Miré su fotografía y firmé su sentencia de muerte sin pestañear.

Y ella salvó mi vida.

La ironía es tan enfermiza que me dan ganas de reír, pero el sonido que sale se acerca más a un sollozo. Mis manos tiemblan. Mi visión se nubla. El dolor de cabeza martillea detrás de mis ojos como un martillo contra un yunque, cada golpe profundizando los recuerdos.

Lo sé todo ahora. Cada decisión. Cada asesinato. Cada orden dada. El imperio que construí. La sangre en mis manos. El hombre que fui.

Un monstruo.

Escucho movimiento detrás de mí y me giro, mi cuerpo actuando por instinto aunque mi mente se está ahogando.

Maya… no, *¡Lena! Lena Orlova…* está en el umbral con su camisón, la delgada tela blanca pegada a sus curvas. Su pelo rubio está suelto sobre los hombros, aún húmedo de la ducha. Sus ojos azules oscuros me miran con preocupación, y da un paso hacia mí antes de detenerse.

Su mirada cae en el periódico en el suelo, y entrecierra los ojos como si nunca lo hubiera visto antes. Tal vez no lo haya hecho. Incluso si lo hubiera hecho, la imagen de mí está demasiado distorsionada para que me hubiera reconocido.

Sus ojos se agrandan cuando el reconocimiento llega a ella. Sus ojos saltan de nuevo a mi cara y se agrandan, su rostro palideciendo dramáticamente.

Su voz sale apenas por encima de un susurro.

—Lo recuerdas.

29

LENA

¡N*o!* Es mi primer pensamiento.

—Lo recuerdas —digo con un tono plano.

Sus ojos dorados se clavan en los míos, y lo veo suceder. El momento exacto en que la niebla se disipa. Cuando la confusión se transforma en reconocimiento. Su mandíbula se tensa. Sus hombros se enderezan. La suave inclinación de su postura se endurece hasta volverse algo depredador.

Ya no es Sasha quien me mira.

Es Aleksandr Romanov, el Pakhan de la Bratva. El asesino despiadado.

Lo veo en cómo sus ojos se vuelven fríos y vacíos. Lo veo en cómo su mano se tensa a un costado, memoria muscular de un hombre acostumbrado a la violencia. El calor que ha estado ahí durante semanas, la ternura que me mostró en la cama, en la cocina, en momentos robados junto al fuego, todo se esfuma como si alguien hubiera tirado de la cadena.

Sabe quién es.

Sabe lo que ordenó.

Sabe que soy la mujer que marcó para morir.

Mi estómago da un vuelco. Tres años. Tres años huyendo, escondiéndome, cambiando de nombre, construyendo una vida en medio de la nada, y luego enamorándome de un hombre que creí seguro porque no recordaba ser peligroso. Y ahora esos ojos dorados son agudos y calculadores, evaluándome como un depredador evalúa a su presa.

No pienso. No dudo. Mi cuerpo se mueve por puro instinto de supervivencia, incluso cuando mi corazón se rompe. Giro sobre mis talones y corro hacia mi habitación, mis pies descalzos golpeando el frío suelo de madera.

Detrás de mí, lo oigo moverse. No corriendo. No persiguiéndome. Solo el sonido deliberado de pasos que saben exactamente adónde voy y cuánto tardaré en llegar.

Mi bolsa de emergencia está escondida en el fondo del armario, detrás de los abrigos de invierno. La he mantenido preparada durante tres años, siempre lista, siempre preparada para el momento en que pudiera necesitar desaparecer de nuevo. Dinero, identificación falsa, teléfono desechable, ropa limpia. Todo lo que necesito para esfumarme.

Mis manos tiemblan mientras aparto los abrigos, alcanzando la bolsa de deporte que representa mi plan de escape. Mis dedos se cierran alrededor de la correa justo cuando su voz corta la oscuridad.

—Lena.

Mi nombre real en su boca me hace paralizarme. No Maya. *Lena*. Lo sabe. Lo recuerda todo.

—No —mi voz sale ahogada—. No te acerques más. Sigo con mi ropa de dormir, pero no tengo tiempo para cambiarme. Me calzo

rápidamente las botas de nieve que dejé junto a la puerta y me pongo la chaqueta de un tirón.

—No voy a hacerte daño —su tono es mesurado, controlado. La voz de un hombre acostumbrado a dar órdenes en salas llenas de gente peligrosa—. Deja la bolsa.

—Vete a la mierda —levanto la bolsa sobre mi hombro y me giro para enfrentarlo. Está de pie en el marco de la puerta del dormitorio, sus anchos hombros llenando el espacio. Echo un vistazo hacia el sofá donde Danil estaba durmiendo. Ahora está sentado, con aire casual cuando sé que es cualquier cosa menos eso. Sus ojos van de mí a Sasha. *¡Aleksandr!*

Aleksandr se apoya en el marco de la puerta, y su postura relajada resulta de algún modo más amenazante que si hubiera sacado una pistola. —Tenemos que hablar.

Me giro y abro la puerta de un tirón, y entonces estoy corriendo. O intentándolo. Está oscuro y la nieve es profunda, lo que dificulta avanzar. Ni siquiera noto el frío mientras corro, mi único pensamiento es alejarme de él. Alejarme de Sasha, que se ha convertido en Aleksandr.

Mis piernas se abren paso a través de la nieve, cada paso hundiéndose casi hasta las rodillas. La bolsa de deporte rebota contra mi cadera. La línea de árboles está a unos cincuenta metros. Si consigo llegar a los árboles, puedo desaparecer en el bosque, seguir los senderos que he memorizado en los últimos tres años.

Estoy a mitad de camino cuando lo oigo detrás de mí. No corriendo. Está caminando... ¡y alcanzándome! Debería haber aceptado la oferta de Pavel y haberme quedado con él. ¿Cómo pude ser tan estúpida?

—Maya. Para. —Esta vez usa el nombre que le di, pero ahora no me gusta oírselo decir. Maya y Sasha son personas diferentes con una

vida diferente. Soy Lena y él es Aleksandr. Soy la víctima, y él es el depredador.

La autoridad en su voz hace que algo en mi columna quiera obedecer, y me odio por ello. Empujo con más fuerza, mis pulmones ardiendo en el aire gélido.

Veinte metros. Quince.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca.

No con rudeza. No con violencia. Simplemente con absoluta certeza. El agarre de un hombre que sabe exactamente cuánta presión aplicar, que ha calculado la cantidad precisa de fuerza necesaria para detenerme sin hacerme daño. De algún modo, es peor que si me hubiera derribado.

Me giro hacia él, balanceando la bolsa de deportes con mi mano libre. Él la atrapa fácilmente con su otra mano, y de repente, estamos encerrados juntos en la nieve, ambos respirando con dificultad, nuestro aliento creando nubes entre nosotros.

—Suéltame. —Intento apartarme bruscamente, pero sus dedos no ceden.

—No. —Sus ojos dorados se clavan en los míos, y a la luz de la luna reflejada en la nieve, puedo ver cada detalle de su rostro. La línea marcada de su mandíbula. La forma en que su pelo oscuro cae sobre su frente. La amplitud de su pecho que sube y baja bajo su camisa fina. Ni siquiera se molestó en ponerse una chaqueta. —Vamos a hablar.

—No hay nada de lo que hablar. —Mi voz se quiebra. —Lo recuerdas. Sabes lo que hiciste. Lo que ordenaste.

—Sí. —No hay negación. No hay excusas. Solo esa palabra, plana y honesta.

Algo dentro de mí se rompe. —¿Qué demonios estamos haciendo aquí entonces? Acaba de una vez.

Su mandíbula se tensa. —Te lo dije. No voy a hacerte daño.

—¿Por qué debería creer eso? —Ahora estoy temblando, y no es por el frío. —He estado huyendo de ti. De la orden que diste. ¿Y ahora estás aquí diciéndome que confíe en ti?

—Sé lo que hice. —Su voz se vuelve más baja, más áspera. —Recuerdo haber dado la orden. Recuerdo por qué.

—Porque mi padre te robó. —Las palabras saben a cenizas. —Porque mi tío tenía deudas. Porque yo era la garantía de su traición.

Su mano libre se levanta, y yo me estremezco. Él se congela, algo que parece casi dolor cruza su rostro. Luego, lentamente, deliberadamente, alarga la mano y me toma la mandíbula. Su palma está caliente contra mi piel helada.

—Todo ha cambiado —dice en voz baja. Su pulgar acaricia mi pómulo. —Maya.

Mi cuerpo se pone rígido. —No me llames así —digo entre dientes apretados. —Nunca más me llames así.

—Eso es lo que eres para mí. —Su voz es acero envuelto en terciopelo. —La mujer que salvó mi vida. La que me enseñó a reír de nuevo. La que me hizo sentir humano.

—Soy Lena Orlova. —Levanto la barbilla con fuerza, obligándome a mirar esos ojos dorados. —La chica a la que condenaste a muerte. Eso es lo que realmente soy.

—Eres ambas. —Su agarre en mi muñeca se afloja pero no suelta. —Y yo soy tanto el hombre que dio esa orden como el que está aquí jurando por todo lo que tengo que nunca dejaré que nadie te haga daño.

Una risa amarga se escapa de mí. —Qué conveniente. ¿Tienes amnesia, te enamoras de tu *víctima*, y de repente todos tus pecados son perdonados?

—No. —La palabra cruje como un látigo. —Nada está perdonado. Recuerdo cada decisión que tomé. Cada orden que di. Recuerdo el rostro de tu padre cuando le enfrentamos acerca del dinero desaparecido. A tu tío rogando por más tiempo para pagar sus deudas. —Su pulgar traza mi línea de la mandíbula, y odio cómo mi cuerpo responde a su toque. —Recuerdo firmar tu sentencia de muerte porque eso es lo que exigía el código. Sangre por traición.

Él se acerca más, y el calor de su cuerpo corta el frío como una hoja afilada. —Pero en algún punto entre despertar en esa cabaña y descubrir tu verdadero nombre, te volviste… importante para mí.

Quiero creerle. Dios, quiero creerle tanto que me duele físicamente. Pero sé que hombres como él no cambian de opinión. ¿Cuál es el viejo dicho? El leopardo no cambia sus manchas.

La bolsa de deportes sigue apretada en mi mano izquierda. Pesada con todo lo que necesito para desaparecer. De nuevo. La línea de árboles está tan cerca. Conozco estos senderos mejor que nadie. Los he caminado cien veces, memorizando cada giro, cada escondite, cada ruta que lleva más profundo hacia la naturaleza.

Podría huir.

Mis músculos se tensan, listos. Un buen tirón y estaría libre de su agarre. Él es fuerte, pero yo soy rápida. Desesperada. Y la desesperación te hace hacer cosas imposibles.

Pero incluso mientras calculo la distancia, los ángulos, los segundos preciosos que necesitaría, sé la verdad. Él me atraparía. Quizás no en los primeros diez metros, pero eventualmente. Hombres como Aleksandr Romanov no dejan que las cosas se les escapen de las manos. Cazan. Persiguen. Ganan.

Y alguna parte traidora de mí no quiere huir en absoluto.

Esa es la peor parte. No es el miedo que recorre mis venas o la forma en que mi corazón golpea contra mis costillas. Es la forma en que mi cuerpo todavía se inclina hacia él a pesar de todo. La forma

en que su toque envía electricidad por mi columna vertebral en lugar de repulsión. La forma en que quiero creer que el hombre del que me enamoré y el monstruo que ordenó mi muerte pueden coexistir de alguna manera en la misma piel.

El amor y la supervivencia no deberían estar en guerra así. Pero lo están. Y no sé cuál está ganando.

Le miro con furia, inclinando la cabeza hacia un lado. —Entonces, ¿qué pasa ahora?

Él no responde de inmediato. Sus ojos dorados se encuentran con los míos firmemente y prácticamente puedo ver las preguntas que atraviesan su mente. Tiene un deber, una imagen que mantener como Pakhan. Quizás ya no quiere que muera, pero ¿cómo puede mantenerme viva sin parecer un jefe mafioso débil?

Abre la boca, pero antes de que pueda decir algo, unos pasos captan nuestra atención. Nos giramos para ver a Danil apresurándose hacia nosotros. Bueno, se apresura tanto como puede a través de la nieve. Cuando finalmente nos alcanza, está echando nubes blancas por su boca y nariz, su gran pecho expandiéndose mientras recupera el aliento.

—Un tipo mayor del FBI encubierto está husmeando alrededor de la cabaña.

30

ALEKSANDR

La transformación ocurre sin pensar. Mi espalda se endereza, los hombros se alinean mientras la memoria muscular toma el control. La incertidumbre que me atormentó durante semanas se evapora como la niebla matinal bajo el sol implacable. Ahora sé exactamente quién soy. Qué soy.

Aleksandr Romanov. Pakhan de los Romanov Bratva.

Y la mujer que está frente a mí, temblando de frío y miedo con su camisón y botas, me pertenece, lo acepte o no.

—Danil —mi voz sale fría, autoritaria. La voz que hace retroceder a hombres adultos—. Asegura el perímetro. Asegúrate de que Davis no tenga refuerzos.

Los ojos de Danil se abren ligeramente al oír mi tono, luego algo parecido al alivio cruza su rostro. Su Pakhan ha vuelto. —Da. —Me entrega un arma, que cojo casi sin pensar, luego se desvanece en la oscuridad, moviéndose con la eficacia silenciosa de un depredador.

Dirijo mi atención a Maya—Lena—, que sigue agarrando ese patético bolso como si fuera un salvavidas. Sus ojos azul oscuro están abiertos, aterrorizados, y algo en mi pecho se retuerce al verla.

—Adentro —gesticuló hacia la cabaña—. Ahora.

—No voy a ningún lado contigo. —Su voz tiembla, pero hay acero debajo. Bien. Siempre he respetado el coraje, incluso cuando es una tontería.

—Estás parada en la nieve con un camisón —dejo que mi mirada recorra su cuerpo, notando cómo la tela fina se pega a sus curvas, la sombra de sus piernas se ve a través del material empapado por el clima—. Te congelarás en diez minutos. ¿Es realmente así como quieres que termine esto?

Ella mira hacia la línea de árboles, calculando. Puedo ver las ruedas girando en su cabeza, sopesando sus posibilidades de escapar frente a la realidad de la situación.

—No lo hagas —la palabra tiene suficiente peso para detenerla a mitad de su pensamiento—. No llegarás ni cincuenta metros antes de que te dé hipotermia. Y yo te atraparé.

—¿Para terminar lo que empezaste? —La amargura en su voz corta más de lo que debería.

Cierro la distancia entre nosotros en dos pasos, mi mano encontrando su codo. No con rudeza, pero con total seguridad. Intenta soltarse, pero ya la estoy guiando de vuelta hacia la cabaña. Su cuerpo tiembla violentamente contra el mío, y puedo sentir el frío que irradia su piel incluso a través de mi camisa y su chaqueta.

John Davis está en el porche, su rostro curtido cuidadosamente neutral. Pero veo cómo su mano descansa cerca de su cadera, el instintivo alcance hacia un arma que probablemente ya no está ahí. Viejos hábitos.

—¿Todo bien por aquí? —Sus ojos color avellana se mueven entre Lena y yo, leyendo la situación con la facilidad práctica de un hombre que pasó décadas en la policía.

—Todo bien —mantengo mi voz agradable y tranquila, la máscara que he usado mil veces al lidiar con personas que necesitan creer que soy razonable—. Mi novia se pone inquieta por la noche. Sonambulismo.

Lena se pone rígida a mi lado, pero es lo suficientemente inteligente como para no contradecirme. Al menos por ahora.

La mirada de John se posa en su rostro, en el miedo que está tratando de ocultar. —¿Es así, Maya?

Siento que duda, la batalla que se libra tras esos ojos azul medianoche. Podría pedir ayuda a gritos, podría decirle a este policía retirado exactamente quién soy y qué he hecho. Pero también sabe que eso firmaría su sentencia de muerte.

—Estoy bien, John —su voz es más firme de lo que esperaba—. Solo necesitaba un poco de aire.

—¿Con un camisón? ¿En este clima? —No le cree. Hombre listo.

—Ya te lo dije —agrego un suficiente corte a mi tono para recordarle que está en mi propiedad, en mi espacio—. Sonambulismo. Es una condición que tiene desde niña. El estrés lo empeora.

La mandíbula de John se tensa. Sabe que estoy mintiendo. Sabe que algo está muy mal aquí. Pero también está solo, desarmado y frente a un hombre que probablemente reconoce de viejos expedientes.

—He estado vigilando esta cabaña —me habla directamente ahora, dejando de lado las pretensiones—. Preocupado por la seguridad de Maya con desconocidos apareciendo. Especialmente desconocidos que parecen venir de fuera de la ciudad.

—Tu preocupación ha sido anotada —sonrío, y sé que no llega a mis ojos, sé que es la sonrisa que hace que la gente recuerde que es mortal—. Pero como puedes ver, Maya está perfectamente segura. ¿No es así, cariño?

El término cariño la hace estremecerse, pero asiente. —Perfectamente segura.

—Bien —John da un paso atrás, su lenguaje corporal gritando reluctancia—. Bueno, si necesitas algo, Maya, sabes dónde encontrarme.

—No necesitará nada —mantengo mi tono agradable, pero el mensaje es claro. Aléjate—. En realidad nos vamos mañana. Emergencia familiar.

No es realmente una mentira. Los Romanov necesitan a su Pakhan. Me necesitan.

La inhalación brusca de Lena es apenas audible, pero la siento, siento cómo su cuerpo se pone rígido a mi lado.

Los ojos de John se estrechan. —¿Ah sí?

Levanto una ceja impaciente.

—Ya veo —es lo suficientemente inteligente como para saber cuando está en desventaja—. Buen viaje, entonces.

Desaparece en la oscuridad, y espero hasta oír el motor de su camioneta arrancar antes de moverme. Danil emerge de las sombras, su expresión sombría.

—Se ha ido. Sin respaldo. —Mira a Lena y luego a mí—. Tenemos que movernos rápido. Si es policía o del FBI, aunque esté retirado, hará llamadas.

—Lo sé. —Guío a Lena hacia la puerta de la cabaña—. Empieza a hacer las maletas. Nos vamos en dos horas.

—¿Dos horas? —Lena recupera por fin la voz, apartándose de mi agarre—. No voy a ninguna parte contigo. Ni con ninguno de los dos.

Me giro para enfrentarla por completo y veo el momento en que percibe el cambio en mí. La forma en que me sostengo ahora. El

cálculo frío en mis ojos. Esta no es Sasha, el hombre perdido que ella salvó. Este es Aleksandr Romanov, y no pido permiso.

—No tienes elección.

—Como que no. —Retrocede hacia la puerta, buscando a tientas el pomo—. No puedes secuestrarme así como así.

—¿Secuestrarte? —Casi me río.

—No soy tu bebé. —Las palabras salen feroces, pero su voz tiembla —. Y no voy a abandonar mi hogar. Donde estoy a salvo. —Frunce el ceño—. O al menos donde solía estar a salvo hasta que apareciste desangrándote.

—No estás a salvo en ningún sitio. —Cierro la distancia entre nosotros, acorralándola contra la puerta. Mis manos enmarcan su cabeza, encerrándola, y veo cómo late su pulso en el cuello—. John Davis me reconoció. Pavel me reconoció. Cuando se sepa —y se sabrá— que Aleksandr Romanov está vivo, todos los enemigos que me he ganado vendrán a buscarme.

—Ese es tu problema, no el mío.

—Error. —Me inclino más cerca, lo suficiente para oler el miedo en su piel mezclado con algo más. Algo que hace que se me endurezca la polla a pesar de la situación—. Me salvaste la vida. Me acogiste en tu casa. Me follaste en tu cama. Eso te hace mía, te guste o no.

Su respiración se corta. —No sabía quién eras.

—No importa. —Mi pulgar recorre su línea de la mandíbula y siento cómo tiembla. No del frío esta vez—. Sabes lo que soy ahora. De lo que soy capaz. Y aún así sigues aquí discutiendo en lugar de huir. ¿Por qué?

No responde, pero veo la verdad en sus ojos. La misma verdad que ha ardido entre nosotros desde aquella primera noche. Esto que hay entre nosotros es más grande que la lógica o la supervivencia.

—Te daré dos opciones. —Doy un paso atrás, dándole espacio para respirar—. Puedes venir conmigo voluntariamente o puedo llevarte en brazos al coche. Da igual, esta noche te vas de Montana.

—No puedes hacer esto. —Pero ahora hay menos convicción en su voz.

—Puedo hacer lo que me dé la gana. —Me dirijo hacia el dormitorio —. Danil, ayúdala a hacer las maletas. Todo lo que necesite. No volveremos.

—Espera. —La voz de Lena me detiene—. ¿Y qué pasa con mi vida aquí? ¿Con mi cabaña? ¿Con todo lo que he construido?

—Se acabó. —No suavizo el golpe—. Este lugar está comprometido. Nunca podrás volver.

Veo la devastación en su rostro, cómo su santuario cuidadosamente construido se desmorona en tiempo real. Una parte de mí, la que aún es Sasha, quiere consolarla, quiere prometerle que todo irá bien.

Pero Aleksandr sabe mejor. Nada va bien. Nada irá bien hasta que haya asegurado mi posición, eliminado a mis enemigos y decidido qué coño hacer con ella.

—Vístete. —Mi voz es más dura de lo que pretendía—. Ropa de abrigo. Nos espera un largo viaje.

Me mira fijamente durante un largo momento y veo el instante exacto en que comprende que ha perdido esta batalla. Sus hombros se desploman, la derrota escrita en cada línea de su cuerpo.

—Vale. —Pasa a mi lado hacia el dormitorio.

Danil aparece a mi lado cuando ella se ha ido. —¿Seguro que quieres hacer esto? ¿Llevártela con nosotros?

—No. —Me paso una mano por el pelo, la primera muestra de incertidumbre que he mostrado desde que recuperé la memoria—.

Pero no puedo dejarla aquí.

—Es una carga. —Lo dice con suavidad, pero la verdad duele—. Los hombres no entenderán por qué proteges a la hija de un hombre que te robó.

—Entonces aprenderán a entender. —Me giro para enfrentarlo—. O buscarán otro empleo.

Sus cejas se elevan. —¿Estás dispuesto a arriesgar tu posición por ella?

—Estoy dispuesto a arriesgarlo todo por ella. —La admisión me sorprende tanto como a él—. Es mía, Danil. Y nadie se lleva lo que es mío.

—Significa que estás pensando con la polla en lugar de con la cabeza.

—Quizá. —Me dirijo al dormitorio, donde oigo a Lena moviéndose, abriendo y cerrando cajones—. Pero es mi polla y mi cabeza. Mi decisión.

La encuentro poniéndose unos vaqueros, de espaldas a mí. El camisón está arrugado a sus pies y, por un momento, me limito a observarla. La curva de su espalda. La forma en que su cabello rubio cae sobre sus hombros. La marca de nacimiento en forma de estrella en su cadera derecha que he recorrido con mi lengua.

Es hermosa. Más que eso, es fuerte. Resistente. Pero también es amable, cariñosa y generosa. Simplemente no encuentras mujeres con todas esas cualidades en mi mundo.

—Noto que me miras. —No se gira, solo se pone una camiseta térmica—. Es perturbador.

—Acostúmbrate. —Me apoyo en el marco de la puerta—. Vas a verme mucho.

—Qué suerte la mía. —El sarcasmo es espeso y me hace sonreír.

Debería sentirme culpable. El Aleksandr de antes no habría dado importancia. Pero esta versión, la que ha pasado semanas aprendiendo lo que significa ser humano de nuevo, siente el peso de lo que le estoy haciendo.

No cambia nada. Aún así me la llevo. Aún así la reclamo. Aún así me niego a dejarla ir.

Porque llevarla de vuelta a la ciudad es probablemente la cosa más estúpida que podría hacer. La convierte en un blanco. La hace vulnerable ante mis enemigos. Complica todo lo relacionado con recuperar mi posición.

Pero no puedo evitarlo.

Es mía, aunque no quiera admitirlo.

31

LENA

La caminata a través de la nieve parece interminable. Mis piernas arden con cada paso, el frío se filtra a través de mis vaqueros a pesar de las capas térmicas que llevo debajo. El haz de mi linterna atraviesa la oscuridad, iluminando solo blanco y más blanco, árboles que proyectan sombras esqueléticas que se extienden hacia nosotros como dedos que intentan agarrarnos.

Aleksandr camina delante, sus anchos hombros cortando el viento como si ni siquiera sintiera el frío. Danil cierra la marcha, y yo estoy atrapada entre ellos. Literal y figuradamente.

Mi bolsa de deporte pesa sobre mi hombro, llena con lo esencial de una vida que estoy dejando atrás. De nuevo. La cabaña que fue mi santuario durante tres años ya se desvanece en la memoria, y el dolor en mi pecho no tiene nada que ver con el aire gélido.

—¿Cuánto falta? —Mi voz sale entrecortada, tensa.

—Otro cuarto de milla —el acento de Danil es más marcado con el frío—. El coche está justo después de la colina.

Me detengo. —Tu coche. El que supuestamente se averió.

Aleksandr se gira, sus ojos dorados reflejando el haz de la linterna. Incluso exhausta y furiosa, mi cuerpo reacciona al verlo. La forma en que su camiseta térmica se ajusta a su pecho. La línea definida de su mandíbula bajo esa barba corta y bien cuidada. La gracia depredadora con la que se mueve.

Odio que todavía lo note. Odio que mi pulso se acelere por todas las razones equivocadas.

—No se averió, ¿verdad? —Dirijo la pregunta a Danil, pero observo la cara de Aleksandr—. Me mentisteis para entrar en mi cabaña.

Danil tiene la decencia de parecer ligeramente incómodo. —Era necesario.

—Necesario —me río, y el sonido es áspero en la noche silenciosa—. Todo es necesario con vuestra gente.

—Sigan avanzando —la voz de Aleksandr lleva ese tono de mando que hace que mi columna quiera enderezarse automáticamente—. Estamos expuestos aquí.

—Quizá me guste estar expuesta —pero vuelvo a caminar porque, ¿qué opción tengo? ¿Correr hacia el bosque en mitad de la noche? ¿Morir congelada para demostrar algo?

El coche aparece entre los árboles exactamente donde Danil dijo que estaría. Un todoterreno negro con cristales tintados, caro y anónimo. El tipo de vehículo que grita dinero y peligro en igual medida.

Danil lo desbloquea con un pitido que suena obscenamente alto en el silencio. El motor arranca al instante, ronroneando sin vacilar.

—Mentiroso —murmuro, lanzando mi bolsa al asiento trasero.

—Estratégico —corrige Danil, pero hay casi una disculpa en su tono.

Aleksandr abre la puerta trasera y me indica que entre. Su mano encuentra la parte baja de mi espalda, guiándome, y a través de mi

abrigo siento el calor de su palma. Mi cuerpo recuerda ese contacto en contextos que no tienen nada que ver con secuestros.

Me deslizo sobre el asiento de cuero, y él cierra la puerta con un clic suave que suena como el cierre de una celda. Toma el asiento del copiloto, sus largas piernas estirándose, y Danil se acomoda al volante.

El calefactor se enciende, expulsando aire caliente que hace que mis dedos congelados duelan al recuperar la sensación. Apoyo la cara contra el cristal frío, observando cómo los árboles pasan mientras descendemos por la carretera de montaña.

—Informe de situación —la voz de Aleksandr es ahora puro negocio. Ningún rastro de Sasha, el hombre que me hizo reír durante peleas de bolas de nieve y me abrazó durante las pesadillas.

Las manos de Danil están firmes en el volante. —Ronnie ha mantenido las cosas bajo control. Es leal, siempre lo ha sido. Los hombres lo respetan, y ha mantenido las operaciones funcionando sin problemas.

—¿E Ivan?

Algo en el tono de Aleksandr me hace levantar la vista. Hay un filo ahí, agudo y peligroso.

La mandíbula de Danil se tensa. —Ivan ha estado haciendo ruido. Nada abierto, pero ha estado probando límites. Haciendo preguntas sobre la sucesión. Sugiriendo reestructuraciones de territorios.

—Ambicioso —los dedos de Aleksandr tamborilean contra su muslo, y noto cómo los músculos de su antebrazo se flexionan bajo la camisa.

—Ambicioso y estúpido —coincide Danil—. Ha estado reuniendo apoyo entre algunos de los soldados más jóvenes. Los que no recuerdan de lo que eres capaz.

—Entonces aprenderán —la fría certeza en la voz de Aleksandr me hiela la espalda—. ¿Cuántos?

—Quizá seis, siete tipos. Suficientemente pocos como para manejarlo en silencio.

Hablan de violencia como otros hablan del tiempo. Casual. Práctico. Y yo estoy sentada en el asiento trasero escuchándolos planear cómo eliminar amenazas al poder de Aleksandr.

La realidad de quién es, lo que hace, vuelve a caer sobre mí. Esto ya no es un concepto abstracto. Esta es mi vida ahora. Atrapada en un coche con dos asesinos, llevada a un mundo donde la lealtad se compra con miedo y la traición se responde con sangre.

Los árboles se dispersan mientras descendemos, las cadenas de los neumáticos crujiendo contra la nieve mientras la civilización reaparece en forma de casas dispersas y farolas. Observo mi reflejo en la ventana, apenas reconociendo a la mujer que me devuelve la mirada. Hace tres años, era una persona diferente. Alguien que creía en la seguridad, la justicia y la bondad básica de las personas.

Esa mujer se ha ido, extinguida por la misma organización que ahora me reclama como propiedad.

Un pensamiento me golpea con la fuerza de un puñetazo. Mis padres. Dios, mis padres. ¿Siguen vivos?

—Danil —mi voz se quiebra y ambos hombres se giran para mirarme —. Mis padres. Después de que desapareciera, ¿alguien fue tras ellos?

La pregunta queda suspendida en el aire como humo. La expresión de Aleksandr no cambia, pero algo parpadea en esos ojos dorados. Quizás culpa. O simplemente cálculo.

—No —la voz de Danil es suave, lo que de algún modo lo hace peor —. No se puso precio por sus cabezas. Solo por la tuya.

—Solo por mí —me río, y suena ligeramente histérico—. Bueno, eso es reconfortante.

—Nadie de los nuestros los tocó —añade Danil, encontrando mi mirada en el retrovisor.

El alivio que me inunda es tan intenso que casi duele. Mis padres están vivos. Están a salvo. Al menos eso.

—Gracias —susurro.

Aleksandr se mueve en su asiento, y capto el movimiento de sus anchos hombros bajo la chaqueta.

El silencio se alarga mientras conducimos, roto solo por el zumbido del motor y algún comentario ocasional de Danil sobre el estado de la carretera. Me desconecto, viendo el paisaje desdibujarse tras la ventana. Campos cubiertos de nieve dan paso a pequeños pueblos, cuyas ventanas brillan cálidas contra la oscuridad. Gente normal viviendo vidas normales, completamente ajena a que un coche lleno de criminales atraviesa sus calles tranquilas.

¿Qué pensarían si lo supieran? ¿Llamarían a la policía? ¿Lo creerían siquiera?

Mi mente da vueltas en círculos, intentando procesarlo todo. Tratando de encontrar algún ángulo, alguna salida a esta pesadilla. Pero cada camino me lleva a la misma conclusión. Estoy atrapada. Completamente y totalmente atrapada.

—Tenemos que parar a por gasolina —dice Danil, interrumpiendo mis pensamientos—. Y yo necesito un café.

—Hay una gasolinera más adelante —responde Aleksandr. Su voz es ahora totalmente profesional, sin rastro del hombre que me sostuvo en la cabaña—. Sé rápido.

La gasolinera aparece como un oasis de luz fluorescente en la oscuridad. Danil se detiene junto a un surtidor, y la quietud repentina tras horas de conducción resulta surrealista. A través de

las ventanas, veo a un empleado aburrido tras el mostrador, desplazando la pantalla de su móvil.

Tan cerca de la ayuda. Tan imposiblemente lejos.

—Yo me encargo de la gasolina —dice Aleksandr, ya abriendo su puerta—. Danil, coge lo que necesitemos dentro. Café, comida, lo que sea.

—Entendido, jefe —Danil sale del coche, estirándose con un gemido audible.

Alargo la mano hacia el tirador de la puerta, desesperada por escapar del espacio confinado, por usar el baño, por respirar aire que no huela a tensión y testosterona.

—¿Adónde crees que vas? —la voz de Aleksandr me paraliza.

—Al baño —digo, intentando mantener la voz firme—. A menos que prefieras que me orine en el asiento trasero.

Un músculo le late en la mandíbula. Por un momento, pienso que podría decir que sí, que podría mantenerme encerrada en este coche como una prisionera. Luego mueve la cabeza hacia el edificio.

—Vale. Ve.

Salgo corriendo antes de que pueda cambiar de idea, mis piernas rígidas de tanto tiempo sentada. El aire frío me golpea en la cara como una bofetada, agudo y aclarador. Estoy a medio camino de la puerta cuando una mano se cierra alrededor de mi brazo.

Aleksandr.

Me gira, y de repente estamos pecho con pecho. Tan cerca que puedo ver las motas doradas en sus ojos, la sombra de la barba incipiente en su mandíbula. Tan cerca como para sentir el calor que irradia su cuerpo y para oler su aroma, que se ha vuelto peligrosamente familiar.

—Ni siquiera pienses en huir —su voz es baja, mortal. No es una advertencia. Es una promesa.

Mi corazón golpea contra mis costillas. —Necesito ir al baño.

—Sé lo que necesitas —su agarre se aprieta, no lo suficiente como para hacerme daño pero sí para recordarme exactamente lo fuerte que es. Lo fácilmente que podría romperme si quisiera—. También sé lo que estás pensando. Que quizás puedas escabullirte por una puerta trasera. Parar un coche. Gritar pidiendo ayuda.

—No estaba—

—No me mientas, Lena —se inclina más cerca, y Dios mío, mi cuerpo responde aunque mi mente se aparte—. Has mejorado en muchas cosas en los últimos tres años, pero mentirme no es una de ellas.

Levanto la barbilla, encontrando su mirada aunque todo en mí quiera apartar la vista. —¿Qué quieres que diga? ¿Que seré una buena prisionera? ¿Que no intentaré salvarme?

Algo cruza su rostro. Ira, quizás. O respeto. Con Aleksandr, es difícil distinguir la diferencia.

—Quiero que entiendas algo —su mano libre se acerca, los dedos agarrando mi barbilla. El contacto envía electricidad por mi columna vertebral—. Que mi memoria haya vuelto no cambia el hecho de que hay gente tras de mí. Gente poderosa. Gente peligrosa.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? —su pulgar roza mi labio inferior, y odio cómo se me corta la respiración—. Porque si aún no saben de ti, lo harán pronto. Y cuando lo hagan, te convertirás en un objetivo. De nuevo.

Las palabras se hunden como piedras en aguas profundas. Tiene razón. Por supuesto que tiene razón. En el momento en que alguien se dé cuenta de que soy importante para él, incluso como un antiguo objetivo, seré un punto débil. Algo que explotar.

—¿Y entonces? —pregunto, mi voz apenas un susurro—. ¿Me estás protegiendo ahora?

Su risa es áspera, sin humor. —Estoy protegiendo mis intereses. Hay una diferencia.

Me suelta de repente, y doy un paso hacia atrás. Mi brazo arde donde me sujetó, y resisto el impulso de frotar el lugar, de reconocer el efecto que tiene sobre mí.

—Cinco minutos —dice, ya volviéndose hacia el coche—. Si tardas más, entraré a buscarte.

Lo observo alejarse, admirando su paso seguro a pesar de mí misma. Luego giro y entro, mi mente acelerándose.

Cinco minutos. Cinco minutos para averiguar si el hombre del que me enamoré ha desaparecido realmente o si queda algo de él que valga la pena salvar. Cinco minutos para decidir si me están llevando de vuelta para protegerme.

O si Aleksandr me está llevando de vuelta para terminar lo que comenzó.

32

ALEKSANDR

La carretera se extiende interminable ante nosotros, asfalto gris cortando un paisaje cubierto de nieve que se vuelve monótono tras los primeros cientos de kilómetros. Danil conduce con la seguridad de un hombre que ha pasado media vida al volante, sus ojos revisando constantemente los retrovisores, buscando amenazas que probablemente no existen pero podrían aparecer.

Me siento en el asiento del copiloto, con la mente ya de vuelta en la ciudad aunque aún nos queden horas de viaje. Dos días conduciendo. Dos días para planear mi regreso, para calcular quién es leal y a quién hay que recordarle por qué la traición es un error fatal.

En el asiento trasero, Lena no ha hablado en tres horas.

Atrapo su reflejo en el espejo lateral. Está mirando por la ventana, con los brazos cruzados sobre sí misma como si intentara mantenerse entera. La luz matutina ilumina su pelo rubio, tornándolo dorado, y aun furiosa y aterrorizada, está deslumbrante. La curva de su cuello, cómo el jersey se ajusta a sus pechos generosos que he tenido en mi boca, el recuerdo de cómo sus largas piernas se enroscaban alrededor de mi cintura.

Siento cómo se me excita, y me obligo a apartar la mirada. No es el momento. No cuando intento pensar estratégicamente en lugar de con la polla.

—Deberías comer algo —dice Danil en voz baja, señalando la bolsa de comida que cogimos en la última gasolinera.

—No tengo hambre.

—Necesitas mantener las fuerzas. —Me mira de reojo antes de volver a fijarse en la carretera—. Van a ser unos días largos cuando lleguemos.

Tiene razón. En cuanto corra la voz de que sigo vivo, cada capitán ambicioso y familia rival estará al acecho para ver si sigo siendo el hombre que era. Cualquier muestra de debilidad, cualquier vacilación, y actuarán.

—¿Cómo está el ambiente? —pregunto, manteniendo la voz lo suficientemente baja para que Lena no me oiga con claridad desde atrás.

—Tenso. —Los ojos de Danil no dejan de moverse, observando la carretera, los coches que adelantamos y los arcenes. Siempre alerta ante cualquier problema—. Ronnie ha estado manteniendo las cosas bajo control. Ha preguntado dónde estaba, pero sin sospechar. Está preocupado.

Asiento con lentitud. Ronnie es listo, siempre lo ha sido. Uno de mis mejores capitanes, leal como pocos. El tipo de hombre que mantiene la maquinaria funcionando incluso cuando todo se desmorona.

—A Ronnie puedo confiarle —digo—. Lleva conmigo el tiempo suficiente para saber cuándo preguntar y cuándo callar. —¿Y Ivan?

Danil aprieta la mandíbula. —Ahí es donde se complica. Ha estado haciendo muchas preguntas. Quiere saber dónde estás, cuándo vuelves, si es que vuelves. Ha estado hablando con algunos de los más jóvenes, probando su lealtad.

Aprieto los puños. Ivan. Por supuesto. —¿Cuántos?

—Difícil de decir. Pero Ronnie se ha dado cuenta. Los ha mantenido cerca, recordándoles dónde debería estar su verdadera lealtad. Pero Ivan es ambicioso, Aleksandr. Lleva tiempo esperando una oportunidad, y tu ausencia le parece la ideal.

—¿Y los demás?

—Ronnie tiene a la mayoría. Pero Ivan tiene sus hombres. Cuando aparezcas, habrá que ajustar cuentas.

En mi mundo, la ausencia no genera lealtad. Genera oportunidades.

Los kilómetros pasan en silencio después de eso. Nos turnamos al volante cada pocas horas, y durante mis turnos observo a Lena dormir por el retrovisor. Se acurruca sobre sí misma, con las rodillas levantadas, y hasta dormida parece estar en guardia.

Cuando llega la tarde del segundo día, el perfil de la ciudad aparece en el horizonte, hormigón y acero elevándose como lápidas que marcan mi territorio. Mi imperio. El lugar donde soy rey o cadáver.

—Veinte minutos para llegar a la casa segura —dice Danil.

Asiento con la cabeza, sintiendo ya el cambio que se produce dentro de mí. El hombre de la cabaña, el que le preparó el desayuno y la abrazó mientras dormía, ese hombre está muriendo. Tiene que morir. Porque es una debilidad que no me puedo permitir.

Lena se despierta cuando salimos de la autopista. Se incorpora, frotándose los ojos, y su jersey se sube lo suficiente como para que vea un trozo de su piel suave en la cintura. Mis manos han recorrido cada centímetro de ese cuerpo. Sé exactamente cómo sabe.

—¿Dónde estamos? —Su voz es áspera por el sueño. Sexy.

—Casi llegamos —digo sin volverme.

—¿Dónde es "allí"?

—Una casa segura a las afueras de la ciudad.

La casa segura está en un barrio tranquilo, nada llamativo. Solo una casa de dos plantas con garaje y vallas altas. Danil entra y la puerta se cierra automáticamente detrás de nosotros.

—Arriba —le digo a Lena mientras salimos—. Segunda puerta a la derecha.

Ella me mira, esos ojos azules escudriñando mi rostro en busca de algo. De Sasha, el hombre que fui en la cabaña.

Pero se ha ido. Tiene que ser así.

Pasa a mi lado sin decir nada, su hombro roza el mío, y percibo su olor. Incluso después de dos días en el coche, huele bien. A jabón y a algo único de ella que hace que se me tense la entrepierna.

Subo las escaleras, mi cuerpo ya adaptándose al papel que debo interpretar. El jefe. El hombre que construyó un imperio con miedo, sangre y decisiones inteligentes.

El baño está limpio y funcional. Me quito la camisa de franela y los vaqueros, ropa que pertenece a otro, y entro en la ducha. El agua caliente golpea músculos aún doloridos por la pelea, por la herida de bala casi curada, por dos días apretados en el coche.

Me lavo la cabaña. Las montañas. La fantasía de que podría ser algo distinto de lo que soy.

Cuando salgo, miro mi reflejo y apenas reconozco al hombre que se rió con Lena por unos panqueques quemados.

Bien. Ese hombre era un lastre.

En el dormitorio, Danil ha dejado todo preparado para mí. Un traje azul marino a medida con una camisa blanca, planchada e impecable. Zapatos de piel italiana. Debió preparar una maleta para mí y guardarla en el maletero, porque esta es mi ropa del armario.

Me visto despacio, metódicamente, cada prenda una capa más de armadura.

La corbata va la última. La anudo con facilidad, por costumbre, y me pongo la chaqueta del traje. La tela se adapta a mis hombros, acentuando la anchura de mi pecho, la potencia de mi complexión. Tengo pinta de dinero. De peligro. De un hombre que podría acabar contigo con una llamada.

El hombre que soy en realidad.

Estoy abrochándome los gemelos cuando la siento. Lena está en el umbral, y la expresión de su rostro es una mezcla de horror y pena.

—Te ves diferente —dice en voz baja.

—Me veo como soy —ajusto los puños, sin mirarla aún a los ojos.

—No. —Su voz se quiebra—. Te ves como *él*. El hombre que quería verme muerta.

Algo se retuerce en mi pecho, agudo y molesto. Me giro para enfrentarla por completo, y sus ojos recorren mi figura.

Lleva unos vaqueros limpios que le marcan el trasero y esas piernas largas, y un jersey, su atuendo habitual. Más adelante tendré que conseguirle ropa más a la moda.

—Tenemos que establecer algunas normas —digo, con voz plana. Profesional. La voz que uso con soldados y rivales—. Te quedas donde te ponga. No sales sin mi permiso. No hablas con nadie sobre Montana, sobre la cabaña, sobre nada de lo que pasó allí. ¿Entendido?

Levanta la barbilla, ese fuego obstinado que he llegado a conocer brillando en sus ojos. —¿Y si me niego?

—Esto no es una negociación, Lena.

—Todo es una negociación. —Entra en la habitación, con los brazos cruzados bajo los pechos, levantándolos de una manera que me

seca la boca—. No puedes encerrarme y esperar que te lo agradezca.

—Puedo hacer lo que me salga de los cojones. —Las palabras salen más duras de lo que pretendo, pero no las suavizo. No puedo—. Parece que olvidas que aún hay una recompensa por tu cabeza. Que cada hora que estés expuesta, estás en peligro.

—De ti.

—De todos. —Cierro la distancia entre nosotros en tres zancadas. Ella no retrocede, no se inmuta, solo me mira fijamente con esos ojos azul oscuro que ven demasiado—. En cuanto se sepa que estoy vivo, la gente empezará a hacer preguntas. Y si alguien te relaciona conmigo antes de que pueda cancelar oficialmente el contrato, estás muerta.

33

LENA

No consigo dormir. Estoy tumbada en la cama desconocida de la casa segura, mirando al techo mientras mi mente da vueltas como un animal acorralado. Cada crujido de la casa me hace saltar el corazón. Cada sonido lejano del tráfico me recuerda que ya no estoy en mi acogedora cabaña.

El hombre del que me enamoré se ha ido, reemplazado por alguien que viste trajes caros y da órdenes como si respirara. Alguien que me mira con esos ojos dorados y ve una posesión en lugar de una persona.

Debo de haberme dormido al final porque la luz pálida de la mañana se filtra por las cortinas cuando unas voces me despiertan. Voces masculinas, bajas y urgentes, que vienen de abajo.

Me deslizo fuera de la cama y apoyo la oreja contra la puerta. No distingo palabras, solo el murmullo de una conversación. La voz de Aleksandr, más profunda y autoritaria que la de Sasha. El tono más áspero de Danil respondiendo.

Están planeando algo.

Me visto rápidamente con unos vaqueros y un jersey, luego me aventuro a bajar. Están en la cocina, ambos vestidos con trajes que probablemente cuestan más que mi camioneta. El café humea en las tazas sobre la encimera y están inclinados sobre lo que parece un mapa de la ciudad.

Levantan la vista cuando entro y alcanzo a oír el final de su conversación.

—Bien, ya estás despierta —dice Aleksandr—. Es hora de irnos.

Dobla el mapa rápidamente y se dirige hacia la puerta. Danil me espera, sin decir nada. Lo miro con desafío durante un par de minutos, luego, con un suspiro de resignación, vuelvo a la habitación y cojo mi bolso.

Cuando regreso a la cocina, me pasa un termo lleno de lo que supongo que es café. —No tardaremos mucho en llegar a casa — dice.

—¿Se supone que eso me hace sentir cómoda?

Encoge sus enormes hombros. —Al menos no estarás atrapada en un coche con nosotros.

Sí, pero ¿dónde me "guardarán" una vez lleguemos a nuestro destino? No digo mis pensamientos en voz alta y sigo a Danil hasta el coche donde Aleksandr espera.

—Los hombres tendrán preguntas —dice Danil unos quince minutos después de ponernos en marcha—. Un mes es mucho tiempo para desaparecer sin dar noticias.

—Entonces les daremos una historia que se crean. —Los ojos de Aleksandr encuentran los míos por el retrovisor y algo parpadea en sus profundidades doradas—. Una que lo explique todo.

—¿Qué historia? —pregunto, manteniendo la voz firme.

—Que estaba contigo. Un viaje romántico. —Su tono no deja lugar a discusión.

—No —digo rotundamente.

—No era una pregunta. —Ni siquiera me mira—. Cuando estemos con mis hombres, actúas como si estuviéramos juntos. Me miras como es debido. Interpretas el papel. Esa es la historia.

—¿Y si me niego?

—No lo harás. —Su voz es fría como el acero—. Porque la alternativa es que todos sepan que estás aquí contra tu voluntad. Eso te convierte en un problema que tendría que eliminar.

La amenaza me envuelve como un cubo de agua helada. Un mafioso no guarda prisioneros y les permite anunciar ese hecho a su organización. Pero ¿realmente haría eso? ¿Podría el hombre con el que he pasado las últimas semanas matarme?

El hecho de no estar segura me asusta aún más.

—Vale —digo entre dientes apretados.

—Bien. —Los ojos de Aleksandr se encuentran con los míos en el espejo de nuevo—. En el momento en que crucemos esas puertas, eres mía. Actúa como tal.

El resto del viaje transcurre en un silencio tenso.

Cuando por fin pasamos por las puertas de su finca, olvido respirar.

La casa se alza ante nosotros como algo salido de un sueño febril. Piedra y cristal, imposiblemente grandiosa, se extiende por jardines cuidados que parecen abarcar kilómetros. Esto es dinero viejo. Dinero peligroso. El tipo de riqueza que compra silencio y lealtad a partes iguales.

El coche se detiene en la entrada y Aleksandr sale primero, luego abre mi puerta. Extiende su mano para ayudarme a salir y la tomo, con las piernas temblorosas al pisar el camino de mármol.

—Bienvenida a casa —dice Aleksandr, con su mano en mi espalda baja al entrar.

El contacto es posesivo. Deliberado. *Familiar*. Y me recorre un escalofrío de tristeza y nostalgia.

En el momento en que cruzamos el umbral, mis ojos se posan en los suelos de mármol que se extienden en todas direcciones, tan pulidos que puedo ver mi reflejo en ellos. Lámparas de cristal cuelgan de techos que parecen imposiblemente altos, proyectando luz fragmentada sobre paredes llenas de obras de arte que probablemente valen más que el patrimonio de toda mi familia. Solo el recibidor es más grande que mi antiguo apartamento.

Los hombres aparecen casi de inmediato, sus rostros reflejando sorpresa al ver a Aleksandr. Está vivo. Está aquí. Y no está solo.

—¿Jefe? —dice uno de ellos, con los ojos redondos y muy abiertos, parpadeando como si dudara de lo que ve.

—¡Pakhan! —Otro hombre se abre paso, con la voz quebrada por la emoción—. Estás vivo. Pensábamos… Dios, pensábamos que estabas muerto.

Más hombres inundan el vestíbulo, sus rostros son una mezcla de alivio e incredulidad. Me lanzan miradas curiosas, pero su atención principal está puesta en Aleksandr. No son hombres blandos. Son soldados, matones, hombres que han visto violencia y la han repartido sin pestañear. Pero ahora mismo parecen haber presenciado una resurrección.

—Jefe, ¿dónde diablos has estado? —Un hombre con cicatrices y la cabeza rapada se acerca, escudriñando a Aleksandr como si buscara heridas—. Un mes. Ni una palabra. Nada.

La mano de Aleksandr se tensa ligeramente en mi espalda, un recordatorio sutil de que debo cumplir mi papel. Su voz, cuando habla, carga con el peso de una autoridad absoluta. —He estado

exactamente donde debía estar. Y eso es todo lo que necesitáis saber.

Los hombres guardan silencio, pero sus miradas se dirigen hacia mí. Puedo sentir cómo me evalúan, calculan, intentando averiguar quién soy y por qué su Pakhan desapareció conmigo.

—Caballeros —dice Aleksandr, con un tono que se calienta lo justo para sonar encantador sin perder su firmeza—, esta es Lena. Mi *prometida*.

La palabra cae como una piedra en aguas tranquilas. Novia. No una prisionera. No una cautiva. Novia. Me falta el aire. No, espera. No dijo novia, dijo *prometida*. Mis ojos se clavan en su rostro, pero él solo me sonríe, como si estuviera mirando a la mujer que ama. Pero hay un destello en su mirada, una advertencia para seguir su descabellado plan.

Me obligo a sonreír, a inclinarme ligeramente hacia el contacto de Aleksandr como si fuera natural. Como si quisiera estar aquí. Sus dedos se extienden más sobre mi espalda, y siento el calor de su palma a través de la tela de mi camisa.

Los hombres asienten, aceptando esta explicación porque no les queda otra. Aleksandr es su Pakhan. Su palabra es ley.

Mientras nos dirigimos hacia la gran escalera, capto fragmentos de sus conversaciones susurradas. —Debe de ser alguien especial.

Si supieran.

Subimos las escaleras, y la mano de Aleksandr no abandona mi espalda. Su contacto es firme, guiador, posesivo de una manera que hace que mi piel se erice. Odio que mi cuerpo reaccione a él.

El pasillo se extiende ante nosotros, flanqueado por puertas cerradas y más obras de arte caras. Cuando estamos lo suficientemente lejos de las escaleras como para que las voces de abajo se conviertan en murmullos, susurro entre dientes: —¿Prometida?

—Sigue caminando —dice en voz baja, presionando con más firmeza su mano contra mi espalda.

—En el coche dijiste novia. ¿Y ahora de repente soy tu prometida?

—Lo hablaremos en privado.

—Lo hablaremos ahora.

Su mandíbula se tensa, pero no deja de moverse. —Vale. Prometida tiene más peso.

—¿Más peso?

—Con las familias. Con las autoridades, si llega el caso. —Su voz es baja, solo para mis oídos—. Una novia es temporal. Una prometida tiene peso legal. Me da motivos para mantenerte cerca, para tomar decisiones por ti si es necesario.

—Así que es estratégico.

—Todo es estratégico, Lena. —Se detiene ante una puerta, tres habitaciones más allá de lo que supongo que es la suya, por cómo la miró al pasar—. Esta es la tuya.

La distancia entre nuestras habitaciones parece deliberada. Lo suficientemente cerca para mantener la ilusión, lo suficientemente lejos para… ¿qué? ¿Darme espacio? ¿Darle a él margen de maniobra?

Abre la puerta, y yo entro. La suite es obscena. Una cama enorme con dosel domina el espacio, cubierta de seda. Ventanales de suelo a techo dan a los jardines, y hay un área de estar con un sofá de terciopelo y sillones a juego. Una puerta en la pared del fondo lleva a lo que supongo que es el baño.

—Es preciosa —digo, y hago una pausa para sonreírle con dulzura—. Para ser una jaula.

Su expresión no cambia, pero algo parpadea en esos ojos dorados. Quizá diversión. O aprobación.

—Una jaula implica que intentas escapar —dice en voz baja—. ¿Es eso lo que haces?

—¿Importaría si lo hiciera?

—No. —Entra, cerrando la puerta tras de sí con un suave clic—. Pero preferiría que no lo intentaras. Complicaría las cosas.

Lo oigo marcharse, y la puerta se cierra con un *clic* definitivo. Pruebo el picaporte de inmediato. Está cerrada por fuera. Mi pecho se oprime. Una prisionera, entonces. No una invitada.

Pasan horas. Registro la habitación metódicamente, guardando las pocas cosas de mi bolsa de deporte en el armario vacío. Mis escasas pertenencias parecen absurdamente pequeñas en todo ese espacio. Había traído lo que pude en el tiempo que tuve, así que solo llevaba vaqueros gastados, camisas sencillas, chaquetas y ropa interior.

Una mujer trae la cena en una bandeja de plata. No la toco. Es la única rebeldía que tengo a mi alcance, así que la ejerzo. Por muy estúpida e infantil que sea esta rebeldía.

Cerca de la medianoche, oigo pasos en el pasillo. Se detienen frente a mi puerta. La cerradura se abre con un suave *clic*.

Aleksandr entra sin llamar, y el aire cambia. Lleva la corbata aflojada, los primeros botones de su camisa desabrochados, revelando las líneas duras de su pecho. Sostiene un vaso de vodka en la mano, el líquido ámbar atrapando la luz de la lámpara en la mesilla. Llena el marco de la puerta con sus hombros anchos, esa gracia peligrosa, y luego cierra la puerta con suavidad tras de sí.

—No has comido —dice. No es una pregunta.

Me levanto del borde de la cama donde estaba sentada, súbitamente consciente de lo pequeña que parece la habitación con él dentro. —No tenía hambre.

Sus ojos dorados recorren mi cuerpo y vuelven a mi rostro. —Qué pena.

Cierra la puerta.

34

ALEKSANDR

Ella está de pie junto a la ventana, su silueta iluminada por la luz de la luna que se filtra a través del cristal. Tiene los brazos cruzados sobre sí misma como si intentara mantenerse entera, y me odio por hacerla sentirse así. Parece pequeña. Perdida. Nada que ver con la mujer feroz que me rescató de la nieve y me cuidó hasta recuperarme.

Cierro la puerta tras de mí con un suave clic, y ella no se gira, no reconoce mi presencia aunque sé que me ha oído entrar.

—Tienes que comer —digo con voz neutra, controlada.

—Ya te lo he dicho. No tengo hambre —su reflejo en el cristal me muestra su rostro. Pálido. Agotado. Pero aún hermoso. Siempre hermoso.

Me adentro más en la habitación, el vodka calienta mi garganta al dar otro trago. —Matarte de hambre no va a cambiar nada.

—Tampoco encerrarme en esta habitación como a una prisionera —por fin se gira, y la furia en esos ojos azul oscuro me atraviesa—. Pero aquí estamos.

—No eres una prisionera —hago un gesto con mi vaso alrededor de la habitación—. Esto es protección.

—¿De qué? ¿De ti? —se ríe, y el sonido es amargo—. Porque la última vez que lo comprobé, eras tú quien quería verme muerta.

Las palabras dan justo donde las ha dirigido, en mi conciencia. Algo que ni siquiera sabía que aún tenía hasta que perdí la memoria.

—Por eso mismo necesitas protección —doy otro trago, dejando que el vodka queme la culpa que intenta subirme por la garganta—. Sigue activa la orden de ejecución contra ti. Todos los soldados de la bratva, así como los sicarios a sueldo de esta ciudad, te han estado buscando todos estos años. Alguien va a reconocerte —hago una pausa, moviendo la mano para abarcar su cuerpo—. Tu disfraz no es tan bueno. Solo has aclarado y cortado un poco el pelo.

—¿Y ahora quieres hacer de héroe? —su voz se eleva, lo bastante afilada para cortar—. ¿Quieres que te agradezca que me protejas de la sentencia de muerte que tú mismo dictaste?

—No quiero tu gratitud —dejo el vaso sobre el tocador, y el cristal produce un sonido agudo al chocar contra la madera—. Quiero que sigas viva.

—¿Por qué? —se acerca, y puedo ver cómo se le hincha el pecho con cada respiración, cómo sus generosos senos se tensan contra la fina tela de su camisa—. ¿Por qué de repente te importa si vivo o muero?

Estoy harto de discutir con ella. Ya le he dicho varias veces que estoy cancelando la orden de ejecución, pero que llevará tiempo. Que la mantengo aquí por su protección. ¿Por qué no puede entenderlo con esa mente suya tan hermosa y obstinada?

Cierro la distancia entre nosotros y le agarro la barbilla con firmeza, pero sin hacerle daño, con el pulgar y los dedos, y luego la beso. Con fuerza y posesividad.

Ella se pone rígida y duda brevemente, pero luego me sorprende enormemente cuando rodea mi cuello con sus brazos y me devuelve el beso con todas sus fuerzas.

Su boca es feroz contra la mía, llena de dientes, furia y necesidad desesperada. No se está rindiendo. Me está peleando con sus labios, su lengua, todo su cuerpo presionado contra el mío como si quisiera meterse bajo mi piel o destrozarme. Quizá ambas cosas.

Le agarro la cintura, mis dedos se hunden en su carne suave con la fuerza suficiente para dejar moratones, y ella emite un sonido en su garganta que es mitad gemido, mitad gruñido. Sus manos se enredan en mi pelo, tirando con fuerza suficiente para doler, y yo respondo con otro gruñido, profundizando el beso hasta dejarnos a ambos sin aliento.

Mis manos suben por sus costados, y ella se arquea bajo mi contacto. Le palpo los generosos senos a través de la fina tela, sintiendo cómo se endurecen sus pezones bajo mis pulgares, y ella jadea contra mi boca. Perfecto. Quiero verla deshecha. Quiero que esté tan destrozada como me siento yo.

Aparto mi boca de la suya el tiempo justo para arrancarle la camiseta, y entonces mis manos están sobre su piel desnuda, caliente, suave y mía. Ella ya está trabajando en mi cinturón, sus dedos forcejeando con la hebilla, y la ayudo, empujando mis pantalones hacia abajo mientras ella se quita el resto de la ropa.

Cuando la levanto, sus piernas se enroscan automáticamente alrededor de mi cintura, y la clavo contra la pared. Ya está mojada, ya está lista, y ese conocimiento hace que algo primitivo ruja en mi pecho.

Me introduzco en ella con un empujón brutal, y ella grita, sus uñas clavándose en mis hombros. Nada de suavidad. Nada de ternura. Solo necesidad pura, rabia y algo más oscuro que ninguno de los dos quiere nombrar.

Ella me corresponde empuje por empuje, sus caderas moviéndose contra las mías con una violencia que iguala la mía. Sus dientes encuentran mi hombro, mordiendo con fuerza suficiente para romper la piel, y yo siséo, empujándola más fuerte. Más profundo.

Entonces rompe el beso, su mano se enreda en mi pelo y tira de mi cabeza hacia atrás. Sus ojos están salvajes, furiosos, ardiendo con algo que parece odio y hambre al mismo tiempo.

Me empuja en el pecho. Fuerte. Tropiezo hacia atrás, y ella empuja de nuevo, llevándome hacia la cama hasta que mis corvas chocan contra el colchón y caigo.

Antes de que pueda moverme, ella está sobre mí, a horcajadas sobre mis caderas, sus manos inmovilizando mis muñecas a ambos lados de mi cabeza. Su pelo cae alrededor de su rostro como una cortina, y sus ojos son fieros, exigentes, posesivos.

Podría voltearla, podría inmovilizarla y recuperar el control en un instante. Pero no lo hago.

Porque entiendo lo que esto es. Lo que ella necesita.

Todo en su vida está fuera de control. Este es el único poder que le queda. La única elección que es suya. O al menos así es como se siente. Si se calmara el tiempo suficiente, vería que tendrá mucha más libertad de lo que cree… una vez que pueda asegurar su seguridad.

Así que dejo que lo tome.

Ella se levanta sobre sus rodillas, se posiciona sobre mí y se hunde en un movimiento fluido. Su cabeza cae hacia atrás, su garganta expuesta, y suelta mis muñecas. Joder, quiero agarrarle las caderas y guiarla, pero no lo hago. No controlo el ritmo. En cambio, la dejo hacerlo a su manera, pero Dios, me está volviendo loco verla así. Mis huevos arden con la necesidad de correrme y es todo lo que puedo hacer para aguantar, esperar a que ella encuentre su placer primero.

El calor de ella es abrumador. La tensión de su cuerpo alrededor del mío. La forma en que se mueve como si intentara castigarnos a ambos.

Cabalgó sobre mí con fuerza, brutal, sus uñas arañando mi pecho, casi sacando sangre. Siséo pero no la detengo. Que me marque. Que me reclame. Que me castigue.

¡Joder, es magnífica así! La imagen de ella cabalgando ferozmente, tomando el control, quedará grabada en mi memoria para siempre. Estoy seguro de que tendré muchas noches acostado, masturbándome mientras recuerdo este momento.

Mi polla palpita y respiro hondo, haciendo todo lo posible para no terminar esto antes de que ella encuentre su liberación. Pero maldita sea, es casi imposible. Ya no puedo permanecer dócil bajo ella. Le agarro las caderas y la ayudo a moverse, y ella gime fuerte cuando mi ayuda me introduce más profundamente en ella.

Se inclina hacia adelante, sus manos apoyadas en mi pecho. El ángulo cambia. Más profundo. Más fuerte. Su respiración se convierte en jadeos entrecortados, calientes contra mi rostro, y siento cómo se aprieta alrededor de mí, cómo se acerca al borde.

Sus muslos tiemblan contra mis caderas. Su ritmo vacila, se vuelve errático, desesperado. Puedo verlo en su rostro, el momento en que se pierde en ello. El momento en que el control que lucha tanto por mantener comienza a escapársele.

No me muevo, no empujo hacia ella ni intento tomar el control. La dejo perseguirlo, la dejo tomar lo que necesita hasta que se rompe.

Cuando llega al orgasmo, es con un grito que suena a rabia y liberación al mismo tiempo. Su cuerpo se estremece, apretándose alrededor de mí, su espalda arqueándose y su cabeza echada hacia atrás. La visión de ella deshecha, poderosa en su rendición, me empuja al límite.

Mi liberación me atraviesa con intensidad brutal, ardiente y devastadora. Mi visión se nubla. Mis dedos se clavan con más fuerza en sus caderas, manteniéndola sobre mí mientras me vacío dentro de ella.

Ella se desploma sobre mi pecho, su aliento caliente contra mi piel. Por un momento, ninguno de los dos se mueve. Solo estamos ahí, enredados, su corazón latiendo con fuerza contra el mío.

Luego se aparta de mí y se da la vuelta, un antebrazo sobre su frente mientras lucha por recuperar el aliento.

Me incorporo lentamente, mi pecho arde mientras intento recuperar el aliento también. De pie, me visto. Sé que debería decir algo, pero no puedo. Estoy demasiado sacudido por lo que acaba de pasar.

Salgo de la habitación en silencio, cerrando la puerta con un clic suave. En el pasillo, me apoyo contra la pared, con los ojos cerrados.

35

LENA

La puerta se cierra con un clic detrás de él, y me envuelvo en las sábanas, sintiendo un frío repentino a pesar del calor de la habitación. Mi cuerpo aún vibra con los ecos de lo que acaba de pasar, mi piel hipersensible donde sus manos me sujetaron las caderas.

—¿Cómo he podido hacer eso?

—¿Cómo he podido acostarme con él? No solo acostarme, sino llevar yo el control. Lo monté como una posesa.

Aprieto las palmas de las manos contra los ojos hasta ver estrellas. Mis muslos están pegajosos por las pruebas de nuestro encuentro, y la vergüenza me quema por dentro, caliente y ácida. ¿En qué estaba pensando? El hombre con el que me acosté no era Sasha. No era el hombre de mi cabaña. Es un mafioso ruso que puso precio a mi cabeza.

Y, sin embargo, lo deseaba. Lo deseaba a él. Incluso sabiendo que es Aleksandr Romanov, incluso entendiendo que el hombre del que me enamoré estaba construido sobre una base de mentiras y recuerdos perdidos, mi cuerpo aún responde a su tacto como si fuera la única fuente de oxígeno en la habitación.

—Soy patética.

El pensamiento da vueltas en mi mente como un buitre sobre carroña. Me giro de lado, llevando las rodillas al pecho. Las sábanas de seda son demasiado suaves, demasiado caras, nada parecido al algodón gastado que tenía en mi cabaña. Todo aquí está mal. La habitación es demasiado grande, la cama demasiado cómoda y las paredes demasiado cerca, a pesar de todo el espacio.

Echo de menos mi cabaña con un dolor que se siente físico. Echo de menos la simplicidad de cortar leña y revisar el generador. Echo de menos el silencio roto solo por el viento entre los pinos y el ocasional grito de un halcón. Echo de menos ser Maya, incluso si Maya era solo un personaje que inventé para mantenerme con vida.

Dormir debería ser imposible, pero el agotamiento me arrastra como una corriente. Mi último pensamiento consciente es de unos ojos dorados observándome desde el otro lado de una habitación iluminada por el fuego, cuando aún creía que era alguien que valía la pena salvar.

Despierto con el sonido de motores.

Múltiples motores, el retumbar profundo de coches caros subiendo por el camino. Me incorporo, desorientada, con el pelo revuelto y el cuerpo dolorido en lugares que me recuerdan exactamente lo que pasó anoche. La luz del sol entra por las ventanas, pintando todo de tonos dorados que me parecen demasiado alegres para cómo me siento.

Más motores. Portazos. El murmullo bajo de voces masculinas que llega desde abajo.

Aparto las sábanas y me acerco a la ventana, descalza y en silencio sobre la alfombra mullida. La vista me quita lo que me queda de aliento.

El camino de entrada circular se está llenando de coches. Mercedes y BMW negros, elegantes y caros, el tipo de vehículos que gritan

dinero y peligro en igual medida. Hombres salen de ellos, todos vestidos con trajes oscuros, moviéndose con la gracia controlada de depredadores reunidos para una cacería.

Todos han oído que el Pakhan ha vuelto.

Cuento al menos quince coches, quizá veinte, y siguen llegando más. Los hombres se agrupan, algunos fumando, otros revisando sus móviles, todos irradiando una tensión que puedo sentir incluso desde aquí arriba.

Y todos con bultos sospechosos bajo la ropa. Pistolas. Todos van armados y preparados para la violencia. El estómago se me cae a los pies y corro al baño. Me inclino sobre el lavabo, pero solo tengo arcadas secas.

Temblando, abro el grifo y me doy una ducha larga y caliente, luego me cepillo los dientes y me visto para el día. No es que tenga planes más allá de quedarme encerrada en esta habitación como una buena chica. Pero no quiero que me pillen en ropa interior, o peor, si alguien decide entrar en mi cuarto.

La puerta del dormitorio se abre con un clic suave.

Me giro, con el corazón en la garganta, pero es solo Danil. Va vestido con un traje gris carbón que hace que su enorme figura parezca aún más imponente, su expresión es inescrutable mientras entra y cierra la puerta tras de sí.

—¿No sabes llamar? —gruño.

Ignora mi pregunta. —Deberías vestirte. Algo elegante. Se te espera abajo pronto.

—¿Esperan? —Entrecierro los ojos. —No pienso bajar.

—No tienes elección. Aleksandr se va a presentar ante la organización. Su regreso cambiará el equilibrio de poder, y tú debes estar allí.

—¿Como qué? ¿Su prisionera? ¿Su trofeo?

Danil se gira, y algo en sus oscuros ojos se suaviza. —Como su mujer. Su prometida, ¿recuerdas? Esa es la historia y tienes que venderla.

Me abrazo a mí misma mientras los recuerdos del sexo casi violento de anoche se repiten en mi mente. Mi interior se tensa y mis pezones se endurecen, ¡partes traidoras de mi cuerpo!

—No puedo hacer esto —susurro.

—Sí que puedes. —Se acerca y se planta frente a mí. De cerca, es aún más intimidante, todo músculo y violencia contenida. Pero su voz es suave cuando habla—. Sé que esto no es lo que querías. Sé que estás asustada. Pero esos hombres de abajo, algunos te verán como una debilidad. Un lastre. Algo que pueden usar contra Aleksandr.

—Bien. Quizá deberían.

—Lena. —Me agarra los hombros, no con fuerza, pero lo suficiente firme como para que me centre en su rostro—. Escúchame. Si creen que eres una debilidad, intentarán eliminarte. No porque te odien, sino porque así funciona este mundo. Eliminas las amenazas antes de que se conviertan en problemas.

Las palabras se hunden en mí como piedras en aguas profundas. —¿Así que ahora soy una amenaza?

—Eres un instrumento. Y los instrumentos son peligrosos. —Me suelta y mete la mano en su chaqueta, sacando algo pequeño y negro. Una pistola—. Esto es una Glock 43. Nueve milímetros. Fácil de ocultar, fácil de usar.

Miro el arma como si pudiera morderme. —No quiero eso.

—Quizá no —reconoce—. Pero la necesitas. Para tu propia protección. —Toma mi mano, coloca la pistola en mi palma y cierra mis dedos alrededor de ella. El metal está frío y es más pesado de lo

que esperaba—. El seguro está aquí. Lo desactivas, apuntas y aprietas el gatillo. No tires, aprieta. ¿Entendido?

—Danil, no puedo simplemente dispararle a alguien.

—Puedes si es ellos o tú. —Su expresión es seria, casi triste—. Espero que nunca tengas que usarla. Pero si alguien viene por ti, si estás en peligro y ni Aleksandr ni yo estamos para protegerte...

Me muestra cómo comprobar si está cargada, cómo montar el percutor, cómo apuntar. Sus manos son pacientes, sus instrucciones claras, y odio estar aprendiendo esto. Odio que mi vida se haya convertido en el tipo de historia donde necesito saber cómo matar a alguien.

—Llévala contigo —dice cuando terminamos—. Siempre. Incluso cuando creas que estás a salvo.

—Nunca estoy a salvo. No aquí. No con él.

La mandíbula de Danil se tensa. —Aleksandr no te hará daño.

—Ya lo ha hecho. —Las palabras salen amargas—. Ordenó mi muerte, Danil. Eso no es algo que simplemente perdonas porque haya perdido la memoria durante unas semanas.

—No —conviene en voz baja—. No lo es. Pero el hombre que está abajo ahora, el que está a punto de enfrentarse a su organización, no es el mismo que dio esa orden. La amnesia lo cambió. Tú lo cambiaste.

—La gente no cambia. No de verdad.

—Quizá no. —Se dirige hacia la puerta, pero se detiene—. Pero a veces recuerdan lo que se siente al ser humano. Y eso ya es algo.

Se va, y me quedo sola con una pistola en la mano.

Su peso se siente incorrecto. Ajeno.

La dejo en la mesilla de noche y me acerco a la ventana, abrazándome. Los coches siguen llegando. Más hombres con trajes oscuros, sus rostros duros y vigilantes. Se mueven en grupos, hablando en voz baja, mirando hacia la casa como si estuvieran evaluando territorio enemigo.

Quizá lo estén.

Abajo, oigo voces que se elevan. Muchas voces. El sonido crece como una ola, volviéndose más fuerte e intenso.

Mi corazón golpea contra mis costillas. Debería bajar. Si se supone que soy su prometida, si ese es el papel que tengo que interpretar en esta retorcida obra, entonces debería estar a su lado. Eso es lo que haría una prometida de verdad, ¿no? ¿Apoyar a su hombre cuando se enfrenta a sus demonios?

Excepto que Aleksandr no es mi hombre. Es mi captor. Mi potencial asesino. El hombre que me lo quitó todo y luego se atrevió a hacerme enamorarme de él cuando no recordaba quién era.

Entonces alguien grita. El alarido corta el ruido como un cuchillo, agudo y furioso. Me acerco a la puerta y apoyo la oreja contra ella, como si eso me ayudara a oír lo que se dice.

Más gritos. Acusaciones, quizá. O desafíos. Desde aquí arriba no puedo distinguirlo, pero la energía ha cambiado. Ya no es solo ruido. Es peligroso.

Mi mano encuentra el pomo. Debería bajar. Aleksandr espera que lo haga. Danil me lo dijo. Pero no lo giro. No abro la puerta y me adentro en lo que sea que esté pasando abajo. Porque una vez que lo haga, una vez que entre en esa habitación y me ponga al lado de Aleksandr como su mujer, no habrá vuelta atrás. Estaré marcada. Seré un objetivo. Todos sus enemigos me verán como un arma para usarla contra él.

Las voces alcanzan un crescendo. Alguien está gritando, sus palabras rápidas y furiosas. Otros se unen, un coro de ira y

confusión. Los muebles raspan el suelo. Algo se estrella.

Agarro la pistola de la mesilla, con las manos temblorosas. El metal está frío, pesado y aterrador.

Entonces un solo disparo resuena en el aire.

36

ALEKSANDR

Estoy de pie junto a la ventana de mi oficina mientras Danil sirve vodka detrás de mí. La puerta está cerrada. Solo nosotros dos.

—Dijiste que recordabas —dice Danil, entregándome un vaso—. ¿Todo?

—Todo. —Tomo un trago—. Fue Yuri.

El vaso en la mano de Danil se detiene a mitad de camino hacia su boca. —¿Qué?

—Yuri me tendió una trampa. Intentó matarme. —Me giro para mirarle—. Me dijo que había un testigo delicado. Alguien que había visto quién estaba robando de nuestras operaciones, pero que solo hablaría conmigo directamente, con Yuri presente.

Danil deja el vaso con fuerza. El vodka se derrama por el borde. —¿Dónde?

—Montana. En medio de la nada. Dijo que el testigo estaba escondido, paranoico. —Me termino el vaso y sirvo otro—. Debí haberme dado cuenta.

—Así que fuiste.

—Condujimos. Dos días. Yuri estaba nervioso todo el tiempo, pero pensé que era solo su ansiedad habitual. —Me apoyo en el escritorio —. Paramos para estirar las piernas. Nieve por todas partes, solo árboles y montañas. Fue entonces cuando sacó una pistola. Un trasto de mierda que probablemente compró en la calle.

Toco la cicatriz en mi hombro. —El primer disparo me dio aquí. Me hizo girar. Estaba intentando alcanzar mi arma cuando el segundo rozó mi cabeza.

La mandíbula de Danil se aprieta. —Ese maldito cobarde.

—Todo se volvió negro. Cuando desperté, estaba en la cabaña de Lena sin recordar quién era. —Lo miro directamente—. Yuri pensó que estaba muerto. Me dejó allí para que me congelara o me desangrara.

—Siempre fue débil —gruñe Danil—. Ni siquiera sabía matar correctamente.

—No. Pero alguien le convenció para que lo intentara. Alguien le pagó lo suficiente o le asustó hasta el punto de que estuvo dispuesto a traicionarme.

Danil guarda silencio durante un largo momento. Cuando habla, su voz es áspera. —Yuri está muerto.

—¿Qué?

—Accidente de coche. Dos semanas después de que desaparecieras. Un solo vehículo, se salió de un puente durante una tormenta. —Toma un largo trago—. Encontramos pruebas en su apartamento después. Teléfonos desechables. Dinero escondido en las paredes. Extractos bancarios mostrando depósitos que no pudimos rastrear.

—Alguien le pagó para matarme.

—Sí. Pero no sabíamos que habías estado con él ese día. No sabíamos que realmente lo había intentado. —La culpa en la voz de

Danil es palpable—. Si lo hubiéramos sabido, habríamos destrozado esta ciudad buscándote.

—No podíais saberlo. Yuri fue cuidadoso. —Me acerco de nuevo a la ventana—. La pregunta ahora es quién le pagó.

—Estoy trabajando en ello. Rastreando los depósitos, siguiendo el rastro del dinero. —Se levanta—. ¿Qué quieres hacer con los hombres de abajo? Están esperando.

—Que esperen un poco más. —Miro mi reloj—. Quiero que estén nerviosos.

—Algunos piensan que vas a empezar a ejecutar gente.

—Bien. El miedo es útil. —Me ajusto la chaqueta del traje—. Pero necesito ver quién es lo suficientemente estúpido como para desafiarme ahora que he vuelto.

Danil sonríe. No es una expresión agradable. —¿Crees que alguien lo hará?

—Iván lo hará. Ha estado posicionándose como el sucesor lógico. —Me dirijo hacia la puerta—. Verá esto como su última oportunidad para intentar algo. Y cuando lo haga, lo derribaré con tanta fuerza que nadie más tendrá ideas.

—¿Quieres que me ocupe de él?

—No. Este es mío. Abro la puerta. —Necesito que todos vean lo que pasa cuando me desafían.

Caminamos por el pasillo hacia el gran salón. Puedo escuchar voces dentro, bajas y tensas.

—Una cosa más —digo, deteniéndome justo fuera de la puerta—. Sobre Lena.

Danil asiente. —Me aseguraré de que todos sepan que está protegida.

—Más que protegida. Es mía. Mi prometida. Eso significa que cualquiera que la amenace responderá directamente ante mí.

—Entendido. Alarga la mano hacia el pomo de la puerta, pero se detiene. —¿Estás seguro de esto? ¿De introducirla en este mundo? No es seguro. Sobre todo ahora.

—Estoy seguro. Y lo estoy. —Me salvó la vida, me acogió cuando no tenía nada. Podría haberme entregado a la policía o dejarme morir, pero no lo hizo.

—Y ahora tú la protegerás.

—Sí. Cueste lo que cueste. Asiento hacia la puerta. —Vamos.

Danil abre la puerta, y entramos en el gran salón.

El shock en sus rostros al verme es visceral. Algunos palidecen. Otros se quedan paralizados a mitad del paso. Unos pocos se persignan como si yo fuera un fantasma hecho carne.

—Sentaos —ordeno.

Obedecen de inmediato, ocupando las sillas y los sofás, algunos permaneciendo de pie junto a las paredes. El silencio es absoluto.

Me coloco al frente de la sala, Danil a mi derecha, y dejo que el silencio se alargue. Que se retuerzan.

—He vuelto —digo al fin—. Eso es todo lo que necesitáis saber sobre dónde he estado. Lo que importa ahora es que estoy aquí, y espero la misma lealtad que me disteis antes de irme.

Ronnie, uno de mis capitanes más leales, se levanta. —Pakhan, nos alegra que esté vivo. Hemos mantenido las cosas unidas, esperando su regreso.

—Lo sé, Ronnie. Dejo que mi mirada recorra la sala. —Pero también sé que algunos de vosotros os habéis acomodado en mi ausencia. Empezasteis a pensar quizá que el viejo orden no necesitaba volver.

Movimiento en la parte trasera. Ivan se levanta lentamente, su alta figura desplegándose con una intencionada naturalidad. La cicatriz que atraviesa su ceja izquierda refleja la luz al inclinar la cabeza, estudiándome con esos ojos azules pálidos que siempre han reflejado demasiada ambición.

—Con todo respeto, Pakhan —dice, y la palabra gotea algo que no es respeto en absoluto—, un mes es mucho tiempo. Suficiente para que la gente se pregunte si su líder va a volver.

—Las operaciones continuaron porque construí sistemas que funcionan en mi ausencia —digo—. Eso se llama buen liderazgo, Ivan. No debilidad.

—¿Lo es? Da un paso adelante. Varios soldados más jóvenes cambian el peso de sus cuerpos, acercando las manos a sus armas. Gente de Ivan. —¿O es una señal de que quizá la organización ha superado la necesidad del control absoluto de un solo hombre?

La sala se queda mortalmente silenciosa. Lo que Ivan acaba de decir no es una pregunta. Es un desafío. Un desafío directo a mi autoridad frente a cincuenta testigos.

Danil se mueve ligeramente, su mano deslizándose hacia su chaqueta, pero levanto un dedo. Alto. Esto es mío.

—¿Crees que la organización me ha superado? —pregunto—. Dime, en el mes que estuve ausente, ¿en cuántos territorios te expandiste? ¿Cuántas nuevas fuentes de ingresos estableciste?

Su mandíbula se tensa. —Mantuvimos lo que construiste.

—Mantuviste. Sí. Doy un paso hacia él. —Pero eso no es liderazgo. El liderazgo es visión. Estrategia. La capacidad de ver tres movimientos por delante.

—Bonitas palabras —dice Ivan—. Pero las palabras no dirigen una organización. Lo hace la acción. Y tú no estabas aquí para actuar.

—Tienes razón. Me detengo a unos tres metros de él. —No estaba aquí. Y en mi ausencia, viste una oportunidad. Empezaste a reunir apoyo. Haciendo promesas. Posicionándote como el sucesor lógico.

—Alguien tenía que pensar en el futuro.

—El futuro. Sonrío, y sé que no llega a mis ojos. —Déjame contarte sobre el futuro, Ivan. En el futuro, esta organización sigue prosperando bajo mi liderazgo. En el futuro, los hombres leales son recompensados y los ambiciosos aprenden su lugar. En el futuro, cualquiera que confunda mi ausencia temporal con una debilidad permanente descubre exactamente lo equivocados que estaban.

—¿Es eso una amenaza?

—Es una promesa.

La mano de Ivan se dirige hacia su chaqueta, y la sala estalla en movimiento. Los soldados se ponen en pie de un salto, apareciendo las armas. Danil tiene su pistola fuera y apuntando a la cabeza de Ivan antes de que el hombre siquiera toque su arma.

Pero yo soy más rápido que todos ellos.

Mi Glock está en mi mano y disparo antes de que el arma de Ivan salga de su chaqueta. El disparo es preciso. Su muslo derecho, a centímetros de la arteria femoral pero impactando músculo y hueso con suficiente fuerza para derribarlo.

Ivan grita, su arma cae al suelo mientras se desploma. Su mano se aferra a su pierna, la sangre se filtra entre sus dedos.

Camino hacia él lentamente, mi pistola aún levantada. La sala está paralizada, todos los hombres observando para ver qué haré a continuación.

Me detengo cuando estoy de pie sobre él. —Ese fue tu tiro de advertencia —digo en voz baja—. El siguiente va en tu cráneo. ¿Lo entiendes?

Asiente, jadeando, su rostro cubierto de sudor.

Levanto la voz. —¿Alguien más quiere cuestionar si debería ser el Pakhan? —Giro lentamente, haciendo contacto visual con cada hombre presente—. Porque si lo hacéis, ahora es el momento de hablar.

Silencio. Un silencio absoluto y aterrador.

—Bien —bajo mi pistola pero no la guardo—. Dejadme ser muy claro. Soy el Pakhan. Mi palabra es ley. Mis decisiones son definitivas. Las seguiréis. Y si no podéis hacerlo, sois libres de marcharos. Salid por esa puerta ahora mismo. Sin rencores.

Espero. Nadie se mueve.

—Excelente —hago un gesto a dos soldados cerca de Ivan—. Llevadlo a un médico. Aseguraos de que sobrevive. Quiero que recuerde esta lección.

Se mueven de inmediato, levantando a Ivan entre ellos. Todavía jadea, todavía sangra, pero sobrevivirá. Ese era el objetivo. Los hombres muertos no pueden contar la historia. Los hombres vivos con cicatrices sí.

Mientras lo arrastran hacia la puerta, me dirijo de nuevo a los soldados reunidos. —Ahora, hablemos del futuro. Del verdadero futuro. Tenemos territorios que expandir, operaciones que optimizar y enemigos que eliminar.

Ronnie se levanta de nuevo. —¿Qué necesitas de nosotros, Pakhan?

—Lealtad. Eficiencia. Resultados —finalmente guardo mi pistola—. Lo mismo que siempre he necesitado. Danil coordinará las asignaciones. Vamos a volver a la estructura que nos hizo exitosos. Cadena de mando clara.

Unas risas nerviosas recorren la sala. Bien. Se rompe la tensión.

—Una cosa más —digo, y las risas mueren de inmediato—. Sé que algunos de vosotros os habéis estado preguntando por la mujer que me visteis acompañar. Se llama Lena. Es mi prometida. Eso significa que está bajo mi protección, lo que significa que está bajo la protección de la organización. Cualquiera que la amenace responderá ante mí personalmente. ¿Está claro?

Asienten todos. Asienten con énfasis, ansiosamente.

—Bien. Ahora salid. Todos excepto Ronnie y Danil.

La sala se vacía rápidamente, los soldados salen con miradas hacia atrás y conversaciones susurradas. Capto fragmentos mientras pasan. —¿Viste lo rápido que se movió? —Ivan tiene suerte de estar vivo. —El Pakhan ha vuelto de verdad.

Cuando solo quedamos los tres, me dirijo al bar y sirvo tres vasos de vodka. Ronnie y Danil se unen a mí.

—Eso salió bien —dice Danil con sequedad.

—Ivan ha sido un problema esperando a suceder —añade Ronnie—. Me alegra que lo hayas solucionado ahora.

—¿Cuántos estaban con él? —pregunto.

Ronnie lo considera. —Seis, tal vez siete soldados apoyándolo activamente. Otros doce simpatizantes pero no comprometidos. El resto esperaba a ver hacia dónde soplaba el viento.

—Y ahora lo saben —relleno nuestros vasos—. Quiero vigilancia sobre los asociados conocidos de Ivan. Escuchas telefónicas, seguidlos, descubrid si alguien más está planeando algo estúpido. Y quiero un informe completo de lo que ocurrió mientras estuve fuera. Cada decisión tomada, cada dólar movido, cada trato cerrado.

—Lo tendrás para mañana —promete Ronnie.

—Bien —vacío mi vaso—. También necesitamos descubrir quién pagó a Yuri para matarme. Alguien ahí fuera cree que estoy muerto, y

cuando se den cuenta de que no es así, lo intentarán de nuevo.

De repente, oigo pasos que resuenan en las escaleras. Cuando miro hacia arriba, mi corazón se sube a la garganta. Lena se detiene a mitad de la escalera, pistola en mano, y me mira con ojos grandes y aterrados.

37

LENA

El disparo todavía resuena en mis oídos mientras me quedo paralizada en mi habitación, con el corazón latiendo tan fuerte que lo siento en mi garganta. Le sigue el silencio. Un silencio pesado, terrible, que podría significar cualquier cosa.

Podría estar muerto.

El pensamiento me golpea como un puñetazo, robándome el aliento. Aleksandr podría estar tirado en un charco de sangre abajo, y yo aquí parada como una cobarde mientras el hombre que… ¿qué? ¿Me secuestró? ¿Me salvó? ¿Ambas cosas? Podría estar muerto.

Mi mano encuentra la Glock en la mesilla de noche. El metal está frío y pesado, anclándome mientras avanzo hacia la puerta. Mis dedos tiemblan al girar el pomo, y tengo que agarrar la pistola con ambas manos para mantenerla firme.

El pasillo se extiende ante mí, vacío y silencioso. Demasiado silencioso. Obligo a mis piernas a moverse, cada paso parece que avanzo en el agua. Aparecen las escaleras, y empiezo a bajar, con la pistola levantada aunque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

A mitad de camino, los veo.

Aleksandr está en el salón, muy vivo, hablando con Danil y otro hombre que no reconozco. Su chaqueta de traje sigue impecable, sin sangre, sin señales de violencia. El alivio me invade con tal intensidad que me debilita las rodillas.

Está vivo.

Los tres hombres se giran para mirarme, y me doy cuenta de cómo debo parecer. Con los ojos desorbitados, descalza, apuntándoles con una pistola con manos que no dejan de temblar.

Aleksandr se mueve de inmediato, subiendo las escaleras con calma. Sus ojos dorados se clavan en los míos, y algo en ellos me hace doler el pecho. Preocupación. Preocupación real.

—Lena —su voz es suave al llegar a mí, sus manos se alzan lentamente como si se acercara a un animal asustado—. Dame la pistola.

Miro la Glock como si me sorprendiera encontrarla en mis manos. —Oí… un disparo. Pensé…

—Lo sé —sus dedos se cierran suavemente alrededor de los míos, quitándome el arma. El seguro sigue puesto. Ni siquiera lo quité—. Está bien. Todo está bien.

—No estás muerto —las palabras me salen tontas y obvias, pero no consigo articular nada más coherente.

—No —algo parpadea en su rostro. Casi una sonrisa—. No estoy muerto.

—Bien —me envuelvo los brazos alrededor del cuerpo, de repente consciente de que estoy en la escalera frente a desconocidos, vestida con unos vaqueros y un jersey fino—. Quiero decir, eres mi protección. Si mueres, estoy jodida.

Levanta una ceja. Ambos sabemos que esa no es toda la verdad. Ni de lejos.

—Vamos —su mano encuentra mi espalda baja, cálida a través de la tela—. Subamos de nuevo.

—Estoy bien —pero dejo que me guíe de todas formas, mis piernas todavía inseguras—. ¿Qué ha pasado? ¿A quién le dispararon?

—Ivan. Desafió mi autoridad —su voz es práctica, como si estuviera hablando del tiempo—. Le disparé en la pierna. Sobrevivirá.

—Le disparaste a alguien —me paro en el rellano, girándome para mirarle—. Así, sin más.

—Así, sin más —sus ojos dorados están duros ahora, recordándome exactamente quién es. Qué es—. Necesitaba aprender su lugar.

La brutalidad casual debería aterrorizarme. Tal vez lo hace. Pero mezclado con el miedo hay algo más. Algo que se dio cuenta de cómo sus hombros llenan esa chaqueta de traje, de cómo sus manos fueron suaves cuando me quitaron la pistola, de cómo su primer instinto fue asegurarse de que yo estaba bien.

Estoy jodida.

Llegamos a la puerta de mi habitación, y él me sigue dentro, cerrando la puerta detrás de nosotros. El clic de la cerradura hace que mi pulso salte por razones completamente distintas al miedo.

—No deberías haber bajado cuando escuchaste el disparo —deja la pistola en mi tocador, luego se gira para mirarme—. Era peligroso.

—Pensé que podías estar herido —la confesión se me escapa antes de que pueda evitarlo.

—¿Y qué ibas a hacer? ¿Dispararle a quien me hubiera hecho daño? —Su boca se curva en una media sonrisa. —La seguridad estaba aún puesta.

El calor inunda mis mejillas. —Olvidé esa parte.

—Claro —se acerca, y atrapo su aroma. Una colonia cara y algo más oscuro, más primitivo. —Pero el gesto se… agradece.

—No te lo tomes a pecho —doy un paso atrás, necesitando distancia. —Solo estaba protegiendo mi inversión.

—Mi inversión —ahora está definitivamente sonriendo, y eso transforma su rostro de peligroso a devastador. —¿Eso es lo que soy?

—Eres el que me mantiene con vida. Eso te hace valioso.

—Valioso —prueba la palabra como si estuviera catando un vino. —Lo acepto.

La tensión entre nosotros es tan espesa que podría cortarse con un cuchillo. Soy plenamente consciente de lo cerca que está, cómo sus ojos siguen bajando hacia mi boca, cómo mi cuerpo responde a pesar de todo lo que mi cerebro grita sobre la autopreservación.

—Necesito ir de compras —las palabras salen de mi boca, desesperadas por romper cualquier hechizo que se esté tejiendo entre nosotros.

Él parpadea. —¿Qué?

—De compras. Necesito ropa. Cosas personales —señalo mis vaqueros y el jersey. —Esto es literalmente todo lo que tengo. Todo lo demás está en la cabaña.

Su expresión cambia, se vuelve pensativa. —Eso no es seguro.

—Nada en esta situación es seguro —cruzo los brazos, lo que eleva mis pechos de una manera que sin duda él nota. —Pero no puedo vivir con las mismas tres prendas para siempre.

—Haré que alguien traiga cosas aquí.

—No —la palabra sale más cortante de lo que pretendía. —Necesito salir de esta casa. Aunque sea por unas horas —hago una pausa, y aunque me cuesta decirlo, lo hago. —Por favor.

Permanece callado por un momento, su mandíbula trabaja como si estuviera apretando los dientes. Finalmente, asiente. —Bien. Pero lo

hacemos a mi manera. Conductor, guardaespaldas, y no te separas de mi vista.

—Trato hecho.

Dos horas después, estoy sentada en la parte trasera de un Mercedes negro con Aleksandr a mi lado y un conductor cuyo cuello es más grueso que mi muslo al volante. Otro coche nos sigue, presumiblemente lleno de más matones.

—Esto es excesivo —murmuro, observando la ciudad deslizarse tras las ventanas polarizadas.

—Esto es necesario —el muslo de Aleksandr presiona contra el mío en el espacio reducido, y me esfuerzo mucho por no notar lo sólido que se siente. —Eres un objetivo, Lena. Aunque ya he retirado el contrato, puede llevar un tiempo que todos se enteren. Cualquiera podría reconocerte.

—Mi pelo es diferente. Luzco diferente.

—No lo suficiente —su mano encuentra mi rodilla, y el contacto envía una corriente eléctrica por mi pierna. —Hazme caso.

El centro comercial es de lujo, el tipo de lugar donde una sola camisa cuesta más de lo que solía ganar en una semana. Aleksandr me guía al interior con su mano en mi espalda, y soy hiperconsciente de las miradas que recibimos. Él con su traje caro, yo con mis vaqueros gastados, flanqueados por hombres que gritan peligro.

—¿Adónde primero? —pregunta.

—Ropa. Obviamente —me dirijo hacia unos grandes almacenes, y él me sigue como una sombra muy bien vestida.

La sección de mujeres es abrumadora después de tres años usando las mismas franelas y térmicas. Paso mis dedos sobre blusas de seda y jerséis de cachemira, las telas son ajenas y lujosas.

—Elige lo que quieras —Aleksandr se apoya en un expositor, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho. —El dinero no es un problema.

—Claro que no —cojo algunas cosas al azar, solo para tener algo que hacer con mis manos. —Debe ser agradable, ser un señor del crimen.

—Pakhan —lo corrige. —Y tiene sus ventajas.

Aparece una vendedora, con una sonrisa profesional y un poco nerviosa al notar la presencia de Aleksandr. —¿Puedo ayudarles a encontrar algo?

—Necesita un vestuario completo —la voz de Aleksandr tiene ese tono de autoridad que hace que la gente salga corriendo. —Informal, formal, todo lo que haya entre medias.

—Por supuesto —los ojos de la mujer brillan con signos de dólares de comisión. —Por aquí, por favor.

Lo que sigue son dos horas de ser vestida como una muñeca. La vendedora trae un conjunto tras otro, y yo los modelo mientras Aleksandr se sienta en una silla como un rey en su trono, dando opiniones con palabras sueltas. —No. —Mejor. —Sí.

Lo pillo mirando cuando aparezco con un vestido ajustado que marca cada curva. Sus ojos dorados se oscurecen, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo con una intensidad que hace que mi piel se sienta demasiado ajustada.

—Ese —dice, su voz más ronca que antes.

—Es demasiado —me giro para mirarme en el espejo. El vestido es precioso, de seda azul oscuro que hace que mis ojos parezcan aún más oscuros. Pero también es completamente poco práctico. —¿Dónde iba a ponerme esto?

—Dondequiera que te lleve —se pone de pie, moviéndose detrás de mí para que ambos nos veamos en el espejo. Sus manos se posan

en mis caderas, y observo su rostro mientras nos mira juntos. —Cómpralo.

—Aleksandr…

—Cómpralo, Lena —su aliento es cálido contra mi oído—. Déjame darte esto.

Debería negarme, debería mantener cierta independencia, un sentido de mí misma que no esté ligado a él y a su dinero manchado de sangre. Pero el vestido es precioso, y la manera en que me mira me hace sentir hermosa, y estoy tan cansada de ser fuerte todo el tiempo.

—Vale —me alejo antes de hacer algo estúpido como recostarme contra su pecho—. Pero yo elijo el resto.

Su sonrisa es pequeña pero genuina. —Trato hecho.

Salimos de la tienda con más bolsas de las que puedo cargar, algo que los guardaespaldas manejan sin quejarse. Lo siguiente es la lencería, a la que Aleksandr insiste en acompañarme a pesar de mis protestas.

—Esto es raro —susurro al entrar en la boutique—. No puedes estar aquí.

—Te he visto desnuda, Lena. Múltiples veces —su voz es lo suficientemente baja como para que solo yo pueda oírla—. Creo que puedo soportar verte comprar ropa interior.

Mi rostro arde, pero no discuto. Principalmente porque tiene razón, y también porque la idea de que me vea elegir lencería está provocando cosas en mi cuerpo que definitivamente no debería sentir en público.

Elijo cosas prácticas. Braguitas de algodón, sujetadores deportivos, nada llamativo. Pero Aleksandr sigue añadiendo artículos al montón. Encaje. Seda. Cosas que definitivamente no son prácticas.

—No necesito esto —digo, sosteniendo un conjunto negro de encaje que parece más una sugerencia que una cobertura.

—No estoy de acuerdo —sus ojos arden al mirarme—. Cógelo.

—¿Por qué? ¿Para que puedas imaginármelo puesto?

—Para que pueda quitártelo —las palabras son suaves, peligrosas, llenas de promesa.

Mi interior se contrae, y tengo que apartar la mirada antes de hacer algo loco como besarlo, arrastrarlo al probador y salirme con la mía. —Eres imposible.

Terminamos de comprar cuando el sol comienza a ponerse. Maquillaje, productos de aseo, zapatos, todo lo que necesito para existir como una persona en lugar de un fantasma. Cuando uno de los guardaespaldas lo llama, aprovecho que no está a mi lado y hago una compra secreta.

El viaje de vuelta es tranquilo.

—Gracias —digo en voz baja—. Por hoy.

—De nada.

De vuelta en la finca, los guardaespaldas llevan mis bolsas arriba mientras Aleksandr me acompaña a mi habitación. Nos quedamos en la puerta, y el aire entre nosotros parece cargado con todo lo que no estamos diciendo.

—Buenas noches, Lena —no hace ningún movimiento para entrar.

—Buenas noches —espero que me bese, que se abra paso, que reclame lo que ambos sabemos que quiere. Pero simplemente me mira con esos ojos dorados que ven demasiado, luego se da la vuelta y se va.

Cierro la puerta y me apoyo en ella, mi corazón haciendo cosas complicadas en mi pecho.

Más tarde esa noche, me quedo despierta en mi enorme cama, rodeada de bolsas de compras y ropa nueva que no tuve energía para guardar. Espero sus pasos en el pasillo, el clic de la cerradura al abrirse, que aparezca en mi puerta como lo hizo anoche.

Pero no viene.

Las horas se alargan, y me digo a mí misma que estoy aliviada. Me digo que es mejor así, que la distancia es lo que necesito para mantener mi cabeza clara y mi corazón protegido.

Me estoy mintiendo a mí misma, y lo sé.

La mañana llega demasiado pronto, con una luz pálida filtrándose a través de las cortinas. Me arrastro fuera de la cama y entro en el baño, mi cuerpo dolorido por la tensión y la falta de sueño.

Es entonces cuando recuerdo el pregnancy test que conseguí comprar sin que él lo viera.

Mis manos tiemblan mientras abro la caja y sigo las instrucciones. Coloco la prueba en el lavabo y me obligo a esperar los tres minutos más largos de mi vida.

Cuando finalmente miro, el mundo se inclina de lado.

Dos líneas. Claras e inconfundibles.

Estoy embarazada.

38

ALEKSANDR

Miro la ciudad desde la ventana de mi despacho, observando cómo la luz del amanecer pinta el skyline en tonos dorados y grises. Durante los últimos dos días, he estado ocupado reorganizando y poniéndome al día con los negocios que han ocurrido mientras estaba fuera.

Danil está sentado frente a mí, su enorme figura hace que mi sillón de cuero parezca mueble de muñecas. Está tomando su tercer café de la mañana, las ojeras bajo sus ojos sugieren que ha dormido tan poco como yo.

—Tenemos que sacarlos a la luz —digo, apartándome de la ventana —. Quienquiera que pagó a Yuri sigue ahí fuera, esperando para ver si realmente he vuelto o si esto es temporal.

—De acuerdo. —Danil deja su taza—. Pero ¿cómo? No podemos mandar un cuestionario preguntando quién intentó matarte.

—No. —Me acerco al escritorio y saco un cuaderno encuadernado en cuero—. Pero podemos crear una oportunidad para que se delaten.

Sus cejas se arquean. —Te escucho.

—Una fiesta. —La idea cristalizó alrededor de las tres de la madrugada, cuando el sueño se negó a llegar—. Una celebración de bienvenida. Invita a todos. Capitanes, soldados, sus esposas y novias. Que la asistencia sea obligatoria.

La expresión de Danil pasa de la confusión a la comprensión. —Quieres observarlos. Ver quién está nervioso, quién está demasiado cómodo, quién evita el contacto visual.

—Exactamente. —Me apoyo contra el escritorio, cruzando los brazos —. Nadie rechazará una invitación del Pakhan. Y en un ambiente social, con alcohol fluyendo y las defensas bajas, la gente se descuida. Dicen cosas que no deberían. Hacen conexiones que creen sutiles.

—Es arriesgado. —Pero veo que está sopesando los ángulos—. Reunir a todos en un mismo lugar. Si alguien quiere terminar lo que Yuri empezó, les estás dando un entorno lleno de objetivos.

—Que lo intenten. —Las palabras salen frías y letales—. Prefiero enfrentarme a mis enemigos de frente que estar mirando constantemente por encima del hombro.

Danil sonríe, la expresión transforma su rostro marcado por cicatrices. —Ahí está el Pakhan que conozco. ¿Cuándo quieres hacer esto?

—La semana que viene. Sábado por la noche. Eso nos da tiempo para preparar la seguridad, revisar la lista de invitados y montar la vigilancia. —Saco el teléfono y empiezo a tomar notas—. Quiero cámaras por todas partes. Grabación de audio en cada habitación. Y quiero que nuestros hombres más leales estén atentos a cualquier cosa inusual.

—¿Y Lena? —La pregunta me hace pausar—. Se esperará que asista como tu prometida. Eso la pone en la línea de fuego.

Mi mandíbula se tensa. La idea de Lena expuesta a amenazas potenciales hace que algo primitivo ruja en mi pecho. Pero

mantenerla encerrada mientras organizo una fiesta plantearía preguntas que no puedo permitirme.

—Estará allí. —Lo miro a los ojos—. Pero permanecerá cerca de mí. Siempre. Y quiero que dos de nuestros mejores hombres la vigilen en todo momento cuando yo no pueda.

—Hecho. —Se levanta, estirándose con un crujido audible—. Empezaré a hacer los preparativos. Esto va a ser caro.

—No me importa el coste. —Vuelvo a la ventana—. Me importa descubrir quién se atreve a poner precio a mi cabeza.

Después de que Danil se marche, me dirijo al comedor privado. Se ha convertido en una rutina durante las últimas dos mañanas. Lena se une a mí para desayunar, y comemos en un silencio cuidadoso, ambos fingiendo que esto es normal.

Ya está sentada cuando llego, su pelo rubio captando la luz matutina. Lleva uno de los nuevos conjuntos de nuestra compra, unos vaqueros oscuros que se ajustan a sus curvas y un suéter suave que hace que sus ojos parezcan aún más oscuros. Mi mirada recorre su cuerpo antes de que pueda evitarlo, notando cómo el suéter se adhiere a sus pechos generosos.

—Buenos días —digo, ocupando el asiento frente a ella.

—Buenos días. —Su voz es baja, y cuando miro más de cerca, noto lo pálida que está. Ojeras sombrean sus ojos, y está moviendo la comida por el plato en lugar de comer.

—No estás comiendo. —Señalo sus huevos y tostadas intactos.

—No tengo mucha hambre. —Toma un sorbo de agua, y noto el leve temblor en su mano.

La preocupación me oprime el pecho. —¿Te encuentras bien?

—Bien. —Pero no me mira a los ojos—. Solo cansada.

Comemos en silencio, o más bien, yo como mientras ella sigue reorganizando su desayuno. La observo por encima del borde de mi taza de café, catalogando las pequeñas señales de angustia. El leve brillo de sudor en su frente a pesar de lo fresca que está la habitación. La forma en que sus dedos se aferran al borde de la mesa como si necesitaran un ancla.

—Lena —dejo el tenedor sobre la mesa—. Háblame.

—No hay nada de qué hablar —se levanta de golpe, arrastrando la silla contra el suelo—. Necesito aire. Discúlpame.

Se marcha antes de que pueda responder, casi corriendo hacia la puerta. Observo su plato abandonado, con una inquietud que se instala en mi estómago como una piedra.

La tarde me encuentra en mi despacho, revisando informes financieros que deberían captar toda mi atención, pero no lo hacen. Mi mente no deja de dar vueltas alrededor de Lena. A su expresión de esta mañana. Al hecho de que rechazó el almuerzo cuando el personal intentó llevarle una bandeja.

Algo va mal.

Cogo un plato de la cocina y lo lleno con las sobras del almuerzo: un poco de rosbif, zanahorias asadas, puré de patatas y fruta.

Llamo una vez antes de entrar. Está acurrucada en el asiento de la ventana, mirando los jardines, y no se gira cuando entro.

—Te he traído comida —dejo la bandeja en la mesita cercana—. Tienes que comer algo.

—Ya te dije que no tengo hambre —pero sus ojos se desvían hacia la bandeja, y veo cómo su rostro pasa de pálido a verdoso.

Sale disparada hacia el baño.

La sigo y la encuentro arrodillada frente al váter, vomitando violentamente. Sin pensarlo, me arrodillo a su lado y aparto su pelo

de la cara. Tiembla, todo su cuerpo se sacude con el esfuerzo.

Cuando por fin se detiene, se desploma contra la pared con los ojos cerrados. Cojo una toallita, la mojo con agua fría y se la presiono en la frente.

—Gracias —susurra.

Mi corazón late con fuerza contra mis costillas. La posibilidad que ronda en mi mente desde esta mañana se cristaliza en algo que no puedo ignorar.

Podría estar embarazada.

El pensamiento recorre mi cuerpo como una descarga eléctrica, mitad terror, mitad algo que se siente peligrosamente cercano a la esperanza. Un hijo. Mi hijo. Creciendo dentro de ella.

Espero a que me lo diga. A que confirme lo que mis instintos gritan. Pero en lugar de eso, abre los ojos y dice:

—Creo que tengo gripe.

La decepción que me embarga es tan intensa que casi es física. Lo cual es una locura. Debería sentir alivio. Un embarazo complicaría todo, la convertiría en un blanco aún mayor y nos uniría de maneras que van más allá de lo que sea esto que hay entre nosotros.

Pero no me siento aliviado. Estoy decepcionado.

—Gripe —repito, manteniendo mi voz neutra.

—Sí —coge la toallita de mis manos y se la presiona en las mejillas —. Seguro que hay algo que está circulando. En unos días estaré bien.

—Claro —me levanto y le ofrezco la mano. Ella la toma y la ayudo a ponerse en pie. Se tambalea ligeramente y mi brazo rodea su cintura por instinto—. Deberías descansar.

—Estoy bien —pero no se aparta de mi contacto—. En serio.

La guío de vuelta a la cama y se sienta al borde, luciendo pequeña y vulnerable. Debería irme, darle espacio para descansar. En lugar de eso, me siento a su lado.

—Tengo que decirte algo —digo—. Sobre la semana que viene.

Se gira para mirarme, y a esta distancia puedo ver las motas de azul más claro en sus ojos oscuros y oler el tenue aroma de su champú.

—¿Qué pasa la semana que viene? —pregunta.

—Voy a organizar una fiesta. Una celebración de bienvenida —observo su rostro con atención—. Estará todo el mundo. Capitanes, soldados, sus familias. La asistencia es obligatoria.

Sus cejas se elevan. —¿Una fiesta? ¿Te organizas una fiesta a ti mismo?

—Es estratégico —le explico el plan, viendo cómo la comprensión ilumina sus ojos—. Necesito ver quién está nervioso. Quién oculta algo. Un entorno social hará que la gente se descuide.

—Eso es inteligente, en realidad —inclina la cabeza, estudiándome —. Perverso, pero inteligente.

—Necesito tu ayuda —las palabras salen antes de pensarlas del todo —. Para organizarlo. Planificar los detalles, gestionar los aspectos sociales.

La sorpresa cruza su rostro, seguida de algo que parece felicidad. Felicidad real, la primera que veo desde que dejamos Montana. —¿Quieres que te ayude a planificar tu fiesta?

—Nuestra fiesta —corrijo—. Eres mi prometida, ¿recuerdas? Sería lo esperado.

La felicidad se atenúa ligeramente al recordarle nuestro arreglo, pero no desaparece del todo. —¿Qué tendría que hacer?

—Trabajar con el organizador de eventos. Elegir el menú, la decoración, la música. Asegurarte de que todo luzca perfecto.

Me levanto, necesitando distancia antes de hacer algo estúpido como abrazarla. —Piénsalo. Dime mañana.

Estoy a punto de salir cuando habla. —¿Aleksandr?

Me giro. Sigue sentada en la cama, con su pelo rubio revuelto y el jersey ligeramente torcido, y es tan hermosa que me oprime el pecho.

—Gracias —dice en voz baja—. Por preocuparte por mí.

—De nada —agarro el pomo de la puerta—. Descansa. Haré que el personal te traiga ginger ale y galletas más tarde. Quizá te sienten mejor.

Estoy a punto de abrir la puerta cuando un golpe seco resuena al otro lado, justo antes de que se abra y aparezca Danil.

—Jefe —dice, con voz grave y urgente—. Hay novedades.

39

LENA

Me obligo a bajar las escaleras esa noche, mi estómago todavía revuelto pero manejable si no pienso demasiado en la comida.

Aleksandr no puede saber que estoy embarazada. Nadie puede. Todavía no. Quizá nunca. No he resuelto esa parte.

El comedor brilla con una luz cálida cuando entro, y tanto Aleksandr como Danil levantan la vista desde donde ya están sentados. Los ojos dorados de Aleksandr me recorren, su mirada inteligente buscando señales de malestar.

—¿Te sientes mejor? —pregunta, levantándose para apartar mi silla.

—Mucho —miento con facilidad ahora—. Creo que solo necesitaba descansar.

Danil sirve vino, y acepto una copa a pesar de que el olor me revuelve el estómago. Doy el sorbo más pequeño posible, luego la aparto y me concentro en la comida que sirven. Pollo asado, verduras, pan. Cosas simples que podrían quedarse dentro.

—Así que —dice Danil, cortando su pollo con la precisión de un cirujano—, ¿la organización de la fiesta va bien?

Asiento, agradecida por el tema neutral. —Me puse en contacto con la organizadora de eventos y nos reuniremos más tarde. Tiene algunas ideas geniales y parece estar muy actualizada sobre fiestas, temas y cómo gestionar un evento con tan poco tiempo.

—Bien —la rodilla de Aleksandr roza la mía bajo la mesa, y el calor recorre mi muslo. Me aparto ligeramente—. Quiero que esto sea memorable.

—Oh, lo será —doy un bocado cuidadoso de pollo—. Básicamente te estás organizando una fiesta de 'me alegro de no estar muerto'. Eso es bastante memorable.

Danil se atraganta con el vino, tosiendo en su servilleta. Cuando se recupera, está sonriendo. —Tiene razón, jefe.

La boca de Aleksandr se curva ligeramente. —Prefiero pensar en ello como una reunión estratégica.

—Con champán y un cuarteto de cuerda —añado—. Muy estratégico.

—El champán afloja lenguas —dice—. La música cubre conversaciones que la gente cree privadas.

—Y yo que pensaba que solo querías una excusa para verme con un vestido elegante —las palabras se escapan antes de que pueda detenerlas, coquetas y peligrosas.

Sus ojos se oscurecen, bajando hacia mi boca. —Eso es un plus.

Danil se aclara la garganta con fuerza. —¿Debo dejaros solos?

—No —decimos al unísono, luego nos miramos y reímos.

La tensión se desvanece, y la cena se vuelve casi normal. Danil cuenta una historia sobre un trabajo que salió mal en Praga, que incluye una persecución en coche y una cantante de ópera muy enfadada. Aleksandr responde con algo sobre un trato en Moscú que involucró una cabra, tres botellas de vodka y un malentendido sobre los límites de la propiedad.

Me encuentro riendo, riendo de verdad, por primera vez desde que dejamos Montana. Mi estómago se calma, la comida se queda dentro, y durante unas horas, casi puedo fingir que esto es simplemente una cena con amigos en lugar de una comida con mi captor y su ejecutor.

Y el padre de mi bebé.

Cuando Danil finalmente se excusa, alegando que necesita revisar los arreglos de seguridad, Aleksandr me acompaña hasta mi habitación. Nos detenemos fuera de mi puerta, y el aire entre nosotros parece cargado.

—Gracias —digo en voz baja—. Por esta noche. Por hacer que se sintiera casi normal.

—Casi —su mano se acerca a mi mandíbula, el pulgar rozando mi pómulo—. Estamos llegando allí.

Se inclina, y creo que va a besarme. Lo *quiero* que me bese, a pesar de todo. Pero simplemente presiona sus labios contra mi frente, suave y castamente, luego retrocede.

—Buenas noches, Lena.

—Buenas noches.

Cierro la puerta y me apoyo contra ella, mi corazón latiendo tan fuerte que lo oigo en mis oídos.

Las siguientes dos semanas pasan en un torbellino de actividad que me mantiene demasiado ocupada como para hundirme en el pánico por el embarazo. La coordinadora de eventos, una mujer perspicaz que no hace preguntas sobre por qué la prometida del Pakhan no tiene amigos o familiares que invitar, se convierte en mi compañera constante.

Catamos vinos —bueno, ella cata y yo pongo la excusa de que no bebo— y aprobamos arreglos florales. Revisamos los planos de

asientos y discutimos si las esculturas de hielo son demasiado. Lo son, pero Aleksandr las quiere de todos modos.

La casa se llena de personal preparándose para la fiesta. Los limpiadores pulen cada superficie hasta que los suelos de mármole reflejan como espejos. Los floristas transforman el salón principal en algo sacado de un cuento de hadas, todo rosas blancas y hiedra trepadora. El personal de cocina prueba recetas mientras yo pruebo y doy mi opinión, obligándome a comer incluso cuando mi estómago protesta.

Ronnie pasa por la casa una tarde mientras reviso la disposición final de los asientos. Es uno de los capitanes más de confianza de Aleksandr, con unos ojos marrones amables que se arrugan cuando sonríe.

—Estás haciendo un buen trabajo con todo esto —dice, señalando el caos organizado que nos rodea—. El jefe tiene suerte de tenerte.

—Solo estoy planeando una fiesta —marco otro nombre en la lista—. No es precisamente ciencia espacial.

—Es más que eso —se apoya contra el marco de la puerta, su chaqueta de traje ajustándose sobre sus hombros—. Le estás dando algo a lo que volver. Algo más allá del negocio. Eso importa.

Las palabras se quedan pesadas en mi pecho mucho después de que se marche.

Veo a Aleksandr de pasada, breves momentos en los que nuestros ojos se encuentran en habitaciones llenas de gente. Siempre está en movimiento, siempre ocupado con algo, pero encuentra tiempo para comprobar cómo estoy. Para preguntar si necesito algo. Para pasar sus dedos por mi espalda baja cuando pasa.

Los síntomas del embarazo disminuyen ligeramente, o quizás simplemente estoy mejorando en esconderlos. Tengo galletas en mi habitación y las como antes de levantarme de la cama. Evito olores fuertes y hago pausas frecuentes cuando me golpea la náusea.

Nadie parece darse cuenta. O si lo hacen, son demasiado educados para mencionarlo.

El sábado llega con un tiempo perfecto, cielos despejados y temperaturas lo suficientemente cálidas como para que los invitados puedan salir a la terraza sin congelarse. Paso la tarde arreglándome, mis manos tiemblan mientras me aplico maquillaje que no he usado en años.

El vestido azul oscuro que Aleksandr insistió en que comprara cuando me llevó de compras cuelga en mi armario, esperando. Cuando finalmente me lo pongo, la seda se siente como agua sobre mi piel. El color hace que mis ojos se vean aún más oscuros, casi negros, y el corte resalta curvas que había olvidado que tenía.

Estudio mi reflejo, apenas reconociendo a la mujer que me devuelve la mirada. Se ve elegante. Segura. Nada parecida a la mujer de la cabaña que llevaba vaqueros y camisas de franela la mayor parte del tiempo.

Realmente parezco alguien que podría estar al lado de Aleksandr Romanov.

Me miro fijamente, girando en diferentes direcciones para ver la vista completa, durante unos minutos más, luego sacudo la cabeza. Necesito bajar a la fiesta. Necesito hacer la aparición de la prometida de Romanov. Y puedes apostar tu culo a que voy a tratar de disfrutar los frutos de mi trabajo, aunque tenga que mezclarme con asesinos toda la noche.

Bajo las escaleras lentamente, con una mano en el pasamanos para mantener el equilibrio en unos tacones a los que no estoy acostumbrada. El salón principal resuena con conversaciones y música, el cuarteto de cuerdas tocando algo clásico y hermoso.

Aleksandr espera al pie de las escaleras.

Es devastadoramente atractivo con un traje negro perfectamente ajustado que resalta sus hombros anchos y su cintura estrecha. Su

cabello oscuro está peinado hacia atrás, y esos ojos dorados se fijan en mí con una intensidad que me hace contener la respiración.

Por un momento, veo a Sasha bajo la máscara del Pakhan. El hombre que me hizo reír durante peleas de bolas de nieve y me hizo el amor con dulzura. Que me hizo sentir yo misma. El hombre del que me enamoré antes de saber quién era realmente.

Luego el momento pasa, y vuelve a ser Aleksandr. Peligroso. Poderoso. Y aún sexy.

Ofrece su brazo cuando llego al último escalón. —Te ves sensacional.

—Tú también te arreglas bastante bien —cojo su brazo, sintiendo el músculo sólido bajo la tela costosa.

Su mano cubre la mía, cálida y posesiva. —¿Lista?

—Tan lista como siempre.

Entramos al salón principal juntos, y el efecto es inmediato. Las conversaciones se detienen a mitad de frase. Las cabezas se giran. Cada ojo en la sala me evalúa, catalogando todo, desde mi vestido hasta mis zapatos, hasta la forma en que la mano de Aleksandr descansa en mi espalda baja.

Levanto la barbilla y sonrío, canalizando cada onza de confianza que en realidad no siento.

La sala está llena de hombres peligrosos en trajes caros y sus mujeres en vestidos de diseñador. Reconozco algunas caras del día en que Aleksandr regresó, pero la mayoría son desconocidos. Nos observan con expresiones que van desde la curiosidad hasta el cálculo, pasando por una hostilidad apenas disimulada.

Aleksandr me guía a través de la multitud, presentándome a capitanes y sus esposas. Doy la mano y hago pequeñas conversaciones, interpretando el papel de prometida devota mientras mi corazón se acelera. ¿Alguno de ellos me reconoce y recuerda que había puesto precio a mi cabeza?

Estamos aceptando champán de un camarero cuando una mujer se acerca. Es impresionante, con cabello castaño recogido en un elegante moño y ojos azules penetrantes que me evalúan como si fuera un insecto bajo un microscopio. Su vestido negro está perfectamente ajustado, caro pero sin ser llamativo, y se mueve con la confianza de alguien que sabe exactamente cuánto poder tiene.

Extiende su mano a Aleksandr, ignorándome por completo.

—Bienvenido de vuelta de entre los muertos, Aleksandr —su voz es suave, culta, con solo un toque de acento ruso—. Todos pensábamos que finalmente habías encontrado tu igual y habías abandonado este mundo.

40

ALEKSANDR

La mujer que se acerca a nosotros se mueve como un depredador con ropa de diseñador, toda gracia calculada y bordes afilados ocultos bajo tejidos caros. Mi mano se aprieta en la cintura de Lena antes de que pueda detener la reacción, mis dedos presionan la seda de su vestido con tanta fuerza que ella me mira con una pregunta en esos ojos azul medianoche.

Katya Rostova.

—Aleksandr —su voz es suave como un whisky añejo, culta y controlada. Extiende la mano, ignorando por completo a Lena—. Bienvenido de vuelta de entre los muertos. Todos pensábamos que por fin habías encontrado a tu igual y habías abandonado este mundo.

Le tomo la mano brevemente, el contacto es frío y protocolario.

—Katya. No sabía que seguías en la ciudad.

—¿Dónde más iba a estar? —Su sonrisa no llega a esos ojos verdes afilados—. Este es mi hogar. Lo ha sido durante veinte años.

La acusación no dicha flota entre nosotros como humo. Este *fue* su hogar, antes de que yo destruyera a su familia y la dejara solo con recuerdos empapados en sangre y una pensión de viuda.

—Permíteme presentarte a mi prometida —acerco más a Lena, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío—. Lena Orlova. Lena, esta es Katya Rostova.

La mirada de Katya por fin se posa en Lena, y observo cómo sus ojos recorren a mi mujer con una evaluación que me hace apretar la mandíbula. Está catalogando todo. El vestido, las joyas, incluso la forma en que se para.

—Orlova —el arco perfectamente delineado de su ceja se levanta—. Un apellido interesante. ¿Alguna relación con Stepan Orlov?

Mi espalda se tensa, pero no respondo a su pregunta, y por suerte, Lena interviene rápidamente para que no parezca incómodo o como si estuviera ignorando la pregunta. Que, por supuesto, es lo que estoy haciendo.

Lena extiende la mano con más elegancia de la que esperaba, dada la tensión que cruza el aire como electricidad antes de una tormenta.

—Encantada de conocerla, señora Rostova.

—Por favor, llámame Katya —toma la mano de Lena, sosteniéndola un instante más de lo necesario—. Y felicidades por tu compromiso. Aleksandr es todo un partido. Aunque imagino que viene con ciertas complicaciones.

—Los mejores siempre las tienen —la voz de Lena es firme, pero siento un ligero temblor en su cuerpo pegado al mío.

Katya ríe, un sonido como cristales rotos envueltos en terciopelo.

—Me cae bien, Aleksandr. Tiene carácter —su mirada vuelve a mí, y algo frío parpadea en esas profundidades verdes—. Sentí mucho lo

de tu calvario. Lo que sea que pasó debió de ser bastante traumático.

—Sobreviví —mantengo el tono plano, sin darle nada—. Eso es lo que importa.

—En efecto —mira alrededor, observando la opulencia, los soldados reunidos, la evidente exhibición de poder—. Y parece que, como siempre, has caído de pie. Algunos hombres tienen toda la suerte.

La palabra "suerte" tiene peso, una acusación envuelta en cortesía. Los dos sabemos que la suerte no tuvo nada que ver con mi supervivencia. Alguien intentó matarme y falló. Alguien que probablemente ella conoce.

—Si nos disculpas —guío a Lena lejos antes de que Katya pueda decir algo más, antes de que esta conversación se vuelva más peligrosa de lo que ya es—. Necesito presentarle a Lena a otros invitados.

—Por supuesto —la sonrisa de Katya es puros dientes—. Seguro que hablaremos más tarde.

No respondo, solo conduzco a Lena hacia la barra donde Ronnie está saboreando un vodka, sus ojos recorriendo a los invitados. Vigilando. En cuanto estamos fuera de su alcance auditivo, Lena se vuelve hacia mí.

—¿Quién era esa? —su voz es baja, solo para mis oídos—. ¿Y por qué siento que acabo de sobrevivir a un interrogatorio?

—Porque así fue —le hago una señal al barman para que nos sirva dos vodkas—. Katya Rostova es peligrosa. Más de lo que parece.

—Es hermosa —Lena coge el vaso que le paso, un refresco, ya que había dicho que no quería beber, quería mantenerse sobria y alerta durante la fiesta. Algo en su tono me hace mirarla con más atención —. ¿Tuvisteis algo? ¿Antes?

La pregunta me pilla desprevenido.

—¿Algo?

—Sabes a lo que me refiero —toma un sorbo, sin mirarme a los ojos —. La forma en que te miraba. Como si supiera exactamente cómo eres sin ese traje.

Celos. Está celosa. La realización me envía una descarga de pura satisfacción al pecho. Me inclino más cerca, mi boca cerca de su oído para poder hablar sin que nos oigan.

—Nunca. Ni una sola vez —dejo que mi mano descienda por su espalda, sintiendo la curva de su culo a través de la seda—. Katya estaba casada con Dmitri Rostova. Era un Pakhan rival que controlaba algo de territorio en la ciudad.

—¿Estaba?

—Lo maté —las palabras salen planas, honestas—. Hace dos años. A él, a sus hermanos, a su sobrino. Hubo una disputa territorial que se descontroló. Ordené un ataque en una reunión familiar.

Lena se queda muy quieta junto a mí. —Una reunión familiar.

—Su hija de dieciséis años estaba allí. Murió en el tiroteo. —La culpa que creía haber enterrado emerge como un cadáver en aguas poco profundas. —Eso no debería haber pasado. No mato a niños. Pero Katya no estaba allí. Estaba visitando a su hermana en Boston. Cuando volvió, toda su familia había desaparecido.

—Jesús. —La voz de Lena es apenas un susurro. —¿Y está aquí? ¿En tu fiesta?

—Sí. —Me tomo el vodka de un trago, pero el ardor no alivia la tensión que se enrosca en mi estómago. —Está aquí por un motivo, y no es para felicitarme por mi supervivencia.

Pasamos la siguiente hora recorriendo la sala, y yo lo observo todo. Cada rostro, cada reacción, cada cambio sutil en el lenguaje corporal que pueda revelar algo útil.

Ronnie me saluda con genuino alivio, su apretón de manos es firme y su mirada clara. La forma en que mira a Lena es respetuosa, curiosa pero no calculadora. Seguro.

Uno de mis capitanes más veteranos parece contento de verme. Sus preguntas sobre mi ausencia son superficiales, más preocupado por la continuidad del negocio que por detalles personales. Lleva conmigo quince años. Sólido.

Pero luego está un teniente más joven que ha estado hablando de expansión. Su sonrisa es demasiado amplia, sus felicitaciones demasiado efusivas. No deja de mirar a Katya al otro lado de la sala, y cuando sus ojos se encuentran, algo pasa entre ellos que hace que mis instintos se enciendan, agudos y calientes.

Interesante.

Presento a Lena a las esposas y novias, observando cómo navega el campo minado social con una habilidad sorprendente. Es encantadora sin ser falsa, cálida sin revelar nada real. El vestido azul oscuro se ajusta a sus curvas de una manera que hace que todos los hombres en la sala miren dos veces, y me encuentro luchando contra el impulso de ponerle mi chaqueta sobre los hombros y esconderla de sus miradas.

O meter mis puños en muchas caras.

Posesivo. Estoy siendo posesivo, y ni siquiera me importa.

Al otro lado de la sala, Katya se mueve entre la multitud como una política en un acto benéfico. Ha cambiado desde la última vez que la vi. La viuda afligida ha sido reemplazada por algo más duro y afilado. Se ríe de chistes que no tienen gracia, toca brazos con familiaridad casual y presta especial atención a mis soldados más jóvenes.

Los que son ambiciosos. Los que podrían ser influenciados por una mujer hermosa con rencor y bolsillos profundos.

Danil aparece a mi lado.

—Tenemos que hablar. —Su voz es baja, urgente.

Miro a Lena, que está inmersa en una conversación con Ronnie sobre algo que los hace reír a ambos. Me mira y asiente, entendiendo sin palabras que necesito un momento.

Danil me lleva a un rincón tranquilo cerca de las puertas de la terraza, con expresión sombría. —¿Ves lo que está haciendo?

—Katya. —No es una pregunta.

—Lleva una hora moviéndose por la sala. Coqueteando con cada teniente menor de treinta y cinco, haciendo preguntas sobre lealtad y ambición. —Cruza los brazos sobre su ancho pecho. —Está reclutando.

—Me he dado cuenta. —Observo a Katya acercarse a otro joven soldado, con la mano en su brazo mientras susurra algo que lo hace sonreír. —Es sutil. Nada explícito. Solo está sembrando semillas.

—Semillas que podrían convertirse en problemas. —La mandíbula de Danil se tensa. —Estos chicos no saben de lo que eres capaz. Ven a una mujer hermosa prestandoles atención y se olvidan de que es una víbora.

—Déjala que juegue su juego. —Vuelvo a mirar la fiesta, mis ojos encontrando a Lena automáticamente. Se ha acercado a la mesa de postres, y la forma en que ese vestido se ajusta a su trasero mientras se inclina ligeramente para examinar los pasteles hace que se me excite. Momento equivocado, pensamientos equivocados, pero no puedo evitarlo. —Quiero ver quién pica el anzuelo.

—Eso es peligroso.

—Todo es peligroso. —Me ajusto los puños de la camisa, un hábito de mi antigua vida que vuelve con demasiada facilidad. —Pero prefiero saber quiénes son mis enemigos que preguntármelo.

Danil me estudia durante un largo momento. —Has cambiado. El tú de antes habría manejado esto de otra manera.

Mis ojos permanecen en Lena, observando cómo sonríe ante algo que dice la esposa de Ronnie. —Las cosas cambian.

Me giro para enfrentarlo completamente. —Sigue vigilando a Katya. Quiero saber con quién habla, todo lo que dice. Y duplica la seguridad de Lena. Ya la ha relacionado con la familia Orlov, y aunque cancelé el atentado contra ella, Katya podría encontrar la manera de usarlo.

—Ya está hecho. —Me da una palmada en el hombro. —Por lo que vale, creo que tomaste la decisión correcta. Traerla aquí. Reclamarla públicamente. Es audaz.

La fiesta continúa durante otras dos horas. El champán fluye, el cuarteto de cuerdas toca y yo interpreto el papel de anfitrión atento mientras mi mente cataloga cada mirada sospechosa, cada conversación susurrada, cada momento que parece ligeramente fuera de lugar.

Cuando los últimos invitados se marchan, me duele la cabeza.

Lena se apoya en mí mientras vemos alejarse el último coche, su cuerpo cálido y suave contra el mío. —Ha sido agotador.

—Lo has hecho bien. —Le doy un beso en la sien, inhalando el aroma de su perfume y su propio dulce olor único.

—Me sentía como si caminara sobre un campo de minas con tacones. —Me mira, y en la tenue luz del vestíbulo, sus ojos son casi negros. —¿Encontraste lo que buscabas?

—Sí y no. —La guío hacia dentro, con la mano en la parte baja de su espalda. —Encontré sospechosos. Demasiados.

—¿Cuántos?

Cierro la puerta y activo los cerrojos, el sonido del metal deslizándose en su lugar resulta ominoso en la casa silenciosa. Mi mente repasa la velada, catalogando cada momento que levantó banderas rojas.

—Al menos cinco. —El número se asienta en mi pecho como una piedra. —Al menos cinco personas en la sala esta noche quieren verme muerto.

41

LENA

La casa por fin se queda en silencio alrededor de las dos de la madrugada, cuando los últimos empleados terminan de limpiar y desaparecen hacia donde sea que van cuando no están puliendo mármol o arreglando flores. Me duelen los pies después de horas con tacones, y la cara me duele de tanto sonreír a gente que probablemente podría matarme sin inmutarse. Y lo haría, si tuviera la oportunidad.

Me quito los instrumentos de tortura que hacen pasar por zapatos y camino descalza por el pasillo hacia la cocina. No voy a poder dormir, no con mi mente repasando todo lo de esta noche. Era la primera vez que organizaba una fiesta así, y tengo que decir que estoy orgullosa de cómo salió. Irónico, eso sí, que fuera una fiesta para mafiosos.

La cocina está benditamente vacía y en silencio. Encuentro una cacerola pequeña y echo leche, poniéndola al fuego para calentarla. Mi madre me la preparaba cuando no podía dormir de pequeña, cuando mi mayor preocupación era un examen de matemáticas o si el chico que me gustaba se fijaría en mí a la hora del almuerzo.

Cuando todavía era solo Lena, no Maya, no una mujer con precio por su cabeza y un bebé creciendo dentro de ella que nadie puede saber.

La leche empieza a humear, y estoy sirviéndola en una taza cuando unos pasos me hacen girarme. Danil llena el marco de la puerta, aún con los pantalones del traje y la camisa blanca, aunque se ha quitado la chaqueta y la corbata. Tiene las mangas arremangadas, dejando ver el tatuaje de manga completa en su brazo derecho.

—¿Tampoco puedes dormir? —Su voz es áspera por el cansancio.

—Demasiada adrenalina. —Señalo la cocina—. ¿Quieres un poco? Es un remedio antiguo que hacía mi madre.

—Claro. —Entra en la cocina con una gracia sorprendente para un hombre de su tamaño, sacando una silla de la pequeña mesa del desayuno—. Tu madre parece una mujer sabia.

—Lo era. —Sirvo otra taza y me siento con él—. Lo es. Quiero decir, supongo que aún lo es. En realidad no lo sé.

La confesión queda suspendida entre nosotros, pesada y triste. Danil toma un sorbo de la leche caliente, sus ojos oscuros estudiándome por encima del borde.

—Quieres saber de tus padres —dice. No es una pregunta.

—Quiero saber si están vivos. —Mis manos rodean la taza, buscando un calor que no tiene nada que ver con la temperatura—. Si están a salvo. Si... —Hago una pausa, las palabras atascándose en mi garganta—. Si creen que estoy muerta.

Danil deja su taza con cuidado. —La última vez que supe, estaban bien. Viviendo en el mismo lugar.

El alivio me inunda con tanta intensidad que me escuecen los ojos. —Están bien. De verdad están bien.

—Que yo sepa. —Se recuesta en la silla, y la madera cruje bajo su peso—. Aleksandr nunca fue tras ellos. El objetivo eras solo tú, y cuando desapareciste, no se volvió contra ellos.

—Hasta ahora. —Tomo un sorbo de leche, dejando que me cubra la garganta—. Ahora que estoy aquí, con él, ¿eso los pone en peligro otra vez?

—No. —Su voz es firme, segura—. Aleksandr ha cancelado el objetivo. Oficialmente. Está hecho. Solo lleva un tiempo asegurarse de que todo el mundo ha recibido el mensaje.

—Pero Katya reconoció mi nombre esta noche. —El recuerdo de esos ojos verdes y afilados evaluándome me hace estremecer—. Sabe quién soy.

—Katya sabe muchas cosas. —La expresión de Danil se oscurece—. Pero es lo bastante inteligente como para no actuar sin estar segura del resultado. Y ahora mismo, estás bajo la protección de Aleksandr. Eso te hace intocable.

—A menos que alguien decida que Aleksandr ya no debería ser Pakhan.

—Entonces tendrían que pasar primero por mí —dice con tanta naturalidad, como si estuviera hablando del tiempo y no de su disposición a morir, que algo se me aprieta en el pecho—. Y soy muy difícil de matar.

Nos quedamos un momento en un silencio cómodo, los dos tomando nuestra leche caliente como niños en lugar de adultos metidos en el crimen organizado.

—¿Puedo contarte una historia? —pregunta Danil de repente, con una sonrisa que le afloja su rostro marcado por cicatrices—. ¿Sobre Aleksandr cuando era joven?

—Claro —me inclino hacia adelante, ansiosa por cualquier atisbo del hombre detrás de la máscara del Pakhan.

La risa de Danil es profunda y genuina. —Tenía diecisiete, quizá dieciocho años. Todavía hacía recados para la organización, intentando demostrar su valía. Estaba esta chica, Svetlana, la hija de un tendero local. Hermosa, completamente fuera de su liga, y él estaba obsesionado.

No puedo evitar sonreír a pesar de todo. —Déjame adivinar. No le fue bien.

—Decidió que la forma de impresionarla era robando un coche. No uno cualquiera, sino un Mercedes de uno de los capitanes. —Danil niega con la cabeza, todavía sonriendo al recordarlo—. Se lo llevó a dar una vuelta, la recogió, intentó hacer como si fuera suyo.

—Oh, no.

—Oh, sí. Va conduciendo, presumiendo, y el capitán ve pasar su propio coche con un mocoso al volante. —Danil toma otro sorbo—. Aleksandr no se dio cuenta hasta que paró para dejar a Svetlana y se encontró al capitán esperando con tres hombres muy grandes y muy enfadados.

—¿Qué pasó? —Ahora estoy totalmente enganchada, inclinada hacia adelante.

—El capitán le hizo lavar y encerar a mano todos los coches de la flota de la organización. En pleno invierno. Le llevó tres semanas. —Los ojos de Danil se arrugan de risa—. ¿Y Svetlana? Al día siguiente empezó a salir con el sobrino del capitán.

Me río, de verdad, por primera vez desde que empezó la fiesta. La imagen de un Aleksandr adolescente, arrogante, estúpido y tratando de impresionar a una chica, está tan lejos del hombre controlado y peligroso que conozco que parece otra persona.

—Nunca volvió a robar un coche —añade Danil—. Pero aprendió una lección importante sobre conocer tus límites y elegir tus batallas.

—¿Al final consiguió a la chica? —pregunto.

—Con el tiempo. Otra chica, otras circunstancias. Pero esa es una historia para otro momento. —Se levanta, llevando nuestras tazas vacías al fregadero—. Deberías dormir un poco. Mañana será un día ajetreado analizando todo lo de esta noche.

—Gracias. —Me levanto también, de repente consciente de lo agotada que estoy—. Por la historia. Por hablarme de mis padres.

—Ahora eres de la familia —lo dice con sencillez, como si fuera un hecho y no una opinión—. Eso significa algo para nosotros.

Se va, y me quedo sola en la cocina con el calor que deja la historia y la certeza de que, en algún lugar, mis padres están vivos y a salvo.

Subo las escaleras, mi cuerpo pesado por el cansancio. El pasillo está en silencio, solo el suave sonido de mis pies descalzos sobre la alfombra y el leve zumbido de la casa acomodándose. Aparece la puerta de mi habitación, y estoy a punto de agarrar el pomo cuando noto que la puerta de Aleksandr está abierta, la luz derramándose en el pasillo.

Todavía está despierto.

Debería ir a mi cuarto. Debería cerrar la puerta con llave, intentar dormir y no pensar en cómo se veía con ese traje esta noche, o cómo se sintió su mano en mi espalda, o el fuego en sus ojos cuando me miraba al otro lado de la sala.

Sigo caminando hacia mi habitación, cerrando la puerta tras de mí con un suave clic.

Me pongo unos pantalones de dormir y una camiseta, me lavo la cara y me cepillo los dientes. La rutina es reconfortante, familiar, algo normal en una vida que se ha vuelto cualquier cosa menos eso. Estoy apartando las sábanas cuando llaman a mi puerta.

El corazón se me sube a la garganta. Sé quién es antes de abrir.

Aleksandr está en el pasillo, todavía con los pantalones del traje y la camisa blanca, aunque sin la chaqueta y con las mangas

remangadas como las de Danil. Su pelo oscuro está un poco revuelto, como si se hubiera pasado las manos por él, y esos ojos dorados están cansados pero alerta.

—¿Puedo entrar? —Su voz es suave, respetuosa. Pregunta en lugar de exigir.

Doy un paso atrás, dejándole pasar. Cierra la puerta tras de él pero no la cierra con llave, no se acerca. Solo se queda ahí, con las manos en los bolsillos, pareciendo casi inseguro.

—Quería agradecerte otra vez —dice—. Por esta noche. Por todo lo que hiciste para que fuera perfecta.

—Fue solo una fiesta —me muevo para sentarme al borde de la cama, necesitando la distancia porque de repente me siento tímida. Avergonzada por sus halagos—. Recogí flores y aprobé menús. No es precisamente ciencia espacial.

—Fue más que eso —se acerca pero se detiene a unos pasos, dándome espacio—. Interpretaste tu papel a la perfección. Hiciste que todos creyeran que estamos juntos de verdad. Eso requiere habilidad.

—O desesperación —las palabras salen más amargas de lo que pretendía—. Difícil equivocarse cuando la alternativa es que me vean como tu prisionera.

Su mandíbula se tensa. —¿Eso es lo que crees que eres? ¿Mi prisionera?

—No sé lo que soy —miro hacia mis manos, cómo mis dedos se entrelazan—. Tu falsa prometida. La asignación de tu equipo de protección. La mujer que mantienes viva porque te conviene.

—Lena —cierra la distancia entre nosotros, arrodillándose frente a mí para estar a mi altura. La posición lo coloca entre mis rodillas, tan cerca que puedo oler su colonia y ver las motas de oro más oscuro

en sus ojos—. No eres conveniente. Eres complicada y difícil y me haces cuestionar todo lo que creía saber sobre mí.

Mi respiración se corta. —¿Se supone que eso es un cumplido?

—Es la verdad —sus manos descansan sobre mis rodillas, cálidas a través de la fina tela de mis pantalones de dormir—. ¿Tuviste mascotas de pequeña?

La pregunta es tan inesperada que parpadeo. —¿Qué?

—Mascotas. Intento tener una conversación normal contigo. Intentar ser algo más que el Pakhan durante cinco minutos —su boca se curva ligeramente—. Hazme el favor.

—Un gato —me sorprendo sonriendo a pesar de todo—. Se llamaba Duchess, y era el animal más mimado del planeta. Solo comía atún, se negaba a usar la caja de arena si no estaba impecable y dormía en mi almohada todas las noches.

—Suena a pesadilla.

—Era perfecta —el recuerdo me hace doler el pecho—. Tuve que dejarla cuando huí. Mi madre prometió cuidarla, pero no sé si… —la voz se me quiebra, la culpa familiar reaparece.

—Yo tenía un perro —dice Aleksandr en voz baja. Se levanta y se sienta a mi lado en la cama—. Cuando tenía unos ocho o nueve años. Un mestizo callejero que encontré en un callejón, medio muerto de hambre y más fiero que el demonio. Lo llevé a casa, y mi padre me pegó por desperdiciar comida en un animal inútil.

Mi corazón se encoge. —¿Qué pasó con el perro?

—Lo mantuve igual. Lo escondí en un edificio abandonado, le llevaba sobras y le enseñé a confiar en mí —sus manos se tensan ligeramente sobre mis rodillas—. Fue lo primero que protegué. La primera vez que elegí algo vulnerable en lugar de algo fácil.

—¿Cómo se llamaba?

—Volk. Lobo —una sombra de sonrisa cruza su rostro—. No muy original, pero tenía ocho años.

—¿Qué le pasó?

—Llegó a los quince. Murió mientras dormía en mi primer piso —sus ojos se encuentran con los míos—. Lo enterré en un parque que le encantaba, bajo un árbol donde perseguía ardillas.

La imagen de un Aleksandr joven, ya peligroso pero aún capaz de amar a un perro callejero, hace que algo en mi pecho se rompa.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, su voz adoptando un tono más serio—. De verdad, no la respuesta educada que le das a los demás.

—Cansada —no es mentira, pero tampoco toda la verdad.

—Aún te ves pálida —su mano se acerca para acariciar mi mandíbula, el pulgar rozando mi pómulo—. Como si no te hubieras recuperado de esa gripe.

Aparto la mirada, incapaz de sostener sus ojos. —Estoy bien. Solo necesito más descanso.

—Lena —su voz se vuelve más grave, más intensa—. Mírame.

Me obligo a encontrarme con su mirada, y la perspicacia que veo allí me hace caer el estómago. Sabe que estoy embarazada. O lo sospecha. O está tan cerca de la verdad que mentir no funcionará por mucho tiempo.

—Estás ocultando algo —dice en voz baja—. Lo veo en tus ojos, en cómo evitas mirarme cuando pregunto por tu salud.

—Solo estoy cansada —repito, pero mi voz tiembla.

Se levanta lentamente, y tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual. —¿Qué más no me estás diciendo, Lena?

42

ALEKSANDR

Estudio el rostro de Lena bajo la tenue luz de su dormitorio. La palidez de su piel. La forma en que sus ojos azules oscuros no llegan a encontrarse con los míos, desviándose cada vez que sostengo su mirada demasiado tiempo. La tensión en sus hombros que la hace parecer como si se preparara para un impacto.

Está ocultando algo.

El conocimiento se asienta en mi estómago como una piedra, pesada e innegable. Todos mis instintos gritan que está embarazada.

Pero no me lo está diciendo. Y eso importa.

Podría presionarla, acorralarla con preguntas hasta que se rompa y admita la verdad. Sería fácil. Soy bueno extrayendo información de personas que no quieren darla.

Pero no es un soldado ocultando pruebas de traición. Es Lena. La mujer que me sacó de la nieve y me cuidó hasta recuperarme. Que se rió de mis chistes malos y me dejó abrazarla durante sus pesadillas. Que a veces me mira como si aún fuera Sasha en lugar de Aleksandr, como si quizás el hombre que fui en aquella cabaña no fuera del todo una mentira.

Presionarla solo hará que se retraiga más. Así que retrocedo, dándole el espacio que claramente necesita. Mis manos arden por alcanzarla, por atraerla contra mi pecho y prometerle que, sea lo que sea que esté ocultando, puede decírmelo. Pero las mantengo a mis costados.

—Hablamos por la mañana —digo en voz baja—. Descansa un poco.

El alivio cruza su rostro, tan rápido que casi lo pierdo de vista.

Me dirijo hacia la puerta, pero me detengo con la mano en el pomo. —¿Lena?

—¿Sí?

—Lo que no me estés diciendo, cuando estés lista para compartirlo, estaré aquí. —No me giro, no dejo que vea cuánto importa esto—. No me voy a ninguna parte.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo contra la pared del pasillo con los ojos cerrados. El impulso de volver ahí dentro, de exigir respuestas, de tomar el control de una situación que siento que se me escapa de las manos, es casi abrumador.

Pero no lo hago. Porque algunas cosas no pueden controlarse, solo esperarse.

La mañana llega demasiado pronto. Estoy en mi despacho a las seis, con el café ya enfriándose sobre el escritorio mientras reviso las grabaciones de seguridad de la fiesta. Danil llega a las siete, luciendo tan agotado como me siento yo.

—Pareces una mierda —dice, dejándose caer en la silla frente a mí.

—Tú no eres quien para hablar. —Señalo las ojeras bajo sus ojos—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Dormir es para quienes no tienen un Pakhan que proteger. —Acepta el café que le sirvo—. ¿Qué estamos viendo?

Giro el portátil para que pueda ver la pantalla. —Las grabaciones de anoche. Observa a Katya.

Pasamos la siguiente hora revisando cada interacción que tuvo en la fiesta. La forma en que tocaba brazos y se inclinaba para susurrar al oído. El patrón de a quién se acercaba y en qué orden. Las miradas sutiles que intercambiaba con ciertos soldados al otro lado de la sala.

—Está reclutando —dice Danil al final—. Construyendo una red. Justo como pensábamos.

—De acuerdo. —Abro una lista que he estado compilando—. Estos son los hombres con los que pasó más tiempo. Todos tienen menos de treinta y cinco años, son ambiciosos y relativamente nuevos en la organización.

—Fáciles de manipular. —Estudia los nombres—. No recuerdan de lo que eres capaz. No tienen la historia para entender por qué desafiarte es un suicidio. O creen que la hierba es más verde al otro lado.

—Exacto. —Me recuesto en la silla—. Necesitamos reducir la lista de sospechosos. ¿Quién tuvo motivo, medios y oportunidad para pagarle a Yuri para que me matara?

Danil saca sus propias notas. —Katya Rostova está en la cima. Tiene motivo, lo sabemos. Toda su familia murió por tu orden. Tiene el dinero para pagarle a alguien como Yuri. Y ha estado en la ciudad todo el tiempo, con acceso a nuestra gente.

—¿Quién más?

—Dos tenientes que ganaron poder durante tu ausencia. —Desliza fotos sobre el escritorio—. Ambos eran de nivel medio antes de que desaparecieras. Ambos ascendieron rápido mientras estabas fuera, tomando operaciones que normalmente habrían requerido tu aprobación.

Estudio las fotos. El mayor tiene cuarenta y dos años, con cicatrices y un aspecto hosco, el tipo de hombre que resuelve los problemas a puñetazos. El otro es más joven, quizá treinta y cinco, con el rostro terso y el traje caro de alguien que se cree más listo de lo que es.

—Poned vigilancia a los dos. —Tomo notas—. Quiero saber a dónde van, con quién se ven y cada llamada que hagan.

—Ya está hecho. —Danil sonríe—. ¿Crees que me he quedado de brazos cruzados todo este mes?

—Creo que has mantenido esta organización a flote mientras yo jugaba a las casitas en Montana. —Las palabras salen más amargas de lo que pretendía.

—No jugabas a las casitas. —Su expresión se suaviza—. Estabas sobreviviendo. Hay diferencia.

Antes de que pueda responder, su móvil vibra. Mira la pantalla y su expresión cambia. —Son los investigadores. Los que rastreaban los movimientos de Yuri antes del tiroteo.

—Ponlo en altavoz.

Danil contesta, y una voz femenina llena la oficina. Profesional, concisa, directa al grano. —Hemos encontrado algo. Yuri se reunía regularmente con una mujer en los meses previos al tiroteo. Siempre en el mismo bar del hotel del centro.

Me enderezo. —¿Con qué frecuencia?

—Una vez por semana durante tres meses. Siempre los martes por la noche, siempre la misma mesa en el rincón trasero. —Se oyen papeles al otro lado—. Conseguimos las grabaciones de seguridad del hotel. El ángulo no es bueno, pero podemos verla. Pelo castaño rojizo, elegante, bien vestida. Siempre pagaba en efectivo, nunca con tarjeta.

—Enviadnos las grabaciones —digo.

—Ya están enviadas.

Las abro en el portátil y Danil se acerca para mirar por encima de mi hombro. El vídeo es granuloso, grabado por una cámara situada cerca de la entrada del bar.

Danil cuelga y ambos nos volvemos hacia el portátil. El archivo se carga y le doy al play.

Las imágenes son borrosas, la marca de tiempo muestra un martes por la noche hace cuatro meses. El bar parece caro, de esos donde se cierran tratos entre whisky single y mentiras.

—Ahí —señala Danil la pantalla.

Yuri entra, y a pesar de la mala calidad del vídeo, puedo ver su nerviosismo. Está sudando, sus movimientos son espasmódicos al sentarse en la mesa del fondo. Pide algo, probablemente vodka, y mira el reloj tres veces en dos minutos.

—Está aterrado —observo.

—O emocionado. —Danil se inclina—. Podría ser cualquiera de las dos.

Entonces ella entra, y todo en ella grita control. Su pelo castaño rojizo capta la tenue luz del bar. El vestido le sienta como hecho a medida, elegante sin ser llamativo.

—Mírala moverse —digo—. Sin dudar. Sabe exactamente adónde va.

—Esto no es la primera vez —coincide Danil.

La mujer se sienta frente a Yuri sin saludarlo, sin ninguna de las formalidades sociales que usa la gente normal. Va al grano. Hablan, pero el ángulo hace imposible leer sus labios. Tras unos cinco minutos, desliza un sobre por la mesa.

—Un pago —digo.

—O instrucciones.

Yuri lo coge con manos temblorosas, y siento asco retorciéndome en el estómago.

—¿Se le ve la cara? —pregunta Danil, acercándose más a la pantalla.

Rebobino, pauso y amplío. Pero el ángulo es malo, mostrando sobre todo su perfil y la nuca. —No es suficiente. Necesitamos mejores imágenes.

—¿Y sus gestos? ¿Te resultan familiares?

La observo de nuevo, estudiando su postura. La seguridad. Los movimientos calculados. —No es una simple mensajera. Esta mujer tiene poder.

—¿Katya? —sugiere Danil.

—El color de pelo no coincide. El de Katya es más oscuro y corto. —Detengo el vídeo en la toma más clara que tenemos—. Pero eso no significa que no estén conectadas.

Danil llama de nuevo a la investigadora, que contesta al primer tono.

—¿Podemos mejorar esto? —pregunto—. ¿Ver mejor su rostro?

—Estamos en ello —dice la mujer—. Pero el ángulo es malo y la iluminación peor. Quizá no sea posible.

—Intentadlo igual. —Observo a la pelirroja levantarse y marcharse, sus movimientos gráciles y controlados—. ¿Y el personal del hotel? ¿Alguien la recuerda?

—El camarero recuerda a una cliente habitual que encaja con esa descripción. Dijo que era educada y dejaba buenas propinas.

—¿Algo más? —pregunta Danil.

—Seguimos investigando. Pero hay una cosa más. —La investigadora hace una pausa—. Contactamos con nuestros informantes en Montana, como pedisteis. Para comprobar a John Davis y Pavel Galkin.

—¿Y? —pregunto.

—Pavel Galkin fue hallado muerto en su cabaña hace tres días. La policía local lo considera un suicidio.

43

LENA

Frunzo el ceño, sintiendo un nudo de angustia en el estómago.

Pavel ha muerto. Pobre Pavel. Aparte de sus atenciones no deseadas, que molestaban más a Aleksandr que a mí, era un buen tipo. Siempre se aseguraba de que tuviera provisiones, y a veces pasábamos horas hablando, ambos solitarios y contentos de tener con quién charlar.

Miro fijamente a Aleksandr al otro lado de su escritorio, mi cerebro se niega a procesar lo que acaba de decir. La luz de la tarde que entra por las ventanas de la oficina parece demasiado brillante, demasiado alegre para este momento.

—¿Qué? —Mi voz sale ahogada.

—Pavel Galkin fue encontrado muerto en su cabaña hace tres días —el tono de Aleksandr es suave, pero sus ojos dorados son penetrantes, observando mi reacción—. La policía local lo considera un suicidio.

—No —niego con la cabeza, levantándome de golpe. La silla chirría contra el suelo—. No, eso no es posible. Pavel no se suicidaría.

—Lena —también se levanta, acercándose a mí alrededor del escritorio.

—Era paranoico, Aleksandr. Estaba constantemente mirando por encima del hombro, siempre comprobando las salidas —mis manos tiemblan y las entrelazo—. Los hombres así no deciden de repente acabar con todo. Están demasiado ocupados planeando su próxima ruta de escape.

Danil se mueve en su silla cerca de la ventana. —Tiene razón. Los sobrevivientes del Programa de Protección de Testigos no suelen suicidarse. Están programados para sobrevivir.

La mano de Aleksandr encuentra mi codo, estabilizándome. Incluso a través de mi jersey, su contacto quema. —Estoy de acuerdo en que es sospechoso.

—¿Sospechoso? —Me aparto, necesitando espacio para pensar—. Alguien lo mató. Alguien descubrió que estaba en el Programa de Protección de Testigos y lo eliminó.

—Posiblemente —Aleksandr intercambia una mirada con Danil—. Por eso estamos enviando hombres a Montana para investigar a fondo. La policía local no profundizará lo suficiente.

La culpa me golpea como una ola. —Esto es culpa mía.

—No —la voz de Aleksandr es cortante, autoritaria—. Tenía muchos enemigos, Lena. Estaba en el programa por una razón. Era un soplón y enfureció a muchas familias.

—Pero yo estaba allí. Te traje a su vida —mi garganta se aprieta—. Él me advirtió sobre ti. Sobre los dos. Y ahora está muerto.

—Lena —Aleksandr me toma la cara, obligándome a mirarlo a los ojos. La intensidad allí me quita el aliento—. La muerte de Pavel no tiene nada que ver con que fueras amable con un vecino solitario.

—¿Y si es porque te reconoció? —susurro.

Su mandíbula se tensa, pero no lo niega. —Tal vez. Pero eso es cosa mía, no tuya.

Danil se levanta, dirigiéndose hacia la puerta. —Haré las llamadas. Pondré a nuestros mejores encargados en ello.

Cuando estamos solos, las manos de Aleksandr descienden hasta mis hombros. —Necesito que mires algo.

—¿Qué?

—Las imágenes de seguridad. Del hotel donde Yuri se reunió con la mujer que le pagó —me guía hasta su escritorio, reproduciendo el vídeo en su ordenador—. Quiero saber si algo de ella te resulta familiar.

Me hundo en su silla, y él se inclina sobre mí, una mano apoyada en el escritorio, la otra en el respaldo de la silla. Su calor corporal me rodea, y percibo el aroma de su colonia. Mi cuerpo responde y mi pulso se acelera.

Concéntrate, Lena.

El vídeo se reproduce, granuloso y oscuro. Observo a la mujer pelirroja entrar en el bar, y algo en sus movimientos me hace inclinarme más.

—No está seduciéndolo —digo después de verlo dos veces—. Mira su lenguaje corporal. No hay coqueteo, no hay contacto más allá de lo necesario. Esto es negocios.

—Eso también lo he notado —el aliento de Aleksandr es cálido contra mi oído, y tengo que contener el impulso de recostarme contra su pecho—. ¿Qué más?

—Es confiada. Se siente cómoda en lugares caros —hago una pausa en el vídeo en la toma más clara de su perfil—. Y ha hecho esto antes. ¿Ves cómo no mira alrededor al entrar? Sabe exactamente dónde están las cámaras y cómo evitarlas.

—Profesional.

—O alguien que ha estado planeando esto durante mucho tiempo —giro la cabeza y, de repente, su rostro está a centímetros del mío. Esos ojos dorados bajan hacia mi boca, y siento un calor que se acumula en mi vientre—. Alguien paciente.

Su mano se alza para apartar un mechón de mi pelo detrás de mi oreja, sus dedos se detienen en mi mandíbula. —Eres buena en esto.

—¿En qué? —pregunto.

—Leyendo a las personas. Viendo lo que otros pasan por alto —su pulgar roza mi pómulo—. Es una de las cosas que amo de ti.

La palabra 'amor' queda suspendida entre nosotros, inesperada y peligrosa. Mi respiración se corta, y veo el momento en que él se da cuenta de lo que ha dicho. Su expresión cambia, se vuelve cautelosa.

—Debería dejarte trabajar —digo, levantándome rápidamente. La silla retrocede, poniendo distancia entre nosotros.

—Lena.

—Estoy bien. Solo estoy cansada —me dirijo hacia la puerta, necesitando aire, necesitando espacio para procesar la muerte de Pavel y ese 'amor' casual que probablemente no significaba nada—. Estaré en mi habitación si me necesitas.

Estoy a punto de llegar a la puerta cuando su voz me detiene. —Cena. Esta noche. Conmigo.

Me giro. —Casi siempre cenamos juntos.

—No en el comedor pequeño. En el formal —sus manos se deslizan hacia los bolsillos, y el gesto hace que su chaqueta se ajuste sobre sus anchos hombros—. Hazme el favor.

—¿Por qué?

—Porque te lo estoy pidiendo —su boca se curva—. Has tomado todas las comidas en tu habitación o cuando sabes que estoy en reuniones —se acerca, y resisto el impulso de retroceder—. Echo de menos hablar contigo.

La confesión me sorprende. —Hablamos.

—Intercambiamos información. Eso no es lo mismo —se detiene a unos pasos de distancia, dándome espacio—. Solo cena.

Vaya demonios. ¿Cómo puedo decir que no a eso?

—Está bien. Pero yo elijo el vino.

Su sonrisa es sincera, transformando su rostro de peligroso a devastador. —Trato hecho.

Esa tarde, estoy frente a mi armario tratando de decidir qué ponerme. Es solo una cena, me repito a mí misma. Pero después de que se escapara la palabra, me siento… casi eufórica. Oh, no dijo que me amara, y no sé cómo me sentiría si lo hubiera hecho, pero dijo que era algo que amaba *de* mí. Así que eso significa algo, ¿verdad?

¿Por qué me estreso con esto? ¡Es solo una cena, por el amor de Dios!

Me decido por unos jeans oscuros y un suéter de cachemira verde oscuro. Nada elegante, pero más arreglado que mi ropa de casa habitual. Dejo mi pelo suelto, me aplico poco maquillaje y me digo a mí misma que esto no es una cita.

Definitivamente no es una cita.

El comedor formal es intimidante. Lámparas de cristal, una mesa para veinte personas y suficientes cubiertos como para confundir a un experto en etiqueta. Pero Aleksandr ha puesto solo dos lugares en un extremo, lo suficientemente cerca para mantener una conversación sin tener que gritar.

Se levanta cuando entro, y mi boca se seca. Se ha cambiado a unos pantalones oscuros y una camisa blanca, sin corbata, los dos primeros botones desabrochados que revelan la fuerte línea de su garganta. Su pelo está ligeramente húmedo, como si se hubiera duchado recientemente, y esos ojos dorados recorren mi cuerpo, dejando pequeños escalofríos a su paso.

—Estás preciosa —dice, apartando mi silla.

—Solo llevo vaqueros —respondo algo nerviosa. Me siento, muy consciente de sus manos en el respaldo de mi silla, su cuerpo lo suficientemente cerca como para sentir su calor.

El personal sirve el primer plato, una especie de sopa que huele maravillosamente. Comemos en silencio por un momento, y la tensión es tan espesa que se podría cortar.

—Entonces —digo finalmente—. Libros. ¿Qué lees?

Parece sorprendido por la pregunta. —Historia, principalmente. Estrategia militar. Algo de filosofía.

—Qué serio.

—Soy una persona muy seria —pero hay humor en sus ojos—. ¿Y tú?

—Misterio. Thrillers. Cualquier cosa que me permita resolver rompecabezas —tomo un sorbo de agua—. Solía leer novelas románticas, pero parecían demasiado irreales después de todo…

—¿Después de huir por tu vida de un capo de la mafia?

—Después de descubrir que los finales felices son ficción. —Las palabras salen más amargas de lo que pretendo.

Su expresión se suaviza. —No todos.

—Nombra un final feliz de la vida real.

Frunce el ceño pensativo. —Una pareja mayor que veo en el parque cuando conduzco a mi oficina en el centro. Siempre están caminando de la mano, sonriendo y riendo.

Suelto una carcajada. —Podrían estar seniles y creer que están en su primera cita.

—Punto justo. —Se queda callado un momento. —¿Qué tipo de música te gusta?

El cambio de tema es obvio, pero bienvenido. —De todo. Rock, pop, clásica. Solía ir a conciertos antes de tener que desaparecer.

—¿Cuál fue el último concierto al que fuiste?

Reflexiono, y el recuerdo me hace sonreír. —Una banda indie en un pequeño local de la ciudad. El cantante principal olvidó la letra a la mitad de la segunda canción y comenzó a inventársela. Al público le encantó.

—Suena caótico.

—Fue perfecto. —Doy otro bocado a la sopa. —¿Y tú? ¿Los jefes de la mafia van a conciertos?

—Este jefe de la mafia sí. —Leves trazos de una sonrisa aparecen en su boca. —Vi a la sinfónica el año pasado. Tchaikovsky. La *Obertura 1812* con cañones reales.

—Fardón.

—Fue impresionante. —Me llena la copa de vino. —Te llevaré alguna vez. Si quieres.

La oferta queda suspendida entre nosotros, insinuando un futuro del que no estoy segura que tengamos. —Quizás.

Llega el plato principal, un filete perfectamente cocido con verduras asadas. Comemos y hablamos de cosas sin importancia. Comidas favoritas, peores desastres culinarios, mascotas de la infancia. La conversación fluye más fácil que en días, y me encuentro riéndome

de su historia sobre intentar hacer borscht y, de algún modo, activar la alarma de incendio.

—¿Me estás diciendo que el gran Aleksandr Romanov no sabe cocinar? —Le sonrío por encima de mi copa de vino.

—Puedo pedir comida para llevar como un campeón. —Corta su filete. —Y hago un café excelente.

—Eso no es cocinar.

—Requiere calor y tiempo. Eso es cocinar. —Me señala con su tenedor. —No me juzgues.

—Te estoy juzgando completamente. —Pero estoy sonriendo, realmente sonriendo. —Un hombre adulto que no sabe hacer sopa.

—Tengo gente para eso.

—Claro que la tienes.

La risa que sigue es genuina, cálida, y por un momento olvido dónde estamos. Olvido las circunstancias que nos trajeron aquí. Esto se siente como la cabaña, como esas mañanas relajadas tomando café cuando él era solo Sasha y yo era solo Maya.

—Echo de menos esto —digo en voz baja.

Sus ojos se encuentran con los míos. —Yo también.

—Era más sencillo allí. —No hace falta que explique que me refiero a mi cabaña.

—Era una mentira allí. —Pero no hay acusación en su voz. —Ambos estábamos fingiendo ser personas que no éramos.

—¿Lo estábamos? —Dejo el tenedor. —Tú no estabas fingiendo. Habías perdido la memoria. Eso es diferente. Tal vez solo estábamos siendo las personas que queríamos ser.

Se queda callado durante un largo momento, sus ojos dorados escudriñando mi rostro. —Tal vez.

Llega el postre, una elaborada creación de chocolate que probablemente tiene un nombre francés que no puedo pronunciar. Lo compartimos, y lo atrapo mirándome mientras me limpio el chocolate de la cuchara. El calor en su mirada hace que mi interior se tense.

—Me estás mirando —digo.

—Vales la pena mirar. —Su voz se vuelve más baja, áspera. —Especialmente cuando haces eso con la lengua.

El calor me inunda las mejillas. —Estoy comiendo postre.

—Lo sé. Es distraído. —Se recuesta en su silla, y noto cómo sus pantalones se ajustan a sus muslos. —De la mejor manera posible.

Estoy a punto de responder, probablemente algo coqueto y peligroso, cuando se abre la puerta del comedor. Danil entra, con una expresión sombría.

—Lamento interrumpir. —Pero no parece arrepentido. —Pero tenemos un desarrollo.

Aleksandr cambia por completo su actitud, el calor fácil reemplazado por una fría concentración. —¿Qué pasa?

—Ese exagente del FBI, John Davis, llamó a nuestro contacto en Montana. Está haciendo preguntas sobre la muerte de Pavel. —Danil saca su teléfono, leyendo notas. —Y mencionó que tiene información sobre 'una mujer con un coche caro' que fue vista en la zona varias veces en los últimos seis meses.

44

ALEKSANDR

—Una mujer con un coche caro— en ese pueblo pequeño. Las palabras resuenan en mi cabeza mucho después de que Danil se marche para hacer unas llamadas. Me quedo junto a la ventana de mi despacho, observando cómo las luces de la ciudad se difuminan en rayas doradas y blancas, mientras mi mente evalúa posibilidades como un jugador de ajedrez calculando movimientos.

Lena está sentada, acurrucada en el sillón de cuero cerca de mi escritorio, con las piernas recogidas bajo ella, aún lleva ese jersey verde que hace que sus ojos parezcan casi negros. Ha permanecido en silencio desde que Danil soltó la noticia sobre John Davis, sus dedos juguetean con el dobladillo del jersey, y tengo ganas de cruzar la habitación y sujetarle las manos con las mías.

—Tenemos que ir a Montana— digo, apartándome de la ventana. —Hablar con Davis directamente—.

Ella levanta la cabeza de golpe. —¿Nosotros?—

—Vienes conmigo—. Me acerco al escritorio, ya buscando horarios de vuelos en el portátil. —No confío en dejarte aquí sin protección mientras estoy fuera—.

Se levanta, acercándose a mí con ese andar elegante que hace que se me excite. —¿Crees que quien mató a Pavel podría venir a por mí?—

—Creo que no sabemos lo suficiente como para descartarlo—. Cierro el portátil. —Nos vamos mañana por la tarde. Haz la maleta con ropa de abrigo—.

—Eres muy mandón cuando te pones protector—. Pero no hay enfado en sus palabras, solo algo que casi suena a afecto.

—Soy muy mandón siempre—. Le agarro la muñeca al pasar, atrayéndola entre mis piernas mientras me apoyo en el escritorio. —Solo lo notas más cuando se trata de mantenerte con vida—.

Sus manos descansan sobre mis hombros, y el contacto me recorre como una corriente eléctrica. —¿Y si Davis te reconoce? *De verdad* te reconoce, no solo sospecha—.

Mis manos encuentran sus caderas, sintiendo la curva de su cintura a través del suave cachemir. —Está retirado, no en activo. Y está haciendo preguntas sobre la muerte de Pavel, lo que significa que también sospecha. El enemigo de mi enemigo y todo eso—.

Ella ríe, un sonido bajo y cálido. —¿Vas a hacer una alianza con un exagente del FBI?—

—Voy a tener una conversación con un hombre que puede tener información que necesito—. La atraigo más cerca hasta que sus muslos presionan contra los míos. —Hay una diferencia—.

—¿La hay?— Sus dedos se deslizan en mi pelo, y tengo que luchar contra el impulso de quitarle ese jersey aquí mismo en mi despacho.

—A veces—. Me pongo de pie, obligándola a retroceder. —Ve a hacer la maleta. Tengo una reunión con mis lugartenientes en una hora—.

Ella estudia mi rostro durante un largo momento, esos ojos azul noche evaluándome, luego asiente y sale de la habitación, su

pequeño y firme trasero balanceándose de un lado a otro, haciéndome la boca agua.

La reunión tiene lugar en mi sala de conferencias privada. Ronnie se sienta a mi derecha, sus ojos marrones agudos y concentrados. Otros dos capitanes lo flanquean, ambos hombres que conozco desde hace más de una década.

Danil se queda cerca de la puerta, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho, observándolo todo.

—Háblame de las finanzas de Yuri—, digo, omitiendo las formalidades.

Ronnie desliza una carpeta sobre la mesa. —Hemos rastreado sus registros bancarios desde seis meses antes del… viaje a Montana. Depósitos en efectivo regulares, siempre por debajo de diez mil para evitar informes. Suman poco menos de doscientos mil—.

Hojeo los estados de cuenta, observando el patrón. Cada martes, como un reloj. —¿Fuente?

—Cuenta en el extranjero. Todavía estamos trabajando para rastrearla, pero quien la configuró sabía lo que hacía. Múltiples empresas fantasma, diferentes jurisdicciones, todo el paquete.

—Profesional. Cierro la carpeta. —No es ningún aficionado con resentimiento.

—De acuerdo. Ronnie se reclina en su silla. —Esto requirió planificación. Recursos. Alguien con mucho dinero y paciencia.

Mi mente va directamente hacia Katya Rostova. Ella tiene el motivo, el dinero y la paciencia. Pero algo no encaja. La mujer en el video del hotel tenía cabello castaño rojizo, y el de Katya es más oscuro. Podría ser una peluca, pero ¿por qué molestarse con ese nivel de disfraz si ya está usando una cuenta en el extranjero?

—Quiero aumentar la seguridad en todas mis propiedades. Doblen los guardias, roten los turnos para que nadie se relaje. Y quiero

vigilancia sobre Katya Rostova. A dónde va, con quién se encuentra, cada llamada que hace.

—Ya está hecho —dice Danil desde su posición junto a la puerta. —Ha estado tranquila desde la fiesta. Demasiado tranquila.

—Sí, eso es lo que me preocupa. Me levanto, señalando que la reunión ha terminado. —Alguien intentó matarme y fracasó. O están reagrupándose o piensan que estoy demasiado distraído para ver el próximo movimiento.

—¿Lo estás? —pregunta uno de los otros capitanes. —¿Distraído?

La pregunta queda en el aire, y sé lo que realmente está preguntando. ¿Es Lena una debilidad? ¿Estoy comprometido?

—Estoy concentrado en encontrar quién me traicionó y asegurarme de que no vuelva a suceder. Mi voz baja a ese tono silencioso que pone nerviosos a los hombres. —Cualquiera que confunda esa concentración con distracción aprenderá la diferencia. Permanentemente.

El capitán asiente rápidamente, y lo veo tragar con dificultad. Bien. El miedo mantiene a la gente honesta.

Después de que se van, Danil se queda. —No les contaste sobre Montana.

—No necesitan saber mis movimientos. Sirvo vodka para ambos. —Cuantas menos personas sepan dónde estoy, más seguros estaremos.

—¿Y Lena?

—Viene conmigo. Me tomo el vaso de un trago. —No es negociable.

Me estudia durante un largo momento. —Estás enamorado de ella.

Las palabras golpean como un impacto físico, robándome el aliento. Quiero negarlo, reírme, recordarle que hombres como yo no se enamoran. Pero la mentira no sale.

—Eso es un problema —digo en su lugar.

—¿Por qué? Se toma el vodka de un trago. —¿Porque es Lena Orlova? ¿Porque ordenaste su asesinato? ¿O porque amar a alguien te hace vulnerable?

—Todo lo anterior. Relleno ambos vasos. —Elige.

—Para lo que valga, creo que ella es buena para ti. Deja su vaso. —Eres diferente con ella. Mejor.

—Mejor no te mantiene vivo en este mundo.

—Quizá no. Se dirige hacia la puerta. —Pero ¿de qué sirve mantenerse vivo si solo estás existiendo?

Me deja con esa pregunta y una botella de vodka que de repente parece muy atractiva.

Horas más tarde, me encuentro frente a la puerta de Lena. Es pasada la medianoche, y debería dejarla dormir. Debería darle espacio y tiempo y todas las cosas que un hombre decente ofrecería.

Pero nunca he sido decente, y ahora necesito verla más que mi próximo aliento.

Llamo una vez, luego entro sin esperar permiso. Está junto al tocador, doblando ropa en una pequeña maleta. Se ha puesto un pantalón de dormir y una camiseta sin mangas, y la vista de sus hombros desnudos me seca la boca.

—Podría estar desnuda —dice sin volverse.

—Ojalá. Cierro la puerta tras de mí, echando el cerrojo. —¿Necesitas ayuda para hacer la maleta?

—He estado haciendo mis maletas durante veintiséis años. Pero sonríe cuando finalmente me mira. —Creo que puedo arreglármelas.

Cruzo la habitación en tres zancadas, acorralándola contra el tocador. Mis manos rodean sus caderas, encerrándola, y observo

cómo sus pupilas se dilatan. —¿Y si quiero ayudar de todos modos?

—Entonces solo buscas una excusa para estar en mi habitación —dijo ella, mientras sus manos reposaban sobre mi pecho, y a través de la camisa, su contacto me quemaba.

—No necesito ninguna excusa —murmuré, inclinándome para encontrar la curva de su cuello con mi boca. Sabía a jabón y a algo que era únicamente suyo, y no podía saciarme—. Te deseo.

Su respiración se cortó. —Aleksandr.

La levanté sobre el armario, colocándome entre sus muslos. Sus piernas se enredaron automáticamente alrededor de mi cintura, acercándome, y el calor de su núcleo contra mi polla me hizo gemir.

—No deberíamos —susurró ella, pero sus manos ya tiraban de mi camisa, sacándola de mis pantalones.

—Probablemente no —contesté, capturando su boca en un beso lleno de dientes, lengua y violencia apenas contenida—. Dime que pare.

—No te atrevas —gruñó ella, mordiendo mi labio inferior con fuerza suficiente para hacerme sentir el pinchazo.

Le quité el top en un solo movimiento fluido, y la vista de sus pechos desnudos hizo que mi polla se pusiera completamente erecta. Los tomé con rudeza, pasando mis pulgares por sus pezones hasta que se endurecieron en puntas firmes. Ella se arqueó bajo mi toque, su cabeza cayendo hacia atrás contra el espejo.

Gruñí, inclinándome para tomar uno de sus pezones en mi boca. Sabía a sal y calor, y los sonidos que emitía iban directamente a mi polla, recorriendo mis nervios en el camino.

Sus manos forcejearon con mi cinturón, y la ayudé, bajándome los pantalones lo suficiente para liberarme. Ya estaba duro, ya ardía, y cuando deslicé mi mano entre sus muslos, la encontré empapada.

—Joder, Lena —dije, rodeando su clítoris con mi pulgar, observando su rostro mientras el placer crecía—. Estás tan lista para mí.

Me coloqué en su entrada y entré en ella en un solo empujón fuerte y fluido. Ambos gemimos ante la sensación, el ajuste perfecto de nuestros cuerpos.

Marqué un ritmo implacable, empujándola con tanta fuerza que el armario golpeaba la pared con cada embestida. Ella respondía a cada movimiento, sus caderas girando contra las mías, aceptando todo lo que le daba y exigiendo más.

—Mírame —ordené, y sus ojos se abrieron de golpe—. Quiero verte cuando te corras.

Mantuvo mi mirada mientras llegaba entre nosotros, encontrando su clítoris y frotando círculos firmes. Sus músculos internos comenzaron a contraerse, y supe que estaba cerca.

—Eso es, cariño. Déjate llevar.

—Solo si te corres conmigo —jadeó ella, sin aliento. Esas palabras casi me hicieron correrme al instante. Como respuesta, agarré sus caderas con más fuerza y aumenté el ritmo. —¡Ahora! —gritó ella. Sus paredes internas pulsaron alrededor de mi polla, exprimiéndola, y ya no podía aguantarme más, incluso si quisiera. Me dejé llevar con un gruñido, hundiéndome lo más profundo posible dentro de ella. Ella apretó sus piernas aún más fuerte alrededor de mi cintura, manteniéndome allí mientras mi cuerpo palpitaba y me estremecía con un placer exquisito.

Cuando logré respirar con cierta normalidad de nuevo, la levanté del armario y la llevé a la cama, acostándola suavemente antes de meterme a su lado.

Ella se acurrucó contra mi costado, con la cabeza sobre mi pecho, y tiré de las mantas para cubrirnos a ambos.

—No soy el mismo hombre que ordenó tu ejecución —dije en voz baja en la oscuridad—. Pero tampoco soy completamente el hombre Sasha de la cabaña.

Estuvo callada tanto tiempo que pensé que se había quedado dormida. Entonces su mano encontró la mía, entrelazando nuestros dedos. —¿Quién eres, entonces?

—Algo intermedio —respondí, dejando un beso en su cabello—. Estoy intentando averiguarlo.

—Avísame cuando lo descubras —dijo ella, con la voz ya cargada de sueño.

La abracé mientras su respiración se calmaba, mientras se sumía en el sueño, todavía apoyada contra mi costado. La luz de la luna entraba por la ventana, pintando su rostro de plata, y me di cuenta con absoluta certeza de que haría lo que fuera necesario para mantenerla a salvo.

Ya no se trataba solo de su seguridad. No se trataba de proteger un activo o mantener las apariencias o cualquiera de las razones lógicas que me había estado diciendo.

Me había enamorado de ella.

Estoy enamorado de Lena Orlova, y eso me aterra.

45

LENA

El jet privado corta las nubes como un cuchillo atraviesa la seda, y apoyo mi frente contra la fría ventana, observando cómo el paisaje se transforma bajo nosotros. La ciudad da paso a los suburbios, los suburbios a las tierras de cultivo, las tierras de cultivo a las montañas salvajes y descontroladas que llamé hogar durante tres años.

Mi estómago se revuelve, aunque no sé si es por la altitud, el embarazo o la pura ansiedad de regresar a Montana. Probablemente las tres cosas.

—¿Estás bien? —La voz de Aleksandr es baja, destinada solo a mis oídos.

—Bien. —No lo miro, sigo con los ojos fijos en las montañas que se agrandan mientras descendemos. —Solo estoy pensando.

Su mano encuentra la mía en el apoyabrazos, entrelazando sus dedos con los míos con una posesividad que debería irritarme, pero no lo hace. El gesto me sorprende más que el contacto en sí. No es un hombre que muestre afecto delante de sus soldados, y sin embargo, aquí está, cogiendo mi mano como si fuera lo más natural del mundo.

Lo miro de reojo. Está concentrado en su portátil, revisando algo que hace que su mandíbula se tense, pero su pulgar traza círculos en el dorso de mi mano. El contraste entre el cálculo frío de su rostro y el toque gentil es extraño.

—¿En qué estás pensando? —pregunta sin apartar la vista de la pantalla.

—En lo diferente que se ve todo desde aquí arriba. —Vuelvo a mirar por la ventana. —Cuando conduje hasta aquí hace tres años, estaba aterrada. Cada kilómetro parecía llevarme más profundo al exilio. Ahora vuelo en un jet privado con un jefe mafioso cogiendo mi mano. La vida es rara.

Su boca se curva ligeramente. —¿Es eso lo que soy? ¿Un jefe mafioso?

—Pakhan suena demasiado formal. Señor del crimen suena demasiado dramático. —Aprieto sus dedos. —Jefe mafioso tiene un buen sonido.

—Actualizaré mis tarjetas de visita. —Cierra el portátil y se gira completamente hacia mí. Esos ojos dorados escudriñan mi rostro, leyendo cosas que no quiero que vea. —Estás nerviosa.

—Observador.

—Es mi trabajo darme cuenta de las cosas. —Su mano libre se acerca para apartar un mechón de pelo detrás de mi oreja. —Habla conmigo.

Quiero contarle lo del bebé. El secreto reposa en mi lengua como una piedra, pesada e imposible de tragar. Pero este no es el momento ni el lugar.

—Solo estoy preocupada por lo que encontraremos, —digo en su lugar. No es una mentira, pero tampoco toda la verdad. —Pavel era un buen hombre. No merecía morir así.

Su voz baja a ese tono peligroso que pone nerviosa a la gente. —Encontraremos a quien lo hizo. Y el porqué. Luego pagarán por ello.

La certeza en su tono debería aterrorizarme. En cambio, me hace sentir segura de una manera que probablemente sea profundamente insana.

El jet aterriza en un pequeño aeródromo privado fuera del pueblo, y un SUV negro espera en la pista. Danil conduce mientras Aleksandr se sienta a mi lado en la parte trasera, su mano nunca suelta la mía. Los dos guardias siguen en un segundo vehículo, y siento el peso de toda esta protección como algo físico.

El pueblo parece exactamente el mismo. Los mismos edificios desgastados por el tiempo, las mismas camionetas aparcadas en ángulo a lo largo de la calle principal, la misma sensación de que el tiempo fluye diferente aquí que en el resto del mundo. Pero yo soy diferente. La mujer que vivió aquí escondida se ha ido, reemplazada por alguien que todavía estoy tratando de descifrar.

La casa de John Davis se encuentra en cinco acres en las afueras del pueblo, una modesta vivienda estilo rancho con un jardín bien cuidado y vistas a las montañas. El humo se eleva desde la chimenea, y veo cómo las cortinas se mueven mientras nos acercamos por el camino de entrada.

Está vigilando. Por supuesto que sí. Los exagentes del FBI no pierden ese instinto.

Aleksandr me ayuda a salir del todoterreno, con la mano en mi codo, y noto cómo se coloca ligeramente delante de mí. Protector. Siempre protector.

John abre la puerta antes de que podamos llamar. Va vestido con vaqueros y una camisa de franela, sus ojos avellana recorriendo a Aleksandr con esa evaluación que solo dan décadas estudiando a hombres peligrosos.

—Sasha, ¿verdad? —Su voz es neutra, sin revelar nada—. Me preguntaba si volverías.

—En realidad, es Aleksandr. Aleksandr Romanov.

John asiente. —Me lo imaginaba. —Se gira hacia mí—. Maya, me alegra verte con tan buen aspecto.

Sonrío. —En realidad, es Lena —digo con una leve sonrisa—. Lena Orlova.

Su sonrisa se ilumina un poco más. —Eso también me lo imaginé.

—Gracias por recibirnos —dice Aleksandr.

—No tenía mucha opción, ¿no? —Pero no hay hostilidad en sus palabras, solo resignación—. Pasad. Tenemos mucho que discutir.

La casa es exactamente lo que esperaría de un exagente del FBI viviendo solo. Limpia, ordenada, austera. Unas cuantas fotografías en la repisa muestran a un John más joven con una mujer que debió de ser su esposa. Los muebles son cómodos pero no caros, y todo tiene el aire de un hombre que ha dejado de intentar impresionar a nadie.

Danil y los guardias esperan fuera, y agradezco ese pequeño gesto. No hace falta que John sienta que está rodeado de hombres armados, aunque lo esté.

John señala el sofá. —Sentaos. Prepararé café.

—No hemos venido por café —dice Aleksandr, pero se sienta de todos modos, tirando de mí para que me siente a su lado. Su brazo rodea mis hombros, y me apoyo en su calor a pesar de la tensión que palpita en la habitación.

—No, habéis venido porque Pavel Galkin está muerto, y queréis saber quién lo mató. —John se dirige a la cocina de todos modos, y oigo el sonido de una cafetera arrancando—. Y porque creéis que está relacionado con quien intentó mataros.

El cuerpo de Aleksandr se tensa a mi lado. —También sabes eso.

—Sé muchas cosas. —John regresa con tres tazas, colocándolas en la mesa de café con cuidado deliberado—. Sé que desaparecisteis durante un mes. Sé que aparecisteis en la cabaña de Maya… eh, de Lena… sangrando y medio muertos. Sé que os marchasteis con ella, y sé que Pavel estaba aterrorizado en las semanas posteriores a vuestra visita.

—¿Aterrorizado por qué? —pregunto.

John se acomoda en el sillón frente a nosotros, sus manos curtidas rodeando la taza. —No quiso decirlo. Pero vino a verme hace tres semanas, preguntándome si aún tenía contactos en el FBI. Dijo que alguien de su pasado lo había encontrado, y necesitaba saber si su cobertura estaba descubierta.

El estómago se me hace un nudo. —¿Le ayudaste?

—Hice algunas llamadas. Discretas. —Su expresión se oscurece—. Su cobertura era sólida. No hubo filtraciones desde el Programa de Protección de Testigos. Lo que significa que quien lo encontró lo hizo a la antigua usanza. Lo rastreó.

Aleksandr se inclina hacia delante, sus ojos dorados intensos. —¿Dijo quién?

—No. Pero estaba tan asustado que me pidió que vigilara su casa cuando no estaba. —John se levanta y se acerca a un escritorio en la esquina, sacando una carpeta manila—. Y así conseguí esto.

Extiende fotografías sobre la mesa de café. Me falta el aliento.

Una mujer en un Mercedes negro de lujo, su pelo castaño rojizo captando la luz del sol. Las fotos están tomadas desde la distancia, pero la calidad es suficiente para ver su rostro con claridad.

Katya Rostova.

—Visitó la zona tres veces en seis meses —dice John—. Se reunió con Pavel en el restaurante. Los observé a través de la ventana. Él parecía aterrorizado, y ella parecía disfrutarlo.

La mano de Aleksandr se aprieta en mi hombro. —¿Cuándo fue la última vez?

—Dos semanas antes de que Pavel muriera. —John golpea ligeramente una de las fotos—. Esta vez se quedó tres días. Alquiló una habitación en el motel, condujo por el pueblo como si estuviera explorando algo. Luego se marchó, y una semana después, Pavel estaba muerto.

—La policía lo llamó suicidio —digo, con la voz apenas un susurro.

—La policía es idiota. —El tono de John es plano, seguro—. Pavel recibió un disparo en la cabeza con su propia arma, sí. Pero el ángulo era incorrecto. Las quemaduras de pólvora eran incorrectas. Y no había nota, lo que no encaja en absoluto con su perfil. Hombres como Pavel, si van a suicidarse, dejan explicaciones. Necesitan que la gente entienda por qué.

Aleksandr se levanta y se acerca para estudiar las fotografías con más detenimiento.

—Sé quién eres, Romanov —dice John—. Sé a qué te dedicas. He pasado veinte años construyendo casos contra hombres como tú.

—Y sin embargo, ahora me estás ayudando —Aleksandr se gira para mirarlo—. ¿Por qué?

—Porque Pavel era un buen hombre que tomó malas decisiones y pagó por ellas al testificar. Se merecía vivir el resto de su vida en paz. —La mandíbula de John se tensa—. Y porque quienquiera que lo mató lo hizo pasar por un suicidio, lo que significa que cree que es lo suficientemente listo como para salirse con la suya. No me gusta la gente que cree que es más inteligente que yo.

A pesar de todo, casi sonrío. —¿Así que esto es por ego?

—Esto es por justicia. —Pero hay un destello de humor en sus ojos —. El ego es solo un extra.

Aleksandr vuelve al sofá y su mano encuentra la mía. —Necesito copias de todo lo que tengas. Fotos, cronología, cualquier nota que hayas tomado sobre sus movimientos.

—Ya hice copias. —John saca una memoria USB del bolsillo y la deja sobre la mesa—. Pero quiero algo a cambio.

—Dímelo.

—Quiero saber que cuando encuentres al responsable, pagará por ello como es debido. —La mirada de John es firme, inquebrantable —. No te pido que los entregues a la policía. No soy tan ingenuo. Pero quiero saber que se hizo justicia.

Aleksandr lo estudia durante un largo momento, luego asiente. — Tienes mi palabra.

—La palabra de un Pakhan. —La comisura de los labios de John se curva—. Supongo que tendrá que valer.

Hablamos durante otra hora, repasando detalles, cronologías y posibilidades. Las observaciones de John son agudas y meticulosas, fruto de décadas de trabajo investigativo. Se fijó en cosas que la policía local pasó por alto o no le importaron. Pequeñas inconsistencias que suman un asesinato.

Cuando nos levantamos para irnos, el sol se está poniendo, tiñendo las montañas de tonos dorados y púrpuras. John nos acompaña hasta la puerta, y noto cómo se mueve. Con cuidado. Alerta. Un hombre que ha pasado su vida mirando por encima del hombro.

—Una cosa más —dice John cuando Aleksandr abre la puerta. Sus ojos se clavan en los míos—. Sé lo del encargo que Romanov puso sobre ti hace tres años. Sé quién es tu familia y lo que hicieron.

Mi corazón se detiene. A mi lado, Aleksandr se queda completamente quieto.

—También sé que lo canceló —continúa John—. Y sé que le salvaste la vida cuando podrías haberlo dejado morir en la nieve. —Hace una pausa—. No sé qué hay entre vosotros ahora, y francamente, no es asunto mío. Pero por lo que valga, creo que os hacéis bien. Tú lo haces más humano, y él te hace más valiente.

Las palabras se me clavan en el pecho como un peso. —Gracias.

—No me des las gracias aún. —Su expresión es seria—. Katya Rostova es peligrosa. Es paciente, inteligente y no tiene nada que perder. Eso la convierte en el peor tipo de enemigo.

—Lo sé —dice Aleksandr en voz baja—. Pero cometió un error al venir tras mí. Y ahora va a pagar por ello.

Caminamos hacia el SUV, y soy muy consciente de la mano de Aleksandr en mi espalda, guiándome, protegiéndome. Danil abre la puerta, y estoy a punto de subir cuando el mundo se inclina de lado.

Las náuseas me golpean como un tren de carga. El estómago se me revuelve, y apenas llego a los arbustos junto al camino antes de vomitar, mi cuerpo sacudido por espasmos violentos que me dejan temblando y sudando a pesar del aire frío.

Unas manos fuertes apartan mi pelo de la cara. La voz de Aleksandr es baja y tranquilizadora en mi oído, pero no puedo concentrarme en las palabras. No puedo concentrarme en nada excepto en cómo mi cuerpo me traiciona.

Cuando por fin cesa, me enderezo lentamente, limpiándome la boca con el dorso de la mano. Las piernas me tiemblan, y el brazo de Aleksandr me rodea la cintura, sosteniéndome.

Me giro para mirarlo, y el corazón se me para.

Me observa con una expresión que no logro descifrar. Sus ojos dorados recorren mi rostro, bajan hasta mi estómago y vuelven a encontrarse con mi mirada. Hay cálculo ahí, inteligencia resolviendo

un rompecabezas, y veo el momento exacto en que las piezas encajan.

Lo sabe.

46

ALEKSANDR

Observo cómo Lena se limpia la boca con el dorso de la mano, su cuerpo aún tembloroso tras el violento acceso de náuseas. Mi brazo permanece encerrado alrededor de su cintura, sosteniéndola erguida mientras mi mente corre a través de cálculos y confirmaciones.

Está embarazada.

El conocimiento se instala en mi pecho como una piedra, pesada e innegable. Todos los signos han estado ahí durante semanas. Las náuseas matutinas que intentó pasar como gripe. La manera en que ha estado evitando ciertos alimentos. El agotamiento que la hace quedarse dormida acurrucada a mi lado antes de las nueve. La leve plenitud en sus pechos.

He estado esperando a que me lo dijera. Dándole espacio para asimilarlo ella misma antes de compartir la noticia. Pero al verla vomitar en la entrada de la casa de John Davis, observando el miedo cruzar su cara cuando se da cuenta de que he conectado los puntos, sé que la espera ha terminado.

—Vamos al hotel —digo en voz baja, guiándola hacia el todoterreno.

—¿No volvemos a la ciudad? —pregunta con sorpresa.

Niego con la cabeza. —No esta noche.

No discute, simplemente me deja ayudarla a entrar en el asiento trasero. Danil me mira por encima del techo del vehículo, su expresión interrogante, pero niego levemente con la cabeza. Ahora no. Aquí no.

El hotel es el mejor lugar del pueblo, lo cual no es decir mucho. Dos plantas, quizás cuarenta habitaciones, con un restaurante adjunto y una vista de las montañas que probablemente se ve mejor en verano. Envío a Danil adelante para que nos registre mientras ayudo a Lena a salir del todoterreno.

—Puedo caminar —protesta, pero sus piernas aún tiemblan.

—Sé que puedes —respondo, manteniendo mi brazo alrededor de su cintura de todas formas. —Humórame.

Danil me entrega dos tarjetas de llave cuando llegamos al vestíbulo. —Tú y Lena estáis en el 212. Yo en el 214. Los guardias comparten el 210.

La cabeza de Lena se levanta de golpe. —¿Una habitación?

—Una habitación —confirmo, guiándola hacia el ascensor.

Frunce el ceño pero no discute. Pero en cuanto entramos en nuestra habitación, se vuelve hacia mí. —¿Qué está pasando?

Alzo una ceja. —Tú dime.

Su cara se sonroja pero presiona sus labios con terquedad.

—Estás embarazada —digo con naturalidad, observando cómo el color desaparece de su rostro. —¿Cuándo ibas a decírmelo?

Cierro la puerta tras nosotros y echo el cerrojo. Lena se acerca a la ventana, mirando hacia el aparcamiento y las montañas más allá.

—Debería ducharme —dice en voz baja. —Probablemente huelo a vómito.

No me da oportunidad de discutir antes de salir corriendo hacia el baño. Un segundo después, oigo los grifos abrirse y el sonido del agua llenando la ducha.

La ducha corre durante veinte minutos. Cuando Lena finalmente emerge, lleva unos pantalones de dormir y una camiseta que estaban en su bolso, su cabello rubio húmedo y ligeramente rizado en las puntas. Parece más joven así, vulnerable, y algo en mi pecho se quiebra al verla.

—¿Te sientes mejor? —pregunto.

—Un poco —responde, sentándose al borde de la cama, sus manos retorciéndose. —El agua caliente ayudó.

Un golpe en la puerta anuncia el servicio de habitaciones que había pedido mientras ella se duchaba. Miro por la mirilla antes de abrir, luego le doy una generosa propina al chico que trae nuestra comida, que abre los ojos de par en par. Coloco todo en la pequeña mesa cerca de la ventana y le hago señas a Lena para que se una a mí.

Pica la sopa, tomando pequeños sorbos y mordisqueando galletas saladas. Observo cómo evita las verduras, cómo arruga la nariz al oler mi bistec. Notas mentales para más tarde.

—Necesitas comer más que eso —digo después de diez minutos viéndola mover la comida por el plato.

—Lo intento —responde, dejando su cuchara. —Todo huele mal ahora mismo.

—¿Qué te apetece? Pediré algo más.

—Nada me apetece. Ese es el problema —dice, tomando un sorbo de ginger ale. —Esto es lo único que no me da ganas de vomitar.

Corto un trozo de bistec, masticando lentamente mientras estudio su rostro. Las ojeras bajo sus ojos. La palidez de su piel. La forma en que su mano sigue desplazándose hacia su estómago antes de detenerse.

—¿Cuánto tiempo lo has sabido? —pregunté en voz baja.

Sus ojos se encontraron con los míos, y vi el momento exacto en que se dio cuenta de que no tenía sentido seguir fingiendo. —Poco más de dos semanas. Me hice una prueba en la finca.

—Dos semanas —dejé el tenedor sobre la mesa—. Has estado cargando con esto sola durante dos semanas.

—No sabía cómo decírtelo —su voz se quebró—. O si debía hacerlo. No estamos precisamente en una relación normal, Aleksandr.

Las palabras me golpearon más fuerte de lo que deberían.

—Me llamas tu prometida, pero eso solo es una tapadera. Dices que me proteges, pero sigo siendo una prisionera en tu casa. Me tocas como si te importara, pero no sé si eso es real o simplemente conveniente.

Me levanté de la silla y me acerqué a ella antes de decidir conscientemente moverme, mis manos en sus hombros, girándola para que me mirara. —¿Crees que esto es conveniente? ¿Crees que nada de esto ha sido fácil para mí?

—Ya no sé qué pensar.

—Entonces déjame dejarlo claro —la atraje contra mi pecho, una mano deslizándose en su pelo—. Te quiero, Lena. Estoy enamorado de ti. Lo he estado desde Montana, probablemente incluso antes de recuperar mis recuerdos. Y enterarme de que estás esperando a mi hijo es la mejor noticia que he tenido en toda mi maldita vida.

Se quedó muy quieta en mis brazos. —¿Me quieres?

—Sí —la admisión se sintió como saltar de un acantilado, aterrador y emocionante al mismo tiempo—. Te quiero. Y sé que lo he hecho todo mal, y sé que las circunstancias de cómo nos conocimos están más que jodidas. Pero te lo pido ahora, dame la oportunidad de hacer esto bien.

Las lágrimas corrían por su rostro, y las limpié con mis pulgares. —Tengo miedo.

—Lo sé —apoyé mi frente contra la suya—. Pero ya no estás sola. Me tienes a mí. Y juro por todo lo que tengo, que te protegeré a ti y a nuestro bebé.

Se quedó en silencio por un largo momento, y luego sus brazos rodearon mi cintura, abrazándome con fuerza. —También te quiero. Aunque eres imposible y mandón, y me secuestraste.

A pesar de todo, me reí. —Esos son mis mejores cualidades.

—En realidad no lo son —pero sonreía cuando se apartó para mirarme—. ¿Qué vamos a hacer?

—Primero, vamos a conseguirte atención médica adecuada. Los mejores médicos, revisiones regulares, lo que necesites —la guié de vuelta a la cama, sentándome a su lado—. Segundo, vamos a aumentar tu seguridad.

—Ya tengo guardias.

—Más guardias —mi mano encontró su estómago, posándose allí con suavidad—. Estás llevando al futuro heredero de la Bratva Romanov. Eso te convierte en el objetivo más valioso de mi mundo.

Cubrió mi mano con la suya. —Ese es un pensamiento aterrador.

—Por eso estamos tomando todas las precauciones —me incliné y la besé, lento y profundamente—. Pero ahora mismo, solo quiero disfrutar de este momento. Tú, yo, y el hecho de que vamos a ser padres.

Su sonrisa fue genuina esta vez, llegando a sus ojos. —Padres. Eso es surrealista.

—Dímelo a mí —la atraje hacia mí, y ella se acurrucó como si perteneciera allí—. ¿Qué quieres? ¿Niño o niña?

—Que esté sano. Eso es todo lo que quiero —trazó patrones sobre mi pecho—. Aunque una niña podría ser agradable. Alguien a quien enseñar todas mis habilidades de supervivencia.

—Dios me ayude si tiene tu carácter testarudo.

—Lo necesitará, creciendo en tu mundo —su voz se hizo más baja—. Aleksandr, necesito decirte algo más.

—¿Qué?

—Mis padres —se incorporó, dándose la vuelta para mirarme—. No he hablado con ellos en tres años. No saben si estoy viva o muerta. He estado cargando con esta culpa, este peso de haberlos abandonado, pero tenía demasiado miedo de que cualquier contacto llevara a tu gente hacia mí o hacia ellos.

El dolor en su voz hizo que mi pecho se apretara. —Lena.

—Se merecen saber que estoy viva. Se merecen saber lo del bebé — las lágrimas volvieron a correr por su rostro.

Le levanté la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos. —Organizaré una reunión. Podrás verlos, contarles todo, y podrán conocer a su futuro nieto.

La esperanza cruzó su rostro. —¿Harías eso?

Asentí y besé su frente. —Tus padres merecen saber que estás viva, y tú necesitas verlos.

Entonces me besó, suave y dulcemente, y saboreé la sal de sus lágrimas. Cuando nos separamos, sonreía a través del llanto.

—Voy a exigirte que cumplas esa promesa.

Me levanté. —Ahora termina tu sopa. Necesitas comer algo.

—Mandón —murmuró, pero volvió a la mesa.

Estaba cortando otro trozo de bistec cuando sonó mi teléfono. El nombre de Danil apareció en la pantalla, y algo en mi estómago se tensó.

—¿Qué pasa? —respondí.

—Tenemos un problema —su voz era sombría—. Katya Rostova ha desaparecido de su casa. Ninguno de nuestros contactos sabe dónde está.

47

LENA

El jet privado surca el cielo nocturno, y yo apoyo mi frente contra la fría ventana, observando cómo las luces de la ciudad aparecen en el horizonte como diamantes dispersos. Mi estómago finalmente se ha calmado tras el ginger ale y las galletas que Aleksandr me obligó a consumir antes de salir de Montana, pero las náuseas han sido reemplazadas por una sensación de malestar de otro tipo.

Katya Rostova está desaparecida.

Aleksandr está sentado frente a mí, con su portátil abierto y el teléfono pegado a la oreja. Ha estado haciendo llamadas durante la última hora, su voz baja y mortalmente tranquila, de una manera que hace que mi columna se enderece automáticamente. Este no es el hombre que me abrazó mientras lloraba por mis padres. Este es el Pakhan, y observarlo trabajar es como ver a un depredador coordinando una cacería.

—No me importa si tenéis que llamar a cada puerta de la ciudad —dice al teléfono, sus ojos dorados duros como la piedra—. Encontradla. Quiero saber dónde ha estado, con quién ha hablado y qué está planeando. Tenéis doce horas.

Termina la llamada y marca otro número al instante. Sus dedos tamborilean contra su muslo, la única señal de tensión en su demaneda por lo demás controlada. El movimiento llama mi atención sobre cómo sus pantalones de vestir se ciñen a sus musculosas piernas, e incluso aterrorizada y agotada, mi cuerpo lo nota.

Sus ojos se posan en los míos, y algo en su expresión se suaviza. Solo por un momento, la máscara del Pakhan se desliza, y veo preocupación allí. Preocupación real.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, dejando el teléfono a un lado.

—Como si estuviera a punto de vomitar de nuevo, pero tal vez sea miedo en lugar del embarazo —intento bromear, pero mi voz tiembla.

Se acerca y se sienta a mi lado, su mano encontrando la mía y entrelazando nuestros dedos. El contacto me ancla, me recuerda que ya no estoy sola en esto. —La encontraremos antes de que pueda hacer otro movimiento.

—No puedes saberlo.

—Sé que todos mis recursos están enfocados en localizarla. Sé que no puede esconderse para siempre, no en mi ciudad —su pulgar traza círculos en el dorso de mi mano—. Y sé que haré lo que sea necesario para mantenerte a ti y a nuestro bebé a salvo.

La certeza en su voz debería reconfortarme. En cambio, me recuerda exactamente lo que «lo que sea necesario» significa para un hombre como Aleksandr Romanov.

Danil aparece desde el frente del avión, con una expresión sombría. —Jefe, tenemos una actualización.

El cuerpo entero de Aleksandr se tensa. —¿Qué?

—Katya liquidó tres propiedades la semana pasada. Las vendió por efectivo, muy por debajo del valor de mercado. También retiró dos

millones de varias cuentas —Danil se sienta frente a nosotros—. Está financiando algo grande.

Mi estómago se hunde. —¿Dos millones de dólares?

—Eso compra mucha lealtad —dice Aleksandr en voz baja—. O mucho poder de fuego.

El avión comienza a descender, y observo cómo la ciudad crece bajo nosotros. En algún lugar ahí abajo, una mujer que quiere muerto a Aleksandr está planeando su próximo movimiento. Y yo estoy llevando a su hijo, lo que me convierte en el perfecto chantaje o el perfecto objetivo.

Posiblemente ambas cosas.

La finca aparece entre los árboles mientras subimos por el largo camino de entrada, y nunca había estado tan agradecida de ver esos altos muros y puertas de seguridad. Aleksandr me ayuda a salir del SUV, con su mano en mi codo, y noto cómo sus ojos escanean automáticamente los terrenos. Siempre vigilando. Siempre calculando amenazas.

Dentro, me guía hasta su despacho donde Ronnie espera con más archivos extendidos sobre el escritorio. El capitán se levanta cuando entramos, sus ojos marrones moviéndose entre Aleksandr y mí con curiosidad apenas disimulada.

—Pakhan —dice—. Hemos compilado todo lo que tenemos sobre los movimientos de Katya en los últimos seis meses.

Aleksandr se acerca al escritorio, y yo lo sigo, echando un vistazo por encima de su hombro a las fotografías y documentos. Mis ojos se detienen en una imagen, Katya saliendo de un restaurante con un hombre que no reconozco. Está sonriendo, con la mano en su brazo, y algo en la intimidad casual del gesto me eriza la piel.

—¿Quién es ese? —pregunto, señalando.

—Dmitri Volkov —dice Ronnie—. Traficante de armas. Especializado en armas imposibles de rastrear.

Las implicaciones caen sobre mí como una manta mojada. —Se está armando.

—O armar a otros. —La mandíbula de Aleksandr se tensa. —Ronnie, quiero vigilancia sobre todos los conocidos de Katya.

—Ya está hecho, jefe. Tenemos ojos sobre doce personas hasta ahora.

—Hazlo veinte. —Aleksandr se vuelve hacia mí, y su expresión cambia de frío cálculo a algo más cálido. —Necesitas descansar. Ha sido un día largo.

—Estoy bien.

Su mano encuentra la parte baja de mi espalda. —Hazme el favor. —Sonríe mientras me acompaña lejos de su oficina, hacia mi habitación. Se inclina y me besa, lento y profundo, y por un momento olvido a Katya, las amenazas y el peligro que nos rodea. Solo están su boca sobre la mía, sus manos en mi cuerpo y el calor que crece entre nosotros a pesar del cansancio que me atenaza.

Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad. Sus ojos dorados están oscurecidos por el deseo, y la manera en que me mira hace que mi interior se tense.

—A la cama —dice, con voz ronca—, antes de que te tome contra esta pared y escandalice al personal.

—¿Sería tan malo?

Su risa es baja y peligrosa. —Tentador. Pero necesitas descansar, y yo tengo trabajo que hacer.

Por primera vez, me doy cuenta de los dos guardias que ya están apostados en el pasillo. Ambos asienten con respeto al pasar.

Dentro de mi habitación, me atrae contra su pecho, sus brazos rodeándome. —Sé que odias estar restringida. Sé que esto se siente como una jaula. Pero por favor, solo por ahora, déjame mantenerte a salvo.

Inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo. —Lo entiendo. No me gusta, pero lo entiendo.

—Gracias. —Me da un beso en la frente—. Descansa un poco. Vendré a ver cómo estás más tarde. —Hace una pausa y señala mi mesita de noche—. Por cierto, Danil ha configurado un teléfono seguro para ti. Puedes llamar a tus padres cuando quieras.

Mi estómago se revuelve, no de náuseas, sino de emoción y temor al mismo tiempo. Puedo hablar con mis padres. Después de todo este tiempo. Estoy ansiosa e impaciente por hablar con ellos, pero preocupada por cómo se sentirán sobre cómo viví durante mi exilio y especialmente cómo vivo ahora.

Me cambio a unos pantalones de dormir y una camiseta, luego me siento al borde de la cama con el teléfono en la mano. Marco el número que Danil había dejado en un papel al lado. Suena una vez. Dos. Tres.

—¿Hola? —La voz de mi madre, cautelosa e incierta, hace que las lágrimas broten de inmediato en mis ojos.

—¿Mamá? —Mi voz se quiebra—. Soy yo. Soy Lena.

El sonido que hace está entre un sollozo y un jadeo. —¿Lena? Oh, Dios mío, Lena, ¿eres realmente tú?

—Soy realmente yo, mamá. Estoy viva. Estoy a salvo. —Las lágrimas ahora corren calientes e imparables por mi cara—. Siento mucho no haber podido llamar antes. Siento mucho haberlos dejado a ti y a papá sin saber si estaba bien.

—Cariño, lo entendimos. Sabíamos que tenías que huir. —Ella también está llorando, sus palabras salen entre sollozos—. Hemos

estado rezando cada día para que estuvieras viva en algún lugar. Que estuvieras a salvo.

—Lo estoy. Estoy a salvo ahora. Quiero verte. Quiero verte a ti y a papá tanto.

—¿Dónde estás? ¿Podemos ir a verte?

Miro hacia la puerta, sabiendo que Aleksandr o sus guardias podrían estar escuchando esta conversación a través del sistema de seguridad que ha instalado. —Estoy en la ciudad. Y pronto podremos vernos, lo prometo.

—¿En la ciudad? —Su voz se vuelve baja—. Lena, ¿estás segura de que es seguro? La gente que te buscaba…

—Es complicado, mamá. Pero te prometo que ahora estoy protegida. Te explicaré todo cuando te vea. —Respira profundamente—. ¿Cómo está papá?

—Está bien. Preocupado por ti constantemente, pero bien. Hemos estado viviendo tranquilamente, manteniéndonos al margen. —Hace una pausa—. Tu tío Orleg desapareció hace dos años. No hemos sabido de él desde entonces.

La noticia sobre mi tío debería sorprenderme, pero no lo hace. Los hombres que roban a la Bratva no suelen vivir lo suficiente como para desaparecer por su propia voluntad. —Lo siento, mamá.

—No lo sientas. Él tomó sus decisiones. —Su voz se endurece ligeramente—. Nosotros tomamos las nuestras al intentar ayudarlo. Pero tú, tú eras inocente en todo esto. No merecías lo que pasó.

—Estoy bien ahora. Lo prometo. —Me seco las lágrimas con el dorso de la mano—. Tengo tanto que contarte.

Hablamos durante otra hora, y cuando colgamos, me duele la cara de tanto llorar y sonreír por igual.

Me estoy preparando para dormir, cepillándome los dientes y lavándome la cara, cuando lo oigo. Gritos abajo. El sonido de varios vehículos llegando, motores acelerando y puertas cerrándose de golpe.

Mi corazón se levanta hasta mi garganta. Abro la puerta de mi habitación de golpe y encuentro a uno de mis guardias ya dirigiéndose hacia las escaleras, con la mano en su arma. El otro se queda conmigo, su cuerpo colocado entre yo y lo que sea que esté pasando abajo.

Entonces lo veo. Aleksandr camina por el pasillo hacia mí, su rostro oscurecido por la furia, sus ojos dorados ardiendo con algo que parece una mezcla de ira y satisfacción.

—¿Qué está pasando? —pregunto, mi voz apenas un susurro.

Se detiene frente a mí, sus manos encuentran mis hombros. —Katya acaba de hacer su jugada.

48

ALEKSANDR

—Katya acaba de hacer su jugada—. Las palabras saben a ceniza en mi boca mientras veo cómo el rostro de Lena palidece.

—¿Qué clase de jugada?—. Su voz es firme, pero noto cómo su mano se posa instintivamente sobre el vientre, en un gesto protector.

La guío de vuelta a su habitación y cierro la puerta tras de nosotros. Los guardias toman posición fuera y agradezco la intimidad. —Ha enviado un mensaje a través de un intermediario. Quiere que nos veamos mañana a medianoche. Territorio neutral, solo nosotros dos—.

—Es una trampa—. No lo formula como una pregunta.

—Obviamente—. Me acerco a la ventana y observo los terrenos, donde llegan más vehículos. Mis hombres, respondiendo a la alerta que envió Danil. —Pero también es una oportunidad—.

—Una oportunidad para que te maten—. Cruza los brazos y el gesto empuja sus pechos hacia arriba.

—Una oportunidad para terminar con esto—. Me giro hacia ella. —Katya lleva meses planeándolo. Quizá años. Es paciente, inteligente y no parará hasta que uno de los dos esté muerto. Esta reunión me da la oportunidad de controlar las circunstancias en lugar de esperar su próximo movimiento—.

La mandíbula de Lena se tensa. —¿De verdad vas a caer en una trampa tan obvia?—

—Voy a volver su trampa contra ella—. Me acerco y mis manos encuentran sus caderas. —Confía en mí—.

—Confío en ti. Por eso me aterra—. Sus manos descansan sobre mi pecho y, incluso a través de la camisa, su contacto quema. —¿Y si algo sale mal?—

—Entonces Danil tomará el mando. Estarás protegida, tendrás todo lo necesario. He hecho los arreglos—.

Sus ojos se estrechan. —¿Qué clase de arreglos?—

—Los que aseguran que tú y nuestro bebé estarán a salvo pase lo que pase conmigo—. Me inclino y apoyo mi frente contra la suya. —Pero no va a pasar nada. He sobrevivido a cosas peores que Katya Rostova—.

—¿De verdad?—. Su voz baja a un susurro. —Porque desde donde yo estoy, esto se siente diferente. Más personal. Más peligroso—.

Tiene razón, pero no se lo digo. En lugar de eso, la beso, lento y profundo, saboreando el miedo en su lengua mezclado con resignación. Cuando me separo, sus ojos están húmedos.

—Tengo que reunirme con Danil—, digo en voz baja. —Planear esto como es debido. ¿Estarás bien?—

Asiente, pero veo la mentira en sus ojos. Ninguno de los dos estará bien hasta que esto termine.

Danil me espera en mi despacho con Ronnie y otros dos capitanes en quienes confío con mi vida. Los mapas están desplegados sobre mi escritorio y la ubicación del almacén está marcada en rojo.

—Es el territorio perfecto para una emboscada—, dice Ronnie, señalando el plano del edificio. —Múltiples puntos de entrada, techos altos para francotiradores, rutas de escape limitadas—.

—Por eso lo ha elegido—. Estudio el mapa, mi mente calculando ángulos y posibilidades. —Espera que llegue con refuerzos, rodeado de hombres. Para eso está preparada—.

—Entonces hacemos lo contrario—, dice Danil, captando la idea al instante. —Vas ligero. Que crea que lleva ventaja—.

—Mientras colocas hombres en todos los edificios en un radio de tres manzanas—. Trazo las estructuras circundantes con el dedo. —Francotiradores en los tejados, equipos listos para intervenir a mi señal. Ella cree que está tendiendo la trampa, pero somos nosotros quienes controlamos el tablero—.

Pasamos las siguientes tres horas planeando cada detalle. Rutas de escape, protocolos de comunicación, contingencias para cada escenario que se me ocurre. Cuando terminamos, el amanecer asoma por mis ventanas.

—Descansad un poco—, les digo. —Nos movemos a las once de la noche—.

Cuando se marchan, saco mi portátil y abro el archivo que preparó mi abogado. Mi testamento, actualizado para incluir a Lena y el futuro de nuestro hijo. Tendrá acceso a negocios legítimos, dinero limpio que no pueda rastrearse hasta operaciones criminales. Suficiente para vivir cómodamente el resto de su vida sin necesidad de tocar el lado oscuro de mi imperio.

El día pasa en un borrón de preparativos finales. Me reúno con mis capitanes, reviso los protocolos de seguridad y me aseguro de que esté cubierto cualquier imprevisto. Pero mi mente no deja de vagar

hacia Lena, hacia la forma en que me miró esta mañana, como si estuviera memorizando mi rostro.

Cuando cae la noche, ya no puedo mantenerme alejado.

Su puerta está abierta, y la encuentro acurrucada en la cama, mirando al techo. No parece sorprendida cuando entro, solo gira la cabeza para verme acercarme.

—¿No podías dormir? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—¿Cómo voy a dormir cuando estás a punto de caer en una trampa mortal? —Se incorpora, y la sábana se desliza de su pecho. Lleva puesta una de mis camisas, y verla con mi ropa hace que algo primitivo ruga en mi pecho.

Me quito la camisa y los pantalones, dejándolos en un montón en el suelo, y luego me meto en la cama a su lado. Mis manos encuentran el dobladillo de la camisa que lleva puesta, y se la quito lentamente, revelando centímetro a centímetro su piel suave que he explorado con mi lengua cientos de veces.

—Aleksandr. —Su voz queda sin aliento, llena de necesidad.

—Te necesito. —Las palabras salen ásperas, desesperadas.

Ella me atrae hacia sí, y el beso es feroz, casi desesperado. Necesito estar dentro de ella, necesito sentirla alrededor de mí, necesito recordar por qué lucho.

Penetro en ella con un empujón brusco, y ambos gemimos ante la sensación. Esta noche no hay delicadeza, ni lentitud. Solo necesidad cruda y la certeza de que podría ser la última vez.

Ella responde a cada empuje, sus uñas arañando mi espalda con fuerza suficiente para dejar marcas. Bien. Quiero llevar sus marcas cuando enfrente a Katya mañana. Quiero llevarla conmigo hacia lo que sea que venga.

—Prométeme —jadea mientras empujo más hondo—. Prométeme que volverás.

—Volveré a ti.

Su orgasmo la arrasa con tal fuerza que grita mi nombre, y yo la sigo segundos después, vaciándome dentro de ella con un gemido que parece arrancado de mi pecho.

Después, yacemos enredados, ambos jadeando, y la sostengo como si pudiera mantener el mundo a raya solo con la fuerza de mi voluntad.

La mañana llega demasiado pronto. Me despierto y encuentro a Lena ya levantada, de pie frente a la ventana con una de mis camisas, observando el amanecer sobre los jardines.

—He hecho café —dice sin volverse—. Probablemente está horrible, pero lo he intentado.

Me acerco por detrás, rodeando su cintura con mis brazos, mis manos extendiéndose sobre su vientre donde crece nuestro hijo. —Gracias.

Bebemos café en silencio, y luego me dirijo a mi despacho para prepararme. Mis armas están dispuestas sobre el escritorio, cada una limpia y engrasada a la perfección. Compruebo los cargadores, pruebo los mecanismos y me aseguro de que todo esté como debe.

Lena aparece en el umbral, sus ojos recorriendo las armas con algo que parece resignación. —Enséñame.

—¿Enséñarte qué?

—Cómo usar una. —Entra en la habitación, sus pies descalzos silenciosos sobre la alfombra. —Si te pasa algo, si Katya viene por mí, quiero saber cómo defenderme.

El orgullo hincha mi pecho. —¿Segura?

—No. Pero hazlo igualmente.

Cojo el arma más pequeña, una Glock 43 que se adaptará a su mano. —Este es el seguro. Así se carga un cartucho. Apuntas al centro de masa, no a la cabeza. Dos disparos, luego reevalúas.

Ella coge el arma, sus manos temblando ligeramente, y la guío a través de los movimientos. Cuando terminamos, ya no tiembla.

—Llévala contigo —digo—. Siempre.

Asiente, y veo el miedo en sus ojos mezclado con determinación.

Las horas pasan con lentitud. Repaso el plan con Danil una vez más y contacto con mis equipos.

A las diez y media, empiezo a prepararme. Equipo táctico negro, chaleco antibalas bajo la chaqueta y armas colocadas donde pueda alcanzarlas rápidamente. Parezco ir a la guerra.

Quizá lo esté.

Lena observa desde el umbral de mi habitación, los brazos cruzados sobre sí misma. —Odio esto.

—Lo sé. —Cruzo hasta ella, atrayéndola contra mi pecho. —Pero termina esta noche. De una forma u otra.

—Eso no es consolador.

—Es honesto. —Le levanto la barbilla, obligándola a mirarme a los ojos. —Te quiero. Recuérdalo.

—Yo también te quiero. —Las lágrimas corren por su rostro.

A las once, bajo donde Danil y los demás esperan. Están armados hasta los dientes, con rostros serios y determinados.

Los vehículos esperan fuera, con los motores en marcha. Echo un último vistazo a la casa, a la ventana donde sé que Lena está observando, y juro escuchar su voz llevada por el viento.

—Vuelve a mí.

49

LENA

Observo desde mi ventana cómo el convoy desaparece en la noche, las luces traseras tiñendo de rojo la oscuridad hasta que son engullidas por completo. Presiono mi mano contra el vientre, buscando un movimiento que no llegará hasta dentro de meses, pero necesitando esa conexión de todas formas.

Prometió que volvería.

Las palabras resuenan en mi cabeza como una plegaria. Intento dormir, pero cada vez que cierro los ojos, veo a Aleksandr entrando en ese almacén. Veo la fría sonrisa de Katya. Veo sangre extendiéndose sobre trajes caros y cuerpos golpeando el hormigón.

En lugar de eso, paseo. De un lado a otro de la habitación hasta marcar un camino invisible en la alfombra. Los guardias de mi puerta cambian de turno a las tres de la madrugada, y oigo sus voces bajas a través de la madera. Suenan tensos. Preocupados.

Ya somos dos.

El amanecer tiñe los jardines de tonos rosados y dorados que resultan obscenos en su belleza. ¿Cómo se atreve el sol a salir cuando Aleksandr podría estar desangrándose en algún lugar?

¿Cómo se atreve el mundo a seguir girando cuando el mío se ha detenido por completo?

Abro la puerta de golpe, sobresaltando al guardia apostado allí. Es joven, quizá veinticinco años, con ojos nerviosos que esquivan mi rostro.

—¿Dónde está? —Mi voz suena más cortante de lo que pretendía—. ¿Alguien ha tenido noticias de Aleksandr?

—No lo sé, señora. —Cambia el peso de un pie a otro—. No hemos recibido ninguna actualización.

—Entonces tráigame a alguien que sí las tenga. —Cruzo los brazos, y el gesto empuja mis pechos hacia arriba de un modo que sus ojos definitivamente notan antes de contenerse—. Ahora.

Habla por su radio, y cinco minutos después aparece otro guardia. Mayor, más experimentado, con ese rostro que ha visto demasiada violencia como para sorprenderse por nada.

—Aún no tenemos información —dice con calma. Su tono no hace nada por aliviar mi pánico—. El Pakhan nos contactará cuando sea seguro.

—Eso no es suficiente. —Me acerco, y tiene la decencia de no retroceder—. Quiero saber qué ha pasado. Quiero saber si está herido. Quiero algo más que vagas garantías que no significan nada.

Su expresión se suaviza ligeramente. —Entiendo su preocupación. Pero el Pakhan dio órdenes explícitas de mantenerla a salvo y tranquila. Preocuparse no le ayudará. Sobre todo cuando no tenemos información.

—Que le den a sus órdenes. —Hago una mueca por mi tono, pero estoy embarazada, asustada y me da igual. Necesito saber qué está pasando. Necesito saber si Aleksandr está vivo—. No soy una flor delicada que necesite protección de la realidad. Si está herido, merezco saberlo.

Antes de que el guardia pueda responder, oigo vehículos acercándose. Múltiples motores, avanzando rápido. El corazón se me sube a la garganta mientras lo aparto y corro hacia las escaleras.

Danil sale del SUV principal, y el estómago se me hunde. Está solo. Le falta la chaqueta del traje, su camisa blanca está rasgada en el hombro, y tiene un corte sobre la ceja izquierda que ha dejado de sangrar pero parece reciente.

—¿Dónde está? —exijo antes de que llegue a la puerta—. ¿Dónde está Aleksandr?

La expresión de Danil es sombría mientras me guía al interior, lejos de los guardias y el personal que se congrega. —Está vivo.

El alivio que me embarga es tan intenso que las rodillas me flaquean. Danil me sujeta del codo, estabilizándome.

—¿Pero? —Oigo la palabra flotando en el aire entre nosotros.

—Pero la reunión se torció. —Me lleva al despacho de Aleksandr, cerrando la puerta tras nosotros—. Katya llevó más hombres de los que anticipamos. Hubo una emboscada, disparos. Aleksandr ordenó que todos se dispersaran y reagruparan.

—¿Dónde está ahora? —

—Se ha refugiado en algún lugar seguro. Se pondrá en contacto con nosotros cuando pueda. —Danil se dirige al bar, sirviendo vodka con manos que tiemblan ligeramente.— Es listo, Lena. Sabe cómo sobrevivir. —

Estudio su rostro, leyendo lo que no dice en la tensión alrededor de sus ojos, en cómo evita mirarme directamente.— ¿Qué tan mal está realmente? —

Se bebe el vaso de un trago.— Lo suficientemente mal como para no querer llevar a nadie de vuelta aquí. Lo suficientemente mal como para que Katya siga ahí fuera con recursos que subestimamos. —

—¿Está herido? —

—No lo sé. —La admisión le cuesta.— Nos separamos durante el tiroteo. Lo último que vi, se movía por su propio pie, devolviendo el fuego. Pero eso fue hace horas. —

Me dejo caer en la silla de Aleksandr, agarrando los apoyabrazos con tanta fuerza que mis nudillos se ponen blancos. El cuero aún huele a él, a colonia cara y poder. Mi corazón late con fuerza en mi pecho y me cuesta tragar el nudo que parece haberse instalado allí.

—Volverá —dice Danil en voz baja. —

Las horas pasan con una lentitud agonizante. Intento comer el desayuno que alguien trae, pero todo sabe a cenizas. Intento descansar, pero dormir es imposible. Cada sonido me hace saltar, esperando que sea Aleksandr quien regresa.

Alrededor de las dos de la tarde, Danil aparece en mi puerta.— Tus padres están aquí. —

Lo había olvidado. En el caos y el miedo, había olvidado por completo que Aleksandr había organizado su visita para hoy. La culpa me envuelve, mezclándose con la ansiedad que ya revolotea en mi estómago.

—Puedo decirles que se vayan —ofrece Danil.— Reprogramar la visita para cuando las cosas estén más tranquilas. —

—No —me pongo de pie, alisando mi jersey con manos temblorosas. — Han esperado tres años para verme. No les haré esperar más. —

Los recibo en el salón formal, y en el momento en que veo el rostro de mi madre, empiezo a llorar. Parece mayor, más desgastada, con canas en su cabello oscuro que antes no estaban allí. Pero sus ojos son los mismos, cálidos y llenos de amor, y cuando abre los brazos, me echo en ellos como si tuviera cinco años otra vez.

—Lena. —Me abraza fuerte, su cuerpo temblando por los sollozos.— Mi niña. Mi dulce niña. —

Mi padre está detrás de ella, y cuando mi madre finalmente me suelta, me abraza en un olor a Old Spice y hogar. Está más delgado de lo que recordaba, su rostro más marcado, pero su abrazo sigue siendo fuerte.

—Creímos que te habíamos perdido —dice, con voz áspera.— No sabíamos si estabas viva o… muerta. —

—Lo siento. —Las palabras se sienten insuficientes.— Lo siento mucho por no haber podido contactaros. Tenía miedo de que os pusiera en peligro. —

Mi madre me da una palmadita en el hombro.— Eso es lo que planeamos, cariño —dice con una sonrisa temblorosa.— Sabíamos que no podrías contactarnos o decirnos dónde estabas hasta que fuera seguro. No es culpa tuya. —Hace una pausa para mirar a mi padre.— ¡Simplemente estamos tan contentos de que estés a salvo y viva! —

Nos sentamos juntos en el sofá, y noto cómo sus ojos recorren la habitación. Observan los muebles caros y las obras de arte, la riqueza evidente. Están confundidos y probablemente aterrados, aunque intentan ocultarlo.

—¿Dónde estamos? —pregunta mi madre con cuidado.— ¿De quién es esta casa? —

Respiro hondo.— Pertenece a alguien que me ha estado protegiendo. Alguien importante. —

—¿Importante cómo? —La voz de mi padre se agudiza con sospecha. —

—Es… —Hago una pausa, intentando encontrar palabras que no los huyan.— Es poderoso. Está conectado. Y me ha mantenido a salvo cuando nadie más pudo. —

Mi madre toma mi mano, apretándola suavemente.— Lena, ¿qué no nos estás contando? —

Antes de que pueda responder, antes de que pueda averiguar cómo explicar que estoy enamorada de un jefe mafioso que una vez ordenó mi muerte, la puerta se abre.

Aleksandr entra, y mi corazón se detiene.

Está vivo. Está aquí. Pero su ropa está rasgada y manchada de sangre, su rostro está pálido bajo la barba incipiente, y hay un vendaje improvisado envuelto alrededor de su antebrazo izquierdo.

Mis padres se ponen rígidos a mi lado. La mano de mi madre aprieta la mía hasta que duele, y mi padre emite un sonido bajo en su garganta que podría ser miedo o furia o ambos.

Porque lo reconocen.

Incluso después de tres años, incluso con la sangre y el agotamiento, saben exactamente quién acaba de entrar en la habitación.

Aleksandr Romanov. El Pakhan que ordenó la ejecución de su hija.

Sus rostros se quedan sin color mientras lo miran, luego a mí, sus expresiones cambiando de confusión a horror.

50

ALEKSANDR

La sangre se ha secado como una segunda piel cuando atravieso las puertas de la finca. La mayor parte no es mía. La mayor parte pertenecía a los hombres de Katya, los lo suficiente estúpidos como para pensar que una emboscada en la carretera sería suficiente para acabar conmigo.

Se equivocaron.

Mis músculos gritan de agotamiento, pero la adrenalina me mantiene en pie, mantiene mi mente alerta y catalogando amenazas. El modo combate no tiene un interruptor de apagado, y ahora mismo, cada sombra parece un enemigo.

Doblo la esquina hacia el salón y me detengo.

Los padres de Lena están allí. Mierda. Había olvidado la reunión que había organizado. Stepan está sentado rígidamente en el sofá, Mary a su lado con las manos juntas en su regazo como si estuviera en un funeral. Parecen estar esperando una ejecución.

Cuando me ven, sus caras lo confirman.

El reconocimiento les golpea y veo el horror cubrir sus rostros. Los ojos de Stepan se abren, luego se estrechan con comprensión. Sabe exactamente quién soy. Lo que soy. Su brazo se mueve protectoramente delante de Mary, un gesto inútil que sería conmovedor si no fuera tan vano.

—Aleksandr Romanov —dice, y mi nombre suena como una maldición en su boca.

Detrás de mí, mis hombres llenan la puerta. Danil está cerca de la ventana, donde había estado vigilando este reencuentro antes de que yo llegara. Todos están observando esta interacción con la intensidad de lobos estudiando a su alfa. Esperando ver cómo manejo a civiles que saben demasiado. Esperando ver si su Pakhan se ha vuelto débil.

No puedo permitirme ser débil. No hoy. Ni nunca.

Entonces la veo a ella.

Lena está junto a su madre, una mano todavía agarrando el brazo de Mary como si temiera soltarla. Es lo más hermoso que he visto en mi vida.

Por un momento, en esa carretera, cuando las balas atravesaban metal y cristal, pensé que no la vería nunca más. Pensé que moriría sin decirle las cosas que debía haberle dicho. Sin abrazarla una vez más.

Pero estoy aquí. Ella está aquí. Ambos estamos vivos.

Sus ojos se clavan en los míos, y observo cómo el alivio la golpea primero. Ese instante en el que se da cuenta de que estoy de pie, respirando, entero. Luego su mirada cae sobre la sangre que cubre mi ropa, seca en los pliegues de mis nudillos, salpicada en mi camisa. Su cara palidece.

—¡Dios mío! ¿Estás bien? —Se dirige hacia mí, pero niego con la cabeza y ella se queda junto a su madre—. ¿Dónde estás herido?

¿Debería llamar a una ambulancia?

—No, estoy bien, Lena. No es mi sangre.

Quiero cruzar la habitación. Quiero atraerla hacia mí y simplemente sostener su cuerpo junto al mío. Sentir su calor, su corazón latir contra mi pecho. Asegurarle que ambos estamos vivos.

Pero mis hombres están observando. Stepan mira con cálculo en los ojos, viendo exactamente lo que su hija significa para mí.

Y no puedo permitirme eso. No ahora. No cuando los hombres de Katya acaban de intentar matarme en una carretera pública. No cuando mi autoridad ya ha sido desafiada y mis hombres están esperando ver si su Pakhan se ha vuelto débil.

Me fuerzo a volver al papel. El jefe. El hombre que toma decisiones, incluso cuando esas decisiones duelen.

—Señor y señora Orlov —digo, y mi voz suena más fría de lo que pretendía. Profesional. Distante—. Necesito que vengan con mis guardias.

El cuerpo de Stepan se pone rígido. —¿Adónde?

—Al área de retención en el sótano. Estarán cómodos, pero permanecerán allí hasta que termine de interrogarlos.

La habitación queda en silencio.

La mano de Mary vuela hacia su boca. Stepan se coloca delante de su esposa, el instinto protector superando al miedo. Y Lena, simplemente me mira como si la hubiera abofeteado.

—No —dice, y su voz es baja. Mortalmente baja—. Absolutamente no.

—Esto no es negociable.

—Como si lo fuera —se interpone entre sus padres y mis guardias, su cuerpo como una barrera. Su voz sube, afilada con pánico y furia

—. Me prometiste que estarían seguros aquí. Me miraste a los ojos y lo prometiste.

—Estarán seguros. En el sótano.

—Eso es una prisión, Aleksandr.— Ella tiembla ahora, y puedo ver la traición escrita en su rostro. —Los estás tratando como criminales. Como amenazas.

Dejo que el acero se filtre en mi tono. —Van al sótano.

—Me lo juraste.— Las lágrimas recorren su rostro, pero su voz no se quiebra. —Me juraste que estarían protegidos.

—Y lo estarán. Bajo vigilancia.— Asiento con la cabeza hacia mis hombres. —Llevadlos.

—No te atrevas.— Lena agarra la mano de su madre, sus nudillos blancos. —No te atrevas, joder, a tocarlos.

Stepan da un paso al frente, su voz tranquila pero firme. —Lena. Está bien.

—No está bien.— Pero la mano de su padre sobre su hombro detiene su protesta.

—Estaremos bien.— Me mira, y hay algo en sus ojos que no logro descifrar. Comprensión, tal vez. O resignación. —Responderemos a sus preguntas.

Mary llora en silencio mientras mis guardias avanzan. Stepan mantiene su brazo alrededor de ella, mantiene la cabeza en alto. Salen con dignidad, pero veo la forma en que Mary mira hacia atrás a su hija. La forma en que el rostro de Lena se desmorona cuando desaparecen a través de la puerta.

La puerta se cierra.

Danil y mis hombres restantes observan, esperando a ver cómo manejo esto. Esperando a ver si su Pakhan se romperá.

—Salid — les digo.

Danil duda. —Pakhan…

—Fuera.

Salen lentamente, con renuencia. La puerta se cierra tras ellos, y de repente, solo estamos Lena y yo en esta habitación que se siente demasiado pequeña y demasiado grande al mismo tiempo.

Ella se vuelve hacia mí con una furia que nunca antes había visto.

—¿Qué les vas a hacer?— Su voz tiembla de rabia. —Dime ahora mismo qué estás planeando.

—Voy a interrogarlos sobre el dinero. La deuda que empezó todo esto.

Su rostro palidece. —¿Qué?

—Tu familia nunca ha pagado por lo que hizo —digo—. La gente entiende que cancelé el atentado contra ti ya que eres mi prometida, y dado que no tenías nada que ver con lo que pasó. Pero si no hablo al menos con tus padres, daré un mal ejemplo a otros que podrían querer cruzarse en mi camino.

—Tonterías.— Se acerca, sus ojos azules tan oscuros que casi parecen negros de furia. —¿Es este tu plan desde el principio? ¿Traerlos aquí, hacerme pensar que están seguros, luego encerrarlos en tu sótano e interrogarlos? ¿Usarlos contra mí?

—Lena.

—No.— Alza una mano. —No te atrevas a intentar justificar esto. No me digas que es por su protección o por mi seguridad o cualquiera de las otras mentiras en las que eres tan bueno.

—El sótano es el lugar más seguro de la finca —digo, manteniendo mi voz firme.

—Así que los encierras como prisioneros.

—Los mantengo a salvo mientras saldo cuentas que deberían haberse saldado hace años.

—No son una amenaza.— Su voz se quiebra. —Son mis padres.

—Tu padre me robó, Lena. Nadie hace eso y se sale con la suya.

Lena me mira como si me viera por primera vez. Como si el hombre que tiene delante fuera un extraño con el rostro de Aleksandr.

—He sido una tonta —dice en voz baja—. Realmente pensé que el hombre de la cabaña era real. Pensé que tal vez, bajo todo esto, seguías siendo Sasha.

Las palabras me atraviesan, afiladas y precisas.

—Pero se ha ido, ¿verdad?— Ahora está llorando, lágrimas de rabia que se seca con el dorso de la mano. —Ese hombre ha desaparecido por completo. Y tú eres exactamente lo que todos dicen que eres. Un monstruo con un traje caro.

—Lena.

—Nunca te perdonaré si los hieres.— Su voz desciende a algo frío y duro. —No me importa lo que me hagas. No me importa si me encierras en ese sótano también. Pero si hieres a mis padres, si les pones un dedo encima, encontraré la manera de hacerte pagar por ello.

Se acerca. Lo suficiente como para que pueda estirar la mano y atraerla hacia mí. Lo suficiente como para que pueda ver cómo late su pulso en su garganta.

—Te lo juro por Dios, Aleksandr, que te destruiré.

Lo dice en serio. Puedo verlo en sus ojos y en la firmeza de su mandíbula, en la forma en que tiembla de rabia, miedo y determinación. Quemaría mi mundo para proteger a su familia.

Respeto profundamente eso, incluso aunque lo complica todo. El orgullo se hincha en mi pecho, y es todo lo que puedo hacer para no

sonreír. Eso ciertamente la enfurecería aún más, pero prefiero verla enfadada que llorando.

Danil entra, su rostro sombrío.

—Pakhan.— Su voz corta la tensión. —Tenemos una ubicación de Katya.

51

LENA

Las luces traseras del convoy desaparecen en la noche, puntitos rojos engullidos por la oscuridad. Me quedo junto a la ventana del estudio de Aleksandr, mi reflejo fantasmal en el cristal, y cuento hasta sesenta. Luego cuento otra vez, asegurándome de que se han ido de verdad.

Mis padres están en el sótano. Los dejó encerrados como animales.

Aprieto la palma de la mano contra el vientre, notando la leve curva que cada vez es más difícil ocultar. Este bebé merece algo mejor que unos padres que guardan secretos y encierran a gente en sótanos. Este bebé merece algo mejor que todos nosotros.

El pasillo fuera del estudio está vacío. La mayoría de los guardias se fueron con Aleksandr, dejando la finca más silenciosa de lo que la he oído en semanas. Mis pasos resuenan demasiado en el suelo de mármol mientras me dirijo hacia la cocina, intentando parecer decidida en lugar de asustada.

Recuerdo la escalera de servicio de mis exploraciones. Aleksandr me la había enseñado por si pasaba algo cuando él no estuviera y yo necesitara escapar. El personal de cocina la usa para acceder a la

bodega, subiendo botellas para las cenas. Por suerte para mí, conecta con el sótano donde tienen encerrados a mis padres.

La cocina está vacía, las cocinas industriales frías y apagadas. Encuentro la estrecha puerta escondida tras la despensa y me cuelo dentro, con el corazón golpeándome las costillas como si intentara escapárseme del pecho.

El hueco de la escalera está tenuemente iluminado, y las paredes están tan cerca que casi puedo tocarlas a ambos lados. Bajo con cuidado, con una mano en la barandilla y la otra en el vientre. El bebé ha estado más activo últimamente, pequeños aleteos que parecen mariposas atrapadas bajo mi piel.

—Lo siento —susurro—. Esto va a dar miedo.

El pasillo del sótano huele a hormigón y vino añejo. Oigo voces hacia mi izquierda, guardias, probablemente, sus risas resonando en las paredes. Me muevo en dirección contraria, probando las puertas con el mayor sigilo posible.

La tercera puerta se abre a una habitación más acogedora de lo que esperaba. Hay una cama con sábanas de verdad, un pequeño baño y un rincón con dos sillones. Parece una habitación de invitados que casualmente tiene cerradura por fuera.

Mi padre está paseando, los hombros tensos. Mi madre está sentada en la cama, con el rostro del color del papel viejo. Cuando me cuelo dentro y cierro la puerta tras de mí, ambos se quedan paralizados.

—Lena. —La voz de mi madre se quiebra al decir mi nombre. Se levanta de la cama y me abraza antes de que pueda hablar, su cuerpo temblando con sollozos—. Dios mío, Lena, pensábamos… bueno, no sabíamos qué pensar. ¡Aleksandr Romanov, de entre toda la gente!

—Estoy bien, mamá. Estoy bien. —La abrazo con fuerza, inhalando el familiar aroma de su crema de manos de lavanda. Por encima de

su hombro, veo a mi padre observándonos, con la mandíbula tan apretada que noto el músculo palpitar.

—¿Qué demonios está pasando? —Su voz es baja y peligrosa—. ¿Por qué estamos encerrados en el sótano de este hombre? ¿Por qué el tipo que ordenó matar a nuestra familia de repente juega a ser nuestro protector?

Ayudo a mi madre a sentarse de nuevo en la cama y me siento a su lado, cogiendo su mano—. Es complicado.

—Descomplicado. —Mi padre cruza los brazos—. Ahora.

Así que se lo cuento. Lo de la amnesia, lo de enamorarme de un hombre al que no reconocía, lo del embarazo. La mano de mi madre aprieta la mía con cada revelación, sus ojos abriéndose más y más. La expresión de mi padre pasa de la ira al horror, y luego a algo que podría ser lástima.

—¿Estás embarazada? —Mi madre me toca la cara como si quisiera asegurarse de que soy real—. ¿De su bebé?

—Sí.

—Jesucristo. —Mi padre se pasa ambas manos por el pelo—. Lena, nos va a matar. Lo entiendes, ¿verdad? En cuanto resuelva la crisis que haya arriba, en cuanto ya no nos necesite como moneda de cambio, estamos muertos.

—No lo hará. —Pero incluso al decirlo, la duda se filtra como agua fría—. Lo prometió.

—¿Y tú le crees? —La risa de mi padre es amarga—. Tienes que sacarnos de aquí ahora. Antes de que te encuentre aquí abajo…

—Ahora mismo no está aquí —digo, y por alguna estúpida razón, siento que estoy traicionando a Aleksandr por decirles eso a mis padres.

Mi padre se detiene y me mira fijamente. —Entonces sácanos de aquí. Ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Abro la boca, pero mi madre habla antes de que pueda decir nada. —Por favor, Lena. Es demasiado peligroso para nosotros estar aquí.

Me levanto, con las piernas temblorosas, y miro hacia la puerta. No hay ningún guardia allí, probablemente porque Aleksandr no tuvo tiempo de colocarlo antes de que Danil le dijera que habían encontrado a Katya.

Si ayudo a mis padres a escapar, habrá consecuencias terribles. Aleksandr nunca me perdonaría. Además, ¿de verdad creo que haría daño a mis padres? Me quiere. Al menos eso dijo. Seguramente no haría daño a mis padres.

Aun así, al ver sus rostros suplicantes, sé que ya estoy perdida. Aunque probablemente esto destruya cualquier posibilidad de tener una buena relación con Aleksandr, tengo que ayudar a mis padres.

—Vale —susurro—. Pero tenemos que movernos rápido.

Mi padre ya está en la puerta, probando el pomo. —¿Hacia dónde?

—Por donde vine. La escalera de servicio hacia la cocina. —Me acerco a mi madre y le tomo el brazo—. ¿Puedes caminar?

—Gatearé si es necesario. —Su voz es más firme de lo que esperaba, pero cuando se pone de pie, oigo el pequeño gemido de dolor que intenta ocultar.

Nos deslizamos por el pasillo y los guío de vuelta hacia la escalera de emergencia. Cada sombra parece ocultar a un guardia. Cada sonido lejano hace que mi pulso se acelere. La respiración de mi madre es fatigosa, cada paso acompañado de un suave silbido que parece increíblemente fuerte en el silencio del sótano.

—Más despacio —susurra mi padre, con el brazo alrededor de la cintura de mi madre—. Necesita un momento.

Nos detenemos en la esquina y me asomo para asegurarme de que el camino está despejado. Las voces que oí antes ya han desaparecido. Tal vez los guardias salieron a fumar. Tal vez lo logremos.

—Esto es una locura —murmura mi madre, apoyándose en la pared —. Estamos escapando del sótano de un mafioso ruso como si estuviéramos en una mala película.

—Al menos el alojamiento era decente —dice mi padre, y casi me río por lo absurdo del comentario—. Cuatro estrellas. No lo recomendaría a los amigos.

—Basta —sisea mi madre, pero puedo oír el borde de la histeria en su voz que significa que va a reírse o a llorar.

Llegamos a la escalera de emergencia y siento una ráfaga de algo que podría ser esperanza.

Mi madre me aprieta los dedos. —Vamos a solucionar esto, cariño. Todo.

Quiero creerle. Quiero creer que podemos salir de aquí y que, de alguna manera, todo estará bien. Que Aleksandr entenderá por qué tuve que hacer esto. Que quererlo y proteger a mis padres no son elecciones mutuamente excluyentes.

Pero sé que no es así.

Empezamos a subir las escaleras, moviéndonos lo más silenciosamente posible. Las rodillas de mi madre crujen con cada paso, el sonido como pequeños disparos en el espacio cerrado. Mi padre mantiene una mano en la barandilla, la otra apoyando a mi madre, y yo voy delante con el corazón latiendo tan fuerte que me sorprende que no puedan oírlo.

Estamos casi en el nivel de la cocina cuando lo oigo.

Pasos arriba de nosotros. Varios. Botas pesadas sobre el azulejo.

Mi corazón no solo se detiene. Explota en mi pecho, enviando esquirlas por cada terminación nerviosa.

Entonces su voz corta el aire como una cuchilla. Cortante. Fría. Una furia apenas contenida envuelta en ese acento que normalmente me debilita las rodillas pero que ahora hace que todos mis instintos de supervivencia griten *Corre*.

Aleksandr.

Ha vuelto. Está aquí. Y por el tono de su voz, lo que ocurrió en el almacén no salió bien.

Nos quedamos helados en las escaleras. La mano de mi madre se agarra a mi brazo con suficiente fuerza para dejarme un moratón. La respiración de mi padre se detiene por completo.

La puerta en lo alto de la escalera se abre.

La luz inunda el espacio, cegadora después de la penumbra del sótano. Miro hacia arriba, entrecerrando los ojos, y me encuentro mirando directamente a unos ojos dorados y familiares.

Todavía lleva su equipo táctico, todo negro y letal. Hay algo oscuro en su manga que podría ser sangre. Su enorme figura llena la puerta como un muro que nunca podremos superar.

Detrás de él, aparece Danil, su expresión cuidadosamente neutral. Dos guardias los flanquean, bloqueando cualquier posible ruta de escape. No es que pudiéramos correr de todos modos. Aleksandr probablemente podría atrapar a los tres antes de que bajáramos cinco escalones.

Su mirada se clava en la mía y se mantiene ahí. Algo parpadea en su rostro. Dolor, tal vez. O traición. Desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado, reemplazado por esa máscara fría y controlada que usa cuando está decidiendo el destino de alguien.

El silencio se extiende entre nosotros como un abismo. Quiero decir algo, explicar, disculparme, defenderme. Pero mi garganta se ha

cerrado y mi lengua parece de plomo, y todo lo que puedo hacer es quedarme allí en las escaleras, con mis padres detrás de mí, y ver cómo el hombre al que amo me mira como si fuera una desconocida.

Cuando finalmente habla, su voz es tranquila. Mortalmente calmada. El tipo de tranquilidad que precede a las explosiones.

—¿Vas a algún sitio?

52

ALEKSANDR

He enfrentado a hombres armados sin pestañear. He negociado tratos valorados en millones con mano firme. He mirado a la muerte a la cara más veces de las que puedo contar.

Nada de eso me preparó para esto.

—Respira, cariño —digo, agarrando la mano de Lena mientras otra contracción la sacude—. Solo respira.

Ella me lanza una mirada que podría derretir acero. —Estoy respirando, Aleksandr. ¿Qué crees que he estado haciendo las últimas cuatro horas?

El médico se mantiene cerca del pie de la cama, revisando los monitores con eficiencia experta. Mi camisa está empapada de sudor a pesar de la temperatura fresca. Cada vez que Lena jadea o se tensa, mi corazón se detiene.

—Lo estás haciendo genial —dice el médico—. Estamos avanzando muy bien.

El agarre de Lena a mi mano se afloja cuando la contracción pasa. Ella se reclina contra las almohadas, su cabello húmedo sobre su

frente. Aun agotada y con dolor, es la cosa más hermosa que he visto.

—Todavía no te he perdonado —dice de repente, con los ojos fijos en el techo.

Me quedo helado. —¿Qué?

—No te he perdonado —gira la cabeza para mirarme—. Por lo de hace seis meses.

Las palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Seis meses atrás. Cuando la encontré intentando sacar a sus padres del sótano a escondidas. Cuando todo llegó a un punto crítico.

—Lena—

Otra contracción me interrumpe. Todo su cuerpo se tensa. Emite un sonido que desgarra algo dentro de mi pecho. Le sostengo la mano, sintiéndome completamente inútil, mientras el médico murmura palabras de aliento.

Cuando finalmente pasa, Lena respira con dificultad. —Me asustaste muchísimo —dice en voz baja—. Pensé que ibas a matarlos, Aleksandr. A mis padres. Pensé que me harías presenciarlo.

El recuerdo es nítido y claro. Encontrarla en la escalera, con sus padres detrás, todos petrificados. La rabia que me consumió. No por el robo, sino por la idea de que se fuera.

—Yo nunca—

—En aquel momento no lo sabía —sus ojos brillan con lágrimas contenidas—. Acababas de recuperar todos tus recuerdos. Volviste a ser el Pakhan, completamente. Y yo estaba intentando ayudar a mis padres a escapar.

Acercó una silla y me senté, quedando a la misma altura que ella.

Ella respira con temblor. —Cuando nos encontramos en esa escalera, la expresión en tu rostro…

—Intentabas irte —las palabras salen más duras de lo que pretendía —. Llevándote a tus padres, sí. Pero dejándome a mí también.

—¿Qué otra opción tenía? Son mis padres, Aleksandr. Y sabía lo que hace la Bratva con los ladrones.

Otra contracción empieza a formarse. Esta parece peor. Aprieta mi mano con tanta fuerza que siento cómo los huesos crujen, pero no la suelto.

—Eso es —dice el médico, acercándose—. Solo respira a través de ella.

Cuando pasa, ella tiembla. Cojo un paño y le limpio el rostro con suavidad.

—Pensé que nos castigarías —continúa ella—. A los tres. Darías un ejemplo con mis padres. Y a mí… no sabía qué me harías.

—Los senté —digo—. En mi oficina. Como si fueran invitados en lugar de prisioneros. Les dije la verdad. Que el robo a la Bratva generalmente resulta en una sentencia de muerte. Que estaría dentro de mis derechos hacer un ejemplo de ellos. —Hago una pausa—. Pero luego les dije que amaba a su hija. Eso los hizo familia. Y yo no mato a la familia.

Los ojos de Lena se llenan de lágrimas. Se derraman, corriendo por sus mejillas. —Mi madre lloró. No paraba de decir 'gracias' una y otra vez.

Se oye un suave golpe en la puerta, y Mary asoma la cabeza. —¿Cómo vamos?

—Bien, mamá —responde Lena con una sonrisa forzada—. Solo estábamos hablando.

Mary entra en la habitación, sus ojos llenos de preocupación y una sonrisa irónica. —Tu padre está haciendo un agujero en el suelo de la sala de espera.

Lena se ríe y niega con la cabeza. —Apuesto a que sí. Pero también apuesto a que no pondría ni un dedo gordo aquí aunque le amenazases de muerte.

Mary se ríe. —No apostaría en contra de ti en eso.

Otra contracción llega, más fuerte esta vez, y la atención de Mary vuelve inmediatamente hacia su hija, tomándole la mano.

Cuando la contracción pasa, Lena parece agotada. Mary sale de la habitación con la excusa de querer darles intimidad a los futuros padres y de que volverá a entrar pronto.

—Tu madre se está acostumbrando a mí —le digo a Lena.

—Le caes bien —responde ella—. Siempre le has caído bien. Es solo… complicado. No eres exactamente el yerno que ella imaginaba.

—No —acepto—. Probablemente soy su peor pesadilla.

—Eres la mía —dice, tocándome la cara—. Eso es lo que importa. Y están intentando, Aleksandr. Es más de lo que esperaba hace seis meses.

Debo tener una expresión extraña porque Lena frunce el ceño. —Dímelo.

—¿Decirte qué?

—Lo que sea que estés pensando —dice con mirada severa—. Veo que estás debatiendo si decirme algo, así que si no me lo dices ahora mismo…

Levanto los brazos como en señal de rendición. —¡Vale, vale! —digo con una risa suave—. Acabo de escuchar que tu tío Orleg ha salido finalmente a la luz.

Hago una pausa, pero ella solo levanta una ceja. Su rostro no palidece ni parece preocupado en absoluto.

Me encogo de hombros. —Supongo que pensó que, como estás conmigo, viva y sana, puede salir en público de nuevo.

Otra contracción comienza, y Lena se inclina hacia adelante con un gemido. El médico se acerca. —Estamos muy cerca ahora.

Cuando la contracción pasa, Lena está jadeante. —Pensé que ibas a castigarme.

Mis ojos se abren de sorpresa. —¿Porque tu tío ha vuelto? —pregunto incrédulo.

—No, tonto. Después de que hablaste con mis padres y les dijiste que no ibas a matarlos. ¿Recuerdas? Me llevaste a mi habitación. Pensé que estaba en serios problemas.

Ah, está volviendo a la conversación sobre la noche en que intentó ayudar a sus padres a escapar. ¡Maldita sea, seguir su tren de pensamiento ahora mismo es un desafío!

—Pero en lugar de eso, hiciste el amor conmigo. Lento y suave. No parabas de decirme que me amabas, una y otra vez, hasta que lo creí.

—Lo decía en serio —digo—. Cada palabra.

—Ahora lo sé —me toca la cara—. Pero ese día, estaba tan asustada. De que fueras el Pakhan y nada más. De perder al hombre del que me había enamorado en esa cabaña.

—Soy ambas cosas —le digo—. Siempre seré ambas cosas. El Pakhan y el hombre que te ama. Esas cosas ya no están separadas. Tú las hiciste completas.

Otra contracción llega, más fuerte que las anteriores. Lena hace un sonido que casi es un grito, y el médico se pone unos guantes nuevos.

—Es la hora —dice—. Lena, cuando llegue la próxima contracción, necesito que empujes.

Todo ocurre rápido después de eso. Lena empujando y yo sujetándole la mano y murmurando palabras de ánimo. Mary entra, colocándose al otro lado de Lena.

—Puedes hacerlo, cariño —dice Mary—. Eres muy fuerte.

—No puedo —jadea Lena.

—Sí puedes —me inclino cerca, mi frente contra la suya—. Eres la persona más fuerte que conozco. Sobreviviste a mí. Puedes sobrevivir a esto.

Ella suelta una risa ahogada y luego me frunce el ceño por hacerla reír mientras intenta dar a luz, y yo le devuelvo una sonrisa.

—Empuja —dice el médico—. Un gran empujón ahora.

Lena hace fuerza, su rostro enrojeciendo con el esfuerzo. Siento sus uñas clavándose en mi mano, probablemente sacando sangre, pero no me importa.

—Veo la cabeza —anuncia el médico—. Un empujón más fuerte, Lena. Ya casi estás.

—Te perdono —jadea Lena entre contracciones.

—Lena—

De repente, hay un sonido que hace que mi corazón se detenga.

El llanto de un bebé.

—Es un niño —dice el médico, colocando algo pequeño, rojo y gritándole en el pecho de Lena—. Un niño sano.

53

LENA

La tarde de junio es tan perfecta que parece sacada de un catálogo. Las rosas blancas trepan por todos los enrejados de los jardines de la finca, y sus pétalos captan la luz del sol como si estuvieran hechos de seda. El cuarteto de cuerda toca algo clásico y hermoso cuyo nombre desconozco, pero que me aprieta el pecho de la mejor manera.

Estoy de pie al borde del pasillo con mi padre, cuya mano tiembla ligeramente sobre mi brazo.

—Estás preciosa, cariño —dice, con la voz cargada de emoción.

—No me hagas llorar antes de llegar allí —le aprieto la mano—. Mamá nos matará a los dos.

Se ríe, y algo de la tensión desaparece de sus hombros. Ha engordado desde que se mudó a la finca, y un color saludable ha vuelto a su rostro. Mamá no para de preocuparse por él, y él finge estar molesto, pero yo lo he pillado sonriendo cuando ella no mira.

La música cambia, y todos se ponen de pie.

Mi corazón hace ese estúpido revoloteo cuando veo a Aleksandr al final del pasillo. Lleva un traje negro, el pelo oscuro peinado hacia atrás, y esos ojos dorados fijos en mí como si fuera la única persona en el mundo. La intensidad de su mirada hace que el calor se acumule en mi vientre mientras también calienta mi corazón.

Dios, voy a casarme con este hombre.

Este hombre hermoso, peligroso y complicado que una vez olvidó su propio nombre pero nunca olvidó cómo hacerme sentir que lo soy todo.

Danil está a su lado como padrino, sonriendo tan ampliamente que puedo verlo desde aquí. En mi lado, Ronnie se mueve incómodo en su esmoquin, luciendo avergonzado pero orgulloso.

Mi padre me acompaña por el pasillo, y yo intento concentrarme en no tropezarme con el vestido. Mamá me ayudó a elegirlo. Elegante y sencillo, dijo, porque algo demasiado elaborado me abrumaría. La tela susurra contra mis piernas con cada paso.

En la primera fila, mamá sostiene a Nikolai, nuestro hijo de tres meses. Tiene los ojos dorados de Aleksandr y mi cabello rubio, y ahora mismo está mordiéndose el puño, con babas por todas partes. Mary me mira y sonríe, meciéndolo suavemente.

Mi corazón se hincha tanto que siento que podría partirme las costillas.

Cuando llegamos al final del pasillo, mi padre me besa la mejilla y coloca mi mano en la de Aleksandr. Su palma está caliente, callosa, firme.

—Hola —susurro.

—Hola, mi amor —su pulgar acarícula mis nudillos—. Estás radiante.

—Estás guapísimo.

Se ríe y me lanza una mirada que promete que veré mucho más de su guapura esta noche.

El oficiante empieza a hablar, pero apenas lo escucho. Estoy demasiado ocupada memorizando el momento. Cómo me siento, cómo luce Aleksandr, el aire del verano… todo.

Cuando llega el momento de los votos, la voz de Aleksandr es firme y segura. —Prometo amarte, protegerte y nunca dar por sentado ni un solo día contigo. Me salvaste la vida en aquella cabaña, Lena. Pero más que eso, me salvaste de mí mismo.

Mi garganta se cierra. —Prometo amar todo de ti. Al Pakhan y al hombre de la cabaña. Las partes que muestras al mundo y las que solo me muestras a mí. Eres mío, Aleksandr, y nunca te dejaré ir.

—Cuento con ello —murmura, lo suficientemente bajo como para que solo yo lo oiga.

Cuando el oficiante nos declara marido y mujer, Aleksandr me atrae hacia él y me besa como si fuéramos los únicos dos personas aquí. Es posesivo y tierno, y hace que se me encrespen hasta los dedos de los pies. Alguien grita de alegría. Probablemente Danil.

La recepción es un borrón de champán y risas, con personas que apenas conozco felicitándonos. John Davis aparece incómodo en traje, pero le estrecha la mano a Aleksandr y me dice que estoy preciosa. Se ha convertido en un amigo poco probable durante los últimos meses, asesorándonos en temas de seguridad y ocasionalmente uniéndose a nosotros para cenar.

—Nunca pensé que estaría en una boda de la mafia —murmura, aceptando una copa de champán.

—Nunca pensé que yo estaría en una —le respondo.

A mitad de la cena, Danil se acerca a nuestra mesa con una expresión que me hace el estómago encogerse. Se inclina entre nosotros, hablando en voz baja.

—Tengo un regalo de boda para ambos.

La mano de Aleksandr aprieta el tenedor. —¿Qué tipo de regalo?

—El tipo que ata cabos sueltos —la sonrisa de Danil es afilada—. Encontramos a Katya.

Mi respiración se corta. La hemos estado buscando durante meses. Desapareció como el humo, y parte de mí se preguntó si alguna vez obtendríamos cierre.

—¿Y? —la voz de Aleksandr es peligrosamente suave.

—Molestó a mucha gente, al parecer. Para cuando la localizamos, alguien más ya se había encargado de ella. Estilo ejecución. Un solo disparo en la cabeza.

Debería sentir algo. Alivio, tal vez. O vindicación. En lugar de eso, solo me siento cansada. —Bien.

Aleksandr me mira, escrutando mi rostro. —¿Estás segura?.

—Estoy segura —me reclino contra él—. Ella tomó sus decisiones. Ahora nosotros tomamos las nuestras.

Danil le da una palmada en el hombro a Aleksandr. —Felicidades, jefe. Te lo mereces.

Tras marcharse, Aleksandr me lleva a la pista de baile. El cuarteto toca algo lento y romántico, y él me rodea con sus brazos como si temiera que desapareciera.

—Te quiero —me susurra al oído, su aliento cálido—. Me salvaste de más maneras que rescatándome de la nieve. Cada día contigo es un regalo que no merezco, pero nunca lo daré por sentado —me mordisquea el lóbulo de la oreja—. Pero lo negaré si le cuentas a alguien que lo dije.

Mis ojos se humedecen, pero sonrío tan grande que me duele la boca. —Yo también te quiero.

Me besa entonces, suave y dulcemente, y saboreo champán y promesas en sus labios.

Horas después, cuando los últimos invitados se han marchado y la finca por fin se queda en silencio, estamos en el balcón de nuestra habitación. Nikolai está dormido en la habitación del bebé al final del pasillo, probablemente soñando con leche y juguetes. Mis padres se han acomodado en su suite del tercer piso, seguros y cuidados.

Aleksandr me rodea con sus brazos por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro.

—¿En qué estás pensando? —pregunta.

Me reclino contra su pecho, sólido y cálido. —En el viaje que nos trajo aquí. La ventisca. La cabaña. Lo aterrada que estaba.

Sus ojos dorados brillan bajo la luz de la luna. —¿Mejor ahora?

—Completa —corrijo.

Me toma el rostro entre sus manos, acariciando mis pómulos con los pulgares. —Voy a pasar el resto de mi vida haciéndote feliz.

—Ya lo haces.

Le beso, vertiendo todo en ese beso. Gratitud y amor y deseo y esperanza. Cuando nos separamos, ambos respiramos con dificultad.

—Ven dentro conmigo —murmura, su voz ronca de deseo.

Tomó su mano, y juntos cruzamos el umbral. Detrás de nosotros, el pasado se desvanece en las sombras. Por delante, nuestro futuro nos espera, brillante e incierto y nuestro.

La puerta se cierra suavemente tras nosotros, y pienso en cómo a veces los mejores comienzos vienen de los lugares más inesperados.

Como una cabaña en el bosque durante una ventisca.

Como un hombre sin memoria y una mujer con demasiado corazón.

Como un amor que no debería funcionar, pero lo hace de todos modos.

Aleksandr me levanta en sus brazos, y me río contra su cuello mientras me lleva hacia la cama. Fuera, la finca duerme. Dentro, estamos empezando.

TAMBIÉN POR ARIANA COOPER

Los Pecados de la Bratva

La Viuda del Jefe Bratva || La Secretaria del Jefe Bratva || Atrapada con el Jefe Bratva || El Jefe Bratva Olvidado

Doce Días de Sangre y Pecado

Doce Días de Venganza || Doce Pecados de Navidad

Las Crónicas de los Vetrov

Atada a la Bratva || El Juramento del Sicario || Riendas Salvajes || Apuesta de Pecado || Imperio Robado

Pecados del Imperio O'Rourke

La Cautiva del Jefe || La Redención del Ejecutor || El Precio del Diablo || La Salvación del Guerrero || El Desafío del Heredero

Relaciones Festivas de Medianoche

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario || Christmas with the Baby Daddy (SPANISH Edition)

Arreglos ejecutivos

La Falsa Prometida del Jefe Millonario || Una Segunda Oportunidad para el Papi || Una Noche con Mi Jefe Multimillonario

Libros independientes

Encuentros Picantes en la Oficina || Nunca Te Olvidaré
